

A close-up portrait of Hernán Cortés, showing his face from the nose up. He has long, dark hair and a beard. The lighting is dramatic, with one side of his face in shadow.

CORTÉS

el hombre

JOSÉ FUENTES MARES

se

Cortés el hombre es un libro para lectores poco o nada interesados en el detalle de escasa relevancia. Se trata de una biografía crítica destinada a quienes no se pierden las bellezas del bosque por interés particular en alguno de sus árboles.

Los hechos de Cortés son historia viva y persistente, semillero de verdades, leyendas y enseñanzas. Por su naturaleza controversial no faltará quien aduzca cierta limitada «objetividad» en Fuentes Mares, sin embargo, valga decir que se trata de un texto adecuado para lectores sin remilgos eruditos, su tono está inspirado principalmente en las cartas, memoriales, ordenanzas y demás escritos de Hernán Cortés, en las relaciones de conquistadores como Bernardino Vázquez de Tapia y Bernal Díaz del Castillo y los testimonios indígenas, consignados sobre todo en el llamado *Código Florentino*.

Aquí está Cortés de cuerpo y sombra enteros: oidor de misas tan adicto a las mujeres que algunos le tuvieron más por gentil que por cristiano; hacedor de coplas en prosa y verso, de linaje hidalgo aunque pobretón y pueblerino. Tipo de muchas caras, porfiado, seguro de contar con Dios a su lado, Cortés fue sobre todo un actor excepcional, simulador fuera de serie.



José Fuentes Mares

Cortés el hombre

ePub r1.0

Titivillus 14.06.2018

Título original: *Cortés el hombre*
José Fuentes Mares, 1981

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



A este México de hoy y de mañana —en tanto Chimalpopoca Smith no sea Presidente de la República— dedico *Cortés, El Hombre*.

J. F. M.

SÓLO UNAS PALABRAS

Creo que de no versar sobre hechos vivos, un libro de tema histórico tendrá interés para historiadores solamente, o sea para poca gente. En contra podría argüirse, con aparente fundamento, que todo lo histórico está perfectamente muerto y sepultado —pues de lo contrario no sería cosa del pasado—, mas la verdad es otra: entre los hechos pretéritos muchos sobreviven, y aún respecto de los aparentemente muertos vale la pena intentar, si la palabra cabe, resurrecciones.

Los hechos de Cortés son historia viva y persistente, semillero de verdades, leyendas y enseñanzas. Por su naturaleza controversial no faltará quién aduzca mi limitada «objetividad» para ocuparme de ellos, y, por contra, tampoco quién se pregunte por qué esperé hasta el vigésimo sexto de mis libros para hacerlo. A esto último diré que no lo sé: sólo recuerdo que Pepe Pagés Llergo me sugirió ponerme a trabajar en esto al regresar de mi breve desempeño diplomático en España. Es cuanto puedo decir.

Desde el primer momento me propuse no un examen exhaustivo sino un libro adecuado para lectores desprovistos de remilgos eruditos, mas así y todo utilicé sobre todo fuentes históricas primarias, si bien del dominio público, tales como las cartas, memoriales, ordenanzas y demás escritos de Hernán Cortés, las relaciones de conquistadores como Bernardino Vázquez de Tapia y Bernal Díaz del Castillo, y los testimonios indígenas —«versión de los vencidos», en palabras del maestro Miguel León-Portilla—, consignados sobre todo en el llamado *Códice Florentino*, ahora asequible en bella edición patrocinada por el gobierno del presidente López Portillo. En menor cuantía me serví de los *Anales de Tlatelolco*, del *Códice de Tlatelolco*, del llamado *Códice Ramírez*, y de la *Crónica Mexicáyotl* de Alvarado Tezozomoc.

En cuanto a fuentes secundarias, echo mano de obras de primera línea: del siglo XVI, los libros de Francisco López de Gomara, Gonzalo Fernández de

Oviedo, Juan de Torquemada, Pedro Mártir de Angleria, Bartolomé de las Casas, Bernardino de Sahagún, Toribio de Benavente, Cervantes de Salazar y otros menos notables; del XVII, la *Historia* de don Antonio de Solís; del siglo XIX los trabajos de Prescott y Alamán sobre todo, y entre los actuales, o relativamente actuales, las biografías escritas por Carlos Pereyra y Salvador de Madariaga.

Cortés, el Hombre, es pues un libro para lectores poco o nada interesados en el detalle de relevancia escasa. Biografía crítica destinada, en suma, a quienes no se pierden las bellezas del bosque por interés particular en alguno de sus árboles.

Por esta vez no tengo créditos qué reconocer, salvo la deuda con mi laboriosa y responsable secretaria. Verónica Torres trabajó de buen grado en estas páginas escritas al desgüaire, como en los buenos años crece aquí y allí la hierba en los campos de mi tierra.

Parque Nacional de Majalca, Chihuahua.
Pascua de 1981.

José Fuentes Mares.

Capítulo Primero

HAY CENIZAS, HUBO LUMBRE

La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo creó, es el descubrimiento de las Indias.

FRANCISCO LÓPEZ DE GOMARA



HERNAN CORTES

Medellín 1485—Castilleja de la Cuesta 1547.

1. *Las tres ciudades del comienzo*

En la placa de la iglesia de Jesús Nazareno del Hospital de Jesús, en la ciudad de México, sólo se leen dos palabras, las de Hernán Cortés, y se consignan dos fechas: 1485-1547. Pudieron agregarse los nombres de sus padres, Martín Cortés de Monroy y Catalina Pizarro Altamirano, y el de los hijos reconocidos, los dos Martines, Luis, Catalina, María y Leonor; el de ellos, siquiera, entre los muchos que dejó por el mundo aquel señor de serrallo que tantas mujeres tuvo, indias unas y otras de Castilla, amén de las casadas que llevó a su cama «enviando a sus maridos fuera de la ciudad para quedar con ellas», como escribió su malqueriente, el conquistador Bernardino Vázquez de Tapia. Mas no habría cabido todo en tan corto espacio, y menos todavía las oraciones de sus deudos por el eterno descanso de su alma. Por eso en el bronce se leen sólo doce letras: Hernán Cortés.

Y sin embargo, sobran seis: las de su nombre de pila. De haberse pedido la opinión de Bernal Díaz del Castillo, su testigo por excelencia, éste habría aconsejado consignar sólo el nombre de Cortés, porque así le cuadraba ser nombrado: Cortés, no Femando ni don Hernando sino Cortés, como César, Pompeyo, Escipión, Alejandro, Aníbal o el Gran Capitán. Así le llamaban sus soldados y le conoce la posteridad. Es el destino de los creadores de la historia: perder sus nombres de pila, y en ocasiones su condición de hombres de carne y hueso, para volverse símbolos. Cortés, emblema de amores verdaderos o estigma de amores contrariados; hombre de fuego en los murales de José Clemente Orozco, indigno monigote en los del trapacero Diego Rivera. Cortés se nos ha muerto a medias, y nadie lleva prisa en consignar su muerte total. Fuego sin fin, algún misterioso combustible alimenta la llama inextinta. Sobre el enterramiento del Hospital de Jesús corren odios y amores actuales. Como si la placa de

bronce, tan pequeña, escondiera no unos pocos huesos sino al hombre con su casco de dos puntas, firme la espada en la nervuda mano, señor de indios y españoles, señor de caballos y perros de guerra, centelleante la mirada, dura la voluntad conquistadora.

Que no se nos engañe más: bajo la lápida está Cortés, no sus restos. Cortés, gran rezador, oidor de misas, tan adicto a las mujeres que algunos le tuvieron más por gentil que por cristiano; letrado en latines y algo poeta, hacedor de coplas en prosa y verso; de linaje hidalgo, limpio de sangre aunque pobretón y pueblerino; membrudo, bien proporcionado, de regular estatura, barba y cabellos prietos, ralos y lacios, ancho pecho y espaldas poderosas, ceceño y de poca barriga si bien algo patizambo; prohibidor de naipes y dados, y él mismo proclive a jugarlos; amante de la siesta, tanto que al no dormirla «se le revolvía el estómago»; algo ceniciento el cutis, de no muy alegre cara pese al «amoroso mirar» de sus grandes ojos pardos. Tal es su retrato, poco semejante a los conocidos. Pero así fue Cortés. Así le vieron sus amigos y enemigos: Bernal Díaz, Gomara, Las Casas y Vázquez de Tapia, todos ellos sus contemporáneos.

Tipo de muchas caras, porfiado, seguro de contar con Dios a su lado, Cortés fue sobre todo un actor excepcional, simulador fuera de serie. Lamentaba saber escribir al firmar sentencias de muerte, y lloraba como niño ante el dolor ajeno. Cuidadoso en el cultivo del amigo, inclemente con el enemigo, precursor continental del soborno. Único en la multiplicidad; múltiple en la unidad de su ambición sin límites, cabe hablar de tantos cortesés como las circunstancias aconsejaron. Blanco de mil acechanzas, no hubo trampa india o española donde cayera. Nadie como él combinó perdones y castigos, y nadie como él fue objeto de castigos y perdones. Muy pocos jugaron más con las pasiones de los demás, y pocos han sido más heridos por las pasiones ajenas. Varón excepcional, de los que nacen para llenar de guerra las almas.

En 1540 escribió al emperador Carlos que «los príncipes no engrandecen sus estados con ser dueños de posesiones sino con señorear a quienes las poseen», largo saber político en quien seguramente no llegó a leer a Maquiavelo. ¿Dónde aprendió Cortés tanto de cosas humanas? No por cierto en sus dos años en la Universidad de Salamanca sino en su hondo sentido de la historia. En su circunstancia vital, cruce de Medieval y Renacimiento, se dieron tipos de esa laya, visceralmente fronterizos; hombres de pasión medieval y lógica cartesiana, medio adivinos, al corriente de las complejas razones o sinrazones de la historia. Pero Cortés, celo medieval y lógica mundana, fue sobre todo el primer mestizo

de Tierra Firme; primer bípedo con cerebro europeo y corazón americano.

Muéstrase su vida llena de pequeños y grandes milagros, o de afortunadas casualidades si negamos viabilidad a los milagros. Por mi parte no admito que el apóstol Santiago decidiera la acción de Centla en favor de los españoles, y menos que la Virgen María arrojara tierra a los ojos de mexicas enfurecidos, atacantes del palacio de Axayácatl, pero sí creo que Cortés fuera, antes de otra cosa, un predestinado, pues su genio no basta para explicar sus hazañas. Fray Juan de Torquemada acentúa que al momento de nacer nuestro hombre en Medellín nacía Martín Lutero en Islebio, villa de Sajonia, éste «para turbar al mundo y meter debajo de la bandera del demonio a muchos fieles que de padres o abuelos y muchos tiempos atrás eran católicos»; aquél para «traer al gremio de la Iglesia católica romana infinita multitud de gentes», y aduce una serie de hechos, a su juicio confirmatorios, «de la divina elección de Cortés para obra tan alta en el ánimo y estraña determinación que Dios puso en su corazón para barrenar los navíos y quedarse en tierra de tantos enemigos sin aspirar a remedio humano, porque en la tierra no le tenía».

Hoy, ningún historiador fundaría sus juicios como fray Juan de Torquemada, entre otros motivos porque el concepto providencialista de la historia ha caído en desuso, y sin embargo en Cortés abundan los episodios de otro modo inexplicables. Se suceden tan poco verosímilmente a veces que los tendríamos por invenciones de no constar en documentos fehacientes. Imposible que los actuales «historiadores científicos» admitan «la divina elección de Cortés para obra tan alta», como dice Torquemada, pero también difícil que lleguen a explicar las frecuentes y sorprendentes casualidades que salpican la azarosa vida del héroe. *Hipóstasis* llamaron los filósofos alejandrinos a la sustancialización de lo ideal, y eso fue, sobre todo, la proeza histórica de Cortés: sustancialización de lo irreal más aún que de lo ideal. Algo semejante a lo que hizo Cervantes con don Quijote.

Bien poco se sabe de los primeros años del conquistador en ciernes, salvo que fue niño enfermizo y encanijado, hijo de hidalgo de mucha honra y rentas limitadas, lo que según Gomara «raras veces acontece si no es en personas de buena voluntad», natural de un poblado extremeño —Medellin— sobre los caminos de Mérida y Badajoz, solar de lugareños entregados al cultivo de cereales, viñedos y frutales en sus buenas tierras junto al Guadiana. En la era romana fue ese pueblo Cecilia Metellina, en homenaje a Quinto Cecilio Metello, tiempos de los que sólo subsiste una parte del puente sobre el río y algunas

ruinas en la vega. De siglos posteriores data el castillo, bastión defensivo en la región de La Serena, a cuyos muros y torreones agrietados treparían los rapaces del 1500, como los de hoy, para ver caer el sol en las prolongadas tardes estivales y arrojar piedras a los grajos. De la plazoleta donde estuvo la casa de Cortés, destruida durante la guerra con los franceses, como todo el pueblo casi, se domina el caserío, el cerro y el castillo. En ella se encuentra el feo monumento, de piedra y bronce, en honor de quien puso el nombre del pueblo en los mapas del mundo. Evocador Medellín, pueblo blanco con su cerro pelado y su castillo. Lo mismo que Cortés vería una mañana al tomar el camino de Salamanca. Otros chicos como él pescarían en el río, y otros más buscarían perdices y conejos. Poco cambian las cosas en esos pueblos: grajos en castillos agrietados, ovejas en su diario mordisqueo de la hierba, y labriegos con el cosquilleo del Nuevo Mundo en las entrañas.

En casa de su tía Inés Paz se hospedó Cortés en Salamanca, aún no la joya plateresca de hoy. Entre casonas, iglesias y torreones gótico-románticos destacaba la catedral vieja, aún en proyecto el macizo de varias arquitecturas que a partir de 1509 le cayera encima: la llamada catedral nueva. Era el año de 1499, y el mozo ajustaba 14 años. En las prensas burgalesas se imprimía la *Tragicomedia de Calisto y Malibea*, prodigio fascinante de la lengua castellana. De la lengua hablada ya en dos mundos, y que en el nuevo, sesenta años más tarde, producirá la primera gran obra literaria americana: la *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo. Con la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*, su autor, el judío converso Fernando de Rojas, originario de Talavera de la Reina, pueblo no lejos de Medellín, hizo del castellano la primera lengua literaria de Occidente. Durante un siglo más, en ese XVI despuntado apenas, los españoles llenarán la historia de hazañas portentosas con libros y con espadas.

Sobre la fallida aventura universitaria del joven Hernando o Fernando escribió Cervantes de Salazar: «Siendo de edad de 14 años en breve tiempo estudió gramática, porque era muy hábil; quisieron sus padres que siguiera el estudio de las leyes, mas como su aventura le llamara para empresa tan importante, dejando el estudio por ciertas cuarentenas que le dieron, de las cuales sanó dentro de ciertos meses, volvió a su tierra». Chico inquieto y avisado, volvió a su pueblo con algo de leguleyo, mucho de notario público y un barniz de historia, gramática y letras latinas. Barniz o algo más, pues sus

contemporáneos teníanle por «latino», o sea por conocedor de esa lengua, aparte de que sin la experiencia universitaria de Salamanca no habría podido escribir al emperador Carlos, en magnífico estilo castellano, las célebres *Cartas de Relación*, en las que según las *Décadas* de Pedro Mártir «se contienen cosas nuevas, inauditas y verdaderamente admirables».

Mal tomaron sus padres el regreso. Gomara, su capellán desde 1540 hasta su muerte, conocería la versión por boca del conquistador; «Volvióse a Medellín harto o arrepentido de estudiar, o quizá falta de dineros. Mucho pesó a sus padres su venida, y se enojaron con él porque dejaba los estudios. Ca deseaban que aprendiese leyes, facultad rica y honrada entre todas las otras, pues era de muy buen ingenio y hábil para todas las cosas». Cortés no era para eso. Si entre chicos de esa edad, hoy y siempre, es remoto encontrar interesados en el derecho romano o en escribanías, menos aún podían esperar don Martín y doña Catalina que el «bullicioso, altivo, travieso y amigo de las armas» (palabras son de Gomara) se sintiese tentado por quehaceres burocráticos. Para el joven de Medellín, como para sus coetáneos, resultaba atractiva no la historia de los viejos, hecha y gastada, sino la historia por hacer, el sueño al alcance de la mano en las guerras de Italia, de Africa y las Indias. De momento se presentaba la coyuntura favorable, pues Nicolás de Ovando, extremeño también, se disponía a desempeñar la gobernación de La Española, y sus naves se alistaban en San Lúcar. No le faltarían medios para colarse en alguna. Adiós pues a su casa, y a Sevilla.

Hacia 1500 los caminos del mundo convergían en Sevilla. Sobre el Guadalquivir corrían vientos del *Mare Nostrum* y de aguas incógnitas apenas 20 años antes, más allá de las Columnas de Hércules y las Islas Afortunadas. En la plazoleta de los Naranjos, a la sombra del minarete almohade, se reunían pescadores en los ríos revueltos de guerras y descubrimientos; hombres plagados de bubas por follar con indias, italianas o francesas, y llenos de codicias más contagiosas todavía. Hacia 1503 estaba en Sevilla el joven Cortés, entre miles de aventureros más, con su hatillo de sueños a la espalda. Se terminaba la catedral, por sus dimensiones la segunda o tercera de la cristiandad. Construir «un templo tal y tan grande que nos tengan por locos los venideros» fue la ilusión de sus constructores. Tres años más tarde, en 1506, colocaba la última piedra del cimborrio el maestro Alfonso, o Alonso Rodríguez. De la antigua mezquita almohade, derruida cien años antes, sobrevivían el gracioso minarete —en parte la Giralda actual—, el Patio de los Naranjos, la Puerta del Perdón y alguna cosa

más. No se completaba aún el segundo cuerpo del minarete, destinado a recibir las campanas cristianas, y menos los dos últimos, soportes del remate y la esfera donde en 1568 se colocó la estatua de La Fe.

Aunque el concepto continental de América estuviera por definirse, Sevilla era ya enclave europeo del Nuevo Mundo. Entre maestros canteros y escultores, entre herreros, forjadores, poetas, astrólogos y talladores de cristos, vírgenes y santos, bullían ganadores y perdedores de todo; guerreros con guerra o sin ella, truhanes y fulleros de media Europa, curas pescadores de capellanías, comerciantes catalanes, banqueros judíos, alarifes mudéjares, toneleros, embreadores, vendedores de pan cazabe, tocinos y carnes saladas; carromatos cargados con pellejos de vino, portugueses peritos en mares y porqueros extremeños con sus pjaras. Sevilla era el camino de Africa, el camino de Italia, el camino de las Indias con sólo dejarse llevar por las mansas aguas del río y optar, en San Lúcar, por sumarse a las huestes del Gran Capitán, o por seguir los novedosos caminos de la mar oceána. Como en nuestros días, de lo alto del minarete se gozaba la belleza de la gran ciudad. Abajo, en el Guadalquivir, los veleros, tentación de incógnitas a medio despejar; la posibilidad de poner proa al oeste y volverse por el este al puerto de San Lúcar. De momento la posibilidad solamente, pues nadie lo intentaba aún. Pocos años más tarde, el 27 de septiembre de 1519, mientras en Cuba preparaba Cortés su gran empresa, cinco barquichuelos zarparon de San Lúcar con Fernando de Magallanes en la nave capitana. Ese día, 273 fornidos marinos emprendieron la que Stefan Zweig llamó «aventura más audaz de la humanidad», y tres años más tarde desembarcaron allí mismo 18 despojos miserables a bordo de la *Victoria*, único barco sobreviviente. Alanceado y muerto Magallanes en Filipinas, llegaba la *Victoria* con su capitán Juan Sebastián Elcano, héroe sin par de las rutas oceánicas. El marino comprobaba la redondez de la tierra, y el emperador Carlos concedióle escudo de armas con un globo terráqueo y la inscripción consagrada: *Primus Circumdidisti Me*. La misma que ahora lleva en su banderín el *Juan Sebastián Elcano*, buque-escuela de la armada española. España y los españoles consumaban la «aventura más audaz de la humanidad». Medio milenio tuvo que aguardar el hombre para dejar su huella en la superficie de la luna, y coronar otra aventura semejante.

2. *Abiertos los caminos del mar.*

Faltaban 16 años para que las naves de Magallanes se hicieran a la vela cuando Cortés dispuso ir a La Española en uno de los barcos de Nicolás de Ovando, mas nunca faltan plomos o demonios con el peso suficiente para arruinar los sueños. Y menos de andarse por las calles de Sevilla, llenas de hombres y mujeres rudos y malolientes, pero también de hembras apetitosas y nada conventuales, alguna tan prometedora que el mozo no resistió la tentación de catar sus mieles antes de emprender el viaje. Dama de mal fario, pues al trepar el galán a su dormitorio, al amparo de la noche, perdió pisada y dio con su humanidad en el suelo, donde el infeliz quedó maltrecho y con algún hueso roto. El lance anunciaba su futuro, pues si en la guerra salió Cortés siempre bien librado, en el amor le pintaron bastos. Ahora mismo, como se encontraba, no era cosa de embarcar, y la flota de Ovando partió dejándole en tierra sin la satisfacción, siquiera, de haber follado con la dama. ¡Tantos peces terminan en cacharros de posadero por no resistir los encantos de anzuelos disimulados! Trampas engañosas: el cebo para el pez y la mujer para el varón, una y misma cosa. Trampas del diablo, que no duerme. Con los años aumentó en Cortés el gusto por la guerra y las mujeres, mas su saber en punto a éstas no mejoró gran cosa. Si como guerrero fue intuitivo, racional, intelectual y siempre exitoso, como amante nunca pasó de garañón «cuya actividad amorosa se nutría casi exclusivamente de vigor animal... La mujer sobre la que derrochaba su vitalidad importaba poco, desde luego dentro de ciertos límites de calidad y gusto. Su poligamia era franca y abiertamente oportunista», escribió Madariaga en su libro sobre el conquistador de México. Así, efectivamente, se conducía Cortés con las mujeres. Y así le iba.

En alta mar la flota de su deudo Ovando, ideó pasar a Nápoles con gente del Gran Capitán, viaje del que se arrepintió en Valencia, al decir de Torquemada, por su apetencia de las Indias, donde la buena suerte le aguardaba no obstante que «el bullicio de la sangre le hacía variar y torcer intentos». En 1504 hizo Cortés flete y matalotaje en el barco de Alonso Quintero, mercader vecino de Palos de Moguer, dueño de alguna de las cinco naves que pasaban a La Española con sedas, armas, aperos, vinos y jamones. Sólo que Quintero dio vela a su barco, en cuanto la expedición se reavitualló en La Gomera (Canarias), para ser el primero en llegar y vender con más provecho. Madrugador sin fortuna, Quintero no contó con malos vientos y peores aguas, de modo que al fin, roto el mástil y deshechas las velas, terminó por reunirse con sus compañeros, aunque para volver a las andadas. Perverso sería el tal Quintero, contumaz en cifrar la

ganancia «en la rapidez del camino», como dice López de Gomara, mas ¡caramba con Francisco Niño de Huelva! tan incapaz piloto que pronto navegaron sin rumbo durante varios días. Cortés pasaba las de Caín, como todos a bordo. Lloraban los pasajeros según Torquemada; echábanse la culpa unos a los otros, y todos negaban que la tenían; faltábales el agua; unos maldecían su ventura y otros pedían misericordia, «esperando la muerte que algunos llevaban ya tragada». Hasta que el Viernes Santo posó una paloma sobre la gavia, anuncio de la cercana tierra. Su vuelo corrigió el rumbo de Niño de Huelva; en la Pascua de la Resurrección avistaron La Española, y dos días más tarde aportaban en la ciudad de Santo Domingo. Año de 1504. No cumplía Cortés los 20 al pisar tierra del Nuevo Mundo.

El extremeño no pudo quejarse del recibimiento de Ovando, ya gobernador y fundador de la villa de Azúa, cuya escribanía le confió, amén de indios en repartimiento. Durante cinco años vivió Cortés en Azúa «dándose a granjerías y sirviendo su oficio a contento de todo el pueblo»... y dándose también al culto de Venus: «oí decir —dice Bernal—, que cuando mancebo en la isla Española fue algo travieso sobre mujeres, e que se acuchilló algunas veces con hombres esforzados e diestros e siempre salió con victoria». Mas atender su escribanía y travesear con las mujeres no le bastaba y a Veragua quiso ir con Diego de Nicuesa, por tener esa tierra fama de rica, dice Cervantes de Salazar, «pero dejó de hacerlo por un dolor grande que le dio una pierna. Decían sus amigos que eran bubas, pues siempre fue amigo de mujeres, y las indias, mucho más que las españolas, infeccionan a los que las tratan». Otra vez los riesgos de Venus cruzábanse en su camino, y tan violento se hallaba en la ociosidad de la isla, dice Antonio de Solís, que pidió licencia para empezar a servir en Cuba, «donde se traían por entonces las armas en las manos». En 1511, en efecto, el gobernador de las Indias, Diego Colón, confió a su homónimo Velázquez la conquista y población de la Isla, y con él marchó Cortés como oficial de Miguel de Pasamontes, tesorero del quinto real.

Al lado de Diego Velázquez, futuro instrumento de sus hazañas, no pintaba el de Medellín. Ignoraba Diego que entre él y un emperador azteca; entre su áspera codicia y el fatalismo del indio, tallarían el pedestal del mozo por ahora criador de vacas, yeguas y ovejas en Santiago, primera fundación española en tierras cubanas. ¿Granjero Cortés? De momento sí, aunque sin renunciar al oro, la gloria y las mujeres, sus tres grandes pasiones. Oro había en Cuba, si bien notoriamente insuficiente para saciar la sed de tantos. Indios también, aunque

poco remuneradores, pues distaban de ser ejemplo de fortaleza física y amor al trabajo. Holgaban más de la cuenta, y morían como moscas de movérseles a punta de látigo. Mujeres también, indias pequeñas, con sus cobrizos pechos al sol, y españolas como las hermanas Xuárez, llegadas a Santo Domingo en 1509 con la virreina doña María de Toledo, según Gomara «con el pensamiento de casarse allá con hombres ricos, ca ellas eran pobres». De todo había en Cuba, aunque nada suficiente para calmar sedes excesivas.

En cuanto a Velázquez, gobernador de Cuba, sin talante de conquistador pero burócrata avezado, conocía de sobra los intrínquilis del poder. Los burócratas son seres que sacrifican todo a los encantos de un organigrama bien hecho, mas nunca escapan a la seducción creadora de sus antitipos, y terminan por volverse sus aliados. El burócrata Velázquez se convirtió de servido en servidor, y mediante metamorfosis tan simple prestó su colaboración a uno de los más fascinantes capítulos de la historia. Si en el primer episodio el gobernador don Diego confió a Cortés el bastón de mando, y más tarde, hallándose éste en país enemigo y sin esperanza de socorro le allegó armas, navíos y soldados de refresco en el fallido intento de aniquilarlo, no cabe desconocer su significación en la gran aventura. El genio es don de manifestaciones múltiples, una de ellas el carisma —el *járisma* de los griegos— que en buena teología significa don de Dios. Y que en políticas humanas se entiende como innata facultad para hacer, de los demás, meros seres instrumentales.

Cortés intrigante, Diego receloso, nadie habría dado un maravedí por la amistad aquella pese a figurar el mozo entre los secretarios del gobernador. Que el extremeño era un cortesano de cuerpo entero lo confirman las palabras de Las Casas, al decir que desde el momento de pasar a Cuba «a nada dedicaba más atención que a congraciarse con su jefe de todas las maneras posibles». De momento subía de tres en tres los peldaños de la burocracia indiana, pero... nunca falta algún «pero», ahora las nada escrupulosas hembras atizadoras de discordias entre los bien probados garañones. En dos de las tres hermanas del granadino Juan Xuárez, recién llegadas de Santo Domingo, pusieron Cortés y Velázquez algo más que sus respectivos ojos, pues si de las intimidades del primero con Catalina, llamada La Marcaida, se abstuvo pudorosamente Bernal Díaz de dar pormenores, concretándose a «no tocar esa tecla», todos sabían que la otra endulzaba los ocios del panzudo Diego. Con las mujeres tenía Cortés mala suerte, y no por no conseguir de ellas cuanto buscaba sino por las broncas que tenía en cuanto se cruzaba con alguna, y La Marcaida no fue excepción de

esa regla, pues por su causa, dice Gomara, tuvo el mozo «algunas pendencias y estuvo preso, pues no la quería él por mujer y ella le reclamaba la palabra». Preso y por orden del gobernador, quien por ese medio se proponía mejorar su imagen a ojos de su amada.

A primera vista suena excesivo que Diego diera el paso en defensa del honor de Catalina, mas en verdad abundan los ejemplos de notorios ladrones defensores de su buen nombre, y de furcias, hetairas o putas, que es lo mismo, más celosas de su honra que muchas mujeres sacramentadas. De modo que con lógica o sin ella el galán terminó entre rejas, expuesto a sufrir larga condena de no reparar, con el sagrado vínculo, los desperfectos causados en el organismo Catalina. Según Gomara, Cortés consiguió escapar de la prisión —aunque no finalmente a su suerte respecto de La Marcaida—, gracias a que el guardián Cristóbal de Lagos «fingió no enterarse de nada por miedo, no por amistad como se ha dicho falsamente», y el prisionero consiguió ganar la calle y refugiarse en la vecina iglesia. El gobernador, claro, riñó al carcelero, le acusó de haberse dejado sobornar, y sin dar a torcer su brazo tendió nuevas redes para hacerse de su ilícito conculco. ¿Cuáles fueron sus ardides? No se conocen con certeza, pero es de suponerse que mediante el cebo del amor fraguara Diego planes para echarle mano otra vez. La hembra pudo ser la misma Catalina, y varios biógrafos de Cortés lo dan por un hecho. En fin, que el extremeño terminó por morder carnada y anzuelo: una noche abandonó el sagrado recinto; en la calle cayeron sobre él los hombres del alguacil Juan Escudero, y en cosa de minutos terminó el galán en la bodega de un barco surto en la bahía.

Sólo que también de allí escapó Cortés con base en argumentos seguramente parecidos a los empleados con Cristóbal de Lago, con la diferencia de que si la primera vez se hizo constar esa acusación sobre Cristóbal, en la segunda quedó en el anonimato el nombre del sobornado, que lo habría ya que ni entonces ni ahora se rompen cepos y grilletes con los dientes. A nado, en aguas infestadas de tiburones, cuenta Gomara, ganó Cortés la orilla y tomó resueltamente para la casa de Velázquez. El aprendiz en eso de «untar la mano» hacía sus primeras armas en una técnica de la que va a ser orfebre. Si el soborno es la segunda naturaleza moral del mexicano, demos crédito a Cortés como el más excelso de sus precursores.

Es de suponerse la sorpresa que se llevó Velázquez al irrumpir en su casa aquél a quien suponía en prisión mientras no reparara el honor de Catalina, mas Cortés llegaba en son de paz, y aunque se dice que Diego echó mano de la

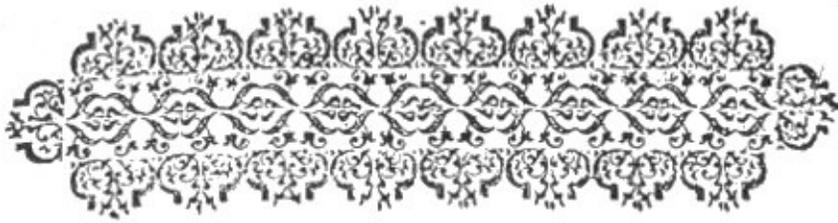
espada, la volvió a su vaina tan pronto como, mansamente, su inesperado visitante díjole llegar a conocer sus quejas para satisfacerlas y ser su servidor y amigo, lo que tanto holgó al gobernador que le estrechó en sus brazos, y según Bernal Díaz terminaron por dormir en la misma cama. Velázquez era un hombre sensato, como la mayoría de los obesos, y no compraba pleitos si quien le disputaba dinero o renombre doblaba las manos. El penoso incidente quedó salvado tan pronto como el rejiego galán llevó a La Marcaida ante el casamentero de una iglesia de Santiago. ¡Qué se le iba a hacer! Mientras el gobernador follaba con la otra Xuárez sin cortapisas, el extremeño haría eso mismo, con Catalina, en apego estricto a la ley de Dios.

Como todos o casi todos los españoles de ese tiempo, Diego Velázquez tenía la manía de exploraciones y descubrimientos. Conquistada y pacificada la isla de Cuba, el 8 de febrero de 1517 tres naves cargadas con tocinos y pan cazabe, amén de aceite, cuentas de vidrio y otras menudencias para rescatar, se hicieron a la mar en un pequeño poblado, más tarde conocido como La Habana. Velázquez proporcionó uno de los barcos, y dos más los restantes argonautas, uno de ellos posteriormente famoso por su genial relato de la epopeya mexicana: Bernal Díaz del Castillo. La expedición al mando de Francisco Hernández de Córdova dobló la punta de San Antón, y varios días más tarde exploró las costas yucatecas hasta un cabo que los navegantes, al oír decir a los naturales: «cones cotoche, cones cotoche», expresión que según Bernal significaba «andad acá, a mis casas», bautizaron como cabo Catoche. Sin nada que lamentar en su primer encuentro, embarcaron nuevamente para navegar por el golfo de México. En busca de agua y rescates bajaron a tierra, y en las cercanías del pueblo de Potonchán (Tabasco) se toparon con indios nada amistosos armados con arcos, flechas y rodela. Maltrechos en su primer encuentro volvieron a sus barcos los hombres de Hernández de Córdova, y a partir de ese día, en las cartas de marear, se conoció el sitio como costa de Mala Pelea. Ya sólo querían volver a Cuba, si bien Antón de Alaminos, gran piloto y señor de mares desconocidos, aconsejó tomar el camino de La Florida, otra tierra de magias donde 15 años antes Juan Ponce de León, arrebatado por la fiebre de supervivir, encontró la muerte en el empeño de dar con la fuente de la juventud.

Pero los hombres de Hernández de Córdova no andaban en pos de aguas milagrosas sino de otras más modestas para saciar la sed, de modo que tan pronto echaron anclas desembarcaron, cavaron profundo hasta encontrar agua dulce, y se hartaron de ella. También llenaban botijos, para llevarla a sus

compañeros de a bordo, cuando uno de los vigías dio voces de alarma: en son de guerra se aproximaban los indios, y no podían hacerles frente. Bravamente cubrieron su retirada, y con seis o siete heridos, llegaron a sus bateles y finalmente a los navíos. De allí, heridos y desilusionados, volvieron al puerto de Carenas, La Habana del futuro. Consigo llevaban a Melchorejo y a Julianillo, dos indios de Catoche, y el estrujante recuerdo de la muerte de uno de sus compañeros, quien incapaz de resistir los encantos del agua bebió tanta «que se hinchó y murió de ahí a dos días», según Bernal. La tumba de ese infeliz quedó en el mar, y la de don Francisco Hernández de Córdova entre sus indios de repartimiento, pues mal atendido de sus heridas murió a poco de llegar.

En Santiago rindieron cuentas los sobrevivientes al gobernador Velázquez: habían descubierto mares, tierras, poblaciones con casas de cal y canto, indios vestidos con telas de algodón, ídolos de barro y algunas cosillas en oro de bajo quilataje. No faltó quien asegurara que los naturales de las tierras recién avistadas eran judíos, desterrados de Jerusalén en tiempos de Tito y Vespasiano, aunque nadie explicaba cómo se desplazaron tan lejos. Mas así y todo el señor gobernador se hallaba atribulado ya que la expedición, tan rica en descubrimientos geográficos y etnográficos, no pasaba de sonado fiasco económico, y Velázquez no se proponía escribir libros con observaciones sobre el Nuevo Mundo, ni fundar en Santiago museos etnográficos, sino extender su valimiento sobre nuevas áreas de poder y riqueza. Urgía pues volver a las andadas, y al siguiente año, 1518, se hicieron a la vela dos de las once naos alistadas con Hernández de Córdova, y dos más armadas por el gobernador, todas ellas al mando de Juan de Grijalva. Le acompañaban cuatro hombres luego famosos en los fastos de la conquista de México: Alonso de Ávila, Francisco Montejo, Pedro de Alvarado y el soldado cronista Bernal Díaz del Castillo. Al timón, el insigne Antón de Alaminos.



VERDADERA HISTORIA DE LOS SVCESSOS DE LA CONQVISTA DE LA NVEVA-ESPANA

CAPITULO PRIMERO

En que tiempo sali de Castilla, y lo que me acaccio.



N El año de mil y quiniéto y catorze salí de Castilla en compañía del Governador Pedro Arias de Auila, que en aquella sazón le dieron la Governacion de Tierra-Firme: y viniendo por la mar con buen tiempo, y otras vezes con contrario, llegamos al Nombre de Dios: y en aquel tiempo hubo pestilencia, de que se nos murieron muchos soldados; y demás desto todos los mas adolecimos, y se nos hazian vnas malas llagas en las piernas: y tambien en aquel tiempo tuvo diferencias el mismo Governador con vn hidalgo, que en aquella sazón estava por Capitan, y auia conquistado aquella Prouincia, que se dezia Vasco Nuñez de Balboa, hombre rico, con qu'en Pedro Arias de Auila casó en aquel tiempo vna su hija donzella con el mismo Balboa: y despues que

la huvo desposado, segun pareció, y sobre sospechas que tuvo, que el yerno se le queria alçar con copia de soldados por la mar del Sur por sentencia le mando degollar. Y despues vimos lo que dicho tengo, y otras rebueltas entre Capitanes, y soldados, y alcancamos a saber, que era nuevamente ganada la Isla de Cuba, y que estava en ella por Governador vn hidalgo, que se dezia Diego Velazquez, natural de Cuellar acoróamos ciertos hidalgos, y soldados, personas de calidad de los que auiamos venido con el Pedro Arias de Auila, de demandalle licencia para nos ir á la Isla de Cuba, y él nos la dió de buena voluntad, porque no tenia necesidad de tantos soldados como los que truxo de Castilla para hazer guerra, porque no auia que conquistar, que todo estava de paz: porque el Vasco Nuñez de Balboa yerno del Pedro Arias de Auila auia conquistado, y la tierra de luyo es muy corta, y de poca gente. Y despues que tuvimos la licencia nos embarcamos

Manda degollar por justicia el Governador Pedro Arias de Auila a su yerno Vasco Nuñez de Balboa

A en

Así comenzó Bernal su *Historia Verdadera*.

HISTORIA
VERDADERA
DE LA CONQVISTA
DE LA *Rey. en España*
NUEVA-ESPAÑA.
ESCRITA

*Por el Capitan Bernal Diaz delCastillo,
vno de sus Conquistadores.*

SACADA A LVZ

Por el P.M.Fr. Alonso Remon, Pre-
dicador , y Coronista General del
Orden de Nuestra Señora de la
Merced Redempcion de
Cautivos.

ALACATHOLICA MAGESTAD
DEL MAYOR MONARCA
DON FELIPE *QUARTO*,
*Rey de las Españas, y Nuevo
Mundo, N. Señor.*

CON PRIVILEGIO.

En, Madrid en la Imprenta del Reyno. Año de 1632.

En 1632 se publicó la primera edición de la Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España.

Mas tampoco esta vez acompañó la fortuna a los navegantes, si bien a los diez días de doblar la punta de San Antón avistaron y desembarcaron en una hermosa isla, por ellos llamada Santa María, y Cozumel por sus habitantes. A partir de Cozumel siguió Grijalva el derrotero de su precursor Hernández; como él dobló Catoche, y como él también sufrió bajas por la guerra que le hicieron los indios de la costa. Finalmente el piloto Alaminos condujo la pequeña armada hasta «una boca como de río muy grande», que no era boca ni río sino la hoy conocida laguna de Términos, en tierras de Campeche, y más adelante, ahora sí la gran corriente llamada por los naturales río de Tabasco, bautizada por los navegantes como río de Grijalva, en homenaje a su capitán. A lado del río encontraron pueblos de indios, éstos no guerreros como los de Potonchán sino tan amistosos y hospitalarios que intercambiaron regalos con los recién llegados: cuentas verdes y otras baratijas castellanas a cambio de mantas, conchas y joyas de valor escaso. Mediante Melchorejo y Julianillo supieron los españoles que no había oro por allí, pero sí más lejos, en tierras donde se ponía el sol: «Culúa, Culúa», decían los naturales. Otros no decían «Culúa» sino «México», voz que oían por primera vez.

Más adelante, Grijalva y sus hombres avistaron otro caudaloso río —llamado Banderas—, en cuya cercanía tuvieron el primer contacto con súbditos de un lejano y poderoso monarca, quienes a cambio de baratijas les dieron ropa de algodón, jades, jadeínas llamadas por ellos *chalchihuites*, y algunas joyas en oro. Ciertamente no les engañaron los de Tabasco: el oro estaba en Culúa, y en Culúa reinaba un poderoso señor llamado Moctezuma, ahora lo sabían. Nuevamente a la vela navegaron hasta dar en un islote con casas bien labradas y altares «con ídolos de malas figuras». Ciertamente lo peor no eran esos ídolos, ni su catadura, sino cinco cuerpos de indios sacrificados allí mismo, con los pechos abiertos, cortados brazos y muslos, cubiertas de sangre las paredes del adoratorio. En aquel mundo todo cambiaba vertiginosamente. Daban un paso, y cosas nuevas. Sorpresas de un día al otro. Ahora sabían de una tierra, *Culúa*, gobernada por un señor llamado Moctezuma, cuyos sus súbditos practicaban sacrificios humanos y bañaban con sangre humana sus altares. Ir a *Culúa*, en busca del oro, era correr riesgos personales muy serios. En las cartas de marear quedó registrado ese islote sangriento: por isla de Sacrificios se le conoció a partir de ese día.

Nuevo desembarco en un vecino promontorio o isleta, y allí adoratorios erigidos «a un ídolo muy grande y feo» llamada Tezcatlipoca. Sobre el altar, dos muchachos abiertos por el pecho. Grijalva preguntó quién ordenaba aquello, y la

respuesta fue que los de *Culúa*. Corría el mes de junio, y era el día de San Juan. Otro nombre para cartas de marear: San Juan de Culúa, o San Juan de Ulúa. En el islote y sus inmediaciones estuvieron los castellanos siete días. Tranquilamente permutaban sus cuentas y sartales por ropas, piedras y joyas indias, mas por escasear el matalotaje, y haber muerto varios expedicionarios en encuentros con los indios, Grijalva dispuso que Alvarado fuera a Cuba en busca de auxilios en tanto que él, con las tres naves restantes, exploraba aquellas aguas y tierras —pueblos como Tuxpan y ríos como el Papalote (Papaloapan), y el Guazacalco— lugares donde recogieron nuevos rescates, entre ellos cuchillos de pedernal con hojas duras y afiladas como acero toledano. Y sin esperar el regreso de Pedro mandó Grijalva regresar. Como entre el oro de Alvarado y el de Grijalva andaría el rescate en los veinte mil pesos, dice Bernal, el gobernador estaba satisfecho. Y mucho más oro habría en *Culúa*. Mucho más. Claro que con el camino lleno de adoratorios con paredes manchadas de sangre, pero el oro estaba en *Culúa*, y el oro valía más que los cuerpos abiertos, más que las costras de sangre pestilente. El oro valía tanto como la gloria. Bastante más que la vida.

3. *Arranca la prodigiosa aventura.*

Mediante inobjetales-Testimonios sabemos hoy que Diego Velázquez tomó la determinación de enviar la nueva armada antes de regresar Juan de Grijalva. Bernal Díaz escribió en su *Historia* que Velázquez se resolvió *después* de volver Grijalva, mas erró pues la nueva expedición, ahora la de Cortés, se decidió no *después* sino *antes* de regresar Grijalva, aunque sí después de haber llegado Pedro de Alvarado con sus heridos y el oro de los rescates. La secuencia de los hechos fue como sigue: al aportar Alvarado en Santiago, el gobernador, jubiloso con sus noticias sobre la extensión y riqueza de las costas recién exploradas, tomó providencias para asegurar sus derechos políticos y financieros sobre las nuevas tierras, y para ese fin envió a España a su capellán Benito Martín, quien se las arregló para que el joven monarca, entonces con la corte en Barcelona, confiriera a Diego el título de Adelantado y al clérigo el de abad de la Isla Rica, este último falso concepto insular de la península yucateca. Es importante recordar que el fraile obtuvo tales prebendas para sí y para su amo a fines de 1518, como dice Alamán, y no en el verano de 1519, como quiere Madariaga. Y es importante porque al ser Adelantado de Cuba desde 1518, Velázquez quedaba

liberado de toda sumisión a la autoridad del almirante Diego Colón, por herencia de su padre celoso titular de cuanto fuesen empresas descubridoras.

Mientras el capellán Benito Martín viajaba a España. Velázquez, temeroso del destino de Grijalva, sin informes del viaje de Cristóbal de Olid, a quien él mismo envió en busca de los expedicionarios, deslumbrado además por las noticias y el oro de Alvarado, resolvió tomar por su cuenta una empresa de mayor envergadura, o sea la que pronto pondrá al mando de Cortés. Todo ello resulta de las *Instrucciones* que el 23 de octubre de 1518 proporcionó Diego al extremeño para emprender la gran aventura: «Item: llegado que a la dicha isla de Santa Cruz (Cozumel) seáis, y por todas las otras tierras donde fuereis, trabajaréis por todas las vías que pudiéredes de inquirir a saber alguna nueva del armada que Juan de Grijalva llevó, porque podría ser aquel dicho Juan de Grijalva se oviese vuelto a esta isla, e tuviesen ellos dello nueva e lo supieron de cierto, ó que estoviese en alguna parte ó puerto de la dicha isla, e asimismo por la dicha orden trabajaréis de saber nueva de la carabela que llevó á cargo Cristóbal Dolid, que fue en seguimiento del dicho Juan de Grijalva, sabréis si allegó a dicha isla, é si saben qué derrota llevó, ó si tienen o sepan alguna nueva de á dónde está, é cómo». El gobernador jugaba con cartas marcadas, pues si el objetivo central de la expedición consistía en la búsqueda de Juan de Grijalva y Cristóbal de Olid, no se justificaba que la armada zarpara de Santiago cuando Olid y Grijalva estaban de vuelta. Diego ignoraba, por supuesto, que las cartas de su socio Cortés distaban de ser más limpias. Todos jugaban así en aquellos días.

Posiblemente la mayor controversia en torno de las *Instrucciones* de Velázquez resulta de precisar si Cortés llevaba o no facultades para poblar en las tierras descubiertas. Ya en México, Cortés sostuvo que sus instrucciones le autorizaban a poblar, en tanto que los soldados fieles al gobernador, deseosos de volver a sus hogares, sostenían que la expedición se armó para rescatar y volver con los productos. ¿Cuál era la verdad? Pues otra vez la oscura verdad de las cartas marcadas. Si donde se reúnen dos españoles, y eso hasta hoy, se dan por lo menos cuatro opiniones diferentes y contrarias, es de suponerse que entre los aventureros que llenaban las plazas públicas de Santiago —dotación humana de las expediciones—, hubiera por lo menos dos grupos interesados en opuestos objetivos: unos deseosos de poblar y crearse un elevado *status* personal en tierras apenas avizoradas, y otros, menos creativos y al fin menos ambiciosos, interesados en rescatar solamente, o sea en permutar baratijas europeas por oro,

jades y joyas indígenas para mejorar su condición económica en Cuba. Lo lógico era redactar las Instrucciones para Cortés en términos un tanto crípticos. Anzuelo capaz de coger peces de cualesquiera colores y tamaños.

Por último: ¿por qué se mantuvo Cortés en la sombra, sin mostrar las uñas mientras otros Hernández de Córdova, Grijalva, Alvarado, Montejo y tantos más hollaban escenarios destinados a su gloria? Y más todavía: ¿por qué, si a la vista de aquellas expediciones Cortés no asomó siquiera las narices, pensó en él Velázquez a la hora de nombrar jefe de la nueva armada? A la primera de estas preguntas responde satisfactoriamente don Salvador de Madariaga: «Bien sabía él (Cortés) qué clase de hombres eran estos que probaban fortuna en las Isla Rica (Yucatán) —Hernández de Córdova, Grijalva, Olid—. Excelente catador de hombres, colocado en el ápice del mundo oficial de lo que, al fin y al cabo, era una colectividad humana reducida, donde todo el mundo conocía a todo el mundo, de seguro tenía opiniones bastante acertadas sobre el valor del personal disponible para la conquista. La conclusión se impone por consiguiente: que permaneció deliberadamente en la sombra, reservando su energía, su influencia y sus amigos para el momento en que todos aquellos exploradores fracasados le hubiesen abierto la brecha hacia el triunfo que sólo él era capaz de alcanzar», todo ello en independencia, dice Madariaga también, de que al momento de partir iba Cortés dispuesto no a rescatar oro por baratijas sino a conquistar y poblar.

En cuanto a la segunda, la de por qué el gobernador Velázquez se decidió por él si tenía a la vista varios otros candidatos, es harina de otro costal. En primer lugar don Diego no ejercía la nigromancia, y con sus actos probó cien veces que Dios no le favoreció con dones adivinatorios. Objetivamente, nadie como Cortés reunía los requisitos para encabezar la empresa, entre otros su buena posición económica, pues Velázquez, como escribe Gomara, era «de poco estómago para gastar», y no estaba dispuesto a correr los riesgos por su exclusiva cuenta. Cortés era sin duda el hombre adecuado, y en eso no erró el gobernador, quien si acaso fue poco previsor al no advertir que era también el menos idóneo para con sus intereses personales. A este respecto escribió don Lucas Alamán en sus *Disertaciones*: «Este (Velázquez) quería conquistar la Nueva España sin moverse de la isla de Cuba, y pretendía hallar un hombre que tuviese toda la elevación de espíritu pensable para tan grandes intentos, y toda la sumisión indispensable para sujetarse a trabajar para otro; dos circunstancias difíciles, por no decir imposibles, de encontrarse reunidas». Al juicio de Alamán no cabe

quitársele coma. Velázquez erró en la elección de Cortés, y se equivocó porque cualquier amalgama entre el espíritu creador y la sumisión, entre fuerza y debilidad morales, está condenado al fracaso. Pensar en un Cortés simple ejecutor de órdenes, y a la vez imaginativo y creador, era tanto como querer fundir al perrillo faldero de vieja rica con el poderoso mastín de guerra. La elección de Cortés resultó de los demonios para Diego Velázquez porque violaba el principio lógico de contradicción, según el cual nada y nadie pueden ser y no ser al mismo tiempo.

Velázquez, pues, necesitaba un capitán audaz que fuese al mismo tiempo buen socio, por aquello de su «poco estómago para gastar». Muerto Francisco Hernández de Cordova, Grijalva sin tamaños para la empresa, y Cristóbal de Olid poco de fiar, quedábale Cortés como único jefe posible, mas así y todo el extremeño le daba mala espina pese a tener las paces hechas desde el día en que, según Bernal, durmieron en la misma cama. Algunos de sus más cercanos amigos le proponían la mejor opción de un tal Vasco Porcallo, valiente y audaz, pero de quien el gobernador temía que se alzara con la armada; otros se inclinaban por Agustín Bermúdez o por Antonio o Bernardino Velázquez, deudos suyos, y otros más, entre ellos Bernal Díaz del Castillo, insistían en aprovechar la experiencia de Juan de Grijalva.

En el círculo del gobernador todos tenían por lo menos un candidato, y no sospechaban que Cortés ganaba la partida, con los ases ocultos en la manga, al hacer «secretamente compañía» —las palabras son de Bernal— con Andrés de Duero, secretario de Velázquez, y con Amador Lares, contador del rey y hombre también de influencia con el gobernador. Duero y socios se comprometieron a que Velázquez le nombrara capitán de la armada, obligándose él a dividir con ellos su parte en el oro, la plata y las joyas que resultaran de la expedición. Conseguido el propósito, ante Alonso Escalante, escribano público, el 23 de octubre de 1518 Cortés y Velázquez ajustaron los pormenores de la empresa. Arreglo de Duero y Lares sobre todo, quienes merecen el reconocimiento de la posteridad como los dos primeros «influyentazos» de la historia mexicana.

Sólo que los malquerientes del extremeño no se dieron por vencidos, y volvieron a la carga sobre el tornadizo Diego. Que abriera los ojos y no se fiase de aquel «mañoso, altivo, amador de honras y hombre que se vengaría en aquello de lo pasado»; que se alzaría con la flota: que aún era tiempo de atajar los males. Tanto arreció la campaña que los descontentos se sirvieron de un pobre infeliz, llamado Cervantes el Loco, quien un domingo, al ir a misa Cortés

y el gobernador, se les plantó y dijo entre gestos y chocarrerías: «¡Oh Diego! ¡Oh Diego! ¡Qué capitán has elegido, que es de Medellín de Extremadura, capitán de gran ventura, más me temo, Diego, que se te alce con la armada, porque todos le juzgan por muy varón en sus cosas!» Al lado de Velázquez iba también Andrés de Duero, quien dio de pescozazos al loco y le llamó bellaco y borracho. Pero Cervantes tendría dones adivinatorios: «Los locos alguna vez aciertan en lo que dicen», apostilla Bernal.

Tanto se murmuraba, y tantas y buenas razones oía Velázquez contra el extremeño que se propuso cambiar lo hecho, pero Cortés no cejaría en la empresa, ni desharía compañía. Fiados cogió cuatro mil pesos para comprar dos naos, seis caballos y alguna ropa, y según Gomara «tomó casa, hizo mesa y comenzó a ir con armas y compañía cual si tuviese señorío sin estado». Puercos y carneros cogió a Fernando Alonso de su carnicería, dándole en pago una cadena de oro, y el 18 de noviembre partió de Santiago con seis naves y trescientos españoles. Contra quienes hablan de su marcha como huida de truhán que pega y corre, el relato de Bernal no deja lugar a dudas: «Y después de muchos ofrecimientos y abrazos de Cortés al gobernador y del gobernador a él, se despidió, y otro día muy de mañana, después de haber oído misa, nos fuimos a los navíos, y el mismo Velázquez fue allí con nosotros; y se tornaron a abrazar, y con muchos cumplimientos del uno al otro, y nos hicimos a la vela, y con próspero tiempo llegamos al puerto de La Trinidad». En la nave capitana llevaba Cortés un estandarte bordado en oro con armas reales, cruz y leyenda: «Sigamos la señal de la cruz con fe verdadera, que con ella venceremos». Muy obvia réplica del *In Hoc Signo Vincas*, del emperador Constantino. Los héroes no se sustraen fácilmente a los encantos de la historia.

La villa de La Trinidad fue primera escala. Apenas llegado mandó Cortés colocar pendón y estandarte frente a su posada; aumentó el matalotaje, y fortaleció sus huestes con cuatro famosos capitanes: Pedro de Alvarado Alonso de Ávila, Cristóbal de Olid y Juan de Escalante, todos ellos de primera línea en los inminentes fastos conquistadores. De la cercana villa de Sanctispiritus acudieron a su llamamiento tres más: Alonso Hernández Portocarrero, Gonzalo de Sandoval y Juan Velázquez de León, entre otros. Sin el auxilio y la entereza de cada uno de ellos, de su entraña guerrera, no habría consumado Cortés la conquista de México. No es posible desconocer su significación, y para acentuarla escribió Bernal su *Historia Verdadera*. Soldado de Cortés ahora, como antes lo fue de Grijalva, Bernal se mostraba alegre y confiado en Trinidad:

«Ya teníamos once naves y todo se nos hacía prósperamente. Gracias a Dios por ello».

Mas nunca falta la mosca en la leche o el pelo en la sopa, como se quiera. Mientras en Trinidad daban todos gracias a Dios, y aprestaban armas y matalotaje para emprender la marcha, en Santiago sucedíanse acontecimientos desgraciados, uno sobre todo: el vacilante gobernador había finalmente cedido a las murmuraciones; se enteró de los arreglos entre Cortés, el secretario Andrés del Duero y el contador del rey, y ni tardo ni perezoso revocó poderes al extremeño, nombró en su lugar a Vasco Porcallo, y envió mandamientos a Trinidad para que se le prendiese en obvio de mayores riesgos, inútiles providencias por cierto. Ahora sabría quién era su socio, pues si bien mandó ejecutar sus órdenes a Francisco Verdugo y a Diego de Ordaz, a éste por ser gente suya, y a Verdugo como alcalde mayor de la villa, Cortés contraatacó, y tales palabras y ofrecimientos les dijo, según Bernal, «que les puso a su servicio». «Y aún el mismo Diego de Ordaz convocó a Francisco Verdugo que no se hablase más del negocio, sino que lo disimulase, y púsole por delante que hasta allí no habían visto ninguna novedad en Cortés, pues se mostraba muy servidor del gobernador... y con el otro mensajero escribió Cortés muy amorosamente a Diego Velázquez que se maravillaba de su merced de haber tomado aquel acuerdo, y que su deseo es servir a Dios y a Su Majestad y a él en su real nombre, y que le suplica que no oyese más a aquellos señores sus deudos, ni por viejo loco que era Juan Millán se hiciese mudanza». Juan Millán era un tipo atronado, con fama de astrólogo, quien públicamente decía a Velázquez: «Mirad, Señor, que Cortés se vengará ahora de vos de cuando le tuvistes preso, y como es mañoso y atrevido os ha de echar a perder si no lo remediáis presto».

No imaginaba el astrólogo en qué medida fracasarán los proyectos de Velázquez por causa de Cortés, quien si por un lado escribía cartas a Duero y Lares, para sincerarse, por el otro se agenció dos herreros, apresuró el aderezo de armas, la fabricación de saetas, casquillos y ballestas, y unos días más tarde levó anclas para La Habana. De momento ponía tierra entre él y Diego Velázquez. Luego pondrá el mar, y finalmente hundirá las naves. Tierra y mar para que no llegasen hasta él los servidores de Diego, y naves a pique para evitar que sus hombres volviesen a Diego. Nada podría el gobernador contra aquel hombre de voluntad resuelta.

Con el encargo de aumentar la expedición con españoles residentes en las estancias, por tierra siguió Alvarado su camino en tanto que Cortés hacía lo

mismo a bordo de la nave capitana, que varada unos días en los bajos de la isla de Pinos fondeó en La Habana cuando sus compañeros, creyéndole perdido, formaban «bandos y medio chirinolas sobre quién sería capitán hasta saber de Cortés». Pero éste llegó; puso sus pendones a la puerta de la casa de Pedro Barba, teniente de la villa recién fundada, y cesaron las chirinolas. Sólo que Diego Velázquez no daba su brazo a torcer, y furioso por lo de Trinidad, llamándose a engañado por Lares y Duero en primer lugar, y luego por Verdugo, Ordaz y su deudo Velázquez de León, envió a un criado con mandamientos para prender al capitán. Demasiado tarde porque el teniente Pedro, Alvarado, Puertocarrero, Olid, Escalante, Sandoval y Velázquez de León estaban por Cortés. También figuraba entre los suyos don Francisco de Montejo, vecino de La Habana y futuro adelantado y capitán general de Yucatán. Y con dos mil tocinos, y otras tantas cargas de maíz, dio orden de embarcar.

A bordo del *San Sebastián*, por la banda norte, iría Pedro de Alvarado seguido por Diego de Ordaz, mientras los nueve restantes con el capitán a bordo, tomarían por la banda sur. Todos se reunirían en la punta de San Antón, a 140 millas náuticas de Acuzimil, o Cozumel como se dirá más tarde. Por cierto que Gomara transcribe la «breve plática» que según él tuvo Cortés con su gente antes de partir, obra probablemente más del capellán que de su biografiado, si bien puede darse por seguro que cien veces empleó el extremeño palabras así para hablar a sus soldados: «Aquí yo os propongo grandes premios, mas envueltos en grandes trabajos. Pero la virtud no quiere ociosidad. Por tanto, si quisiéreis llevar la esperanza por virtud o la virtud por esperanza, y si no me dejáis, como no os dejaré yo a vosotros ni a la ocasión, yo os haré en muy breve espacio de tiempo los más ricos hombres de cuantos acá jamás pasaron. Pocos sois, ya lo veo, mas tales de ánimo que ningún esfuerzo ni fuerza de indios podrá ofenderos, que experiencia tenemos de cómo siempre Dios ha favorecido en estas tierras a la nación española, y nunca le faltó ni le faltará virtud ni esfuerzo. Así que id contentos y alegres, y haced igual el suceso que el comienzo». Oyeron misa y abordaron las once naves, una, la capitana, de cien toneladas; tres más de setenta u ochenta, y las restantes como bergantines, pequeñas y sin cubierta. Era el 10 de febrero de 1519. Cortés frisaba en los 34 años al emprender la conquista del imperio mexicano.

Mandó que en la punta de San Antón se reunieran las once naves, mas solo diez fondearon allí porque Alvarado, de sus pistolas, ordenó seguir adelante con la suya. De momento guardóse Cortés la contrariedad, y de San Antón puso proa

al cabo Catoche, con tiempo favorable no obstante la mala estación. Ante los azorados castellanos, el mar Caribe desgranaba su fantasía cromática. Con sus peces azules, negros, verdes, rojos y atigrados, el mundo mágico principiaba allí. Mágicas playas de arenas finas como lágrimas de niños. Mágicos corales apenas arropados por las aguas, y más allá de playas, esteros, palmeras y altas cimas, el imperio mágico. «La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo creó, es el descubrimiento de las Indias», escribió en su *Historia* Francisco López de Gomara.

Llegaban ya. Sin énfasis, las olas morían en las playas blancas de Acuzimil.

Capítulo Segundo

EN EL PAÍS DE LA MAGIA

Idos con Dios, que yo tengo labrada la cara y horadadas las orejas. ¡Qué dirán de mí desde que me vean esos españoles ir de esta manera!

GONZALO GUERRERO

1. *Bautismo de sangre.*

Al tomar Alvarado la delantera en punta de San Antón, y detenerse la flota en alta mar para reparar averías en la nave de Francisco de Morla, Pedro y su gente fueron los primeros en desembarcar en Cozumel, donde los recién llegados entraron en los villorrios abandonados, haciéndose de mantas, gallinas e idolillos. Dos o tres días más tarde llegó Cortés, y por primera providencia mandó poner grilletes al piloto de Alvarado, un tal Camacho, y reprendió al capitán por haber tomado bienes de los naturales en vez de pacificarlos y poblar la tierra. Hizo luego llevarle dos indios capturados; les pidió ir al escondite del *Calachuni*; dio a los temerosos indígenas camisas de Castilla, y pronto, dice Bernal, «anduvieron entre nosotros como si toda la vida nos hubiesen tratado». Nuevo estilo el suyo: el que más tarde trazará la diferencia entre la conquista de México y la de otras tierras insulares y continentales de la América Española.

Se justificaba que al piloto Camacho se le echasen grillos, y Alvarado fuese apenas reprendido, pues no era cosa de extremar severidades con el más renombrado de sus capitanes al comenzar el riesgoso lance. A su modo reparaba, sobre la marcha, las cuarteaduras de su autoridad. Si con el *Calachuni*, sus indios y mujeres inauguraba sus prácticas de conquistador, con Alvarado y su piloto deslindaba su forma de hacerse obedecer. Alguna lección sacarían soldados y capitanes del castigo impuesto a Camacho, si bien es natural que el infeliz piloto, encadenado, meditara sobre el hilo que revienta siempre por lo más delgado.

En Cozumel mandó Cortés hacer alarde para calibrar su fuerza: eran 108 soldados, sobre 100 marineros, 16 caballos y yeguas, 4 falconetes y 10 pequeños cañones de bronce. Los hombres, armados con ballestas, lanzas, espadas y escopetas. Y mucha pólvora y bienes de mantenimiento: tocinos, maíz, trigo, carne salada y pan cazabe. Era el inventario para emprender la conquista de

México, si bien faltaba aún algo importante: «la lengua», o sea el intérprete, porque aunque les acompañaba Melchorejo, el indio que llevó a Cuba Francisco Hernández de Córdova, éste sabía sólo maya. Por añadidura Malchorejo le daba mala espina, justificada al largarse el indio más tarde con los suyos. Aunque de momento el chaval seguía con la armada, tan inútil como cualquiera de los castellanos monolingües, no era de pensarse en poblar tierras sin contar con el instrumento fundamental de la comunicación.

Por los acompañantes de Hernández de Córdova se conocía en Cuba la existencia de españoles cautivos en la Isla Rica (Yucatán), e incluso Velázquez, en la *Instrucción* del 23 de octubre de 1518, dispuso que Cortés trabajara «por todas las vias é maneras é mañas que ser pudiera por haber á los dichos cristianos por rescate ó por amor ó por otra cualquier via donde no intervenga detrimento dellos é ni de los españoles que lleváis ni de los indios», mas dar con ellos en tierras desconocidas era como buscar agujas en pajares. En Cozumel confirmó Cortés la existencia de los cristianos cautivos, pues indios mercaderes le aseguraron que a dos soles de andadura les tenía un cacique por esclavos, y decidió no seguir adelante sin buscarles. Proveyó a los mercaderes con sendas cartas para los esclavos blancos, allególes cuentas y camisas para su rescate; díjoles que a su regreso les daría más, y con dos navíos pequeños envió a Diego de Ordaz a punta Catoche, con 20 ballesteros y escopeteros, en espera de respuesta.

No lejos de Catoche, efectivamente, vivían de ocho años atrás Jerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero, el primero esclavo del cacique y el segundo libre y casado con india noble, ambos sobrevivientes de un naufragio, en los bajos de Jamaica, al ir a Santo Domingo en 1511 para dar cuenta de las guerras y desventuras del Darién. Veinte sobrevivientes se acomodaron en un batel, y a remo, sin qué beber ni comer, anduvieron al garette hasta arrojarles una corriente a la costa, diezmados, pues siete u ocho murieron en la travesía. No pararon allí las penas de los náufragos, primero en manos de los indios y luego testigos del banquete cuya materia prima fue la carne de sus compañeros. Siete más quedaron en engorda, si bien al fin consiguieron burlar la vigilancia y llegar a pueblos vecinos, enemigos de sus captores, donde les conmutaron muerte por servidumbre. De esa suerte vivieron algún tiempo los castellanos, cinco de los cuales sucumbieron al mal trato y efectos del clima, y sólo Aguilar y Guerrero sobrevivieron en dispares condiciones personales, esclavo uno y el otro en jauja. Así las cosas, tan pronto como los mercaderes llegaron al bohío donde Aguilar

estaba le hicieron entrega de la carta de Cortés, y su dueño se avino a permutarlo por el rescate. Fue luego Jerónimo en busca de Guerrero y le comunicó la buena noticia, pero éste respondió: «Hermano Aguilar: yo soy casado y tengo tres hijos, y tienenme por cacique y capitán cuando hay guerra; idos con Dios, que yo tengo labrada la cara y horadadas las orejas. ¡Qué dirán de mí desde que me vean esos españoles ir de esta manera! Y ya véis estos mis hijitos, que boniticos son. Por vida vuestra que me déis de esas cuentas verdes que traés para ellos, y diré que mis hermanos me las mandan de mi tierra».

La respuesta de Gonzalo Guerrero figura entre las páginas más conmovedoras de la epopeya americana, por no decir de la literatura castellana. Mas las palabras de Gonzalo, transcritas con mayores o menores variantes por los primeros cronistas de las Indias, valen más aún por su significación a largo plazo. Encontrábase frente a frente dos españoles, uno de los cuales se decía indio, con la cara labrada y horadadas las orejas. Cacique y capitán de indios, con «hijitos boniticos». Así en diminutivo, en mexicano. Nada consiguió Aguilar con sus argumentos, salvo que la mujer india de Guerrero, según Bernal Díaz, le pusiera de vuelta y media: «¡Mira, con que aquí viene ese esclavo a llamar a mi marido! ¡Idos y no curéis de más pláticas!». Todavía arguyó Jerónimo que no era cosa de perder el alma por una mujer, mas no consiguió hacer ceder a Guerrero ni quitarse de encima las maldiciones de la mujer. Aguilar olvidaba que dos buenas tetas jalan más que dos caballos percherones. Pero del episodio importa, sobre todo, que al renegar uno de aquellos españoles, diciéndose indio, anunciara el futuro drama hispanoamericano.

Aguilar dejó a Guerrero con su mujer y sus hijos boniticos, mas al llegar con los mercaderes a punta Catoche encontró que ni los barcos ni Ordaz estaban. Escéptico en cuanto al resultado de la búsqueda, y vencido el plazo de la espera, Diego había levado anclas, pero Jerónimo estaba resuelto a recuperar su identidad; sin pararse en pintas repartió cuentas entre los indios, ofreciéndoles muchas más, y con ellos, en una piragua, emprendió la travesía del canal de Yucatán.

En Cozumel mientras tanto, desolado Cortés al volver su lugarteniente con las manos vacías, hinchadas las venas de la frente y el cuello, como, según Bernal, ocurría siempre que montaba en cólera, no hizo sin embargo escarmiento con Diego sino con sus marinos, quienes recibieron buena ración de azotes por el robo de algunos tocinos. Hasta los cozumeleños pagaron los platos rotos: reunidos en el villorrio para festejar a los ídolos del vecino adoratorio, llamó

Cortés a sus «papas» (sacerdotes) para decir cuán malos eran sus dioses; que no debían de adorarlos sino quitarlos del templo y poner en su lugar la imagen de Nuestra Señora y una cruz. Se opusieron los naturales y abonaron la bondad de sus ídolos, mas el capitán mandó hacerlos pedazos y rodarlos templo abajo; con cal viva se limpiaron las paredes, y dos de sus carpinteros construyeron el altar y labraron la cruz. Ante los aterrorizados ojos de cozumeleños y peregrinos de Yucatán hacía Cortés un templo cristiano del adoratorio, y aunque sin *lengua*, por culpa de Ordaz, dispuso embarcar. Las perspectivas de navegación eran buenas, y Alaminos, al tanto de las malas tretas del Caribe, urgía partir.

Mas así y todo, promisorias las condiciones, nunca faltan los imponderables. Apenas al doblar punta Catoche la nave de Juan Escalante, con vías de agua en el maderamen, y en peligro la reserva de pan cazabe, dio señales de auxilio. No era de arriesgar la travesía en esas condiciones, y al volver a Cozumel, mientras se reparaba la nave averiada, llegaron algunos soldados con la nueva de que varios indios se aproximaban en una canoa. Dios no dejaba de su mano al hombre de Medellín, pues llegaban Jerónimo de Aguilar y sus remeros, todos «en cueros excepto sus vergüenzas —dice Gomara—; con los cabellos trenzados y enroscados sobre la frente, como las mujeres, y con muchas flechas y arcos en las manos». Andrés Tapia les condujo a la posada del capitán y éste preguntó: «¿Qué es del español?, ¿qué es del español?». A su lado Jerónimo, «moreno y trasquilado a la manera de indio esclavo», dice Bernal, se puso en cuclillas al modo de los naturales y dijo: «Yo soy». Comió luego un poco, y al preguntársele por qué lo hacía tan templadamente, dijo estar acostumbrado a la comida de los indios y temer que la cristiana estragara su estómago, mas «siendo poca su cantidad, aunque fuese veneno no le haría mal». Y contó su vida. Historia por encima de la ficción, digna de cualquier loco perdido.

Ahora sí con *lengua*, o sea con Jerónimo en el inventario de la expedición, reparada la nave de Escalante, el 4 de marzo de 1519 la flota se hizo a la vela, y una semana más tarde, junto a la embocadura del río Grijalva, avistaron un montón de guerreros en actitud hostil. Cientos o miles lo mismo da. Nada fiables son los relatos de ese tiempo en punto a cifras, pues lo mismo se habla de cientos y miles que de cientos de miles o millones. Hasta los números, fríos instrumentos de exactitud, perdieron rigor en el país de la magia. Pero en fin; cientos o miles, como se quiera, a orillas del río se aprestaban los guerreros, azuzados por el cacique y señor de la tierra.

Era el momento para que Aguilar inaugurara sus funciones de intérprete. Al

pasar una canoa con varios indios, junto a las naves, preguntóles Jerónimo por qué andaban tan alborotados sin motivo, pues llegaban a tratarles como hermanos salvo que les hiciesen la guerra, en cuyo caso les pesaría. De permitirles desembarcar en paz, tomar agua y hacerse de viandas frescas, el *calachuni* castellano les hablaría del Señor Jesucristo y su santa religión. Inútil. Mientras más hablaba Jerónimo, más agresivos se mostraban los indios, dice Bernal, amenazándoles de muerte en caso de bajar a tierra.

Y Cortés midió los riesgos. Como abandonar el campo sentaría mal precedente, dispuso remontar en bateles la corriente y atacar desde el río el pueblo contiguo en tamo que Alonso de Ávila, con cien hombres, iría por tierra para caer sobre el caserío al oír los primeros tiros. Mas el capitán era también un escribano, amante de las fórmulas solemnes, y antes de hacer la guerra mandó dirigir a los naturales el famoso *Requerimiento* del doctor Palacios Rubios: «En nombre del Rey y la Reina de las Españas —tradujo Aguilar—, yo Fernando Cortés, su criado, mensajero y capitán, vos notifico, y hago saber como mejor puedo, que Dios Nuestro Señor, uno e trino, crió el cielo e la tierra, e un hombre e una mujer, de quien vosotros e nosotros e todos los hombres del mundo fueron e son descendientes e procreados... E de todas estas gentes, Dios Nuestro Señor dió cargo a uno, que fue llamado San Pedro, para que de todos los hombres del mundo fuese príncipe, señor e superior, e dióle todo el mundo por su reino e señorío e jurisdicción... A este llamaron Papa, que quiere decir Admirable, mayor padre e guardador de todos los hombres... Uno de los Pontífices pasado hizo donación destas islas a Tierra Firme del mar océano a los dichos Rey y Reina (de las Españas) e a sus subcesores, con todo lo que en ellas hay... Por ende, como mejor puedo, vos ruego e requiero que entendáis bien esto que vos he dicho, e reconozcáis a la Iglesia por señora e superiora del universo, e al Sumo Pontífice, llamado Papa, e al Rey e la Reina, como señores e superiores e reyes destas islas e Tierra Firme por virtud de dicha donación... E si así lo hicéredes, haréis bien e sus Altezas e yo en nombre vos recibirán con todo amor e caridad, e vos dejarán vuestras mujeres e hijos e haciendas libremente, sin servidumbre, e allende desto Sus Altezas os darán muchos privilegios y exenciones, e vos harán muchas mercedes... E si no lo hiciéredes, certíficoos que con la ayuda de Dios yo entraré poderosamente contra vosotros, e vos haré la guerra por todas las partes e maneras que yo pudiere, e vos sujetaré al yugo e obediencia de la Iglesia e a Sus Altezas, e tomaré a vuestras personas e a vuestras mujeres e hijos e los haré esclavos e como tales los venderé... E

protesto que las muertes e daños que dello se recrescieren sean vuestra culpa, e no a la de Sus Altezas ni mía, ni destos caballeros que conmigo vinieron. E de como lo digo e requiero, pido al presente escribano me lo dé por testimonio signado».

El *Requerimiento* del doctor Palacios Rubios, cuyo texto reproduce Fernández de Oviedo en su monumental *Historia General y Natural de las Indias*, planteaba las opciones de la paz y la *guerra justa*. Ese 12 de marzo de 1519 no estaba Oviedo al lado de Cortés y en el río Grijalva, pues de estar habría dicho lo que a Pedrarias Dávila en la campaña del Darién: «Señor, parésceme que estos indios no quieren escuchar la teología deste Requerimiento, ni vos tenés quién se la dé a entender; mande vuestra merced guardalle hasta que tengamos algún indio destos en una jaula, para que despacio lo aprenda e el señor obispo se lo dé a entender. E díle el Requerimiento, y él lo tomó con mucho risa dél e de todos los que me oyeron». Agudo texto del máximo cronista de las Indias. Ciertamente los indios del Darién —como ahora los de Tabasco—, no tenían el menor interés en los fundamentos teológicos del *Requerimiento* de Palacios Rubios. Y como no lo tenían, tañían trompetillas, caracoles y atabales de guerra a orillas del río Grijalva.

Estaba a punto de verterse la primera sangre de la conquista de México. Más tarde brotarán miles o millones de tibios manantiales rojos. Que se horroricen los pacatos. Si en el apasionado, primerizo ayuntamiento de dos seres se da la sangre, más copiosamente sangra el ayuntamiento de dos mundos. Hasta los fósiles vertieron sangre alguna vez.

Nombrado al apóstol Santiago, con el agua a la cintura, dejaron los bateles Cortés y sus soldados entre una lluvia de flechas y lanzas tostadas, en tanto que los guerreros indios gritaban «¡al *calachuni*; al *calachuni*!», refiriéndose al capitán extremeño. En ese momento atacó por la retaguardia Alonso de Ávila, y cogidos entre dos fuegos huyeron al monte los naturales. En el pueblo hallaron los castellanos tres *cues* o adoratorios, *mezquitas* los llama Cortés en sus *Cartas de Relación*. Y en el patio de los *cues*, al dar el capitán tres golpes con su espada en el tronco de una ceiba, en señal de posesión, agregó que si alguien le contradecía con ella defendería su derecho. Como ninguno era tonto, y nadie abrió la boca, ante el escribano del rey mandó Cortés levantar el acta de posesión. En el archivo de Notarías de la Ciudad de México, no en la sala de cabildos del Departamento Central, debiera estar colgado su retrato.

Mas los naturales no estaban vencidos, y al corriente de los riesgos dispuso

el capitán que Francisco de Morla y Pedro de Alvarado los batieran en parajes vecinos, como lo hicieron con éxito pese a morir tres soldados y diez o doce quedar heridos. Pocas bajas en cuanto al número, pero muchas de pensarse en el camino pendiente. Por añadidura aquellos muertos y heridos probaban que los extranjeros no eran seres sobrenaturales sino de condición humana, en lo que algo tendría que ver Melchorejo, desaparecido a raíz del desembarco para reunirse con los suyos. Por un indio prisionero supo Cortés que Melchorejo reveló las debilidades españolas, y aconsejó la guerra. El nombre de Melchorejo debiera estar con letras de oro en la Cámara de Diputados, al lado de otros de inferiores merecimientos que allí figuran. Cabe atribuir la omisión al propósito de no manchar la memoria de sus compatriotas, pues se sabe que al fracasar sus consejos terminaron por engordarlo y regalarse con sus restos.

2. El regreso de Quetzalcóatl.

Temeroso Cortés, en parte y con razón, por la fuga de Melchorejo, decidió llevar a tierra los caballos y aprestar cañones, ballestas y escopetas. Oída la misma castrense, al siguiente día las formaciones castellanas avanzaron sobre Centla o Zintla, pueblo entre sabanetas favorables a maniobras de caballería. Junto al pueblo topáronse con indios con «grandes penachos y atambores y trompetillas y las caras almagradas, blancas y prietas —dice Bernal— con grandes arcos y flechas y lanzas y rodelas y espadas como montantes de dos manos, y muchas hondas y piedras y varas tostadas, y cada uno con sus armas acolchadas de algodón». De la primera arremetida cayeron heridos más de setenta castellanos, si bien Meza, el artillero, compensó las bajas con los claros abiertos en las filas nativas. La caballería confirmó su eficacia, pues —dice el soldado cronista— «creyeron que el caballo y el caballero eran todo uno, como jamás habían visto caballos». Y en desorden, diezmados, los guerreros se retiraron a la espesura. Primera victoria castellana en el día de la Virgen. Días más tarde Potonchán, pueblo contiguo, recibió el nombre de Santa María de la Victoria.

En el campo quedaron cerca de un millar de indios muertos. Muchos en verdad, si bien, en proporción, menos que los castellanos caídos. El chivato Melchorejo, por lo visto, les instruyó en las debilidades españolas, pero no en sus bocas de fuego y sus caballos. «Estuvimos en esta batalla sobre una hora, cuenta Díaz del Castillo, que no les pudimos hacer perder punto de buenos

guerreros hasta que vinieron los de a caballo». Sobrenaturales cuadrúpedos sin lugar a dudas, pues los guerreros no consiguieron matar a uno solo. Apenas si dos o tres resultaron con heridas, pronto restañadas mediante la siniestra farmacopea de quemarlas con unto de indios gordos y bien muertos.

Cortés regaló a los prisioneros cuentas azules y verdes; mediante Jerónimo de Aguilar hablóles melosamente, les anticipó los estragos de guerra, y les pidió ir en busca de sus caciques para hacer las paces. En respuesta llegaron luego algunos esclavos con gallinas, pescado y panes de maíz, mas como el capitán insistiera en hablar de paz con sus señores, y en testimonio de amistad les envió nuevas cuentas y bujerías, al día siguiente se presentaron caciques e indios principales con viandas, oro y doncellas. Oro: cuatro diademas, orejeras, figurillas exquisitamente labradas, y entre las doncellas una que aposentaría para siempre en el subconsciente mexicano: Malinzin, señora de conquistados —de niña tuvo pueblos y vasallos—, y a partir de ese día señora de conquistadores.

Aceptó Cortés las muestras de sometimiento, pero todavía exigió dos más: volver a su pueblo con sus mujeres e hijos, y renunciar a sus ídolos y sacrificios para orar ante un altar de la Virgen, «con su hijo precioso en los brazos». Acto continuo dijo misa Bartolomé de Olmedo, las doncellas indias fueron bautizadas, y el extremeño las distribuyó entre sus capitanes. Malizin, ahora y para siempre doña Marina, fue de momento para Portocarrero; pasó más tarde a Cortés, de quien tuvo a Martín, primer mexicano conocido, y terminó casada con Juan Jaramillo, hombre de la conquista también. Al terminar el acto, Cortés explicó a los caciques quién era su emperador don Carlos, señor de vasallos en ambos mundos, tan poderoso que nunca les dejaría de su poderosa mano. «Y todos los caciques le dieron muchas gracias por ello —escribe el cronista Díaz del Castillo—, y allí se otorgaron por vasallos de nuestro gran emperador; y estos fueron los primeros vasallos que en la Nueva España dieron obediencia a Su Majestad». El siguiente día fue domingo de Ramos, y los de Tabasco, atónitos ante aquella procesión de hombres robustos, blancos, invencibles, que sin embargo se arrodillaban ante la imagen de la Virgen y besaban la cruz, terminaron por unírseles: en sus manos, como los españoles, llevaban manojos de ramas verdes. Principiaba la conquista espiritual de México.

Volvieron a sus barcos los castellanos, y Antón de Alaminos condujo la flota a la vista de la costa. Al preguntar Cortés a los caciques dónde obtenían el oro, los indios señalaban al poniente y sólo decían: *Culúa*. Era preciso llegar a esa tierra milagrosa. Once días navegaron con buen tiempo, y frente a la

desembocadura de un río —el Guazacualco—, los aventureros avistaron a distancia una cima nevada. Más adelante, dos nuevos y grandes ríos llegaban al mar: el llamado de Alvarado, que los naturales nombraban Papaloapan, y el Banderas. Muchos votaron por remontar sus corrientes, pero Alaminos se impuso y la flota siguió hasta aproximarse a la isla de Sacrificios y fondear junto a los arrecifes de San Juan de Ulúa, o de Culúa. Era el Jueves Santo a medio día. Ni la isla de Sacrificios ni el peñasco de San Juan era novedad para algunos, conocedores del litoral por sus anteriores aventuras con Hernández de Córdova y Juan de Grijalva. Pero nadie había dado un paso más allá de los islotes y playas, desolados arenales apenas jironados por algunos arbustos y macizos de palmas. Lejos estaría Culúa, seguramente más allá de las blancas alturas avistadas al pasar el Guazacualco. En el puente de la nave capitana estaba Cortés, abismado, al llegar Portocarrero con esta copla:

Cata Francia, Montesinos;
cata París, la ciudad,
cata las aguas del Duero
do van a dar a la mar.
Que mires las tierras ricas,
y sabéos bien gobernar.

«Denos Dios ventura en armas —respondió Cortés— como al paladín Roldán, que en lo demás, teniendo a vuestra merced y otros caballeros por señores, bien me sabré entender».

Preparaban bateles y matalotaje los grumetes, e izaban estandartes para desembarcar al siguiente día, cuando dos canoas se aproximaron a la capitana. De Culúa eran sus ocupantes según Marina, vasallos de un poderoso señor llamado Moctezuma, cuya ciudad distaba varios soles, y en su lengua preguntaban por el *Tatúan*, por el Señor, de quien pretendían saber qué buscaba. De momento les regaló Cortés camisas de Castilla, cintas de colores, dos jubones, de raso uno y otro de terciopelo, sendos gorros de grana y algunos pares de zaragüelles, con lo que los indios se volvieron satisfechos. Ahora sabía el extremeño que se encontraba en los dominios de Moctezuma, tierra que los de Tabasco nombraban con miedo y admiración. También aquí, algunas veces, en vez de Culúa los indios empleaban la palabra que antes oyeran de los tabasqueños: *México*. O algo así.

Con el ánimo dispuesto a historias maravillosas, hechizos y milagrerías, los castellanos no sospechaban sin embargo que Moctezuma les esperaba. Relata un texto indígena del Códice Florentino que un *macehual* de Mictlancuauhtla llegó un día al palacio del gran rey y le dijo: «Soy natural de Mictlancuauhtla; llegué a las orillas del mar grande, y vide andar en medio de la mar una sierra o cerro grande que andaba de una parte a otra y no llegaba a las orillas, y esto jamás lo hemos visto, y como guardadores que somos de la orilla del mar estamos al cuidado». Y Moctezuma envió mensajeros que averiguaran si el *macehual* de Mictlancuauhtla decía la verdad, y con su encargo fueron a Cuetlaxtlán y al mar, y vueltos al palacio de Moctezuma confirmaron el dicho del *macehual*: «Es verdad que han venido no sé qué gentes, que han llegado a las orillas del gran mar, las cuales andaban pescando con cañas y otros con una red que echaban... Y las carnes de ellos eran blancas, más que nuestras carnes, excepto que todos los más tienen barbas largas, y el cabello hasta las orejas les dá. Moctezuma estaba cabizbajo, que no habló cosa ninguna».

Aquellos «cerros grandes» serían los barcos de Juan de Grijalva, y aquellos «hombres blancos» sus acompañantes, los que llamaron Sacrificios al islote donde hallaron adoratorios con manchas de sangre en las paredes. De Sacrificios y Ulúa —donde ahora estaba Cortés— no pasaron los de Grijalva, pero Moctezuma no recuperó la tranquilidad, y mandó a los de Cuetlaxtlán que vigilaran las orillas del agua entre Nauhtla, Tuztlán y Mictlancuauhtla. Hasta que los hombres blancos volvieron con sus cerros flotantes, penetraron en las tierras bajas de Tabasco, y lo supo Moctezuma. «Al saberlo —volvemos al relato del Códice Florentino—, también de prisa envía mensajeros. Era como si pensara que el recién llegado era nuestro príncipe Quetzalcóatl. Así estaba en su corazón venir solo, salir acá. Vendrá para conocer su sitio de trono y solio. Como que por éso se fue recto, al tiempo que se fue. Envió Moctezuma a cinco que lo fueran a encontrar, que le fueran a regalar dones. Llamó luego a los señores de Tepoztlán, Tizatlán y Huehuatlán, y les dijo: “Venid acá, caballeros tigres: Venid acá. Dizque otra vez ha salido a tierra nuestro señor. Id a su encuentro; id a hacerle oír; poned buena oreja a lo que él os diga. Buena oreja tenéis que guardar”. Y reunidos los regalos que habían de llevarse a los extranjeros, insistió el rey: “Id, no os demoréis; haced acatamiento a nuestro señor dios. Decidle: nos envía acá tu lugarteniente Moctezuma. He aquí lo que te da en agasajo al llegar a tu morada de México”».

Se cumplían las profecías, pues si con 53 años de vida se marchó

Quetzalcóatl en año Acatl (caña), el dios blanco desembarcaba también en Acatl, si bien mucho tiempo más tarde. Allí mismo, en la costa, se había autoincinerado Quetzalcóatl. «Tomó la serpiente emplumada, se la enredó entre los brazos y la espalda, y sin hablar más, sin decir palabra alguna, bajó las gradas lentamente, y sin detener el paso penetró en la hoguera. En ella brilló más por un momento, y estalló lanzando una gran chispa hacia los cielos. En la madrugada de ese día, antes de que se apagara la hoguera, empezó una fuerte lluvia que apagó los rescoldos. No cesó de llover en tres días. Durante ellos, Quetzalcóatl recobró el sentido e inició su convalecencia». Bello texto de López Portillo, quien cita testimonios de Sahagún y termina: «¿Qué más queréis hacer? ¡Ya moriremos! ¡Ya pronto nos aniquilarán! ¡Ya pronto veremos la muerte! ¿Por qué os quedáis aquí inútilmente? No habrá más un México. Se acabó una vez por todas. Idos, ya no hay más tiempo. Eso, eso vendrá, eso llegará. Y después empezará un nuevo tiempo. Pero más allá nada veo, nada oigo. Ellos vendrán. Así dijo Quetzalcóatl, y nada añadió hasta el día siguiente».

Ese día siguiente, día para empezar un tiempo nuevo —20 de junio de 1519—, Quetzalcóatl y sus seguidores se hallaban en San Juan de Ulúa. Allí estaba el gran dios del que Moctezuma se reconocía lugarteniente. Aún no saltaban a tierra los castellanos, y Moctezuma se sometía a los dioses recién llegados. Sólo pretendía saber si Quetzalcóatl había vuelto para quedarse, o si regresaría a sus lejanos reinos. La leyenda hablaba de que una vez llegó y decidió marcharse. Esa era su única esperanza: que Quetzalcóatl se autoincinerara nuevamente. Pero no lo conseguiría.

El Viernes Santo desembarcaron los castellanos sus caballos y artillería, y al siguiente día, mientras levantaban chozas bajo el sol ardiente, llegaron macehuales enviados por Cuitlalpitoc (o Pitalpitoque), con carga de gallinas, frutas y pan de maíz, dice Bernal, quien no define si los «panes de maíz» eran tortillas o tamales. El primer día de la Pascua se apersonaron en el real Tehutile y Cuitlalpitoc, caciques principales de la costa según Torquemada, cuyos macehuales, ante los asombrados ojos de los forasteros, principiaron a sacar de los cestos piezas de oro, ropa de algodón, plumajes y *chalchihuites*, o sea jades y jadeínas. Cortés, a su vez, mandó darles cuentas verdes y sartales, les invitó a la misa del padre Olmedo con motivo de la Pascua de Resurrección, y les explicó que eran cristianos, vasallos del más poderoso emperador del mundo, de cuyo mandato llegaban para tener amistad con ellos, contratar rescates y ver a Moctezuma. Y Tehutile no ocultó su sorpresa, pues ¿quién era el extranjero

aquél, dispuesto a ver a Moctezuma? Osadía inaudita. Moctezuma era un dios; un dios como el venerado por los hombres blancos, al que seguramente no podrían ver ni hablar como a uno de los suyos. «Aún no has llegado y ya quieres hablarle —reclamó el cacique—; recibe este presente en nombre de nuestro señor, y después me dirás lo que te cumplieres». Mientras hablaban, pintores indios dibujaban y coloreaban en un amate el rostro y el cuerpo del extraño personaje que tenían enfrente, y una vez dispuestos los caciques a regresar con el mensaje del recién llegado —que no se volvería sin ver a Moctezuma—, mandó Cortés ofrecer a los mexicas un espectáculo insólito: formáronse y corrieron los caballos, y entre el gritar de los jinetes y el relincho de las bestias hicieron fuego escopeteros y artilleros. Aterrorizados, los indios caían en tierra o corrían despavoridos. Como en Cuba, como en Cozumel y en Potonchán se valía Cortés de dádivas y amenazas, sus argumentos favoritos.

Mientras Cuitlalpitoc quedó en el real con sus macehuales, al servicio de los extranjeros, Tehutile regresó para contar a Moctezuma cuanto vio y oyó en el real de los extraños seres de corazas relucientes, dueños de relámpagos y truenos, mitad hombres y mitad venados. Comunicó, sobre todo, que el gran Téul, dios o demonio, estaba decidido a quedarse y verle. «Y cuando esto sucedió —volvamos al testimonio indígena del Códice Florentino—, Moctezuma ya no supo de sueño, ya no supo de comida, ya nadie con él hablaba. Y si alguna cosa hacía, la tenía como cosa vana. Casi cada momento suspiraba. Estaba desmoralizado, se tenía como un abatido... Y por todo esto decía: “¿Qué sucederá con nosotros? ¿Quién de veras queda en pie?... Vulnerado a muerte está mi corazón. Como si estuviera sumergido en chile, mucho se angustia, mucho arde”. Y luego fueron a la Casa de las Serpientes los enviados. También él, Moctezuma. Luego a sus ojos fueron los sacrificios. Abrieron el pecho a los cautivos: con su sangre rociaron a los enviados. La razón de hacer tal cosa es haber ido por camino muy difícil; por haber visto a los dioses, haber fijado sus ojos en su cara y en su cabeza. Bien, con los dioses conversaron».

En otro lugar del Códice, libro VI, II, se encuentra otra relación semejante. En el palacio de Moctezuma rindieron cuentas los embajadores: «Allí donde para tí mantienen vigilancia de las cosas tus abuelos, en la superficie del mar, fuimos a ver a nuestros señores los dioses, dentro del agua. Allí les dimos todas tus mantas: hé aquí los obsequios suyos, nos los dieron. Dijeron: “Si de verdad habéis venido de México, he aquí lo que daréis al rey Moctezuma; con esto nos

conocerá”. Y Moctezuma les dijo: “Os habéis cansado, os habéis fatigado; descansad. Esto lo veo en el secreto. Nadie dirá cosa alguna; nadie abrirá los labios; nadie chistará cosa alguna; nadie lo publique; nadie lo ponga en sus labios. No más quede dentro de vosotros”».

Una semana más tarde volvió Tehutile al real con cien tamemes cargados de oro, joyas, piedras, mantas y plumajes. Sahumó a Cortés primeramente, y a continuación mandó extender sobre petates la riqueza alucinante que Torquemada describe, y de la cual Bernal nos proporciona detallado inventario: «Lo primero que dio fue una rueda de hechura de sol, de oro muy fino, que sería tamaño de una rueda de carreta con muchas maneras de pinturas, gran obra de mirar... sobre diez mil pesos, y otra mayor rueda de plata, figura de luna, y con muchos resplandores y otras figuras en ella, y esta era de gran peso, que valía mucho; y trajo el casco lleno de oro en granos chicos, como le sacan de las minas, que valía tres mil pesos. Aquel oro del casco tuvimos en más por saber cierto que había buenas minas, que si trajeran veinte mil pesos. Más trajo veinte ánades de oro, muy prima labor y muy al natural, y unos como perros de los que entre ellos tienen, y muchas piezas de oro de tigres y leones y monos; y diez collares hechos de una hechura muy prima, y otros pinjantes; y doce flechas y un arco con su cuerda, y dos varas como de justicia, de largo de cinco palmos; y todo esto que he dicho de oro muy fino y de obra vaciadizo. Y luego mandó traer penachos de oro y de ricas plumas verdes, y otros de plata, y aventadores de lo mismo; pues venados de oro, sacados de vaciadizo, y fueron tantas cosas que como ha ya tantos años que pasó no me acuerdo de todo».

A cambio del oro, las joyas, la plata y los plumajes esperaba Moctezuma que los dioses blancos se marcharan. Habían explicado sus embajadores que él no podía bajar al mar, ni ellos llegar a verle por las muchas escabrosidades y peligros del camino. Pero cuanto más le contradecían, escribe el capellán Gomara, «más ganas entrábanle a Cortés de ver a Moctezuma, que tan gran rey era en aquella tierra, y descubrir por entero la riqueza que imaginaba... Y le dijo que solamente por ver a un tan grande y poderoso rey era justo ir a donde estaba, cuando más que le era forzoso por hacer la embajada que llevaba del emperador de cristianos, que era el mayor rey del mundo, y que si no iba no haría bien su oficio ni lo que estaba obligado a la ley de bondad y caballería, e incurriría en desgracia y odio de su rey y señor». No cejaría Cortés en el empeño. ¿Podrían arredrarle las dificultades del camino? «Quien venía por agua dos mil leguas — respondió según Bernal—, bien podía ir por tierra setenta». Quetzalcóatl no

estaba para cambiar sus planes por tan poca cosa.

A Moctezuma le salía el tiro por la culata, pues con el envío de tan grandes tesoros al real de los castellanos aplicaba un remedio peor que la enfermedad. Fray Juan de Torquemada escribe que el rey Ezekías, de Jerusalén, al mostrar sus riquezas y tesoros a emisarios del rey de Babilonia, justificó la reprimenda de Isaías el profeta: «Pues no pienses que es lo mejor que has hecho el haberles enseñado tus tesoros; y porque veas el gran mal que de ello ha resultado, te digo de parte de Dios que vendrá tiempo en el cual entren tus enemigos en tu casa y de ella te saquen, y te lleven todos tus tesoros, no dejando en ella nada de lo que los reyes pasados, tus antecesores, atesoraron... y lo que más lastima y causa compasión es que los hijos que engendraste han de servirles de eunucos y de criados».

El texto de fray Juan no tiene desperdicio, y menos de completarlo con la cuantía del tesoro y con el principal argumento que Bernal aduce para seguir adelante, pues ¿no dice el soldado que tuvieron «en más» el casco lleno de granos de oro que si les hubiesen llevado veinte mil pesos, pues las áureas pepitas anunciaban «que había buenas minas»? Ahora los castellanos se entregarían a la búsqueda del manantial cuyas aguas probaban apenas. Apostilla Torquemada que un caminante pobre puede pasar cantando junto a ladrones, «seguro de no recibir daño alguno por riquezas», y ése no era el caso de Moctezuma. «De oro tenemos yo y mis compañeros mal de corazón, enfermedad que sana con él», dijo Cortés a Tehutile según López de Gomara. Endiablada codicia, lepra moral dé occidente. Lepra o sífiles de aquellos hombres con la furia del oro en el alma, en los músculos, en la sangre, tensa la ambición, insólita la catadura, consumidos en vida por la aurofilia, fiebre sin vacuna conocida.

En Culúa estaba el oro, y en pos de su brillo irían los dioses blancos hasta el infierno, de ser preciso, no sólo a la ciudad de Moctezuma. Extraño país de médanos inhospitalarios, sol de fuego y cimas nevadas. En las alturas cambiaría todo seguramente, y en vez de chozas enramadas verían palacios con muros de oro y plata. Todo era posible en el país donde sólo al llegar dejaban de ser hombres para volverse dioses. Estaban, lo sabían ya, en el camino del oro y de la gloria. De la gloria que era para todos ellos como el oro, cebos deslumbradores, caballos briosos de la historia en movimiento.

Todavía volvieron los embajadores con nuevos regalos e insistieron en la retirada de los forasteros, mas Cortés y los suyos no tenían más pensamiento que seguir adelante. «Verdaderamente debe ser Moctezuma gran señor y rico —dijo

a modo de ser oído por sus capitanes—, y si Dios quiere algún día le hemos de ir a ver». Y todos gritaron: «¡Ya queremos estar envueltos con él!», y desenvainaron sus espadas, y los escopeteros soltaron algunos tiros.

De la llegada de los téules dejaron constancia los informadores de los *Anales de Tlatelolco*. Primero, al avistar a los hombres de Juan de Grijalva: «en el 13, Tochtli, aparecieron los españoles en el mar; entonces perecieron algunos mexicas en el mar». Y del arribo de Cortés, en aquel temible año Acatl: «En el año 1-Acatl, los españoles atracaron en Tecpan Tlayacac. Entonces vino en seguida el capitán. Después de haber desembarcado en Tecpac Tlayacac, el cuextlateca se fue entonces a encontrarle, y se le dieron soles de oro, uno amarillo, uno blanco, y un espejo de cruz, y gorras de oro, vasijas de oro en forma de caracol que se ponían en la cabeza, y el adorno verde de plumas de la gente de la costa, y escudos de conchas. A la vista del capitán ofrecieron un sacrificio. Él se enojó cuando se le presentó la sangre del gran quauhxicalli, y el capitán mató primeramente con la espada al que le presentó la sangre... Había sido con el consentimiento de Moctezuma que se dieron al capitán tantos objetos, sólo para que él, el capitán, regresara».

Moctezuma había fracasado en el intento de detenerlos. Fracasaba al pretender oponerse a la fatalidad de los presagios: ahora los téules se disponían a emprender la marcha. Los dioses habían regresado: «Sus aderezos de guerra son todos de hierro, hierro se visten, hierro se ponen como capacete a sus cabezas; hierro son sus espadas, hierro sus arcos, hierro sus escudos, hierro sus lanzas. En sus lomos los soportan los venados, tan altos como los techos. Por todas partes vienen envueltos sus cuerpos, solamente aparecen sus caras. Son blancas, como si fueran de cal. Tienen el cabello amarillo; el bigote también tienen amarillo. Son de pelo crespo y fino, un poco encarrujado. En cuanto a sus alimentos, son como alimentos humanos, grandes, blancos, no pesados, como si fueran de paja... Sus perros son enormes, de orejas ondulantes y aplastadas, de grandes lenguas colgantes; tienen ojos que derraman fuegos, están echando chispas; sus ojos son amarillos, de color intensamente amarillo. Sus panzas ahuecadas, alargadas como angarilla, acanaladas. Son muy fuertes y robustos, no están quietos, andan jadeando, andan con la lengua colgando. Manchados de color como tigres, con muchas manchas de colores. Y cuando hubo oído todo esto Moctezuma se llenó de gran temor, y como que se le amorteció el corazón, se le abatió con la angustia».

Los textos indígenas resultan de interés, sobre todo, por expresar con

fidelidad el clima fatalista de México-Tenochtitlan, particularmente del palacio de Moctezuma. Espigando aquí y allá en dichos testimonios, su denominador común es el terror, la rendición inevitable: Moctezuma «lleno de miedo cavilaba qué iba a acontecer con la ciudad, y todo mundo estaba muy temeroso. Había gran espanto y había terror... se forman corrillos, hay llanto... entre llanto se saludan, se lloran unos a otros al saludarse... Los padres de familia dicen: “¿Qué pasará con vosotros? ¡Oh, en vosotros sucedió lo que va a suceder!” Y las madres de familia dicen: “¡Hijitos míos! ¿Cómo podréis vosotros ver con (¿sin?) asombro lo que va a venir sobre vosotros?” Por cuanto oía Moctezuma... que los dioses mucho deseaban verle la cara, como que se le apretaba el corazón, se llenaba de grande angustia. Estaba para huir... anhelaba esconderse... se les quitaría escabullir a los dioses... andaba meditando irse a meter al interior de alguna cueva».

Hablaba Moctezuma con sus magos, con sus hechiceros, con sus dioses, y no hallaba consuelo. A cada embajada, a cada carga de nuevos regalos se mostraban los téules más decididos: no se volverían sin verle. No comprendía el emperador que el oro y las joyas les incitaban a buscarle más que a retirarse; que si la sed es verdadera, orgánica, total, no se sacia con pocos tragos. Faltábale un cerebro occidental para comprenderlo. Y se doblegó a su sino, y se redujo a esperarles: «No hizo más que resolverlo en su corazón; no hizo más que resignarse; dominó finalmente su corazón; se recomió en su interior, lo dejó en disposición de ver y de admirar lo que habría de suceder».

Como si a oídos del emperador, en su palacio de México, llegara la grito castellana de los arenales: «¡Ya queremos estar envueltos con él! ¡Ya queremos estar envueltos con él!». Como si adivinara que los téules emprendían la marcha a México-Tenochtitlan.

3. De agente a dueño del poder.

Tanto como el estruendo de las armas de fuego, o el correr y bramura de los caballos, asombró a los mexicas que los castellanos hincasen las rodillas ante un trozo de madera sin figuras u ornamentos, la cruz clavada en un montículo del arenal. Tan perplejos se hallaban, según Bernal Díaz, que fray Olmedo aprovechó la ocasión para glosar, mediante Aguilar y doña Marina, los más importantes principios y misterios de la religión cristiana. El mercedario

explicaba a Jerónimo en castellano, éste lo vertía en maya, y Marina lo ponía en náhuatl al alcance de los naturales. Elemental y prodigiosa técnica de la comunicación. Nunca se acentuará de más el valor de las «lenguas», o farautes, en las andanzas españolas por el Nuevo Mundo.

Con su auxilio expuso fray Bartolomé las bondades de la cruz y la maldad de ídolos, adoratorios y sacrificios humanos. La cruz, símbolo cristiano de la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo, Dios hijo y sin embargo único en el misterio de la Trinidad; Dios creador del cielo, la tierra, las aguas, la vida y cuanto en el universo existe; Dios hecho hombre para dejarse morir, clavado en la cruz, por la salvación del género humano, resucitado al tercer día de su muerte para subir a los cielos, y en el Día Final juzgar a los hombres por sus actos, condenando a los malvados y elevando a los justos a Su gloria. Pasando a otra cosa, Olmedo dijo que él y sus acompañantes eran enviados de su rey el emperador don Carlos, señor de muchos otros vasallos, para pedirles que no adorasen más a sus ídolos ni en su honor sacrificaran seres humanos, excitándoles, por último, a sustituir sus horribles deidades por imágenes de Nuestra Señora. Es de suponerse que ninguno de los mexicas llegó a comprender una palabra del sermón, si bien podremos dar por cierto que semejantes galimatías acrecerían su respeto por los extranjeros. Los pueblos primitivos y los altamente civilizados desprecian cuanto no comprenden. De otra forma sería inexplicable la fama de ciertos autores indigeribles.

Tehutile, Pitalpitoque y los tamemes de su servicio permanecieron algunos días junto al real, mas desaparecieron de pronto al mandarles Moctezuma regresar, según Bernal porque sus ídolos le aconsejaron no prestar oídos a los extranjeros sacrílegos, aunque es de creerse que más pudo en ellos el temor de que fray Olmedo les sometiera otra vez a sus torturas teológicas. Mas de pronto, mientras los castellanos esperaban el regreso de los aztecas, algunos indios temerosos se dejaron ver. No llevaban adornos, ropas y tatuajes como los de Culúa, ni tenían por señor a Moctezuma sino a otro, con palacio y corte a un sol de campo español, a medio camino de Quiahuitztlán. Eran indios diferentes a los conocidos hasta este momento, dice Gomara, más altos de cuerpo, horadados los labios inferiores, con sortijones de oro en los agujeros, tan pesados que hacían caer los bezos sobre la barbilla y dejaban los dientes por fuera, lo que «aunque ellos lo hacían por gentileza y buen parecer, los afeaba mucho a los ojos de nuestros españoles, que nunca habían visto semejante fealdad, aunque los de Moctezuma llevaban también agujereados los bezos y las orejas, pero de

agujeros pequeños y con pequeñas ruedecitas... Esta fealdad y diferencia de rostros puso admiración en los nuestros», termina el capellán y biógrafo.

Más repulsivo no podían ser, y para colmo se expresaban en totonaca, lengua que ni Aguilar ni Marina comprendían, pero así y todo Cortés les abrazó amorosamente y les dio cuentas azules. Con el recibimiento se confiaron los indios, y como dos de ellos conocían el náhuatl, explicaron a Marina que el cacique de Cempoala, su señor, les mandaba presentar sus respetos a los extranjeros llegados en grandes cerros o teocallis flotantes. Días antes habrían satisfecho la embajada, agregaron, de no avistar en el real a sus enemigos y tiranos, los aztecas. Y Cortés ató un nuevo cabo de la trama: ya barruntaba, dice Gomara, «que Moctezuma tenía por allí guerra y contrarios». También Bernal nos cuenta que por aquellas pláticas se supo «cómo tenía Moctezuma enemigos y contrarios, de lo cual (su capitán) se holgó».

Muchísimo se holgaría Cortés al descubrir el punto vulnerable del mundo indígena. Pocos días después, ya en Cempoala, al hacerse lenguas el cacique Gordo de las atrocidades mexicas, de cuyos guerreros eran esclavos y víctimas de sus recaudadores, quienes les llevaban cuanto tenían, don Hernando, apunta Torquemada, sintió singular contento «porque para la distribución de un reino y victoria cierta del contrario, no hay cosa que más le deshaga y aniquile que la discordia que los mismos entre sí tienen; porque, como dice Cristo, todo reino en sí diviso fácilmente será asolado y destruido, y un haz de mimbres, aunque sean muy delgada, mientras se conservan juntas unas con otras no hay fuerzas que las quiebren».

Urgía dejar el arenal con sus jejenes, mosquitos y sol abrasador para ir a tierras amigas, como Cempoala, dónde hallar mantenimientos abundantes y, también seguramente, criados para cargar impedimentas y llevar la artillería, de momento a Quiahuitztlán, magnífico abrigo para las naves. Y urgía sobre todo, porque al desaparecer los servidores mexicas, dejándoles sin qué comer, sólo disponían de algunos peces que los marineros cogían y vendían a los soldados literalmente a precio de oro, o sea pagaderos en joyas, jades y jadeínas. Para empeorar la situación principiaban a formarse bandos, unos en apoyo de Cortés, dispuestos a seguirle, y otros inclinados a volver a Cuba para rendir cuentas a Diego Velázquez, y con él compartir los tesoros rescatados.

Por un momento dio Cortés la impresión de someterse a los descontentos, sobre todo al figurar entre éstos Juan Velázquez de León y Diego de Ordaz, dos de sus mejores hombres, y prohibió el áureo comercio entre su gente. Luego

nombró tesorero a Gonzalo Mejía, otro del bando velazquista, y según Bernal les dijo mansamente: «Mirad, señores, que nuestros compañeros pasan gran trabajo al no tener de qué se sustentar, y por esta causa habíamos de disimular porque todos comiesen, cuanto más que es una miseria cuanto rescatan, que mediante Dios mucho es lo que habremos de haber, porque todas las cosas tienen su haz y envés; ya está pregonado que no rescaten más oro, como habéis querido, y veremos qué comeremos.»

Ante el primer brote rebelde se condujo Cortés como lo que era, político dispuesto a subordinar los intereses inmediatos a objetivos distantes: «Cualquier capitán más sencillo, reaccionando automáticamente al impulso del hábito y de la codicia, dice Madariaga, hubiera prohibido a los soldados los rescates que hacían por su cuenta. Él lo observó todo, pero dejó hacer, adivinando que la situación iría a dar en ventaja suya. El bando de Velázquez cayó ingenuamente en el lazo que el astuto capitán le había tendido. Ahora ya figuraban oficialmente como los enemigos egoístas del soldado de filas, cuyos intereses y necesidades sólo hallaban defensa en el generoso Cortés. Iban así madurando las cosas para el astuto capitán, pero todavía no estaban maduras. La elección de un lugar para asentar el nuevo campamento vino a presentar otra ocasión, que Cortés no tardó en explotar». La ocasión se presentó, efectivamente, al emprender la marcha a Quiahuiztlán, fortaleza natural recomendada por Montejo y el piloto Alaminos para fundar allí la villa española.

Los últimos acontecimientos —en especial la resistencia del bando velazquista para emprender la marcha— resultaban altamente docentes. Casi a un tiempo descubría Cortés el punto vulnerable del mundo indígena —su falta de unión interna—, y el talón de Aquiles de su equipo humano, su escasa cohesión. Entre el porvenir incierto, los mosquitos y jejenes que no dejaban dormir, el pan cazabe enmohecido y apocado, los varios españoles muertos y cristianamente sepultados, y la nostalgia natural de aquellos hombres por sus casas, comodidades, familias y repartimientos, era de esperarse que se fortaleciera el bando favorable a la retirada. Mas él respondió que ése no era buen consejo; que ninguno podía quejarse de su fortuna, prueba del amparo divino, y que si bien era imposible devolver la vida a los muertos, era en cambio propio de las guerras que algunos cayesen en ellas. Y en cuanto a la amenaza del hambre, tendrían amigos en tierras de Cempoala. Dios les tomaría de su mano, y no sería la primera vez en que soldados en campaña viviesen a costa de los países conquistados. De momento callaron los descontentos, mas Cortés distinguía

netamente las causas de los efectos, y no olvidaba la lección: sabía que los efectos no desaparecen mientras aquéllas subsisten. Algo que aprendió en la Universidad de Salamanca, o que nació sabiéndolo.

El descontento tenía una causa formal, nacida de su autoridad precaria, pues Cortés era sólo delegado de Velázquez, autoridad secundaria a ojos de los parciales de Diego y a ojos de cualquier observador medianamente sensato. Para modificar esa dependencia, tomando por su cuenta el bastón de mando, sólo contaba con la adhesión de sus parciales, mas como tampoco sabía si éstos formaban o no mayoría, confió a Hernández Puerto carrero, a Pedro de Alvarado, a Olid, Escalante, Alonso de Ávila y Francisco de Lugo la orquestación del primer «golpe de Estado» que se conoce en la historia mexicana. Los amigos de Cortés fueron de soldado en soldado con amañados planteamientos, según Bernal con él primeramente: «¿Parecéos bien, señor, que Hernando Cortés así nos haya traído engañados a todos, y dió pregones en Cuba que venía a poblar, y ahora hemos sabido que no trae poder para ello, sino para rescatar, y quieren que nos volvamos a Santiago de Cuba, con todo el oro que se ha habido, y quedaremos todos perdidos, y tomarse ha el oro Diego Velázquez, como la otra vez?». La solución era pues quedarse. Poblar la tierra en nombre de Su Majestad... y nombrar capitán a Cortés, servidor de Dios y del rey, en tanto que éste no dispusiese otra cosa.

Mas ocurrió que «andando de soldado en soldado este concierto» terminaron por oírlo los velazquistas, quienes sin andarse por las ramas, «con palabras algo sobradas», dijeron al de Medellín que «para qué andaba con mañas para quedarse con la tierra sin ir a dar cuenta a quien le envió por su capitán, pues Diego Velázquez no se lo tendría a bien». El ataque frontal habría hecho perder los estribos a otro, mas no a Cortés, demasiado listo para facilitar el juego a sus enemigos. De momento se redujo a replicar que no atentaría contra a autoridad del gobernador, y mandó pregonar la retirada: las naves, con sus correspondientes dotaciones de marinos y soldados, volverían a Santiago de Cuba, mas ahora también jugaba sus cartas y al proceder así dio lugar a protestas de sus airados amigos, quienes reclamaban que si en Cuba se les invitó a poblar, ahora no podían ni querían renunciar a una empresa de tan altos vuelos al servicio de Dios y el emperador. Todavía se hizo del rogar Cortés —«tú me lo ruegas, yo me lo quiero», escribirá años más tarde Bernal, al relatar el episodio —, mas al fin cedió a la argumentación de sus parciales: retiraría la orden de embarcar a condición de que se le nombrara Justicia Mayor y Capitán General.

Nada más, pero nada menos también.

En la llamada *Primera Carta de Relación*, del 10 de julio de 1519, dirigida a la reina doña Juana y al emperador Carlos por el regimiento de la Villa Rica de la Vera Cruz, se relata el episodio como sigue: «Y acordado esto nos juntamos todos, y acordes de un ánimo y voluntad hicimos un requerimiento al dicho capitán (Cortés) en el cual dijimos: que pues él veía cuanto al servicio de Dios Nuestro Señor y al de vuestras majestades convenía que esta tierra estuviese poblada... le requerimos que luego cesase de hacer rescates de la manera que los venía a hacer, porque sería destruir la tierra en mucha manera y vuestras majestades serían en ello muy deservidos, y que así mismo le pedíamos nosotros de hacer y fundar, alcaldes y regidores en nombre de vuestras reales altezas... Y hecho este requerimiento, el dicho capitán dijo que al día siguiente nos respondería... luego otro día nos respondió diciendo que su voluntad estaba más inclinada al servicio de vuestras majestades que a otra cosa alguna, y que no mirando al interés que a él se le siguiera si prosiguiera en el rescate... le placía y era contento de hacer lo que por nosotros le era pedido, pues que tanto convenía al servicio de vuestras reales altezas. Y luego comenzó con gran diligencia a poblar y fundar una villa, a la cual puso por nombre la Rica Villa de la Veracruz, y nombrónos a la que la presente suscribimos por alcaldes y regidores de dicha villa, y en nombre de vuestras reales altezas recibió de nosotros el juramento y solemnidad que en tal caso se acostumbra y suele hacer».

Al siguiente día, en nombre de doña Juana y don Carlos, en tanto ellos no dispusiesen otra cosa, los alcaldes y regidores designados por Cortés le nombraron Justicia Mayor y Capitán General, cargos que el capitán juró cumplir en el nombre de Dios. *Consumatum erat*. Precaria su legalidad y todo, nuestro hombre hundía sus naves por primera vez al romper su dependencia del gobernador de Cuba, acción que poco defendible en sana moral disculpa sin embargo el severo Fernández de Oviedo recordando el proverbio que dice: «Matarás y matarte han; y matarán quien te matare», refiriéndose al hecho de que Velázquez «no usó de más cortesías con el almirante don Diego Colón, en se le quedar a su despecho con la gobernación de la isla de Cuba», misma de las que Cortés se atuvo para «le dejar en blanco y se quedar con el cargo de la Nueva España».

Es por lo demás evidente que la mayoría de las grandes jugadas políticas no salen bien paradas de enjuiciarse con criterios morales, y la de Cortés, a costa de Velázquez, no era ni podía ser excepción. De lo ocurrido con motivo de la

fundación de la Villa Rica nos queda la graciosa estratagema, y la no menos picante moraleja: Cortés nombró alcaldes y regidores: los alcaldes y regidores le nombraron a él, quien por añadidura renunciaba a lo suyo, a su tranquilidad, sus rescates y los encantos de la vida privada, en aras del servicio público, a cuyos deberes se entregaba con ejemplar sacrificio cívico. Todo eso para conseguir su objetivo: elegido «democráticamente» por sus hombres, aunque en verdad por el pueblo de una villa sólo existente en un pliego de papel, el capitán no sería más *efecto* sino *fuerza* del poder. En la soledad de los arenales, Cortés fundaba no sólo una villa española sino el sistema político mexicano del siglo xx.

Mas no bastaba con eso, pues aún cuando ya ejercía su autoridad formal sobre la villa inexistente, y con ello se cubría en buena medida las espaldas, obviamente su audaz providencia no cortaba de un tajo la malquerencia velazquista, y los fieles al gobernador estaban «tan enojados y rabiosos —cuenta Bernal—, que comenzaron a armar bandos y chirinolas, y aún con palabras mal dichas contra Cortés y contra los que lo elegimos», por ende contra el alcalde, los regidores y el alguacil de la Villa Rica en ciernes. Insistían en volver a Cuba para rendir cuentas a Velázquez y reintegrarse a sus hogares y quehaceres, a lo que aparentemente accedió el de Medellín, diciendo que a nadie sometería por la fuerza. Pero hizo lo contrario, y Ordaz y Velázquez de León, los más conspicuos amigos de Diego, terminaron a buen recaudo en los bodegones de las naves. Allí expiaron su indisciplina en tanto que Hernando, entre aclamaciones de los suyos, daba las últimas órdenes para marchar a Cempoala y Quiahuiztlán.

Sus efectivos eran limitados y de poco fiar, pues sobre un diez por ciento de la fuerza original estaban heridos o habían muerto, presos dos de los mejores capitantes, y otros muchos descontentos. Era pues urgente restañar la unidad, y para conseguirlo dejó Cortés en libertad a Velázquez y a Ordaz, e invirtió parte de lo suyo en apagar disidencias. De esa forma pudo dejar un campamento en los arenales, para cubrir la retaguardia, y tomar con el resto para Cempoala, en cuyas inmediaciones salieron a recibirle veinte indios principales en representación del cacique, cuya obesidad le impedía acudir en persona. Al encontrarse, los cempoaltecas sahumaron a Cortés, y éste les abrazó amorosamente. Luego entraron al pueblo los caballeros, ballesteros y escopeteros en formación de guerra, aclamados por hombres, mujeres y niños que llenaban calles y azoteas. Era Cempoala, escribe Torquemada, «grandísima poblazón y de grandes edificios con buenos maderamientos y en cada casa había

una huerta, con agua de pie, que parecía todo junto un deleitoso paraíso porque no sólo estaba muy verde y fresco sino también cargado de fruta». Además sus pobladores «no andaban desnudos, como los otros indios de las islas, y con todas estas cosas estaban los nuestros admirados y deseosos de verse moradores de la tierra donde tantas cosas buenas hallaban». Tan admirados estarían al cruzar el caserío que uno de los de a caballo gritó: «¡He allí una casa con paredes de plata!», al ver muros recién blanqueados, relucientes bajo el sol de la mañana. El jinete sería uno de los que ven las cosas no como son sino como les parecen, apostilla el mismo fray Juan, «y les ciega la pasión una afición, y en cosas de interés más predomina la ceguera, e inclina al mal, que la razón que encamina al bien».

Bernal nos cuenta que la víctima del espejismo fue también de las cuchufletas de sus compañeros, mas en verdad ninguno estaba a salvo de beber en esas aguas. Todos los europeos de ese tiempo eran proclives a magias y hechicerías. Y si aún hoy el enfermo suele tener conceptos mágicos de la salud, es natural que el pobre los tenga de la riqueza.

Todavía no se conocen los ingredientes mágicos que pueda haber en el ataque sexual de negros sobre mujeres blancas. La magia es, por definición, inexplicable.

Capítulo Tercero

SOBRE EL CAMINO DE CULÚA

Y los eché a la costa, por donde todos perdieron la esperanza de saber de la tierra.

CORTÉS: Segunda Carta de Relación

1. *Primeras alianzas venturosas.*

Ya estaban los castellanos en la ciudad de Cempoala, con sus altos muros, sus adoratorios y calles repletas de totonacas azorados. Como si de pronto algunos centenares de seres extraterrestres desfilaran hoy por las calles de la ciudad de México, aquellos eran argonautas llegados a un planeta de colores y pasiones verdaderas, no a un satélite de tierras espectrales, donde la huella del hombre dura eternamente, o sea en absoluta negación del tiempo. Cempoala, rincón planetario con su tierra húmeda y el aire lleno de seres vivos, nido vagaroso de mariposas y colibríes.

Opíparamente terminaban de comer los castellanos, atendidos por cientos de indios serviciales, cuando llegó el cacique Gordo con obsequios para el «gran señor», como llamó a Cortés, quien ni tardo ni perezoso aprovechó la ocasión para hablar del vasallaje que él y sus compañeros debían a don Carlos, rey y señor de grandes reinos y tierras dilatadas, siervo a su vez de un Dios verdadero, enemigo de sacrificadores, ladrones y malvados. Como alguna posibilidad de protección advertía el obeso cacique en las palabras del extremeño, púsole al corriente de los agravios que él y su pueblo recibían de los poderosos mexicas, y Cortés la ofreció sin cortapizas a cambio del sometimiento, pacto no escrito que entró en vigor de inmediato: al dejar Cempoala, camino de Quiahuiztlán, los forasteros llevaban consigo buena dotación de indios cargados con la impedimenta.

En Quiahuiztlán, a legua y media de Cempoala, el cacique del pueblo y varios de sus iguales, amén del reyezuelo de Cempoala, llegado también ese día, quejábanse ante Cortés de la tiranía de Moctezuma cuando varios totonacas asustados anunciaron la visita de cinco recaudadores o calpixques aztecas, que llegaban sin cuidarse poco ni mucho de los blancos. Los totonacas «perdieron la

color y temblaban de miedo» al ver llegar a los enviados del tlatoani mexicana, quienes, dice Bernal, pasaron frente a los españoles como si no reparasen en ellos, primero para beber y comer, y luego para reclamar por el hospedaje que daban a los extranjeros. Más tarde rendirían cuentas de su desacato: de momento se contentaban con la entrega de veinte indios e indias para aplacar el justificado enojo de Huizilopochtli.

Tan pronto se enteró de la pretensión llamó Cortés a los caciques y exigió poner presos a los recaudadores: Moctezuma sabía que si el emperador Carlos les mandaba castigar a quienes sacrificaran en el altar de los falsos dioses, y robaran y tiranizaran a sus semejantes, vería también que los pueblos totonacas dejaban de ser sus esclavos. Primero indecisos, luego envalentonados, cayeron los totonacas sobre los recaudadores; atáronles de pies y manos, apalearon al que más resistencia opuso, y pretendieron por último sacrificarlos, mas el capitán no lo permitió. Al salvar la vida de los calpixques satisfaría dos objetivos a un tiempo: el primero, hacer saber a los pueblos aquéllos cómo podrían con su auxilio enfrentar a sus tiranos, y, el segundo, que los recaudadores le debieran primero la vida y luego la libertad, pues más tarde facilitó la fuga de dos de ellos para que el Tlatoani tuviera alguna idea de su amistad y poder. «Mandóles dar de comer, regalólos y dióles buenas palabras —dice Torquemada—, y díjoles que fuesen luego a decir al señor Moctezuma que él y todas sus gentes le eran muy servidores y grandes amigos, y que con el ánimo de serlo siempre los había ayudado y soltado de la prisión, y había maltratado a los caciques que los habían prendido, y que miraba por ellos como por los suyos».

Al darse cuenta de la fuga pretendieron los totonacas dar muerte a los tres calpixques restantes, mas Cortés no lo consintió: según Torquemada «fingió mucho enojo de que se hubiesen ido los dos presos», reprendió a los caciques por lo mal que los guardaron, y mandándoles encadenar y llevar a los navíos tomó la custodia por su cuenta. Nuevo ardid del extremeño, pues apenas a bordo mandóles liberar, y llamándoles les dijo, mediante doña Marina, cómo le pesaba el desacato totonaca a su señor y rey, y que en cuanto volvieran sus compañeros les dejaría en libertad. Para redondear la trama, sólo faltaba hacer entender a los caciques que los españoles contaban con medios para garantizar la seguridad y libertad de sus pueblos, y Cortés lo consiguió fácilmente: todos aquellos pueblos y caciques, cuenta Bernal Díaz, «prometieron a una que serían con nosotros en todo lo les quisiésemos mandar, y juntarían sus poderes contra Moctezuma y todos sus aliados». Aún les pidió mirar bien lo que hacían, pues el de Culúa era

señor poderosísimo, mas los totonacas no se arredraron y ofrecieron cien mil de los suyos para fortalecer la alianza. Tampoco vacilaron para formalizar su sumisión ante el escribano Diego de Godoy, ni para ordenar que sus emisarios fueran por pueblos y serranías con la buena nueva del pacto contra el enemigo común, «poniendo a los españoles en las nubes», dice Gomara, cuya es la síntesis de la nunca vista carambola: «Hizo prender a los alguaciles (recaudadores); les soltó; se congració de nuevo con Moctezuma; alteró aquél pueblo y la comarca; se les ofreció la defensa, y dejó a los rebelados para que tuviesen necesidad de él». Necesidad irreversible: la única posibilidad de libertad y supervivencia pendía de las espadas castellanas.

Sellada quedaba la primera alianza, y Cortés decidió llevar a la práctica el acuerdo del cabildo abierto celebrado en los arenales, echando los cimientos de la Villa Rica en Quizahuiztlán, paraje propicio avistado por Montejo en tierras llanas junto al mar, lugar de mejor abrigo para las naves. «Después que hubimos hecho liga y amistad con más de treinta pueblos de las sierras, que se decían los totonaques, cuenta Bernal Díaz, que entonces se rebelaron al gran Moctezuma y dieron la obediencia a Su Majestad, y se profirieron de nos servir, con aquella ayuda tan presta acordamos de fundar la Villa Rica de la Vera Cruz... y trazada la iglesia y atarazanas, y todas las cosas que convenían para ser villa». Cortés, como de costumbre, ponía el ejemplo en punto «a sacar tierra a cuestras, y piedras, y ahondar los cimientos como todos los capitanes y soldados». Pese a la recomendación de Montejo y Portocarrero, sin embargo, el sitio escogido no reunía las supuestas excelencias, y 40 años más tarde, en 1562, fray Juan de Mansilla escribió a Felipe II que era «enfermo y malo el sitio de la ciudad de la Veracruz a causa de estar asentada en un arenal, entre hunos médanos de arena, junto a hun río cerca de la mar, y anégase con el río quando viene la avenida». Muchos otros pensarían como el fraile, pues posteriormente se trasladó la ciudad frente al islote de San Juan de Ulúa, mas o menos al sitio donde primero desembarcaron los españoles.

En su capital mientras tanto, al recibir Moctezuma noticias de lo ocurrido en Quiahuiztlán con sus calpixques, y sobre todo al oír las amistosas protestas de Cortés, que le llevaron los dos recaudadores liberados, determinó enviar al gran jefe blanco nuevos testimonios de su miedo en oro, plumas, jades y mantería. Cortés acogió amistosamente a los emisarios; recibió los regalos, y a la queja del Tlatoani por soliviantar a sus vasallos redujose a decir que si Teuhtile y sus macehuales abandonaron el campamento, sin dejarles medios de vida, se vio

obligado a buscarlos entre sus amigos de los pueblos vecinos. Mas no todo quedó en recriminaciones mutuas, pues al reclamar los mexicas que tres de los suyos se encontraban presos aún, el capitán les hizo llevar a su presencia y les dejó libres. «Bien podía Cortés tener esos tratos con gente que no entendía por dónde iba el hilo de la trama», dice el biógrafo y capellán Francisco López de Gómora. Consumado el jaque-mate, los embajadores volvieron a la capital con los calpixques, y los caciques a sus pueblos a propalar el miedo y sumisión de Moctezuma. «Voló muy en breve la fama de este hecho, confirma Torquemada, y puso en asombro y pasmo a toda la tierra, porque a todos los que lo supieron pareció demasiado atrevimiento, y aguardaban a ver en qué paraba caso tan atrevido y libertado». Pasma y asombro, no exagera Torquemada. Los totonacas daban por cierto que el gran Moctezuma no perdonaría los agravios, y en vez de enviar a sus guerreros a castigar el desacato, llegaron emisarios con oro y joyas para los hombres blancos. Entre los pueblos de la costa nadie ponía en duda la naturaleza divina de los extranjeros: por *téules*, dioses o demonios, les conocían ya.

El destino del pueblo totonaca se reducía a sobrevivir bajo protección castellana o a sucumbir sin ella, mas Cortés sabía que una golondrina no hace verano, y al acudir varios caciques para quejarse de violencias y exacciones mexicas en el pueblo de Cingapacinga, a dos soles de Cempoala, decidió consolidar la alianza no obstante que siete u ocho de los suyos, parciales de Diego Velázquez, enseñaban las uñas nuevamente y maquinaban regresar a Cuba. Mediante el auxilio totonaca, y el espanto que aún producían los caballos y disparos de las armas de fuego, le fue fácil castigar a los depredadores, que en Cingapacinga destruían sementeras y robaban mujeres y mantenimientos —fue aquél el primer hecho de guerra entre mexicas y castellanos—, de modo que al volver los *téules* a Cempoala se hallaba Cortés aureolado «de gran fama y reputación entre amigos y no amigos» según Gomara. Tan reconocido se hallaba el cacique Gordo que entrego a los capitanes ocho indias, doncellas y principales, para con ellas «hacer generación» y llevar la amistad al rango de hermandad, si bien don Hernando las rechazó de momento no sabemos si bajo escrúpulos religiosos o simplemente por feas. Para tomarlas exigió que abandonaran ellas sus creencias y ellos sus sodomías, pues «tenían muchos vestidos con hábitos de mujeres, dice Bernal, que andaba a ganar en aquel maldito negocio, y cada día sacrificaban delante de nosotros tres o cuatro o cinco indios, y los corazones ofrecían a sus ídolos, y la sangre pegaban por las paredes,

y cortábanles las piernas, y los brazos y los muslos, y lo comían como vaca que se trae de las carnicerías en nuestra tierra».

Cabe imaginar el asombro totonaca ante el rechazo de las doncellas, mas fue mayor la sorpresa de los castellanos al ver que el cacique Gordo y sus principales hacían causa común con los sacerdotes en defensa de sus dioses, respuesta «tan desacatada», dice Bernal, «que no la pudimos sufrir» no obstante su anuencia a reconsiderar sus prácticas sexuales contra natura. Cortés montó en cólera ante el inesperado desacato; arengó a sus soldados en el nombre de Dios, y volviéndose al cacique amenazó con destruir los ídolos y los adoratorios de no hacerlo ellos de inmediato, dilema ante el cual optaron los cempoaltecas por lavarse las manos: ellos no lo harían, y dejaban a los téules la responsabilidad del sacrilegio. Y no bien lo hubo dicho, cuenta Bernal Díaz, «cuando subimos sobre cincuenta soldados y los derrocamos, y vienen rodando aquellos sus ídolos hechos pedazos, y eran de manera de dragones espantables, tan grandes como becerros, y otras figuras de manera de medio hombre, y de perros grandes, y de malas semejanzas. Y cuando así los vieron hechos pedazos, los caciques y *papas* que con ellos estaban lloraban y taparon los ojos, y en su lengua totonaque les decían que los perdonasen, y que no eran más en su mano, ni tenían culpa, sino esos téules que os derrocaran, y que por temor de los mexicanos no nos daban guerra, y desde que aquello pasó comenzaban las capitanías de los indios guerreros que he dicho que venían a darnos guerra a querer flechar, y desde que aquello vimos echamos mano al cacique Gordo y a seis *papas* y otros principales, y les dijo Cortés que si hacían algún descomedimiento de guerra, que habrían de morir todos ellos. Y luego el cacique Gordo mandó a sus gentes que se fuesen de delante de nosotros y que no hiciesen guerra. Y después que Cortés los vio sosegados les hizo un parlamento, lo cual diré adelante, y así se apaciguó todo». Por primera vez daba Cortés de lado a la política y cifraba el éxito en la fuerza. Se jugó el todo por el todo, y no hubo bronca: salía airoso de su segunda destrucción de las naves.

Una vez derribados los ídolos, de las paredes desapareció la sangre bajo la cal purificadora, y en el blanqueado adoratorio se colocó una cruz de madera; sobre el altar una imagen de Nuestra Señora, y en el improvisado recinto dijo misa el padre Olmedo, quien amonestó a los indios por sus sacrificios e idolatrías y bautizó a las ocho hijas de caciques. Mediante la administración del sacramento, quedaron las doncellas en condiciones de dejar de serlo: Puertocarrero recibió a la nombrada doña Francisca, «muy hermosa para ser

india» según Bernal, y Cortés se quedó con doña Catalina, «con buen semblante» no obstante sus discutibles encantos y la circunstancia alarmante de ser homónima de su esposa La Marcaida. Por su puro gusto bailaba don Hernando con la más fea.

Pacificada la región volvieron los castellanos a la Villa Rica para recontar sus efectivos, dejar destacamento y preparar la marcha sobre la ciudad de Moctezuma. En la Villa encontraron anclado un navío al mando de don Francisco de Salcedo —barco, según Gomara, comprado por Cortés en Santiago, aunque por sus deficiencias para navegar hubo de quedar en reparaciones cuando el resto de la flota se hizo a la mar—, de quien el extremeño supo que el emperador Carlos había nombrado a Velázquez adelantado de Cuba, con poderes para poblar y rescatar en Yucatán, noticia que como era de esperarse revivió los ímpetus del bando velazquista. Y nuevamente se puso en el tapete la cuestión básica: el origen de su autoridad.

Evidentemente el acta levantada en los arenales, al constituirse el cabildo de la Villa Rica, fincaba su independencia de Velázquez, mas ante las noticias recién llegadas volvíase aquélla sólo documento amañadamente redactado. Por lo visto no era fácil desbancar la autoridad de Diego Velázquez, respaldada por los buenos oficios de don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos y presidente del Consejo de Indias. Que la reina doña Juana y su hijo, el emperador Carlos, pudiesen aprobar el acto aparentemente democrático de la inexistente Villa Rica era soñar. Soñar, a manos de inclinarse la real voluntad, mediante algún estímulo, en beneficio de los aventureros...

Y Cortés entendió que no podía perder un día más. Si el 10 de febrero salió de Cuba con la armada, y desde los primeros días de marzo aventuraba por aquellos pagos, ahora junio tocaba a su fin. Casi tres meses corrieron a partir del día en que sus parciales le hicieron Justicia Mayor y Capitán General, a reserva de ratificar Su Majestad la decisión. Urgía pues darle cuenta de tantas ocurrencias, y sobre todo conseguir el regio aval para los acuerdos tomados en la Villa Rica. Visto el problema desde cualquiera de sus ángulos, lo primero sería rendir cuentas, y lo segundo añadir a las cuentas la parte del tesoro correspondiente al monarca, o sea el llamado *quinto del rey*. El quinto o el tesoro completo ¿por qué no? Urgía un argumento de peso para neutralizar las insidias de Diego Velázquez y sus poderosos abogados en la corte. Al decir de Bernal Díaz, la idea de enviar al emperador no sólo el quinto sino la totalidad del tesoro recaudado fue de los soldados, mas para creer a Bernal sería preciso desconocer

a Cortés, autor de la idea sin género de dudas. El mismo soldado cronista cuenta que al adoptar su capitán ese planteamiento agregó «que pues de la distribución de las partes sería poco lo que tocaría a la Corona», se había puesto en pláticas con Francisco de Montejo y Diego de Ordaz, «hombres de negocios», a fin de recabar entre los soldados su consentimiento. La fórmula no pudo ser más escueta: «Señores —dijeron los “hombres de negocios” a los soldados—: ya véis que queremos hacer un presente a Su Majestadd del oro que aquí hemos habido y para ser el primero que enviamos de estas tierras había de ser mucho más; parécenos que todos le servimos con las partes que nos caben; los caballos y soldados que aquí estamos escritos tenemos firmados cómo no queremos parte ninguna de ellos, sino que servimos a Su Majestad con ello porque nos haga mercedes. El que quisiese su parte, no se le negará; el que no la quisiera, haga lo que todos hemos hecho, fírmelo aquí».

Y todos firmaron en acto de sorprendente, generosa fidelidad al capitán y al emperador. No era fácil renunciar al oro, poco o mucho —el pájaro en mano—, para quedarse con heridas y hambres, con las arduas marchas bajo el sol de fuego, con los mosquitos, jejenes y la omnipresente amenaza de cuchillos sobre el pecho. Por otro lado eran conquistadores, no carmelitas descalzos, y olvidarse elegantemente a su parte era bello gesto de quienes, al renunciar a su oro, se desprendían de su razón de vivir.

Para llevar a Castilla tesoro y cartas al emperador Carlos nombráronse procuradores a Hernández Puertocarrero y Fransisco de Montejo, a cuya misión asignó Cortés el mejor navío de la flota y el más fogueado de los pilotos, primer navegante del canal de las Bahamas y otras aguas vírgenes, el celebérrimo Antón de Alaminos. Las cartas fueron dos: una escrita por Cortés —que nadie vio—, y otra del Cabildo. La primera se ha perdido, dejando testimonio de su existencia sólo en el relato de Bernal, en tanto que la segunda, con la historia pormenorizada de la aventura a partir de Cuba, la fundación de la Villa Rica de la Vera Cruz, el inventario del tesoro y el nombramiento de los procuradores se conoce hoy como *Primera Carta de Relación*, Endiablada encomienda la de Montejo Portocarrero, pues, de no respaldar doña Juana y don Carlos la autoridad de Diego Velázquez, todos ellos terminarían en la horca. De eso se hallaba Cortés absolutamente seguro, de modo que al tanto del poder y recursos de Rodríguez de Fonseca dispuso la jugada maestra: si en uno de los platillos de la balanza pesaban la autoridad del gobernador de Cuba, la acción del obispo de Burgos y la inexperiencia del joven don Carlos, en el otro dejaría caer los

primeros tesoros de las Indias: la rueda de oro grande, «con figuras de monstruos en ella, y labrada toda de follajes, la cual pesó tres mil ochocientos pesos de oro», los collarettes de oro y pedrerías, brazaletes, plumajes multicolores y una rueda de plata «que pesó cuarenta y ocho marcos». Sobre *su* platillo de la balanza, el argumento que según Bernal «quebrante peñas y lo amansa todo». Todo, hasta la real decisión del monarca más poderoso de la tierra.

En este punto resulta delicioso el texto de la *Primera Carta de Relación*: «Después de hecho lo susodicho (los nombramientos en favor de Cortés), estando todos ayuntados en nuestro cabildo, acordamos de escribir a vuestras majestades, y les enviar todo el oro y plata y joyas que en esta tierra habemos habido, de más y allende de la quinta parte de sus rentas y derechos reales le pertenece, y que con todo ello, por ser lo primero, sin quedar cosa alguna en nuestro poder, sirviésemos a vuestras reales altezas mostrando en eso la mucha voluntad que a su servicio tenemos, como hasta aquí lo habemos hecho con nuestras personas y haciendas: y acordado por nosotros esto, elegimos por nuestros procuradores a Alfonso Fernández Puertocarrero y Francisco de Montejo, los cuales enviamos a Vuestra Majestad con todo ello». Si, «con todo ello», aparte de cuatro indios que los cempoaltecas engordaban para fines gastronómicos, e irían en el mismo barco. Resulta de particular significación acentuar que los procuradores llevaban a Castilla oro, plata y joyas «allende la quinta parte que de sus rentas y derechos reales pertenecía al emperador». De enviar hasta la *quinta parte del tesoro*, Cortés y sus hombres habrían cumplido legalmente con el pago del quinto real, pero el resto, ese «allende la quinta parte», era pura y llana donación. Era el precio que todos ellos cubrían, a prorrata, para sobornar a don Carlos I de España y V de Alemania.

El 26 de julio de 1519, en su nave con quince marineros, Montejo y Puertocarrero emprendieron el viaje, Antón de Alaminos al timón. Con pésimas primicias fondeó el barco en San Lúcar, hacia octubre, pues Rodríguez de Fonseca mandó secuestrar el tesoro y aún gestionó el enjuiciamiento de sus portadores, acusados de traición. Fernández de Oviedo nos dice haber visto, en la Casa de Contratación, «las muchas joyas de oro e plata, e muy hermosos penachos de pluma muy extremados, que todo era mucho de ver», y agrega que por el mismo Alaminos supo que 400 hombres habían quedado al lado de Cortés, «e que aquella tierra es muy fértil rica, e la gente de la belicosa e idolátrica, e de mucha familiaridad con el diablo, el cual hablan, e han sus respuestas de él, e le sacrifican hombres, e aún los comen, como más largamente se dirá adelante».

Pero eso ocurrió después. De momento, ese 26 de julio, Montejo, Puertocarrero y Alaminos se hacían a la vela con su carga de tesoros y esperanzas.

2. *Ahora entre la espada y la pared.*

Parte de los castellanos, «hombres de muchas cualidades y pensamientos» malquerían a su capitán, primero por ser su capitán y luego por hacerles renunciar a su parte del tesoro, ya camino de Castilla en el barco de Montejo y Puertocarrero. Entre esa gente andaban los Penates, a quienes Cortés mandó azotar en Cozumel por robar tocinos; un tal Juan Cermeño; otro, un piloto Gonzalo de Umbría; algún Centeno; el clérigo Juan Díaz y Bernardino de Coria, este último al fin delator del plan que, en suma, consistía en apoderarse de uno de los navíos y volver a Cuba. Al clérigo le salvó su sagrado hábito, mas no así a los otros conjurados: los Peñates recibieron doscientos azotes cada uno, que sumados a los de Cozumel les harían callo en las espaldas; al piloto le cortaron ambos pies, y Cermeño y Escudero terminaron en la horca. A sus sesenta y pico de años, cuando escribía su *Historia*, Bernal Díaz recordaba que cuando Cortés firmó esas sentencias dijo entre grandes suspiros: «¡Oh, quién no supiera escribir por no firmar sentencias de muerte!». Suspiraría mucho, pero no le tembló la mano. Madariaga defiende el punto diciendo que la disciplina militar y sus castigos, no ya de entonces sino de fines del siglo XIX, hacía aparecer más bien suaves que severos tales castigos, mas la verdad es que sobran esos y otros argumentos. Hombre por encima de cualquier escrúpulo, prodigioso jugador de pasiones humanas, Cortés confió sus decisiones a la fuerza sólo ocasionalmente, mas al ser preciso acudía a ella sin miramientos. No era lo que se dice un sanguinario. Prefería no matar, pero de hacerlo lloraba para saldar su pena.

De nueva conjura sacó el de Medellín fundadas conclusiones, una sobre todo: que de permanecer las naves fondeadas, al alcance de los descontentos, cualquiera de ellos terminaría por encabezarlos para alzarse con ellas e irse a Cuba, con el cebo adicional de ameritar perdones y recompensas del gobernador Velázquez. Las naves eran peligrosa tentación, más aún de llegar al caso de reveses militares u otros contratiempos en la campaña a punto de comenzar. Constáble que un soldado lucha, ataca y se defiende valerosamente de tener cortada la retirada; que hasta los venados se revuelven bajo el acoso de los

perros. Si los suyos no llegaban al medio millar, y sus enemigos se contaban por cientos de miles, era preciso que cada uno de ellos peleara por cien indios, y eso sólo podía esperarse al tener la muerte o la victoria como alternativas únicas. «Diferentemente pelea el que sabe que ha de morir si no se defiende, que el que tiene entendido que cuando apriete el riesgo y peligro tiene guarida donde meterse y salvar sin dolor la vida», escribió Juan de Torquemada.

Planteado así el cuadro, definidas sus aristas, a ojos de Cortés se abrían dos opciones: el camino de la muerte a manos de los naturales, o de sus propios hombres descontentos, y el del oro y la gloria conjugados. Más éste exigía la destrucción de las naves, para entonces hundidas dos veces simbólicamente. Ahora llegaba el momento de destruirlas realmente. De hundirlas por última vez, pensaría sin sospechar que varias destrucciones más le quedaban pendientes. Y en Cempoala, camino de Tenochtitlan, decidió «dar con los navíos al través» para cancelar cualquier posibilidad de retirada. «Dar con los navíos al través», expresión muy de su tiempo.

Díaz del Castillo nos dice que Cortés «lo tenía ya concertado», aunque resuelto a encubrir la iniciativa como idea de sus soldados para celar su responsabilidad con el voto mayoritario, pues algunos barcos se compraron con dinero de sus capitanes y no quería exponerse a futuras reclamaciones. El relato de Bernal merece crédito y cuadra con las artes del extremeño, quien por sistema tiraba con escopeta para abatir varios pájaros con el mismo tiro. En Cempoala dispuso que los marinos y pilotos viejos, ineptos para la guerra, quedaran de guarnición en la Villa Rica, y Juan de Escalante se encargó de retirar velería, cables y anclas de las naves, para hundirlas a continuación. «Y los eché a la costa, escribió al emperador en su *Segunda Carta de Relación*, por donde todos perdieran la esperanza de saber de la tierra». ¡Perder la esperanza de saber de la tierra! Se necesitaban redaños. Y no para fundar un imperio, pues imperios fundaron y fundarán otros conquistadores. Redaños para cortar escapatorias, y fundar una nueva nacionalidad y un nuevo país.

Satisfecha su comisión volvió Escalante a Cempoala, y Cortés, oída la misa de rigor; dejando templo, cruz e imagen al cuidado del cacique Gordo, habló a sus capitanes y soldados al momento de emprender la marcha: en la aventura pendiente todo les sería adverso, dijo, salvo la seguridad en la providencia divina. Una sola derrota era irreparable, pues faltos de reemplazos no podrían cubrir las bajas, y sin los navíos tampoco era posible volver a Cuba. Confiaba en la victoria, que no se les negaría con el auxilio de Dios, y en la excelencia de sus

soldados y capitanes. Frente a los muchos pocos, ellos eran los pocos muchos de recio pelear y corazón bien puesto. Para terminar adujo ejemplos antiguos; acudió a las grandes hazañas de los romanos, y los soldados, arrebatados por el entusiasmo, dice Bernal, creyeron estar ante Julio César en el momento de cruzar el Rubicón. Al terminar, el cacique Gordo le proporcionó doscientos tamemes para cargar la artillería, y Cortés, de su cuenta, invitó a cincuenta totonacas notables por acompañantes. Rehenes, por si las dudas.

El 16 de agosto de 1519 salió el ejército de Cempoala, y al fin de la cuarta jornada entraron en Sienchimalen, escribió Cortés en su *Segunda Carta*, corrupción de Xicochimalco, pueblo que estuvo en las cercanías de la actual Xico, «villa muy fuerte y puesta en recio lugar», respecto de cuya descripción política difieren las opiniones de Cortés y Bernal, pues en tanto que el primero la cuenta entre pueblos sujetos a vasallajes de Moctezuma, por cuyo mandamiento, supone, le hicieron buen recibimiento, el segundo habla de ese lugar como tierra hostil a los mexicas, lo que seguramente era verdad. De Xicochimalco principiaron los téules a trepar serranías bajo el azote no ya del sol sino del frío. En la llamada *Primera Carta* se lee: «A cinco leguas de la mar... se ve una cordillera de sierras muy hermosas, entre las cuales hay una que excede en mucha altura a todas las otras, y de ella se ve y descubre gran parte del mar y de la tierra, y es tan alta que si el día no es bien claro no se puede ver ni divisar lo alto de ella porque de la mitad arriba está todo cubierto de nubes, y algunas veces, cuando hace muy claro el día, se ve por encima de las anchas nubes lo alto de ella, y está tan blanca que lo juzgamos por nieve, y aún los naturales de la tierra nos dicen que es nieve, mas porque no lo hemos bien visto, aunque hemos llegado muy cerca, y por ser esta región tan cálida, no nos afirmamos si es nieve». Ahora, al cruzar la sierra, no les cupo la menor duda: al lado de «región tan cálida» avistaban las nieves eternas del Citaltépetl.

De los altos puertos bajaron por laderas y barrancos a tierras eriazas y despobladas por falta de agua «y la muy grande frialdad que en ellas hay, dice Cortés, donde Dios sabe cuánto trabajo la gente padeció de sed y de hambre, en especial de un turbión de piedra (granizo) y agua que nos tomó en el dicho despoblado, de que pensé que parecería mucha gente de frío, y así murieron ciertos indios de la isla Fernandina, que iban mal arropados». Superada la prueba llegaron los castellanos a un pueblo de casas bien construidas, Caltamni según Cortés, en realidad Iztacmaxtitlán, donde el cacique Olintetl, gente de Moctezuma, les recibió y aposentó. Del cacique tuvo el de Medellín las primeras

noticias seguras sobre Tenochtitlan, gran fortaleza en medio de una laguna, con casas edificadas sobre el agua, comunicadas por puentes y calzadas.

Como era su costumbre, principió Cortés por decir a Olintetl que eran cristianos y estaban allí por mandato del emperador Carlos, preguntándole si eran vasallos de Moctezuma o de otra parcialidad, a lo que el cacique respondió «muy admirado y como espantado de tal pregunta», dice Fernández de Oviedo, que quién no era vasallo de Moctezuma, significando con eso «que Moctezuma era el señor del mundo», de lo que Cortés aprovechó para explicar que mucho mayor señor era su emperador don Carlos, «e que tenía innumerables príncipes e señores e capitanes vasallos suyos, e que así lo había de ser Moctezuma, e tener por muy gran merced ser suyo con todos los naturales de aquellas partes», agregando que por lo pronto debería darle algún oro para Su Majestad, a lo que el indio se redujo a contestar que oro, tenía, pero que lo entregaría cuando Moctezuma lo mandase. Cortés «disimuló con él lo mejor que pudo» —suyas son esas palabras— para no empeorar la situación, y sólo dijo que muy pronto su Tlatoani le ordenaría entregar, oro, cuanto tuviese. Quienes no salían de su asombro ante la soberbia y entercamiento de Olintetl eran los totonacas: «¡son téules! —gritaban—; ¡apresaron a los recaudadores de vuestro Moctezuma y mandaron que no se le tributase más! Luego derribaron a nuestros dioses, y pusieron a los suyos en los altares; eso lo hemos visto con nuestros ojos; ¡sólo siendo téules han podido vencer en todas partes! ¿No sabes que Moctezuma les regala oro y mantas? ¡Son los dueños del trueno y el rayo!». Mas Olintetl se mantuvo firme, y Bernal Díaz se redujo a comentar; «Traíamos con nosotros buenos echacuervos».

Fracasados los «echacuervos» en el empeño de ablandar al cacique, tres días descansaron los castellanos en Caltanmi, de donde envió Cortés a cuatro mensajeros cempoaltecas a la capital del reino de Tlaxcala, cuyos naturales, se le dijo, eran enemigos de Moctezuma. «E diéronle a entender los de Cempual —dice Fernández de Oviedo—, que los querían confederar con aquellos porque eran muchos y muy belicosos e diestros en la guerra, e confina su tierra por todas partes con la de Moctezuma, con quien continuamente tenían guerra; y pensaban los de Cempual que se holgarían los de Tascalteca con Cortés e los cristianos, e que los favorecerían si el Moctezuma se quisiese poner en algo e se mostrase contrario a los cristianos». Los informes eran satisfactorios, y aunque no volvían los cempoaltecas mensajeros dispuso Cortés reanudar la marcha. A pocas horas de camino toparon los castellanos con una gran cerca de piedra tendida entre

sierra y sierra, con sólo una entrada, y por toda ella «un pretil de pie y medio de ancho para pelear desde encima». La cerca trazaba la frontera, dijeron los guías de Olintetl, entre el reino de Tlaxcala y los dominios del gran Moctezuma. Ellos recomendaban seguir por tierras del Uei Tlatoani hasta Chururtecatl (Cholula), ciudad grande y rica en mantenimientos, mas los cempoaltecas se opusieron. «Los de Cholula son traidores, dijeron, y allí tiene Moctezuma guarniciones de guerreros». En cambio los de Tlaxcala eran sus amigos, y sobre todo odiaban a los mexicas por la guerra que hacían para robarles, abusar de sus mujeres y sacrificar a sus mejores hombres. Ante este último argumento no había otra decisión, «y porque yo a los de Cempoal tenía más concepto que de los otros, escribió Cortés en su *Segunda Carta*, tomé su consejo y fue tomar el camino de Tlaxcalteca».

Aunque de haber seguido el camino de Cholula otro habría sido el destino de la aventura, a corto plazo por lo menos, de momento sobraron motivos para que Cortés y los suyos sospecharan haber errado, pues los tlaxcaltecas, hechos a la idea de identificar a sus enemigos con los amigos de Moctezuma, e interpretando los regalos y halagos de éste como pruebas de amistad y entendimiento entre aztecas y castellanos, les deparaban sorpresas desagradables. Hoy parece justificada la cautela tlaxcalteca, pues los elementos a su alcance bastaban para interpretar de esa forma la conducta del Uei Tlatoani de México, y era simplista suponer, como esperaba Cortés, que para modificar ese punto de vista podían bastar los buenos oficios de sus mensajeros cempoaltecas, quienes llegados a la Ciudad del Águila (Tlaxcala) plantearon el objeto de su misión al consejo de los nobles, donde si bien el venerable Mexicatzin votó por recibirles en paz y agrado, Xicoténcatl el viejo adujo que según la relación que de ellos se tenía no eran hombres sino monstruos salidos de la espuma del mar, «con grandes ciervos comiendo la tierra, pidiendo oro, durmiendo sobre ropa y gustando de deleites; y que creía cierto que la mar, no los habiendo podido sufrir, los había echado de sí; y que si aquello era verdad, qué mayor mal podía acontecer a su patria recibir en ella por amigos tales monstruos».

De la diferencia de opiniones nacieron murmullos, agrega Torquemada, pues mientras viejos mercaderes se inclinaban por la de Mexicatzin, los guerreros apoyaban la de Xicoténcatl, hasta que Temilotecatl propuso que Xicoténcatl el mozo, hijo del Viejo, saliera a su encuentro «e hiciese experiencia de aquellos a quien llamaban dioses, y si los venciesen, Tlaxcala quedaría con perpétua gloria, y si no se daría la culpa a los otomíes como bárbaros y atrevidos». Como a todos

pareció bien el consejo, llamaron a los cempoaltecas y les dijeron estar dispuestos a recibir a los dioses blancos, mas también les pusieron presos en tanto el mozo Xicoténcatl salía a su encuentro para resolver en finales, según los resultados, la conducta de los suyos. Todo eso ignoraba Cortés al dar órdenes para avanzar más allá de la gran cerca de piedra, con sus hombres y caballos, entre las dos altas sierras.

De allí a cuatro leguas, cerca del pueblo de Tecuac, avistaron a unos indios con plumajes y rodela tratando de cerrarles el paso, hecho al que se refiere el testimonio consignado en el Códice Florentino: «Pues al fin vienen; los españoles ya se pusieron en marcha hacia acá. Un hombre de Cempoala, llamado Tlacocheatl les viene preparando el camino; éste les viene haciendo cortar caminos. Los guiaba; los traía viniendo por delante. Y cuando a Tecuac llegaron... los otomíes les salieron al encuentro en son de guerra; con escudos les dieron la bienvenida. Pero los otomíes de Tecuac muy bien los arruinaron; totalmente los vencieron... los cañonearon, los asediaron con la espada, los flecharon con sus arcos, y no unos pocos sino todos perecieron». Indudable exageración, pues en su *Segunda Carta de Relación* habla Cortés de sólo cuarenta o cincuenta indios muertos contra varios heridos entre los suyos, si bien dos de sus insustituibles cabalgaduras quedaron alanceadas en el campo.

Descansaban los castellanos en su real, y curaban las heridas de sus compañeros, cuando llegaron dos de los mensajeros cempoaltecas «llorando», dice Cortés, con la nada tranquilizadora noticia de haber estado presos en Tlaxcala. Decían habérselas ingeniado para escapar, y también que antes de conseguirlo oyeron decir a sus captores: «Ahora vamos a matar a esos que llamáis téules, y comer sus carnes, y comeremos también las vuestras, pues venís con embustes del traidor Moctezuma». Si en Tlaxcala les tenían por aliados del rey y señor de México-Tenochtitlan nada bueno anunciaba el futuro, pues aunque las bajas españolas fueron mínimas en Tecuac, más contaba la pérdida de dos caballos y las heridas de algunos soldados que los cientos o miles de indios muertos. No se ocultaba a Cortés que al cabo de una cuenta lo larga que se quisiera —miles o cientos de miles de indios muertos—, no quedaría vivo uno solo de los suyos. El rico es menos pobre cuando empobrece que el pobre cuando enriquece, asegura sabia y popular conseja.

La situación empeoró, esa noche, al caer indios armados con varas y flechas sobre los españoles, quienes apercebidos dispararon sus cañones, escopetas y ballestas; echaron sobre los atacantes sus caballos, y tanto daño les hicieron que

tocaron retirada. Sólo un respiro por cierto, ya que al siguiente día una fuerza de ciento cuarenta mil soldados —la cifra es de Cortés— volvió a las andadas con determinación tal «que algunos, con más esfuerzo que prudencia, se atrevieron a entrar en el real e andovieron a cuchilladas con los españoles... hasta que cansados los infieles, e viendo cuanto ánimo de los nuestros eran rescebidos, se retrajeron», dice Fernández de Oviedo. La situación empeoraba en el real, mas al siguiente día llegaron mensajeros tlaxcaltecas de paz con la sorprendente decisión de ser vasallos del rey de Castilla y amigos de los cristianos, y al marcharse éstos se presentaron cuarenta tamemes con bastimentos. Los de Tlaxcala reconocían aparentemente su yerro, y pretendían entablar relaciones de amistad con los cristianos, mas los cempoaltecas advirtieron a Cortés «que mirase que aquellos eran malos e venían a espiar e considerar cómo podían dañar a los españoles, e que toviese por cierto que a otra cosa no habían venido, so color de pedir paz e perdón», de donde el capitán «hizo tomar uno de los dellos disimuladamente», y una vez que le «amedrentó» —es la palabra empleada por Cortés—, el indio confesó que Sitengal —así también escribe el nombre de Xicoténcatl, el mozo— estaba con su gente detrás de unos cerros, listo para caer esa noche sobre los castellanos.

De qué medios se valió el extremeño para «amedrentar» al indio no está claro, mas sí consta, por decirlo él mismo, que dispuso se cortaran las manos a siete de los espías, dejándoles luego volver a donde Xicoténcatl estaba para decirle «que de noche e de día e cada e cuando él fuese vería quién eran los cristianos, y en cuán poco tenían a los indios». Al anochecer atacaron las huestes del joven caudillo, y los españoles, en guardia, salieron a su encuentro «con toda la gente de a caballo para los espantar y desbaratar, e así fue». Cuenta Bernal que el guerrero tlaxcalteca decidió seguir el consejo de los sacerdotes y atacar de noche, pues los «papas» le dijeron que las virtudes sobrenaturales de los téules desaparecían a la puesta del sol, y agrega que quienes sacaron la peor parte en el fracasado ataque fueron los autores del vaticinio, cuyas vidas, si hemos de darle crédito, terminaron en el altar de sacrificios. Es por lo menos explicable el trágico colofón, pues Xicoténcatl pudo atribuir la derrota de esa noche al escaso valimiento de sus augures y sacerdotes. Ahora que en verdad, consideraciones mágicas aparte, más que a los tlaxcaltecas favoreció la oscuridad a los castellanos, cuyos disparos y fogonazos, entre tinieblas, centuplicaban sus efectos desmoralizadores. Aún hoy, cinco siglos más tarde, más impresionan los disparos de noche que de día, y eso que la acción de armas de fuego forma parte

del entorno habitual del hombre moderno a partir de sus primeros años.

Desde el momento en que cruzaron la famosa cerca de piedra, y penetraron en tierras de Tlaxcala, los castellanos sufrían emboscadas y se liaban en hechos de armas a pesar de habérseles dicho que estarían en tierras de amigos. Su situación era por otro lado crítica, con pérdidas irreparables en hombres y caballos, faltos de mantenimientos hasta extremos de hambre, agotados por marchas y guerrear constantes, durmiendo con ropas y botas puestas, el arma en brazo, temerosos de celadas, faltos de medios para curar a sus heridos, a su alcance sólo hierbas y unto de indios muertos para sanar de traumatismos, cuchilladas y descalabraduras. Si Tlaxcala era tierra de amigos —y en ella tanta guerra les daban—, flaqueaban de pensar cómo les iría en tierra de enemigos. Cuenta Bernal que al volver con víveres de Zumpancingo halló en el real «corrillos y pláticas» de soldados descontentos. Quienes más pinchaban en los decaídos ánimos eran por supuesto los aún fieles de Velázquez, con repartimientos de indios y casas en Cuba, varios de los cuales resolvieron llevar sus cuitas a Cortés mismo. No faltáales valor para guerrear, más tampoco para tomar al toro por los cuernos, y sin tapujos hablaron de lo mal que andaban todos, peleando noche y día, con cincuenta y cinco compañeros menos y sin saber de los de la Villa Rica; que no se tentara más a Dios, de quien tanto favor recibían, para terminar el día menos pensado con el pecho abierto ante los ídolos; que mirase cómo andaban todos peor que bestias, pues las bestias al menos descansaban al fin de la jornada y ellos llevaban día y noche armas, ropa y calzados; que volviese los ojos a la historia de los antiguos y vería cómo un Alejandro, con ser quien fue, no se atrevió a destruir sus navíos para meterse con tan poca gente en tierras tan enemigas y llenas de guerreros...

Sus razones no eran malas, y por lo demás, sólo podía culpárseles de murmurar, no de conspirar. Por otro lado Xicoténcatl andaba cerca con sus guerreros, y Cortés no podía permitirse sentar ejemplaridades al precio de mermar sus limitados efectivos, de modo que aunque según Bernal los descontentos hablaron «algo como soberbios», el gran téul se hizo eco de sus penalidades, pero díjoles también que en el universo entero no habría otros españoles más fuertes y animosos. «Muchas veces fui de esto muchas veces requerido —relata en su *Segunda Carta de Relación*— y yo los animaba diciéndoles que mirasen que eran vasallos de Vuestra Alteza y que jamás en los españoles en ninguna parte hubo falta, y que estábamos en disposición de ganar para Vuestra Majestad los mayores reinos y señoríos que había en el mundo, y

que además de hacer lo que como cristianos éramos obligados, en pugnar contra los enemigos de nuestra fe, y por ello en el otro mundo ganábamos la gloria y en éste conseguíamos el mayor prez y honra que hasta nuestros tiempos ninguna generación ganó. Y que mirasen que teníamos a Dios de nuestra parte, y que a Él ninguna cosa le es imposible, y que lo viesen por las victorias los nuestros habíamos habido, donde tantas gentes de los enemigos eran muertos y de los nuestros ninguno; y les dije otras cosas que me pareció decirles de esta calidad, que con ellas y el real favor de Vuestra Alteza cobraron mucho ánimo, y los atraje a mi propósito, y a hacer lo que yo deseaba, que era dar fin a mi demanda comenzada». Con eso bastó para que le pidiesen descuidarse de pláticas y corrillos y seguir a delante con la gracia de Dios. Respondió la fibra cordial al decirles Cortés «que más valía morir por buenos, como decían los cantares, que vivir deshonorado».

Aquí es preciso subrayar que don Hernando no era un «monomaniaco del peligro», como dice Madariaga, sino al revés, «uno de los hombres de acción más constantes, más calculadores, más cuidadosos que la historia ha conocido». Tres grandes fuerzas alimentaban su confianza según su biógrafo: la primera, fe sin límites en el valor de los españoles, sin cisuras hasta los días del desastre de Rocroy; la segunda, fe en la victoria, afincada en la certeza de llevar por el mundo las banderas de Cristo y del Imperio español como una y misma cosa, en esto hombre de su país y su tiempo, hecho a la idea, por la historia de siete siglos de lucha contra el moro, de identificar a los infieles con los enemigos de Dios y de la patria; y la tercera y última, fe absoluta en la protección divina para consumir felizmente la empresa. Correcta estimación de tan compleja personalidad, pues en ausencia de tal seguridad providencial, o divino «llamamiento», nadie puede enjuiciar satisfactoriamente la española, apasionada vocación conquistadora del siglo XVI. Quienes echan mano del solo acicate del oro simplifican la hazaña y la desnaturalizan por completo. Ahora, en punto al valor personal de Cortés, no es ni con mucho la nota dominante en su personalidad, por notable que haya sido. De haber sido «monomaniaco del peligro» solamente, ocasiones sobraron para correr la suerte de los muchos cántaros que van al agua y terminan por romperse. Hombre de audacia singular, con redaños y corazón bien puestos, en él dominaba sobre todo la habilidad o genio, como se quiera, tanto para calibrar en un parpadeo el peso específico de los hechos, y el cariz circunstancial en que se daban, como para decidir y poner

en práctica la norma de conducta adecuada. Esa facultad, intuición de político nato, le permitió siempre tocar la tecla correcta en el momento preciso, secreto sólo al alcance de los excepcionalmente dotados para las buenas y malas artes de la gobernación humana.

3. Al fin en la Ciudad del Águila.

En Tlaxcala, mientras tanto, mejoraban las perspectivas de Cortés al ganar adeptos el anciano Mexicatzin entre los notables del Consejo, y ahora Xicoténcatl el viejo, su opositor en otros días, convenía en recibir amistosamente a los téules, dioses o demonios que ni de frente durante el día, ni de noche y por sorpresa podían ser batidos. Ya convenía el noble anciano en la condición sobrenatural de aquellos seres: téules tendrían que ser, no monstruos surgidos de la entraña del mar; téules llegados de la orilla del mundo sobre olas coronadas de espuma.

Ahora los cuatro tlatoanis de Tlaxcala aconsejaban pactar con ellos, y su reputación se impuso al fin: «Sean hombres, sean téules, dijo Mexicatzin, busquemos su compañía; hagamos con ellos las paces, y pidámosles protección frente a nuestros enemigos de México». Y los caciques principales votaron por la paz. Llamarían a los españoles. Les harían aposentar en su ciudad. Recibirían mantenimientos y mujeres para hacer con ellos generación. Ante Hernán Cortés se despejaba el camino de la victoria.

Según el testimonio del Códice Florentino, el hecho de armas de Tecaoc inclinó a los tlaxcaltecas por la paz, hecho tan decisivo al parecer que sólo a él se refiere el relato indígena, sin mencionar las gestiones de los emisarios cempoaltecas: cuando los otomíes fueron vencidos, «los tlaxcaltecas lo oyeron, lo supieron, se les dijo. Mucho se amedrentaron, sintieron ansias de muerte. Les sobrevino gran miedo, y de temor se llenaron. Entonces se congregaron en asamblea los caudillos, los capitanes... Unos a otros se decían el hecho, y dijeron ¿cómo seremos? ¡iremos a su encuentro! ¡Muy macho y muy guerrero es el otomí!; en nada lo tuvieron, como nada lo miraron... ¡Todo en una mirada, todo con un volver los ojos acabaron con el infeliz mecehual. Pues ahora estamos a su lado; hagámonos sus amigos, seamos amigos suyos! ¡Los de abajo están arruinados! Pues en seguida van a darles encuentro los señores de Tlaxcala. Llevaron consigo comida: gallinas de la tierra, huevos, tortillas

blancas, tortillas finas... Y dijeron: “Somos de Tlaxcala, os habéis fatigado; habéis llegado y habéis entrado en vuestra tierra; es vuestra casa Tlaxcala. Es vuestra casa la Ciudad del Águila... Mucho los honraron; les proporcionaron todo lo que les era menester; con ellos estuvieron en unión, y luego les dieron sus hijas”». En resumidas cuentas lo mismo, con la diferencia de aparecer aquí los nobles del consejo tlaxcalteca como aterrorizados capituladores, no como gobernantes inclinados a recibir a los extranjeros al cabo de serenas discusiones.

Por su lado, sin noticias de la Ciudad del Águila, los españoles aderezaban las armas cuando sus escuchas advirtieron la llegada de indios e indias con la cabeza baja en señal de paz, cargados de víveres. Voceros de la decisión del Consejo venían a lamentar la guerra que les hicieron, creyéndoles enemigos. Cortés les oyó «con gravedad e hizo el enojado» según Bernal; les recordó sus traiciones, y para terminar exigió la presencia de personajes de mayor jerarquía, a lo que se le respondió que al cabo de dos días estaría con él Xicotécatl el mozo en persona. Convino el gran téul en esperar; hízoles regalos de cuentas azules, y los tlaxcaltecas abajaron la cabeza, besaron el suelo en señal de vasallaje, y al retirarse dejaron en el real varios indios e indias de servicio. La sumisión tlaxcalteca se producía en el momento justo: en el momento preciso que ocurre todo en la historia de la Conquista. «Y vinieron en tiempo que ya estábamos tan flacos y trabajados y descontentos con las guerras, sin saber el fin que habría de ellas», escribió Bernal Díaz. Hoy podría decir el soldado cronista que a Cortés, como a tantos boxeadores, daban el campanazo salvador en el momento justo.

Menuda sorpresa se llevarían los castellanos cuando, en espera del mozo Xicotécatl, vieron llegar... a nuevos embajadores de Moctezuma, ahora cinco principales con séquito de macehuales cargados de mantas finas, bastimentos y «joyas muy ricas y de muchas maneras labradas», otra vez con la pretensión de que los téules no siguieran a México-Tenochtitlan. Sabiéndoles en Tlaxcala, el Uei Tlatoani les ofrecía vasallaje, tributos en oro, plata y chalchihuites, todo cuanto quisieran con tal de cerrarles el paso. Y no por falta de voluntad para recibirles, explicaron los emisarios, sino para evitar los peligros y malandanzas del camino. Ante la nueva gestión dilatoria Cortés abrazó a los recién llegados, pero no soltó prenda. Mientras la situación daba el esperado vuelco, les retendría en el real.

Al siguiente día Xicotécatl el mozo, con cincuenta indios principales llegó a pedir la amistad de los cristianos y la admisión de los suyos en el servicio del

emperador don Carlos. Ya los tlaxcaltecas habían probado sus fuerzas de noche y de día en aras de su libertad; siempre «se habían defendido del poder de Moctezuma o de su padre e agüelos, e toda la otra tierra tenían sojuzgada, e a ellos jamás habían podido traer a subjeción, teniéndoles, como les tenían cercados por todas partes, sin tener lugar por dónde salir de su tierra, e que por eso no comían sal, porque en la provincia no la hay, ni los dejaban salir a la comprar en otras partes, ni vestían ropas de algodón porque en su tierra, por la frialdad no se cría, e carecían de otras muchas cosas por estar así encerrados, e que todo lo sufrían e habían por bien por ser exentos e libres de servidumbre, e que lo mesmo quisieron hacer con Cortés e los cristianos, e para ello habían probado sus fuerzas, e que en ellas ni en sus mañas y cautelas habían podido aprovecharse, por tanto, que ellos querían antes ser vasallos del gran rey de Castilla, que no morir y ser del todo destruidas sus casas e sus mujeres e hijos».

Al terminar de hablar el mozo Xicotécatl (esas fueron sus palabras según Fernández de Oviedo) Cortés les reprendió por el mal que hicieron, y al fin les exhortó a ser constantes y permanentes en el servicio del emperador, y así lo prometió el emisario en representación de los cuatro tlatoanis de Tlaxcala. En el real español se sellaba el pacto más importante de la conquista: la alianza que la hizo posible y produjo el nacimiento de México. Sin la sumisión tlaxcalteca no escribiría quien ahora escribe ni leerían quienes leen ahora. Al escribir su *Segunda Carta de Relación* barruntaba Cortés que de la alianza con los tlaxcaltecas dependería el futuro: «Finalmente quedaron ellos y se ofrecieron por súbditos y vasallos de Vuestra Majestad y para su real servicio, y ofrecieron sus personas y haciendas, y hací lo hicieron y han hecho hasta hoy, y creo que lo harán para siempre por lo que en adelante Vuestra Majestad verá».

Tuvo el extremeño buen cuidado de que los emisarios mexicas presenciaran la entrevista con el mozo Xicotécatl, a quien despidió con halagos y regalos para conversar de nuevo con los de México, quienes testigos del inesperado pacto pintaron en vivos colores la falsía y engañosas arte; de los tlaxcaltecas, dirigidas a llevarles a su ciudad par; matarles. Cortés se redujo a decir que de llevar esa intención les castigaría, y tres de los emisarios permanecieron seis días en el real mientras dos de ellos iban y volvían de informar a Moctezuma. No tardaron en presentarse otros mexicas principales con nuevos regalos; «tres mil pesos de oro en ricas joyas de diversas maneras, y doscientas piezas de ropas y mantas muy ricas, de plumas y otras labores» según Bernal, siempre puntilloso al estimar la cantidad y valor de los objetos. Otra vez suplicaba Moctezuma que

no pasaran adelante ni confiaran en la gente de Tlaxcala, tan pobre y necesitada que les robarían cuanto llevaban. Si al desembarcar en los arenales entendió lo que ganaría de poner a su servicio las rencillas de los pueblos autóctonos, y la experiencia le enseñó cómo explotarlas, ahora, en el camino a la Ciudad del Águila, tenía la certeza de hallarse ante un aliado más valioso que el odio recíproco. Ese poderoso aliado era el miedo de Moctezuma, y el miedo de aquellos pueblos a Moctezuma. Entre aquel odio y aquel miedo haría su camino a México-Tenochtitlan.

Inútilmente se esperaba en Tlaxcala la llegada de los *téules*, inquietos los caciques al tener noticia de la presencia mexicana en el real, pues ¿cuál sería su futuro de unirse ambos temibles poderes? Y no esperaron más. En andas unos, otros en hamacas y a lomo de tamemes se apersonaron en el campo español, según Orozco y Berra, Mexicatzin, Xicotécatl el Viejo, Tlehuexolotzin y Citlapopocatzin. El viejo Xicotécatl llevó la voz: «Malinche —dijo a Cortés— muchas veces te hemos enviado a dar nuestro descargo, que fue por defendemos del malo de Moctezuma y sus grandes poderes, por creer que érais de su bando y confederados, y si supiéramos lo que ahora sabemos, no digo yo saliros a recibir a los caminos con muchos bastimentos sino tenéroslos barridos, y aún fuéramos por vosotros a la mar donde teníais vuestros navíos, y pues ya nos habéis perdonado, lo que ahora os venimos a rogar yo y todos estos caciques es que vayáis luego con nosotros a nuestra ciudad, y allí os daremos de lo que tuviéremos, y os serviremos con nuestras personas y haciendas. Y mira, Malinche, no hagas otra cosa, sino luego nos vamos, y porque tenemos que por ventura te habrán dicho esos mexicanos alguna cosa de falsedades y mentiras de las que suelen decir de nosotros, no los creas ni los oigas, que en todo son falsos; y tenemos entendido que por causa de ellos no has querido ir a nuestra ciudad».

La espera de seis días permitió a Cortés no sólo que el fruto maduro cayera en sus manos por su propio peso, sino además que los nobles tlaxcaltecas lo llevaran a su real en charola de plata. Perfecto. Ahora, en respuesta a las palabras de Xicotécatl el Viejo, pidió Cortés dotación suficiente de tamemes para transportar su material de guerra... y no omitió una precaución prudentísima: llevar consigo a los embajadores aztecas tanto para hacerles testigos de su creciente poderío como para mantener comunicación con Moctezuma. Ellos se mostraban renuentes, temerosos de venganzas, mas el gran téul aseguró que bajo su protección no tendrían qué temer en la Ciudad del Águila. Como de costumbre, varias piezas con el mismo disparo: al volver a México-Tenochtitlan,

los emisarios serían sus mejores heraldos. Por cierto que los tlaxcaltecas llamaban Malinche a Cortés, a sabiendas de que Malinche era doña Marina. Extremos de la magia: el hombre y la mujer fundidos en ser único y todopoderoso, en téul de téules. Y los castellanos entraron en la Ciudad del Águila en septiembre de 1591. En el día 23 del mes cabalístico en tres siglos de historia mexicana.

La descripción que en su *Segunda Carta de Relación* hace Cortés de la ciudad de Tlaxcala no tiene desperdicio, y merece reproducirse: si el territorio de ese país o república, incluida la región de Guaxotzingo, se encontraba poblada por sobre 150,000 vecinos, su ciudad capital era tan grande y admirable «que aunque mucho de lo que ella podría decir deje, lo poco que diré creo que es casi increíble, porque es muy mayor que Granada y muy más fuerte, y de tan buenos edificios y muy mucha más gente que Granada tenía al tiempo que se ganó, y muy mejor abastecida de las cosas de la tierra, que es de pan y de aves y caza y pescado de ríos, y de otras legumbres y cosas que ellos comen muy buenas. Hay en esta ciudad un mercado en que casi cotidianamente todos los días hay en el de treinta mil ánimas arriba, vendiendo y comprando. En este mercado hay todas cuantas cosas, así de mantenimiento como de vestido y calzado, que ellos tratan y pueden haber; así joyería de oro y plata y piedras y otras joyas de plumajes, tan bien concertado como puede ser en todas las plazas y mercados del mundo. Hay mucha loza de muchas maneras y muy buena y tal como la mejor de España. Venden mucha leña y carbón y hierbas de comer y medicinales. Hay casas donde lavan las cabezas como barberos y las rapan; hay baños. Finalmente, que entre ellos hay toda la manera de buen orden y policía, y es gente de toda razón y concierto, y así que lo mejor de Africa no se le iguala... La orden que hasta ahora ha alcanzado la gente de ella en gobernarse, es casi como los señoríos de Venecia y Génova o Pisa, porque no hay señor general de todos. Hay muchos señores, y todos residen en esta ciudad, y los pueblos de la tierra son labradores y son vasallos de estos señores, y cada uno tiene su tierra por sí, tienen unos más que otros, y para sus guerras que han de ordenar júntanse todos, y todos juntos las ordenan y conciertán».

Cortés y los suyos se hallaban en el país de las Mil y Una Noches, si bien, alucinado y todo, el capitán no daba paso en falso. Como en Cozumel, como en Cempoala, vigilaba la conducta de sus hombres, y éstos sabían que cualquier hurto o escándalo se pagaba con azotes o la vida. Cuando algún tlaxcalteca robó el oro de un soldado, Mexicatzin lo hizo prender y lo entregó a la justicia de

Cortés, mas éste argumentó que si el hurto se había cometido en Tlaxcala, conforme a leyes y costumbres de la tierra debería juzgarse y castigarse al ladrón, madura sapiencia jurídica de la que no sacó ventaja el delincuente, pues fue ajusticiado por los suyos a golpes de porra.

La obsequiosidad tlaxcalteca se hallaba limitada por su pobreza, mas ésta, como todas sus desgracias, la atribuían a la furia mexicana. «Malinche: bien creemos que como es poco eso que te damos no lo recibirás con buena voluntad—díjole Xicotécatl el Viejo al extender sobre petates algunas piezas de oro, piedras de poco valor y vestiduras de henequén—; ya te hemos enviado a decir que somos pobres y que no tenemos oro ni ningunas riquezas, y la causa de ello es que esos traidores y malos mexicanos, y Moctezuma, que ahora es señor, nos lo han sacado todo cuanto solíamos tener por paces y treguas que les demandábamos por que no nos diesen guerra, y no mires que es de poco valor sino recíbelo con buena voluntad, como cosa de amigos y servidores que te seremos». Y llevaron a los capitanes sus más hermosas doncellas para hacer generación con ellas, y Cortés, como en Cempoala, se negó a tomarlas mientras no abandonasen ídolos y sacrificios.

Hablóles Cortés a continuación de los misterios de la fe; les mostró una imagen de Nuestra Señora, y aún se atrevió con el misterio de la Inmaculada Concepción, mas los caciques pusieron oídos sordos a la voz del evangelizados «Bien creemos que tu Dios y esa gran señora son muy buenos, mas no podemos dejar a los que durante muchos años nuestros antepasados han tenido por sus dioses, y como tales les han adorado y sacrificado. Aún de querer nosotros complacerte, nuestros hombres, nuestras mujeres y nuestros niños se rebelarían». Tal cosa dijeron, según Bernal, agregando que no nos preocupásemos de hablarles más de aquello «porque no los habían de dejar de sacrificar aunque los matasen». Mas Cortés no reprodujo en Tlaxcala la sacrilega destrucción de Cempoala. Aquí adoptó la recomendación del padre Olmedo, y se redujo a invitarles a seguir sus consejos. Todo quedó en la petición de un *Cú*, para limpiarlo y colocar allí una cruz y la imagen de la Virgen. Improvisado el templo cristiano, en él bautizó fray Olmedo a las doncellas, y acto seguido las repartió Cortés entre sus capitanes: para Alvarado fue doña Luisa, hija de Xicotécatl el viejo; doña Elvira, hija de Mexicatzin, tocó a Juan Velázquez de León, y las tres restantes se destinaron a calmar los ardores de Gonzalo de Sandoval, Cristóbal de Olid y Alonso de Ávila.

En los 17 días de su permanencia en la Ciudad del Águila no perdió Cortés el

tiempo. Recababa información sobre México-Tenochtitlan, y en el Códice Florentino se alude brevemente a ese propósito: «Luego ellos preguntaron: “¿dónde está México? ¿qué tan lejos es?”. Les respondieron: “ya no está lejos”. Tal vez en tres días se llegará. Es muy buen lugar. Y muy valientes, muy guerreros, muy conquistadores. Por todo lugar andan conquistando». Todo confirmatorio, en suma, de que la ciudad se hallaba emplazada al centro de una laguna; que sus habitantes eran diestros hombres de guerra, capaces de grandes hazañas ofensivas y defensivas, y que en los palacios del Uei Tlatoani estarían los tesoros tributados por los pueblos vencidos. Lo que no era poco saber. Certificaba Cortés la fortaleza del imperio azteca, y el talón vulnerable del mundo indígena.

«Vista la discordia y la desconformidad de los unos e los otros no hubo poco placer Hernán Cortés —dice Fernández de Oviedo en su *Historia General y Natural de las Indias*—, porque le pereció que todo aquello era a su propósito, e que le ofrecía ocasión para que más aún subjuzgase aquellas gentes, e que cuadraba bien aquel proverbio común que suele decir: “Del monte sale quien el monte quema”» más o menos lo mismo que dijo Cortés al emperador en su *Segunda Carta*, aunque sin citar el origen de su latinajo, parte del capítulo XII del Evangelio de San Mateo; «Aún acordéme de una autoridad evangélica que dice: “Omne regnum in se ipsum divisum desolabitur” (todo reino con división interna será asolado). Y con los unos y los otros meneaba, —termina—, y a cada uno en secreto le agradecía el aviso que me daba, y le daba crédito de más amistad que al otro». Fascinante confesión: que pese a recibir lo mismo de cada uno, daba a cada quien más amistad que al otro. Secreto y resorte del éxito político por los siglos de los siglos santos. Amén.

Mas el problema urgente consistía en decidir si para llegar a México-Tenochtitlan seguirían el camino de Cholula, recomendado por los emisarios del Uei Tlatoani, por ser amigos de Moctezuma los cholultecas y poder saber allí si su rey y señor les recibiría, o si tomarían por el de Guejotzingo, propuesto por los de Tlaxcala con el argumento de que los mexicas «me tenían ordenada cierta traición parame matar en aquella ciudad», escribió Cortés a don Carlos. Moctezuma, según los indios aliados, tenía en Cholula cincuenta mil hombres de guerra, cerrado el camino real por donde se iba a México, y practicado otro con «muchos hoyos y palos agudos hincados y encubiertos para que los caballos cayesen y se mancasen», y en las azoteas muchas piedras y armas «para

aprovecharse de nosotros a su voluntad». En apoyo de sus argumentos aducían uno más nada despreciable: los de Cholula no habían enviado embajadores para ofrecerles obediencia, botón de muestra del recibimiento que les preparaban.

El razonamiento era bueno, y antes de tomar determinaciones dispuso Cortés invitar a los cholultecas a visitar su cuartel, más al llegar luego dos o tres indios desprovistos de representación y autoridad para comprometer arreglos de paz, adujo no poder tratar con gente de poco rango, siendo tan alta la embajada de su emperador, y pidióles llevar a sus principales el requerimiento de sumisión firmado por el escribano real, seguramente el ya conocido del doctor Palacios Rubios. «Como todas estas partes y otras muy mayores tierras y señoríos eran de Vuestra Alteza —escribió más tarde—, los que quisiesen ser sus vasallos serían honrados y favorecidos, y por el contrario, los que fuesen rebeldes serían castigados conforme a justicia».

En Cholula se comprendería o no el requerimiento con la firma de Diego de Godoy, pero surtió los efectos esperados y al siguiente día llegaron los embajadores, pretextando que si antes no fueron a rendirle fue por estar Cortés y los suyos en tierras enemigas. Pedíanle no prestar oídos a calumnias tlaxcaltecas, y ofrecíanse como vasallos del emperador, a quien servirían para siempre en cuanto les ordenase, de todo lo cual mandó levantar acta el extremeño, ya decidido a tomar el camino de Cholula, «así por no mostrar flaqueza como porque allí pensaba hacer mis negocios con Moctezuma». Todavía le llamaron aparte Mexicatzin y el viejo Xicoténcatl para pedirle no se fiase de aquellas palabras; que en una hora le quitarían cuanto le habían dado; que se guardase noche y día de los vasallos de Moctezuma, pues al descuidarse les darían guerra y no dejarían a uno solo con vida, al mancebo para que no tomase las armas, y a los viejos para que no diesen más consejos. Y en cuanto a su estancia en la ciudad, que se cuidara «pues en Cholula siempre tenía Moctezuma sus tratos dobles encubiertos»

Casi al emprender la marcha llegaron nuevos emisarios de Moctezuma, finalmente resuelto a que los castellanos pasaran a la capital. Su Tlatoani, dijeron los recién llegados, se maravillaba de ver a téules tan admirables gastando su tiempo entre gente pobre y traicionera, tan mala que en cuanto se descuidara les matarían para robarles. Ni para esclavos servían los de Tlaxcala, menos como aliados y amigos. Ahora aconsejaba Moctezuma dejar aquel miserable nido de víboras y seguir adelante. El cambio de actitud era evidente y Cortés lo advirtió, pero tampoco podía dejarlo ver, y menos actuar abiertamente. Insidia *versus*

cautela. En el azaroso lance jugaba sólo el cerebro.

Cortés, sobra decirlo, comprendía cuál era su papel y cómo tenía que desempeñarlo. Era ya pararrayos o catalizador de la discordia indígena, mas por eso había de actuar por encima de adhesiones o flaquezas en beneficio o perjuicio de alguno de los enemistados. Si los cholultecas pretendían dejase el territorio de sus enemigos para confiarse a ellos solamente, y los tlaxcaltecas insistían en no desampararle y llevarle por el camino de Guejotzingo, a los primeros concedió ir y aposentar en su ciudad, y a los segundos acompañarle «pues se habían dado por vasallos de Vuestra Sacra Majestad, y querían ir conmigo para ayudarme en todo lo que se ofreciese». De mala gana se allanaron los de Cholula a ver figurar en el séquito de Cortés a sus vecinos y enemigos, mas en ese punto no transigió Malinche, y con sus soldados y miles de tlaxcaltecas dejó la Ciudad del Águila el 13 de octubre de 1519.

Sin mostrar temores ni tomar partido arrostraba el riesgo de instalarse en una ciudad bajo dominio azteca. Adelante estaba Cholula, Chururtécal según él, tierra «fértil en labranzas» con sus treinta y tantas torres, «todas de mezquitas». Al fin de la primera jornada pasaron los castellanos la primera noche en un arroyo, y al amanecer se presentaron varios principales a pedirle no entrar con tlaxcaltecas armados, en lo que Cortés convino: seis mil de sus amigos indios quedarían en el campamento; los demás volverían a su tierra, y él montó a caballo para cubrir las últimas dos leguas.

Cabalgaba taciturno, con cara de pocos amigos. ¿Corazonada? Es posible. Algo le anunciaba que entre aquellas treinta y tantas torres hundiría sus naves por cuarta vez. O cruzaría otro de sus muchos Rubicones, como se quiera.

EL DOSENO LIBRO

*Fructa de como los es-
pañoles conquis-
taron ala ciu-
dad de Me-
xico.*



Libro doce del Códice Florentino, donde se habla de la llegada de los españoles.

Capítulo Cuarto

MÉXICO-TENOCHTITLAN

«Las casas, ya lo véis que son de piedra y cal y tierra». Y alzándose las vestiduras mostró a Cortés su cuerpo desnudo: «Ved que soy de carne y hueso como vos y como cada uno de los vuestros: soy mortal y palpable. ¡Palpadme! ¡Ved cómo os han mentido!»

1. *Cholula de las treinta y tantas torres.*

En las goteras de la ciudad salieron a recibirle con atabales y chirimías indios cubiertos con túnicas bordadas en vivos colores y sacerdotes sahumadores de jefes y soldados, según Oviedo «cantando a su manera, como lo acostumbran en sus casas de oración, con unas voces desentonadas y mal avenidas e diferenciadas; e con esta solemnidad fueron hasta entrar en la ciudad». Antes hablóles Cortés de su tema predilecto: que llegaba con poderes de su rey y señor, soberano de muchos príncipes y caciques, de cuyo mandato les pedía que no adorasen ídolos ni sacrificasen hombres, y menos comiesen de sus carnes y cometiesen sodomías y otras torpedades, a lo que alguno de los sacerdotes se le encaró para replicar que aún no llegaba y ya les ordenaba dejar a sus dioses. Mas no harían tal cosa, si bien prestarían obediencia al rey y señor de las Españas, dicho lo cual «de palabra y no ante escribano», aclara Bernal Díaz, Cortés entró en Cholula.

Aparentemente era un recibimiento semejante al de Cempoala y Tlaxcala, con mucha gente curiosa en calles y azoteas, mas no era eso todo —o al menos no era todo según él—, pues en su *Segunda Carta* habla de los muchos hoyos encubiertos, de varias calles tapiadas y abundancia de piedras en las azoteas, lo que le hizo «estar sobre aviso y a mayor recaudo». ¿Decía Cortés la verdad, o simplemente se cubría para justificar el inminente drama a ojos del emperador? Cuestión de respuesta difícilísima, si no imposible. Como muchos otros episodios en la historia de la conquista de México, en la hecatombe de Cholula se confunden hechos y leyendas.

Mas sigamos con la versión cortesiana, según la cual durante sus primeros días en Cholula «le proveyeron muy mal y cada día peor», ante la indiferencia de los caciques y principales, quienes «pocas veces me venían a ver ni hablar».

Pasa luego a contar la confidencia de una vieja cholulteca a doña Marina: que «muy cerquita» estaban los guerreros de Moctezuma; que los de Cholula habían alejado de la ciudad a sus hijos y mujeres, «y que habían de dar sobre nosotros para nos matar a todos». Así las cosas hizo Cortés interrogar a uno de los naturales, quien confirmóle tanto la información de la india como «lo que los de Tascaltecal le habían dicho», de donde mandó reunir en un aposento a lo más granado de la nobleza cholulteca, diciendo tener algo importante qué comunicarles. Mientras, sus soldados rodeaban el lugar en espera de la señal: un escopetazo. Y al sonar el disparo principió la degollina. En pocas horas murieron más de tres mil cholultecas según la *Segunda Carta*. «Y porque Su Majestad vea cuán apercebidos estaban, antes que yo saliese de nuestro aposento tenían tomadas todas las calles y toda la gente a punto, aunque como los tomamos de sobresalto fueron buenos de desbaratar, mayormente que les faltaban los caudillos porque los tenía ya presos, e hice poner fuego a algunas torres y casas fuertes donde se defendían y nos ofendían, y así anduve por la ciudad peleando, dejando a buen recaudo el aposento, que era muy fuerte, bien cinco horas, hasta que eché toda la gente fuera de la ciudad por muchas partes de ella, porque me ayudaban bien cinco mil indios de Tascaltecal y otros cuatrocientos de Cempoal». Interrogados algunos de los presos, coincidieron en culpar a Moctezuma como autor de la frustrada traición, pues él, dijeron «los había puesto en ello».

El relato de Bernal Díaz coincide con el de Cortés en lo fundamental, si bien enriquecido con un dato omitido por éste: el de una nueva embajada de Moctezuma para que los castellanos no pasaran de Cholula, pues en México tenía su Señor: «muchos y muy bravos tigres, lagartos, leones y otras fieras y espantosos animales que, echándoselos, bastarían en una hora para matar a los que con él venían», de lo que Cortés, según Torquemada, sólo rió «para disimular su enojo», y les respondió: «Tan gran señor como es Moctezuma, y con tantos acuerdos», refiriéndose a que en Tlaxcala otros embajadores del Uei Tlatoani les invitaron a pasar, y éstos pedían lo contrario. «Muy desconcertada veo a esta gente, dijo Cortés a sus capitanes según Bernal; estemos alertas, que alguna maldad hay en ello». Y a continuación el similar relato de la hecatombe a partir de la denuncia de la vieja cholulteca a doña Marina. Ambas crónicas coinciden también en que a partir de ese día los cholultecas se sometieron mansamente. «Y en obra de quince o veinte días que estuve allí —escribió Cortés—, quedó la ciudad y tierra tan pacífica y tan poblada que parecía que

nadie faltaba en ella, en sus mercados y tratos por la ciudad como antes lo solían tener, e hice que los de esta ciudad de Churultecal y los de Tascaltecal, fuesen amigos, porque lo solían ser antes, y muy poco tiempo había que Moctezuma, con dádivas, los había seducido a su amistad y hecho enemigos de estos otros».

Al lado de la versión de los vencedores —la de Cortés y Bernal Díaz como testigos presenciales, y luego las de Gomara, Pedro Mártir de Angleria y Fernández de Oviedo, que difieren sólo en detalles—, contamos con la de los vencidos, y con la de quienes secularmente han patrocinado a los vencidos. La versión de los vencidos consta en el Códice Florentino, y es en rigor la misma de Bartolomé de las Casas en su *Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias*: «Cuando se hubo llegado se dieron gritos, se hizo pregón, los guías, y también los hombres del pueblo. Hubo reunión en el atrio del dios. Pues cuando todos se hubieron reunido, luego se cerraron las entradas: por todos los sitios donde había entradas. En el momento, hay acuchillamiento, hay muertes, hay golpes. ¿Nada en su corazón tenían los de Cholula? No con espadas, no con escudos hicieron frente a los españoles. No más con perfidia fueron muertos, no más como ciegos murieron, no más sin saberlo murieron. No fue más que con insidias se les echaron encima los de Tlaxcala... Por su parte, la gente humilde no más está llena de espanto. No hace más que sentirse azorada. Es como si la tierra temblara, como si la tierra girara en torno de los ojos. Tal y como si le diera vueltas a uno cuando hace ruedos. Todo era admiración».

En punto a los hechos de Cholula es revelador el doble testimonio del conquistador Bernardino Vázquez de Tapia, allí presente, ya que si en su *Relación de Méritos y Servicios*, escrita en 1544, coincide con lo dicho por Cortés y Bernal Díaz, en la declaración secreta, vertida en el *Juicio de Residencia* seguido al extremeño en 1524, manifestó no saber «por qué causa el dicho don Fernando (Cortés) mandó llamar los principales del pueblo diciendo que se quería partir de allí y que les quería hablar primero, y que vinieron allí los principales y les dijo que trajesen gente para llevar las cargas de los españoles, y que trajesen muchos, y que así trajeron al parecer de este testigo cuatro o cinco mil indios y los metieron todos en la mezquita mayor en unos patios y corrales que en ella había, y así metidos mandó a los españoles que allí estaban, y él juntamente con ellos, que los matasen a todos, y así los mataron, y así muertos salió luego por la ciudad con toda su gente y a todos cuantos topaban mataban, y mandó asimismo que entrasen en las casas de los señores donde estaba huídos y recogidos, y allí los mataban y ponían fuego a las mezquitas, y este testigo hasta

hoy no alcanza la causa por qué lo hizo más de cuanto decían que los dichos indios se querían alzar para matar a los cristianos, pero que este testigo vió cómo los habían recibido bien e dádoles de comer con buena voluntad, y que de aquella fecha cree éste testigo que entre muertos y cautivos fueron más de veinte mil personas, y esto es lo que se sabe de esta pregunta».

Que un mismo testigo «viera» el hecho en dos formas diversas, y sobre el mismo produjera sendas versiones incompatibles, prueba hasta dónde son poco de fiar las declaraciones de Tapia consignadas primero en el *Juicio* de 1524 y luego en la *Relación* de 1544.

Para muestra un botón: si en aquella los cholultecas recibieron de malagana, «y ni nos querían dar de comer, ni maíz para los caballos sino toda la gente de mal arte», en las actuaciones del *Juicio de Residencia* se dice que «les había recibido bien, e dádoles de comer con buena voluntad». Mas el conquistador Bernardino no era un sujeto mentalmente inestable sino un hombre como todos: en 1524 interesado en hacer fortuna al suponer en eclipse la gloria de Cortés, y en 1544 deseoso de quedar en paz con su conciencia. Vázquez de Tapia era regidor de México al iniciarse el *Juicio de Residencia*. Cortés andaba en la expedición de Las Hibueras, y el gobierno de la ciudad estaba en manos de los oficiales reales en quienes al partir confió el poder y se volvieron sus implacables enemigos. Así las cosas ¿cabe dudar que para fortalecer su posición política falseara Bernardino los hechos y declarara amañadamente para dañar a su antiguo jefe? De ese modo explica Gurría Lacroix la divergencia entre ambas declaraciones —en su estudio preliminar a la *Relación de Méritos y Servicios*—, y esa misma convicción sacará quien analice esos textos sin reservas mentales. En cualquier tiempo y país hay políticos y negociantes cuyos triunfos se explican, sobre todo, por su oportuna adopción al «sistema Vázquez de Tapia».

La hecatombe de Cholula, por lo demás, carece de significación especial en el cuadro general de la Conquista, salvo de juzgarla con base en tal o cual criterio militante. Al enjuiciar los episodios de su historia —hecho bien probado y lamentable—, el mexicano cede fácilmente a sus afinidades políticas; con base en ellas absuelve o condena, en ausencia de crítica, y ciega en consecuencia las vías de análisis. De antiguo, la historia es entre nosotros arma de políticos, y mediante lente tan deformadora se enjuician los episodios del pasado. Los de la Conquista sobre todo, hecho medular, insoslayable, cuyos diversos episodios no digiere aún buena parte de nuestro pueblo.

Respecto de los hechos de Cholula, oficial y popularmente se consagró la

versión de fray Bartolomé de Las Casas, primer apasionado difusor de la versión de los vencidos, y nadie por lo visto quiso recordar que Bernal Díaz, testigo presencial de los hechos, y posteriormente lector del padre Las Casas, refutó en su *Historia Verdadera* lo escrito por el fraile dominico: «Pasamos adelante, y digamos que estas fueron las grandes crueldades que escribe y nunca acaba de decir el obispo de Chiapa fray Bartolomé de las Casas, porque afirma que sin causa ninguna, sino por nuestro pasatiempo, y porque se nos antojó, se hizo aquel castigo, y aún dícelo de arte en su libro a quien no lo vio ni lo sabe, que les hará creer que es así aquello y otras crueldades que escribe, siendo todo al revés».

Seguramente el viejo conquistador, a punto de rendir a Dios cuenta de su vida, temió ir demasiado lejos al llamar calumniador a todo un obispo, y en el manuscrito de Guatemala, original de su *Historia Verdadera*, se lee: «perdóneme su señoría que lo diga tan claro», línea que al suprimirse confirma que Bernal primero temió, e inmediatamente después se arrepintió de haber temido. Y más adelante reiteró su relato del dramático suceso: «Y también quiero decir que unos buenos religiosos franciscanos... fueron a Cholula para saber e inquirir cómo y de qué manera pasó aquel castigo, y por qué causa, y la pesquisa que hicieron fue con los mismos *papas* y viejos de aquella ciudad, y después de bien informados de ellos mismos hallaron ser ni más ni menos que en esta relación escribo, y no como lo dice el obispo».

La matanza de Cholula es un hecho de la historia con significación como hecho, no como matanza, pues nadie espera juegos pirotécnicos en una guerra de conquista o en una guerra cualquiera. Hecho fundamental de la guerra es el dolor de las víctimas; víctimas culpables o inocentes, combatientes o pobre gente de la retaguardia. Está lejos el día en que para narrar la hecatombe cholulteca se renuncie a los calificativos de «alevosía», «barbarie», «traición», u otros por el estilo, para reconstruir sólo el hecho y sus posibles motivaciones. «Es posible y aún probable, dice Madariaga, que los tlaxcaltecas contribuyesen a crear una mala inteligencia entre Cortés y Cholula; pero obsérvese que el primer aviso provino no de tlaxcaltecas sino de cempoales indiferentes y neutrales ante el duelo Tlaxcala-Cholula. También es posible que otro capitán en idénticas circunstancias hubiese dado con mejor solución. Pero parece difícil figurarse cuál hubiera sido esta solución ni qué otra cosa pudo haber hecho Cortés una vez aceptada la premisa de la conquista».

Del juicio de Madariaga destaca sobre todo lo último: que una vez aceptada

la premisa de la conquista, punto de partida que algunos rechazan a sabiendas (es de suponerse que a sabiendas, pues de lo contrario serían imbéciles), excluirla sería tanto como renunciar a comprender la historia de México en la perspectiva de ayer, hoy y mañana. Que los cholultecas fuesen responsables de la tragedia, como dicen Cortés y Bernal Díaz del Castillo, o que los castellanos la hayan provocado inmotivada e intencionadamente, como quieren el padre Las Casas y sus seguidores, es algo carente de trascendencia, pues la significación de lo ocurrido en la ciudad de las treinta y tantas torres recae en la Conquista misma, *hecho* mexicano por excelencia, e irreversible por añadidura. Sin la Conquista podría hablarse hoy de la pre-historia mexicana: quehacer de las tribus y pueblos enemistados que ocuparon este territorio hasta el siglo XVI, mas no de la historia de México, su neta consecuencia.

Destruído el gran templo, tranquila nuevamente la ciudad, «tan pacífica y poblada que parecía que nadie faltaba en ella», como escribió en su *Segunda Carta de Relación*, Cortés decidió seguir adelante. A raíz de la sarracina mandó llamar a los embajadores mexicas, sus acompañantes desde Tlaxcala, y en su presencia acusó a Moctezuma de la traición, díjoles no comprender cómo tan gran rey y señor pudo enviarle regalos y mensajeros de paz mientras se valía de ajenas manos para dañarle y esquivar responsabilidades, mas si ésa era su conducta, él mudaría también de propósitos: si no le quería como amigo, le tendría por enemigo; si no podía ser hombre de paz, sería hombre de guerra, «haciéndole todo el daño que pudiese», aunque ello le pesara pues «más le quisiera siempre por amigo y tomar siempre su parecer en las cosas que en esta tierra hubiera de hacer». El Malinche parecía resuelto a dar y tomar la guerra, mas como de costumbre no clausuraba todas las puertas, y al rechazar los emisarios mexicas la intromisión del Uei Tlatoani, el extremeño permitió que uno de ellos fuese a México «para informarse bien de la verdad», aunque en realidad para sondear el terreno y decidir nuevas estrategias.

Seis días más tarde volvieron los aztecas con diez platos de oro, mil quinientas piezas de ropa y gran provisión de gallinas y gallos de la tierra, amén de «cierto brebaje que ellos beben» hecho de cacao, o sea que en Cholula conocieron los conquistadores la primera versión del hoy mundialmente famoso chocolate. El Uei Tlatoani enviaba aquellos regalos, y muchos más que luego

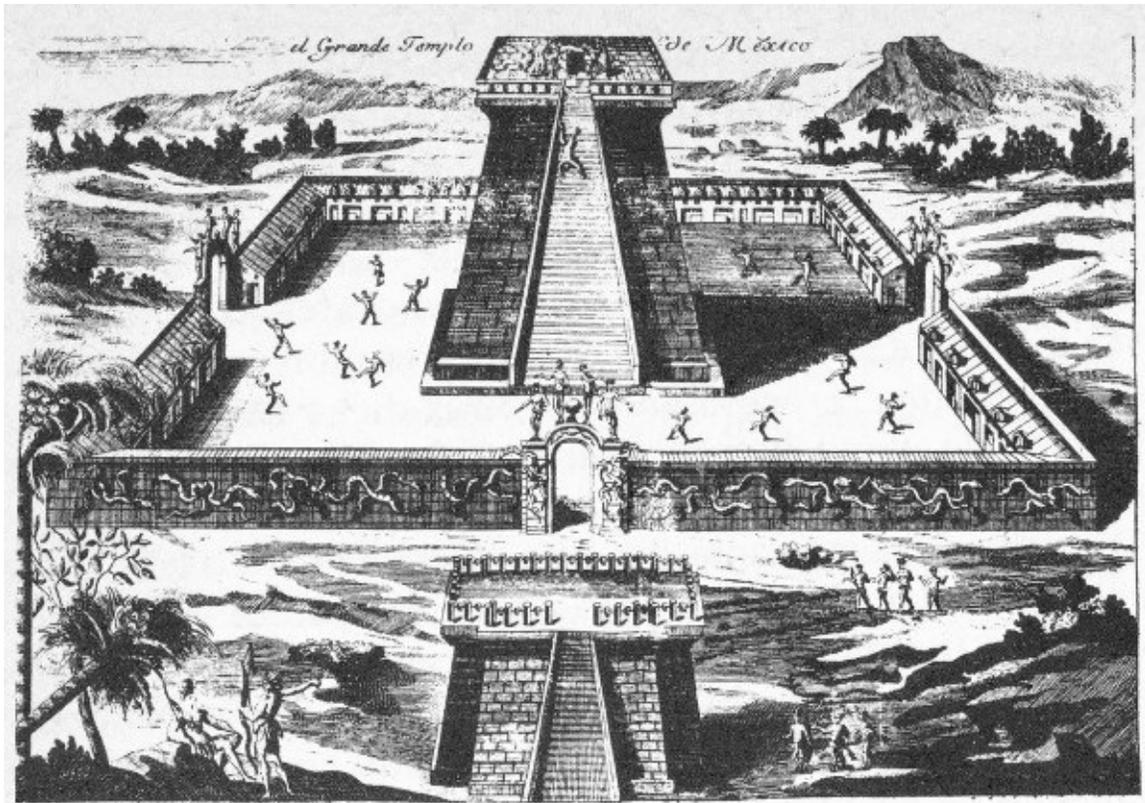
llegarían, en prueba de «que en adelante vería en sus obras si era verdad lo que él me había enviado a decir o no». Mas exigía todavía que no pasaran de Cholula. Sólo que Cortés, a punto de volverse realidad el sueño largamente perseguido, no cedería. Desoyó incluso los nuevos ruegos de Mexicatzin y de Xicoténcatl el viejo: que se guardara de entrar en la recia ciudad, con tanta multitud de guerreros, de donde uno solo no saldría con vida. Su decisión era inquebrantable. «Y desde que (Moctezuma) vio que mi determinada voluntad era de verle a él y a su tierra, me envió a decir que fuese enhora buena, que él me hospedaría en aquella gran ciudad donde estaba, y envióme muchos de los suyos para que fuesen conmigo porque ya entraba en su tierra».

Efectivamente, el 1.º de noviembre de 1519, con 450 españoles y 400 auxiliares indios. Cortés entraba en los dominios de Moctezuma. Al frente tenía dos sierras «muy altas y muy maravillosas —escribió al emperador—, porque en fin de agosto tienen tanta nieve que otra cosa de lo alto de ellas, si no la nieve, se parece». Antes de abandonar Cholula, cediendo al encanto del Popocatepetl, Cortés envió a Diego de Ordaz con diez de sus hombres y algunos indios para que «procurasen de subir la dicha sierra y saber el secreto de aquél humo». Aunque Bernal escribió que Ordaz y sus compañeros emprendieron esa expedición de Tlaxcala, y asegura que llegaron al cráter del volcán, «que habría en el anchor un cuarto de legua», parece más fundado el testimonio de Cortés, quien justo un año después, al referirse a la primera práctica alpinista del Nuevo Mundo, da a entender que la aventura se originó en Cholula, y que ninguno de los montañistas llegó al cráter, pues «trabajaron lo que fue posible para subir y jamás pudieron a causa de la mucha nieve que en la sierra hay y de muchos torbellinos que de la ceniza que de allí sale andan por la sierra, y también porque no pudieron sufrir la gran frialdad que arriba hacía, pero llegaron muy cerca de lo alto, y tanto que estando arriba comenzó a salir aquél humo, y dicen que salía con tanto ímpetu y ruido que parecía que toda la sierra se caía abajo, y así se bajaron y trajeron mucha nieve y carámbanos para que los viésemos, porque nos parecía cosa muy nueva en estas partes a causa de estar en parte tan cálida, según hasta ahora ha sido opinión de los pilotos, especialmente, que dicen que esta tierra está en veinte grados, y es en el paralelo de la isla Española, donde continuamente hace muy gran calor». Aparte de no ser creíble lo de traer nieve y carámbanos «para que los viésemos», sorprende que a un hombre como Cortés no le pasara por la cabeza que en los climas inciden no sólo paralelos y longitudes sino, como en el caso del Popocatepetl, los cinco mil y pico de metros

de su cráter sobre el nivel del mar.

Poco después de subir la sierra el camino se bifurcaba, por un lado limpio y accesible y por el otro áspero, cegado por árboles recientemente talados. La gente de Moctezuma recomendó seguir el más llano, pero Cortés, temeroso de alguna celada, se resolvió por el que apuntaba al puerto, entre los dos montes nevados, lugar conocido hoy como Paso de Cortés. «Y después de sucedidas las matanzas de Cholula ya se pusieron en marcha —se lee en el Códice Florentino—, ya van hacia México. Van en círculo; van en son de conquista. Van alzando en torbellinos el polvo de los caminos. Sus lanzas, sus astiles, que murciélagos semejan, van como resplandeciendo. Así hacen también estruendo. Sus cotas de malla, sus cascos de hierro, haciendo van estruendo. Algunos van llevando puesto hierro, van ataviados de hierro, van relumbrando. Por esto se les vio con gran temor. Van infundiendo espanto en todo: son muy espantosos; son horrendos. Y sus perros van por delante, los van precediendo; llevan sus narices en alto; llevan tendidas sus narices; van de carrera; les va cayendo la saliva».

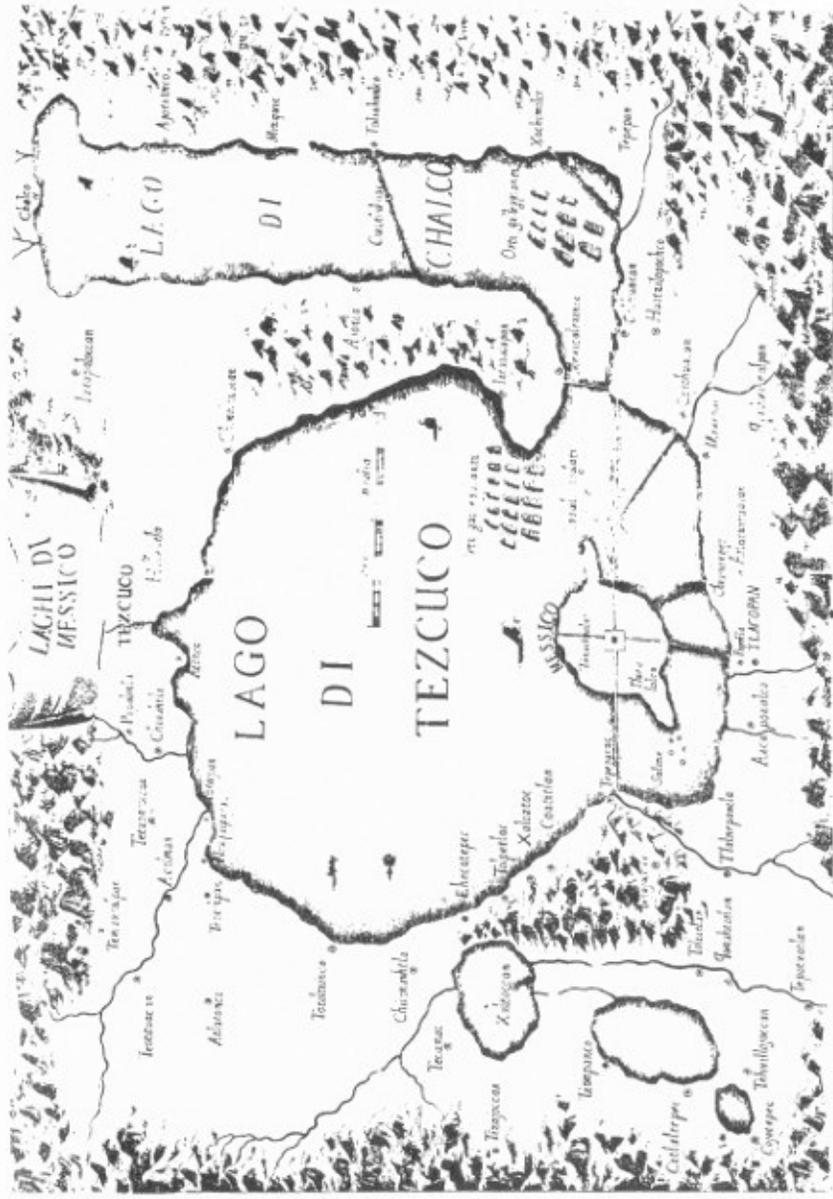
Principiaba a nevar al subir los castellanos con sus caballos y sus perros, y se cubrió la sierra, y se cuajó la tierra, pero nadie vacilaba ya. Y por la mañana, al dominar el puerto entre nieves eternas, los asombrados castellanos pudieron ver los fértiles llanos de Culúa y la ciudad de México-Tenochtitlan, joya celosamente guardada por las aguas. Alucinante laguna, disco de plata reluciente bajo el sol. Allí estaba México-Tenochtitlan. Cortés y los suyos vivían uno de los momentos estelares en la historia del hombre.



El Templo Mayor de México-Tenochtitlan bajo el prisma barroco del siglo XVIII. (Reproducción del original en la obra de Antonio de Solís, *Historia de la Conquista de México*. Bruselas 1741).



Cortés destruye sus naves. Muy convencional descripción del hecho según el huecograbado que se encuentra en la *Historia de la Coñquista de México*, por Antonio de Solís. Bruselas 1741.



Mapa que muestra los lagos de México. Procede del que preparó Adrián Boot, y rehizo después el geógrafo poblano don Cristóbal de Guadaluja. (Se reproduce de: *Los grabados de la Historia Antigua de México*, edición patrocinada por Celanese Mexicana; San Angel Ediciones, México, 1980).

2. Un fuego cayó del cielo en pleno sol.

Del puerto bajaron a tierras de Chalco, donde caciques de Tlalmanalco, Chimalhuacán y Amecameca les llevaron oro, doncellas, alimentos, mantería... y un montón de agravios contra Moctezuma, cuyos calpixques destruían sus sementeras, tomaban sus propiedades y abusaban de sus mujeres. Al consolarles con amorosas palabras, como de costumbre soltóles Cortés el rollo de la fe cristiana y sus misterios, sin omitir que don Carlos, poderoso rey de las Espadas, les enviaba a desfacer entuertos. «De Moctezuma hemos sabido que Huitzilopochtli, dios de la guerra, les aconsejó que os dejarán pasar, y desde que entréis a México, que allí os quitarán la vida», alertaron los caciques. Mas el Malinche respondió «que no tenían los mexicanos, ni otras naciones, poder de matarnos, salvo Nuestro Señor Dios, en quien creemos», cuenta Bernal Díaz del Castillo.

En aquellos pueblos ribereños llegaron hasta Cortés nuevos embajadores del Uei Tlatoani, «e dijéronle de su parte que Moctezuma, su señor, le presentaba aquello (los nuevos regalos que según Fernández de Oviedo, cuyo es el texto, sumaban cuatro mil pesos de oro), e le rogaba que se tornase e no curase de ir a su ciudad porque era tierra muy pobre de comida, e que para ir allá había mal camino, e que estaba todo en agua, e que no podría entrar a ella sino en canoas, e otros muchos inconvenientes para la ida le pusieron. Juntamente con esto le dijeron que viese lo que Moctezuma, su señor, podía hacer; que todo se lo mandaría dar; e que demás de eso se ordenaría de darle en cada un año cierta cantidad, e se lo llevaría hasta la mar e donde él quisiese». Mas Cortés no cortaba ayunos al cuarto para las doce, y aunque regaló a los emisarios cuentas y sartales, y aún agregó que de estar en su mano no seguiría adelante para complacer a Moctezuma, reiteró estar en aquella tierra por mandato de su señor

el rey de las Españas, «e que la principal cosa que le había mandado era que le hiciese relación de Moctezuma e de aquella su gran ciudad, de la cual e de él hacía mucho tiempo que la Cesárea Majestad tenía noticia».

Nunca entendió el Uei Tlatoani que ni con los cuatro mil pesos de oro que ahora le enviaba, ni con las joyas, chalchihuites, mantas y plumajes de otrora podría detener la marcha. Nunca, al parecer, cayó en la cuenta de que una buena carga de cebos no es para que los peces pierdan de vista los anzuelos. Y los desalentados embajadores volvieron a México-Tenochtitlan. Los glifos del Códice Florentino consignan el relato de la gestión fallida: «En la inmediación del Popocatépetl, del Iztactépetl, allí en el “Tajón del Águila” les dieron a los españoles banderas de oro, banderas de plumas de quetzal, y collares de oro. Y cuando se los hubieron dado se les puso risueña la cara; se alegraron mucho, estaban deleitándose. Como si fueran monos levantaban el oro, como que se sentaban en ademán de gusto, como que se les renovaba y se les iluminaba el corazón. Como que cierto es que eso anhelan. Se les ensanchaba el cuerpo por eso, tienen hambre furiosa de eso. Como unos puercos hambrientos ansian el oro. Y las banderas de oro las arrebataban ansiosos, las agitan a un lado y al otro, las ven de una parte y de otra. Están como quien habla lengua salvaje; todo lo que dicen en lengua salvaje es».

Dos leguas adelante, en Amecameca, otros principales mexicas esperaban a Cortés con noticias de Moctezuma, quien les mandó esperarle y proveerle de cuanto fuese necesario, y al siguiente día llegaron diez o doce indios más, nobles todos, en seguimiento de «un señor mancebo hasta de veinte y cinco años, al cual todos los otros mostraban tener mucho acatamiento», pues le llevaban en andas, y en cuanto bajó de ellas le quitaban piedras y pajas del camino. El recién llegado emisario era nada menos que Cacamatzin, rey de Texcoco, portador de las disculpas de su tío, el Uei Tlatoani, por no recibirle él mismo en Amecameca. Así y todo, estando su ciudad tan cerca, pronto conocería su buena voluntad y decisión de someterse al vasallaje del rey de Castilla. Pero aún le rogaba no seguir adelante, pues en México padecería grandes trabajos y penalidades por no estar en condiciones de proveerle tan cumplidamente como lo deseaba, «e en esto —dice Fernández de Oviedo—, ahincaron y porfiaron mucho aquellos señores, tanto que no les quedaba por decir sino que defenderían el camino si todavía porfiasen los españoles en ir adelante».

Según Fernando de Alva Ixtlixóchitl (*Compendio Histórico del Reino de Texcoco*) Cacamatzin ofreció aposentar a Cortés en su palacio, agregando que el

extremeño se negó con el argumento de ver a Moctezuma cuanto antes. No había oferta ni argumento suficientes para torcer su decisión, pero así y todo el Malinche trató de consolar al de Texcoco: «Yo les respondí y satisfice y aplaqué con las mejores palabras que pude —escribiré más tarde al emperador—, haciéndoles entender que de mi ida no les podía venir daño sino mucho provecho; y así se despidieron después de haberles dado algunas cosas que yo traía». El cronista Bernal nos dice que el regalo consistió en «piedras margaritas, que dentro tienen pinturas de diversos colores», y agrega que al retirarse abrazó Cortés a Cacamatzin «y le hizo muchas quiricias», si bien más le habría hecho de saber lo que el mancebo se jugó para verle.

En efecto, la víspera del encuentro en Amecameca, Moctezuma llamó a Cacamatzin y a Cuitlahuacatzin para analizar la situación y tomar determinaciones. Según el Códice Ramírez, Cuitlahuacatzin habló de no permitir la llegada de los extranjeros, mas el rey de Texcoco adujo argumentos favorables, y Moctezuma decidió recibirles en paz. «Plega a nuestros dioses, dijo entonces Cuitlahuacatzin, que no metáis en vuestra casa a quien os eche de ella y os quite el reino, y quizá cuando lo queráis remediar no sea tiempo» Proféticas palabras del rey de Iztapalapa.

Sobre la orilla de la laguna prosiguieron su avance los castellanos. En Mixquic recibieron nuevos regalos, ahora del cacique del pueblo, a quien habló Cortés de la fe cristiana y su poderoso emperador don Carlos, señor de medio inundo, y finalmente, por un camino que desembocaba en calzada «larga en una legua», el ejército entró en Iztapalapa, señorío de Cuitlahuacatzin, quien muy a su pesar les esperaba con regalos de oro, doncellas y mantería. «Tendría la ciudad de Iztapalapa —escribió Cortés en su *Segunda Carta*—, doce o quince mil vecinos, la cual está en la costa de una laguna salada, grande, la mitad dentro del agua y la otra mitad en la tierra firme. Tiene el señor de ella unas casas nuevas que aún no están acabadas, que son tan buenas como las mejores de España, digo de grandes y bien labradas... Tienen muchos cuartos altos y bajos, jardines muy frescos de muchos árboles y rosas olorosas; así mismo albercas de agua dulce muy bien labradas, con sus escaleras hasta lo hondo...» Sorprende la penetración de Cortés, su curiosidad, su capacidad para el asombro. ¿Exageraba para ganar puntos en la estimación del emperador? Hipótesis fundada si no contásemos con relatos semejantes, alguno tan hermoso como el de Bernal Díaz del Castillo:

«Y otro día por la mañana llegamos a la calzada y vamos camino de

Estapalapa. Y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel como iba a México, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y *cúes* y edificios que tenían dentro en el agua, y todos de calicanto, y aún algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían, si era entre sueños, y no es de maravillar que yo escriba aquí de esta manera, porque hay mucho qué ponderar en ello que no se cómo lo cuente: ver cosas nunca oídas ni soñadas, como veíamos».

La lectura de ese texto nos lleva de la mano a Don Quijote, y en alguna forma lo explica. Treinta y tantos años antes de que Cervantes dejara la primera parte de su manuscrito en el taller de Juan de la Cueva, el soldado cronista escribía en Guatemala episodios parecidos al de los yangüenses mercaderes, el combate con molinos de viento o el duelo con el Caballero de la Blanca Luna: cosas de encantamiento, como en el libro de Amadís; grandes *cúes*, torres edificadas en el agua. Al verlas, sus compañeros se preguntaban si soñaban, y Díaz del Castillo corregía: que no eran sueños sino cosas nunca soñadas. De existir alguna posibilidad de que Cervantes conociera el manuscrito de la *Historia Verdadera* —ninguna hubo por supuesto— hablaríamos hoy del libro de Bernal como antecedente del Ingenioso Hidalgo, abonado por la nada irrelevante circunstancia de haber sido soldados sin gloria sus autores, heridos y apaleados ambos en el empeño de ganar fortuna en guerras al servicio de Dios y el emperador.

Ambos, Bernal y Cervantes, hijos del Renacimiento español, el uno y el otro de joven imaginación, emoción intacta y virgen capacidad para el asombro, esa que con otras se perdió más tarde, al llegar la era industrial con su nueva versión del hombre: el burgués atento a distinguir entre sueños y realidades. Ese hombre generó la clase social que llenó de fábricas al mundo, de máquinas, de dinero a tasas de interés, de comodidades y locura consumista, mas ese hombre agarbanzó también la humana capacidad para el asombro, y al empobrecerla llenó de callos las almas.

De ocho funestos presagios habla el libro XII del Códice Florentino, todos ellos en anuncio de la llegada de los españoles. Fue el primero una como espiga de

fuego, una como llama de fuego, como si estuviera goteando, como si estuviera punzando en el cielo, ancha de asiento y angosta de vértice, que permanecía hasta el amanecer y desaparecía con el sol.

Después se abrasó en llamas el templo de Huizilopochtli sin que nadie le pusiese fuego. Ardían las columnas, el maderamen. Agua le echaban y flameaba más. El templo de Huizilopochtli ardió del todo: el fuego no pudo apagarse.

Cayó luego un rayo sobre el templo de Xiuhtecuhtli. Ni llovía recio ni se oyó el fragor del trueno. Todo fue inexplicable: como un golpe de sol.

Más tarde cayó del cielo una gran brasa en lluvia de chispas y en tres partes dividida. Salió de donde el sol se mete, y se perdió donde sale el sol. Dejaban una larga cola de luego. Y entre la gente hubo gran alboroto, como si estuvieran tocando cascabeles.

Hirvió luego el agua de la laguna y el viento la hizo alborotarse, como si en pedazos se rompiera al revolverse. Tan alto se levantó que llegó a los cimientos de las casas. Y las casas cayeron y se anegaron en las aguas.

Luego se oyó que una mujer lloraba y gritaba por las noches. Lloraba y gritaba: ¡Hijos míos, ya tenemos que irnos lejos! Y a veces agregaba, ¿a dónde os llevaré?

Cierto día cogieron los pescadores un pájaro ceniciento, como una grulla, y lo llevaron a Moctezuma. En la mollera del pájaro había como un espejo, y en el espejo se veían el cielo y las estrellas. Pero cuando por segunda vez vio Moctezuma la mollera del pájaro, vio también como si algunos vinieran de prisa, dándose empujones, haciéndose la guerra los unos a los otros. A cuestras les traían unos como venados, y Moctezuma llamó a sus magos, pero al asomarse los magos al espejo nada vieron. Todo desapareció.

Y por último se vieron hombres deformes, personas monstruosas de dos cabezas y un solo cuerpo. Los llevaron a Moctezuma, para que los viera, más apenas los vio aquellos seres deformes desaparecían.

En el curso de diez años tuvieron los mexicas aquellos presagios: la espiga de fuego en el cielo, el templo de Huizilopochtli en llamas, el de Xiuhtecuhtli herido por un rayo en día sereno, el fuego desprendiendo del cielo a pleno sol, el agua hirviente con su laguna, la llorona gritando por la noche, el pájaro con un espejo que dejaba ver el cielo y las estrellas, y los hombres de dos cabezas en un solo cuerpo evanescente.

Ocho presagios funestos en el curso de los últimos diez años: Ahora, el 8 de noviembre de 1519, los españoles se disponían a entrar en México-Tenochtitlan

por Xoloco, después Calzada de San Antón y ahora de San Antonio Abad. Inevitable: ya estaban allí.

3. *En el palacio de Axayacatl.*

Nada habían conseguido los embajadores de Moctezuma en su empeño de parar la marcha castellana. Textos del Códice Florentino pintan el estado del Uei Tlatoani al volver con malas noticias sus enviados: vanas habrían sido súplicas y regalos. «Moctezuma no hizo más que abatir la frente; quedó con la cabeza inclinada. Dejó de hablar solamente. Largo tiempo estuvo así cabizbajo. Todo lo que dijo y todo lo que respondió fue ésto: “¿Qué remedio, mis fuertes? ¡Pues con esto ya fuimos aquí! ¡Con esto ya se nos dio lo merecido! ¿Acaso hay algún monte donde subamos? ¿Acaso hemos de huir? ¿Qué hacer? ¿Nada resta? ¿Cómo hacer y en dónde? Ya se nos dio el merecido... ¡Ya tendremos que verlo con asombro!” Los castellanos estaban en Iztapalapa, y Moctezuma se engalanaba para salir a su encuentro».

«En grandes bateas —se lee en el Códice Florentino— han colocado flores de las finas: la flor del escudo, la del corazón; en medio se yergue la flor del buen aroma, y la amarilla fragante, la valiosa. Son guirnaldas con travesaños para el pecho. También van portando collares de oro, collares de cuentas colgantes gruesas, collares de tejido de petatillo». En andas y bajo palio, con plumas verdes y grandes labores de oro, mucha argentería y *chalchiuis* en sus bordaduras, con varios nobles salió el Tlatoani de su palacio. Abrían la marcha caciques y principales enojados, con túnicas ceremoniales, y al llegar junto a Cortés se inclinaron hasta tocar el suelo. Acto seguido se presentó Moctezuma con los señores de Texcoeo, Coyoacán, Tacuba e Iztapalapa, en tanto que otros cubrían el suelo con manías para que sus divinas plantas no posaran en tierra. Moctezuma calzaba *cacli*, sandalias con suela de oro y guarniciones de pedrería, y los nobles iban descalzos. Excepto los señores de Texcoco, Tacuba, Coyoacán e Iztapalapa, todos mantenían la mirada baja. Salvo los de su sangre, nadie se atrevía a mirarle. Salvo ellos y ahora los audaces téules. Al intentar Cortés abrazar a Moctezuma le contuvieron: nadie podía estrechar en sus brazos a un dios. Luego, según el Códice Florentino, dijo Cortés: «¿Acaso eres tú? ¿Es que ya tú eres?» Y Moctezuma contestó: «Sí, yo soy». No *ego sum qui sum: yo soy el que soy*, o sea Dios. No. Sólo «yo soy». *Ego sum*. Quedaba roto el

encantamiento.

En su monumental *Historia* reconstruye fray Bernardino de Sahagún la escena, y atribuye a Moctezuma las siguientes palabras: «Oh, señor nuestro; seáis muy bien venido; habéis llegado a vuestra tierra, a vuestro pueblo y a vuestra casa, México. Habéis venido a sentaros en vuestro trono y en vuestra silla, todo lo que yo en vuestro nombre he poseído algunos días, otros señores (ya son muertos) lo tuvieron antes que yo. El uno que se llamaba Izcóatl, el otro Moctezuma el Viejo, y el otro Axayácatl, y el otro Tízoc, y el otro Ahuízotl. Y, el postrero de todos, he venido a tener cargo y regir este vuestro pueblo de México; todos hemos traído a cuestras a vuestra república y a vuestros vasallos. Los difuntos ya no pueden ver ni saber lo que ahora pasa. Pluguiera a aquél por quien vivimos que alguno de ellos fuera vivo, y en su presencia aconteciera lo que ahora acontece con la mía. Ellos están ausentes. Señor nuestro, ni estoy dormido ni soñando; con mis ojos veo vuestra cara y vuestra persona. Días ha que yo esperaba esto. Días ha que mi corazón estaba mirando aquellas partes donde habéis venido. Habéis salido de entre las nubes y de entre las nieblas, lugar a todos escondido. Esto es por cierto lo que nos dejaron dicho los reyes que pasaron; que habíades de volver a reinar en estos reinos, y que habíades de sentaros en vuestro trono y en vuestra silla. Ahora veo que es verdad lo que nos dejaron dicho. Seáis muy bien venido. Trabajos habréis pasado viniendo tan largos caminos. Descansad ahora. Aquí está vuestra casa y vuestros palacios. Tomadlos y descansad en ellos con todos vuestros capitanes y compañeros que con vos han venido».

En la versión directa del náhuatl, obra de dos mexicanos ilustres, don Ángel María Garibay y don Miguel León-Portilla, la escena se relata en forma aún más fascinante: «Señor nuestro —dijo Moctezuma a Cortés—, te has fatigado, te has dado cansancio: ya a la tierra tú has llegado. Has arribado a tu ciudad: México. Aquí has venido a sentarte en tu solio, en tu trono. Oh, por tiempo breve te lo reservaron, te lo conservaron los que ya se fueron, tus sustitutos. Los señores reyes Izcoatzin, Motecuhnomatzin el Viejo, Axayácatl, Tízoc, Ahuízotl. Oh, qué breve tiempo tan sólo guardaron para ti, dominaron la ciudad de México... Ojalá algunos de ellos estuvieran viendo, vieran con asombro lo que ahora veo venir en mi. Lo que yo ahora veo: yo lo residuo, el superviviente de nuestros señores. No, no es que yo sueñe; no me levanto del sueño a dormilado; no lo veo en sueños, no estoy soñando... ¡Es que ya te he visto! ¡Ya he puesto mis ojos en tu rostro!... Ha cinco días, ha diez días yo estaba angustiado: tenía fija la mirada en

la región del misterio. Y tú has venido entre nubes, entre nieblas. Como que esto es lo que nos dejaron dicho los reyes, los que rigieron, los que gobernaron tu ciudad: que habrías de instalarte en tu asiento, en tu sitio; que habrías de venir acá. Pues ahora se ha realizado: ya tú llegaste con gran fatiga, con afán viniste. Llega a la tierra: ven y descansa; toma posesión de tus casas reales; dá refrigerio a tu cuerpo... Y cuando (Cortés) hubo percibido el sentido del discurso de Motecuhzoma, luego le dió respuesta por boca de Malinzin. Le dijo en lengua extraña, le dijo en lengua salvaje: Tenga confianza, Metecuhzoma, que nada tema. Nosotros mucho lo amamos. Bien satisfecho está hoy nuestro corazón. Le vemos la cara, lo oímos. Hace ya mucho tiempo que deséabamos verlo. Y dijo esto más: Ya vimos, ya llegamos a su casa en México; de este modo, pues, ya podrá oír nuestras palabras con toda calma. Luego lo cogieron de la mano, con lo que lo fueron acompañando. Le dan palmadas al dorso, con que le manifiestan su cariño.»

Al terminar el parlamento echó Cortés al cuello de Moctezuma un collar de piedras margaritas, ensartado en cordones de oro con almizcle para dar buen olor, dice Bernal, y a su vez el Tlatoani colocó sartales de flores en el pecho de los capitanes, y guirnaldas en sus cabezas. Al disponerse a emprender la marcha, según Cortés llegó un servidor de Moctezuma «con dos collares de camarones (“cangrejos”, dice en sus *Décadas* Pedro Mártir), envuelto en un paño, que eran hechos de huesos de caracoles colorados, que ellos tienen en mucho, y de cada collar colgaban ocho camarones de oro de mucha perfección, tan largo así como un gemo, y como se los trajeron se volvió a mí y me los echó al cuello.» Eran las insignias de Quetzalcóatl. Quetzalcóatl estaba de vuelta. Volvía por sus vasallos y su trono. El Uei Tlatoani lo tuvo en guarda mientras volvía Quetzalcóatl por lo suyo. Cortés llegaba por lo suyo. Al entrar en la ciudad, Cortés-Quetzalcóatl ordenó un disparo de cañón, y la gente se tiró al suelo, enloquecida. «Todo esto era así como si todos hubiésemos comido hongos estupefacientes», dicen los glifos del Códice Florentino. Fascinante: como si todos hubiesen comido hongos estupefacientes.

Moctezuma condujo a Cortés por calzarlas y calles hasta aposentarlo en el palacio de Axayácatl. Sólo unos minutos le dejó solo, pues de inmediato volvió con regalos en joyas de oro y plata, plumajes, jades y ropas de algodón. Acto seguido sentóse a su lado, y le confió su gran secreto: por sus antepasados sabía que ni él ni los habitantes de esa tierra eran sus naturales, pues llegaron de partes lejanas guiados por un gran Señor que primero les dejó, para volver a su

naturaleza, y volvió más tarde para llevarles consigo. Mas el gran Señor encontró que su gente había casado con mujeres de la tierra, tenido con ellas generación y fundado pueblos, por lo que no quisieron reconocer su antigua autoridad ni seguirle. Se marchó el Señor, mas sus antiguos vasallos nunca perdieron el temor de que volviese, él o sus descendientes, a recuperar tierra y vasallaje perdidos. «Y según de la parte que vos decís que venís, que es a do sale el sol, y las cosas que decís de ese gran Señor o Rey que acá os envió, creemos y tenemos por cierto él sea nuestro señor natural, en especial que nos decís que él ha muchos días que tenía noticia de nosotros; y por tanto, vos sed cierto que os obedeceremos y tendremos por señor en lugar de ese gran señor que vos decís, y que en ello no habrá que yo en mi señorío poseo, mandar a vuestra voluntad, porque será obedecido y hecho; y todo lo que nosotros tenemos es para lo que vos de ello quisiéredes disponer».

Luego refirióse a sus enemigos, los de Cempoala y Tlaxcala, «que algunos eran mis vasallos y hánse rebelado con vuestra venida», y amargamente censuró sus amañadas mentiras: que las paredes de sus casas y sus estrados eran de oro, y que él mismo no era hombre sino un dios. «Las casas, ya lo véis que son de piedra y cal y tierra». Y alzándose las vestiduras mostró a Cortés su cuerpo desnudo: «Ved que soy de carne y hueso como vos y como cada uno de los vuestros: soy mortal y palpable. ¡Palpadme! ¡Ved cómo os han mentido!» Admitía Moctezuma en ese momento la gran mentira de su mundo: que no era un dios sino un hombre; que podían mirar su cara y palpar su cuerpo. Revelaba a los castellanos el secreto que negaba a los suyos. El Uei Tlatoani estaba perdido. Le invadía la derrota, cáncer incontenible. Y todo eso ante Cortés. Nada menos que ante Cortés.

Terminaba de hablar Moctezuma, y el extremeño, al corriente de la catadura moral de su interlocutor, respondió que no podría pagarle las mercedes recibidas; llegaban de un remoto país donde sale el sol, y eran ciertamente vasallos del gran señor don Carlos, rey de las Españas y soberano de muchos príncipes y vasallos, quien al tener noticia de los súbditos muy lejanos que tenía les mandó a verles y rogarles que fuesen cristianos, como él y los suyos, para salvar sus ánimas en la eternidad. Contuvo por esa vez su celo evangelizador, y el Uei Tlatoani volvió a su palacio, aunque según los testimonios del Códice Florentino sus principales mostrábanse airados y principiaban a retirarle acatamiento.

Al siguiente día fueron los jefes castellanos a pagarle la visita, ocasión de la que Cortés echó mano para volver a su tema favorito: explicó cómo todos eran

cristianos y adoraban a un Solo Dios, el señor Jesucristo, crucificado y muerto por la salvación de todos, si bien resucitó al tercer día para subir a los cielos y allí juzgarnos un día; que ese era el verdadero Dios, creador de todo cuanto existía, y no sus ídolos, todavía peores por sus hechos que por sus figuras. De aquí pasó a ocuparse de la creación del mundo y hermandad original de todos los hombres, originalmente oriundos del mismo padre y la misma madre, de donde un hermano de todos, su emperador Carlos, les enviaba para remediar torpedades tales como adorar a sus ídolos, sacrificar seres humanos y practicar sodomías.

Por lo visto a Malinche no sirvieron de mucho sus últimas experiencias catequísticas, pues de lo contrario habríale bastado recordar lo ocurrido en Cempoala y Tlaxcala para no tocar esa tecla, más en verdad el extremeño, en cuanto la religión andaba de por medio, desbordaba toda medida. Es pues explicable que el Tlatoani, ante el radical planteamiento, sacara fuerzas de flaqueza y contestara que aunque él y los suyos darían cuanto tuviesen al rey don Carlos no consentiría ofensas a sus dioses, y menos todavía los cambiarían por el Dios de los castellanos. Aquí comprendió su falta Cortés y dio marcha atrás: ya vendrían de España algunos sabios y santos varones, ejemplos de vida cristiana, para explicar a Moctezuma y a su pueblo las verdades de la fe. Y ambos volvieron a sus aposentos.

Tres o cuatro días más tarde decidió Cortés visitar el gran centro ceremonial de la ciudad, y con sus capitanes y soldados fue por calzadas y puentes hasta el famoso Teocalli o gran templo de Huizilopochtli, frente al mercado de Tlatelolco, enorme zoco, dice Bernal, aun para quienes conocían Constantinopla, Roma y otras partes del mundo: allí, en riguroso concierto, mantas de henequén, sogas y *caclis*, cueros de tigres, leones y nutrias, legumbres, frijol, maíz y pan de eso mismo; conejos, patos, liebres, venados, gallinas y guajolotes («gallos de papada» según los españoles); grandes tinajas y jicarillas, miel y melcochas, muéganos, leña y ocotes, sal, cuñetes de olores, tabaco, hierbas medicinales, navajas y cuchillos de pedernal, raros quesos hechos con lama de la laguna, cacao, oro muy fino empacado en canutillos de pluma de ánsar, y miles o decenas de miles de hombres y mujeres que vendían y compraban; niños jugueteando con palomas; ires y venires de cargados macehuales.

Deslumbrados salieron los castellanos de Tlatelolco y siguieron al templo de Huitzilopochtli, donde a la sazón se encontraba Moctezuma. «Gran Señor, díjole Cortés; hemos holgado de ver vuestra ciudad; lo que os pido ahora, que estamos aquí, que en este vuestro templo nos mostréis vuestros dioses», a lo que accedió

el Tlatoani siempre y cuando los cristianos no cometiesen irreverencias. En el interior vieron los castellanos por primera vez la gran piedra labrada del dios de la guerra, con cara y rostro muy anchos según Bernal, ojos disformes y espantables, ceñido el cuerpo con grandes culebras de oro y pedrería. A un lado, sobre la izquierda, otra gran escultura con «rostro como de oso y ojos que le relumbraban, ceñido el cuerpo con figuras como diablillos chicos y las colas de ellos como sierpes: nada menos que Tezcatlipoca, dios de las tinieblas, o de los infiernos», dice Bernal. Mas faltábales el platillo fuerte: las paredes y parte del pavimento lleno de costras de sangre; en el altar cinco corazones humanos, y en el aire un hedor como no lo había en los mataderos de Castilla. Con eso tuvieron suficiente, y en busca de aire respirable salieron a la terraza del templo. A la vista estaba la ciudad con sus tres calzadas a tierra firme, la de Tacuba, la de Iztapalapa y la de Tepeaquilla, amén del acueducto, tendido desde los manantiales del cerro del Chapulín. A la vista, aunque no a sus pies, estaba México-Tenochtitlan.

Pero como Cortés no era un turista del siglo xx sino un soldado del siglo xvi español, un poseso de Dios, allí mismo dijo a Moctezuma: «No sé yo cómo un tan señor y sabio varón como vuestra merced es, no haya alcanzado con su pensamiento cómo los ídolos vuestros no son dioses sino cosas malas, que se llaman diablos, y para que vuestra merced lo sepa, y sus sacerdotes lo vean claro, hacédme una merced: que hayáis por bien que en lo alto de esta torre pongamos una cruz, y en una parte de estos adoratorios pongamos una imagen de Nuestra Señora, y veréis el temor que de ello cogerán esos ídolos que os tienen engañados». Y de nuevo respondió el indignado Tlatoani: «Malinche: si tal deshonor como has dicho creyera que ibas a decir, no te mostrara mis dioses. A ellos los tenemos por muy buenos; ellos nos dan salud, aguas, buenas cosechas y victorias cuando peleamos. Por eso hemos de continuar adorándolos y sacrificándoles. Te ruego que no pronuncies otra palabra en su deshonor». Puso Cortés al mal tiempo buena cara, y volvió a sus cuarteles. Aunque frente a Moctezuma no pegaba una, como evangelizador al menos, como hombre de mundo había consumado el primer *Sight Seeing Tour* de la historia mexicana.

Vista la rotunda negativa, cierto día se buscaba lugar en el palacio de Axayácatl para edificar un altar, donde el padre Olmedo pudiese decir misa, cuando uno de los soldados, artesano de oficio carpintero, advirtió la existencia disimulada de una puerta en una de las paredes. Cortés mandó horadar el muró, y

a sus ojos y los de sus capitanes quedó al descubierto una pequeña estancia pletórica de jades finísimos y oro en planchas, tejuelos y joyas. Según Bernal era tanta la riqueza que todos perdieron el habla. «Como en aquél tiempo era mancebo —escribió—, y no había visto en mi vida riqueza como aquellas, tuvo por cierto que en el mundo no se debieran haber otras tantas». De momento juraron guardar el secreto, para que no se enteraran los mexicas, y entre capitanes y soldados restauraron el muro. Ahora tenían alguna idea de las riquezas ocultas en la ciudad, aunque también iban a más los mordiscos del miedo, pues ¡había tantos guerreros! ¡Y sobre todo tanto puente fácil de cortar o bloquear! No exageraron los amigos de Tlaxcala: México-Ténochtitlan era una trampa, y la trampa se cerraría en cuanto lo decidieran sus habitantes.

Seguramente apremiado por ese temor concibió Cortés uno de los proyectos más audaces de la Conquista, tan osado como la destrucción de sus naves: poner preso a Moctezuma y garantizar, con su persona, la seguridad de los suyos. Respecto de ese plan contamos con las versiones de Cortés y de Bernal Díaz, ambas convergentes en cuanto al objetivo aunque difieran en que si el primero se adjudica la idea, el segundo la atribuye a Velázquez de León, Ordaz, Sandoval y Alvarado. No es preciso ser un lince para atribuir el proyecto a Malinche, si bien, como en muchos otros casos, se las arregló para mostrarse jefe sumiso ante la mayoritaria decisión de su gente. Según Bernal, cuatro capitanes y doce soldados, él entre ellos, le dijeron «que mirase la red y garlito donde estábamos y la gran fortaleza de aquella ciudad, y mirase los puentes y calzadas y las palabras y avisos que por todos los pueblos donde hemos venido nos han dado, que había aconsejado el Uichilobos a Moctezuma que nos dejase entrar en la ciudad y que allí nos matarían, y que mirase que los corazones de los hombres son muy mudables, en especial en los indios, y que no tuviese confianza de la buena voluntad y amor que Moctezuma nos mostrara, porque de una hora a otra hora la mudaría... Y pues es cosa de ponderar todo esto que le decíamos, que luego sin más dilación prendiésemos a Moctezuma si queríamos asegurar nuestras vidas», a lo que, según también el cronista, respondió Cortés: «No creáis, caballeros, que duermo ni estoy sin el mismo cuidado, que bien me lo habréis sentido; mas ¿qué poder tenemos nosotros para hacer tan grande atrevimiento, prender a tan gran señor en sus mismos palacios, teniendo sus gentes de guarda y de guerra? ¿Qué manera o arte se puede tener en quererlo poner en efecto que no apellide sus guerreros y luego nos combatan?»

Como Velázquez, Ordaz, Sandoval y Alvarado desdeñaron tales razones, al

parecer decididos a tomar por su cuenta el delicado asunto, Cortés pidió dejarle meditar y decidir al siguiente día, lapso en el cual, dice Bernal, llegaron dos tlaxcaltecas con informes de que en la Villa Rica seis soldados y el alguacil mayor Juan de Escalante habían muerto a menos de Cuauhpopoca, lugarteniente de Moctezuma. El atentado del cacique de Nautla sobre los españoles de la Villa Rica proporcionaba el *casus belli*, y como uno solo votaron por prender al Tlatoani «o morir todos sobre ello». Ciertamente la secuencia de los hechos, tal y como Bernal Díaz la plantea en su *Historia*, se presta a justificar la adopción de la medida si no supiésemos, como sabemos por Cortés mismo, que fue en *Cholula*, y no en México ni en vísperas de poner preso a Moctezuma, donde recibió los informes sobre los sucesos de Almeria, o Nautla, como se quiera.

En efecto, dice Cortés en su *Segunda Carta de Relación*, que hallándose en Cholula recibió carta de Escalante (quien según Bernal figuraba entre los muertos), contándole cómo Cuauhpopoca, señor de Nautla, se había valido de engaños y traiciones para matar a seis o siete españoles de la guarnición, y que el mismo Escalante habíales escarmentado y tomado varios prisioneros, de cuya boca supo que Moctezuma mandó acosar y exterminar a los pobladores de la Villa Rica. Visto lo cual, escribió Cortés en esa *Segunda Carta* «conviniendo al buen servicio de Vuestra Majestad y a nuestra seguridad que aquel señor (Moctezuma) estuviese en mi poder y no en toda su libertad, porque no mudase de propósito y voluntad que mostraba en servir a Vuestra Majestad, mayormente que los españoles somos algo inoportunos, y porque enojándose nos podría hacer mucho daño, y tanto que no hubiese memoria de nosotros según su gran poder, y también porque teniéndolo conmigo todas las otras tierras que a él eran súbditas vendrían más aína al conocimiento y servicio de Su Majestad, determiné de lo prender y poner en el aposento donde yo estaba»

La prisión de Moctezuma no fue pues decisión en caliente, como quiere Bernal, sino pretexto fríamente escogido para justificar el golpe, sin que por otro lado, como escribe don Manuel Orozco y Berra, Cortés adujera la muerte de los suyos «para engañar a su propia conciencia». Tomó esa decisión por convenir «al buen servicio de Vuestra Majestad y a nuestra seguridad», y él lo dice. Un español típico, como Cortés, no se anda por las ramas para «engañar a su conciencia». El extremeño era, por añadidura, un hombre de su tiempo, seguro de que bastaba con dominar al monarca para dominar al país, pues «¿qué cosa era un país sino un cuerpo político cuyo monarca es la cabeza?», pregunta

Madariaga. La verdad es que las nutridas censuras sobre el prendimiento de Moctezuma parten de criterios moralizadores al estilo angloamericano. Todo se reduce a puntualizar que el de Medellín se hallaba embarcado en una guerra de conquista, y no abrigaba «la menor duda sobre su derecho a apoderarse del emperador si así lo creía conveniente».

Con el fin de llevar a la práctica el plan, muy de mañana dejó Cortés acuartelados a los soldados, enfrenados y ensillados los caballos, y él mismo, a su lado Marina y Jerónimo, Velázquez de León, Alvarado, Ordaz, Sandoval, Lugo y Alonso de Ávila, marchó en busca del Uei Tlatoani, en cuya presencia reclamó por la muerte de sus hombres, y acentuó que, según sus informes, Cuauhpopoca sólo obedeció sus órdenes. Moctezuma negó participación en los hechos de Nautla, mas Cortés no estaba allí para depurar informes sino para poner su plan en práctica, de modo que no sólo mandó prender a Cuauhpopoca y castigarlo, sino que el Uei Tlatoani abandonara su palacio y quedara bajo su custodia en tanto se aclaraban las muertes aquellas, rogándole «que no recibiese pena de ello porque él no había de estar como preso sino en toda su libertad, y que en servicio ni en el mando de su señorío yo no le pondría ningún impedimento». Y Moctezuma se plegó de buen grado a los deseos del gran téul. Ordenó venir a sus nobles para acicalarlo, y acto continuo, llorando, «lo tomaron en ellas (en andas) con mucho silencio, y así nos fuimos hasta el aposento donde estaba sin haber alboroto en la ciudad aunque se comenzó a mover, pero sabido por el dicho Moctezuma envió a mandar que no lo hubiese». El dios de mentira abdicaba ante Quetzalcóatl, hombre de verdad.

El relato que sobre el prendimiento de Moctezuma nos proporciona Bernal Díaz es bastante más dramático, pues el cronista asegura que al negarse altivamente a darse preso, y en tanto Cortés intentaba persuadirle, sus capitanes exclamaron: «¿Qué hace vuestra merced con tantas palabras? ¡O le llevamos preso o darle hemos de estocadas! Por eso tórnele a decir que si da voces o hace alboroto le mataremos, porque más vale que de esta vez aseguremos nuestras vidas o las perdamos». Como Juan Velázquez de León hablaba «con voz algo alta y espantosa», preguntó el Tlatoani a doña Marina qué decía aquel hombre, y la mujer le pidió ceder para evitar su muerte. Todavía insistió el monarca: «Señor Malinche, ya que eso queréis que sea, yo tengo un hijo y dos hijas legítimos, tomadlos en rehenes y a mí no me hagáis esa afrenta, pues ¿qué dirán mis principales si me viesen llevar preso?» Mas como Cortés tomara el partido de sus capitanes llamó Moctezuma a sus nobles y subió a las andas para

acompañarle voluntariamente.

Coinciden ambos relatos en el colofón inmediato, o sea en la suerte de Cuauhpopoca y los suyos, aprehendidos en Nautla y llevados a Tenochtitlan. Entregados a Cortés, preguntóles si eran vasallos de Moctezuma, a lo que Cuauhpopoca respondió «si había otro señor de quien pudiera serlo». Luego confesó haber dado muerte a los españoles, aunque no por órdenes de su rey y señor. Y acto seguido se prepararon las hogueras frente a los palacios de Moctezuma, y en el fuego se consumieron el cacique de Nautla y los suyos. Ahora sabrían todos cómo las gastaba Malinche a la hora de hacer justicia. Mas no paró todo allí: como los ajusticiados gritaran durante el suplicio que Moctezuma les ordenó matar a los españoles, Cortés fue donde el Uei Tlatoani estaba y le puso grillos. Una vez más vencía la audacia sobre la prudencia. ¿Hasta qué extremos llegaría el gran téul?

Audaces eran también sus hombres, tanto como él, y sin embargo no daban crédito a sus ojos. Muchos años más tarde Bernal Díaz ponía en duda que el osado episodio hubiese sido obra de ellos mismos, y lo atribuía al poder supremo de Dios. «Y han de considerar los curiosos que esto leyeran tan grandes hechos que entonces hicimos: dar con los navíos al través; lo otro entrar en tan tuerte ciudad teniendo tantos avisos que allí nos había de matar después que dentro nos tuviesen; lo otro tener tanta osadía, osar prender al gran Moctezuma, que era rey de aquella tierra, dentro de la ciudad y en sus propios palacios, teniendo tan gran número de guerreros de guarda, y lo otro, osar quemar a sus capitanes delante de sus palacios, y echarle grillos en tanto que se hacía justicia. Muchas veces, ahora que soy viejo, me paro a considerar las cosas heroicas que en aquel tiempo pasamos, que me parece que las veo presentes, y digo que nuestros hechos no los hacíamos nosotros sino que venían todos encaminados por Dios; porque ¿qué hombres ha habido en el mundo que osasen entrar cuatrocientos soldados (y aún no llegábamos a ellos) en una fuerte ciudad como es México, que es mayor que Venecia, estando apartados de nuestra Castilla por más de mil quinientas leguas, y prender a un tan gran señor, y hacer justicia a sus capitanes delante de él? Porque hay mucho qué ponderar en ello, y no así secamente como yo lo digo».

A Bernal no le alcanzaban las palabras para consignar el ajusticiamiento, y sin embargo, por mezquinas que fuesen, eran más torpes y cortas aún para expresar la tragedia del Uei Tlatoani, quien ese día bajó todos los escalones de su dignidad, mitad humana y divina en parte: del poder omnímodo a la condición de un delincuente cualquiera. Infinito el arrojó de Cortés. Quemar vivo a

Cuauhpopoca e imponer grillos a Moctezuma en el centro de la fortaleza enemiga, era tanto como hundir sus naves por quinta vez.



A Teneco B la Calzada principal C. Quilicua
D. Azcapotzalco E. Mexico F. Aguadulco G. Cuernavaca
H. W. ayacahcan I. Cammeca K. San Juan de los Rios L. Otras dos Calzadas

México-Tenochtitlan, según la edición de Bruselas (1741) de la famosa obra de Antonio de Solís: *Historia de la Conquista de México*.

Capítulo Quinto

LA TRAMPA SE CIERRA FINALMENTE

Entonces gritó un hombre sobre el templo de Huitzilopochtli. Bien se difundió su grito sobre la gente; todo mundo oía su grito: guerreros, capitanes, mexicanos... ¡ya se van nuestros enemigos! ¡venid a perseguirlos! ¡venid con barcas defendidas con escudos! ¡con todo el cuerpo en el camino!

Códice Florentino, libro XII.

1. *Barruntos de tormenta.*

Consumido en la hoguera el cuerpo de Cuauhpopoca mandó Cortés liberar al Uei Tlatoani de sus grilletes, y de allí en adelante —escribió—, «siempre trabajé de le agradar y contentar en todo lo a mi posible». En sus ratos de ocio jugaban al *totoloque*, especie de rayuela en la que uno perdía y otro ganaba joyas y tejuelos de oro, si bien, de ser Moctezuma ganador, repartía lo suyo entre los soldados de guardia, uno de los cuales, harto de velar, y de no refinada educación, dio el traspíe de llamar «perro» al rey mexicana, desliz que le costó cincuenta azotes en presencia de sus compañeros. Alguna vez pidió el Tlatoani le dejaran ir al templo a cumplir sus devociones, en lo que Malinche consintió a condición de no hacer «cosa con que perdiese la vida», y muchas otras salió de sus aposentos para holgar en casa de sus putas selectas, dentro y fuera de la ciudad. «Y fue tanto el buen tratamiento que yo le hice, y el contentamiento que de mi tenía, que algunas veces le acometí rogándole que fuese a su casa, y me dijo todas las veces que se lo decía que él estaba bien allí y no quería irse porque allí no le faltaba cosa de lo que él quería, como si en su casa estuviese». Sólo faltaba que el rey azteca gritara «¡Vivan las cadenas!», como el pueblo de Madrid en los aciagos días de Fernando VII.

Según Torquemada, en cambio, el Tlatoani nunca se hizo a la idea de seguir preso, pues varias veces intentó escapar, alguna arrojándose «de una azotea de diez estados de alto para que los suyos le recibiesen, si no le detuviera un castellano de los que le guardaban, que se halló cerca», vulgar conseja sin duda, aunque el austero autor de la *Monarquía Indiana* la traslade a sus lectores sin el menor reparo. Es de suponerse, eso sí, que por conducto de sus visitantes se hiciera cargo Moctezuma del deterioro de su imagen, al corriente además de la conjura de su sobrino para deshacerse de los forasteros, y es también verosímil

que por él mismo se enterara Cortés de los planes del rey texcocano, pues constan sus providencias para someter al rebelde mediante dádivas y negociaciones, mas Cacamatzin, contando con los poderosos señores de Iztapalapa, Tacuba y Coyoacán, se negó al avenimiento. Según López de Gomara, el mismo Moctezuma le pidió ir a México «para dar un corte a las diferencias y enojos», mas el de Texcoco respondió «ásperamente», diciendo que si tuviera valor «no estaría preso ni cautivo de cuatro extranjeros, que con sus buenas palabras le tenían hechizado y usurpado el reino; ni la religión mexicana y los dioses de Culúa abatidos y hollados por pies de salteadores y embaucadores, ni la gloria y fama de sus antepasados infamada y perdida por su cobardía y apocamiento, y que para reparar la fama y libertar a él y a México iría de muy buena gana, mas no con las manos en el pecho sino en la espada, para matar a los españoles que tanta mengua y afrenta habían hecho a la nación de Culúa». Cacamatzin no era ya el hombre que aconsejó a su tío recibir en paz a los españoles.

Nada inclinado Cortés a meterse voluntariamente en la boca del lobo, se redujo a pedir guerreros a su real prisionero para someter al revoltoso y llevarlo a su presencia, mas el Tlatoani adujo «que nada aprovechaba guerra ni fuerza», y se valió de gente suya, entre los texcocanos, para prender y entregar a su sobrino. «Ellos —explica Gomara—, o por ser Moctezuma su rey y estar aún vivo, o porque le habían servido siempre en las guerras, o por dádivas y promesas, prendieron a Cacama un día, estando con él y otros muchos en consejo para consultar las cosas de la guerra, y en acalles (canoas) que para ello tenían a punto y armadas, le metieron y trajeron a México sin otras muertes y escándalos, aunque fue dentro de su propia casa y palacio, que toca a la laguna». De ese modo consumaba Moctezuma el segundo «golpe de Estado» de la historia de México, tan rica en ellos después. «Y me lo trajeron —escribió Cortés en su *Segunda Carta de Relación*—, al cual yo hice echar unos grillos y poner a mucho recaudo».

A continuación, con el parecer de su prisionero, hizo Cortés rey de Texcoco a Cuicuitzcátl, hermano menor de Cacamatzin, quien desde luego recibió el nombre cristiano de don Carlos, «obediente en todo lo que yo, de parte de Vuestra Majestad, le mandaba», dice el extremeño. «Cortés hacía reyes y mandaba con tanta autoridad como si hubiera ganado el imperio mexicano», apostilla López de Gomara, y esa era la verdad: de Cuicuitzcátl hacía el primer soberano títere del continente americano e islas adyacentes. Trescientos y pico

de años más tarde, muchos presidentes seguirán devotamente el ejemplo de Cuicuitzcátl, si bien no ya con españoles sino ante nuevos dioses blancos. «Y miren qué gran señor era (Cuicuitzcátl), dice Bernal Díaz, que estando preso era tan obediente», en palabras que aun pueden figurar en varios escudos nacionales sin ofender a la verdad.

Una vez a buen recaudo Cacamatzin y sus seguidores, Cortés siguió adelante con su proyecto: «Que pues ya había entendido el gran poder de nuestro rey y señor, y que de muchas tierras le dan parias y tributos y le son sujetos muy grandes reyes» —dijo a Moctezuma—, «bien estaría que él y sus vasallos le diesen también obediencia y le pagasen a continuación parias y tributos, a lo que el azteca se avino de tan buen acuerdo que diez días más tarde se reunieron los principales de la comarca, con quienes habló de los viejos augurios: de los hombres que al fin llegaban de donde sale el sol para dominar esas tierras, con lo que terminaba para siempre el señorío y reino de los mexicanos. Lo que os mando —terminó—, es que todos de buena voluntad contribuyamos con alguna señal de vasallaje; que presto os diré lo que más convenga, y porque ahora soy importunado a ello por Malinche, ninguno lo rehuse, y mirad que en diez y ocho años ha que soy vuestro señor siempre me habéis sido muy leales, y yo os he enriquecido y ensanchado vuestras tierras, y os he dado mandos y haciendas, y si ahora al presente nuestros dioses permiten que yo esté aquí detenido, no lo estuviera sino que yo os he dicho antes muchas veces que mi gran Uichilobos me lo ha mandado». Consumado el sometimiento, dice Bernal —y lo confirman Gomara y Oviedo—, Moctezuma habló de nuevo a sus caciques, «y estando Cortés delante y nuestros capitanes y muchos soldados y Pedro Hernández, secretario de Cortés, dieron la obediencia a Su Majestad, y con mucha tristeza que mostraron, y Moctezuma no pudo sostener las lágrimas. Y queríamoslo tanto, y era de tan buenas entrañas, que a nosotros de verlo llorar se nos entristecieron los ojos, y soldado hubo que lloraba tanto como Moctezuma; tanto era el amor que le teníamos». Era el 19 de diciembre de 1519. A nueve días de los Santos Inocentes.

Moctezuma, dice Madariaga, no era ya prisionero de Cortés sino de sí mismo. De haberlo querido, de habérselo permitido su fe, en pocos días no habría quedado vivo un solo español. Pero le paralizó no la fuerza militar de Cortés sino su propio Uichilobos. «Aquella escena en el México azteca moribundo, en que los hombres de Cortés lloraban por Moctezuma, es uno de los momentos de más emoción en la historia del descubrimiento del hombre por el

hombre; momento de unidad profunda, alcanzada, no como afirmaban dogmáticamente los cristianos, por la creencia en un origen común, sino por la experiencia común de un mismo dolor y de una misma vergüenza ante la incapacidad humana frente a la vida. En aquel día el hombre lloró por el hombre, y la historia lloró por la historia». También en su *Segunda Carta* al emperador Carlos alude Cortés a esas lágrimas: «Todo lo cual dijo llorando, con las mayores lágrimas y suspiros que un hombre podía manifestar, y asimismo todos aquellos señores que le estaban oyendo lloraban tanto, que un gran rato no le pudieron responder. Y certifico a Vuestra Majestad que no había tal de los españoles que oyese el razonamiento, que no hubiese mucha compasión» Lágrimas, muchas lágrimas vertían aquellos mexicas ante el lecho de muerte de su mundo y su cultura. Entre los severos muros del palacio de Axayácatl, para solemnizar el imponente funeral, habrían venido como anillo al dedo las mil voces del órgano monumental de la catedral de Toledo.

Con sobre cuatrocientos hombres, unos pocos caballos y algunos cañones y escopetas consumaba Cortés el sometimiento de uno de los dos imperios más poderosos del Nuevo Mundo. «Obra maestra de economía de medios militares», apostilla don Salvador de Madariaga. Mas en rigor ¿cabe llamar a eso «obra maestra en lo militar»? No a mi ver, ya que para conseguir el objetivo no mediaron combates, por lo menos en México-Tenochtitlan. La caída vertical del mundo azteca fue rayo en el bosque, tormenta en alta mar o sismo que hiende la corteza terrestre. Ciertamente que la razón cuenta con explicaciones para el rayo, el sismo o la tormenta, mas pierde jerarquía ante los elementos de la naturaleza desencadenada. ¡Cuántas veces dejamos de pensar, y nos contentamos con llorar! Como los españoles y los indios lloraron ese día en el palacio de Axayácatl.

Consumado el sometimiento, dos días más tarde dijo Cortés a Moctezuma que su emperador don Carlos «tenía necesidad de oro para ciertas obras que mandaba hacer», rogándole tanto que sus nobles satisficieran ese deseo como que principiara él mismo por entregar lo guardado en sus palacios, a lo que el Tlatoani se avino sin asomo de resistencia: con sus criados mandó a varios españoles a la casa de las aves, dice Gomara, quienes allí encontraron dos habitaciones llenas de oro en planchas y tejuelos, joyas y piezas bordadas, «y espantados de tanta riqueza no quisieron o no se atrevieron a tocarla sin que antes la viese Cortés». Envió luego Moctezuma a sus servidores muy lejos, hasta ochenta y cien leguas de México, a recoger oro de los tributos, de todo lo cual sacaron los castellanos «ciento sesenta mil pesos, y aún más, y de plata más de

quinientos marcos». Según el mismo capellán y biógrafo, cuyo relato coincide con el de Cortés, pues en cálculos de éste sólo el *quinto real* produjo arriba de los treinta y dos mil pesos en oro, sin incluir en esa suma «todas las joyas de oro y plata, y plumajes y piedras preciosas y otras muchas cosas de valor que para Vuestra Sacra Majestad yo asigné y aparté, las cuales, además de su valor, eran tales y tan maravillosas que consideradas por su novedad y extrañeza no tenían precio, ni es de creer que alguno de todos los príncipes del mundo, de quienes se tiene noticia, las pudiesen tener tales y de tal calidad. Y no le parezca a Vuestra Majestad fabuloso lo que digo, pues es verdad que todas las cosas creadas, así en la tierra como en el mar, de que el dicho Moctezuma pudiese tener conocimiento, teníanlas contrahechas muy al natural, así en oro como en plata, como de pedrería y de plumas.»

Por cierto que el reparto del botín reúne los ingredientes para figurar en las mejores páginas de la picaresca. Cuantiosísimo sería, pues a cuanto tributaron los pueblos sumóse el oro, joyas y pedrería del palacio de Axayácatl, voluntariamente cedido por el Tlatoani: «Lo que yo tengo aparejado para el emperador, dijo, es el tesoro que recibí de mi padre y se encuentra en tus aposentos. Ya lo conoces, pues sé que primero abriste y luego cerraste el muro que lo guarda. Envíalo al emperador, y dile que se lo manda su buen vasallo Moctezuma». Riqueza enorme, aun después de separado el quinto real. «Era tanto, dice Bernal, que deshecho (fundido) eran tres montones de oro, y pesados hubo en ellos sobre seiscientos mil pesos, sin la plata y planchas de oro y el oro en granos de las minas». Y sin embargo fue más fácil hacerse del tesoro que distribuirlo, pues aquellos hombres tenían como verdad de fe la sentencia de que quien parte y reparte se queda con la mayor parte.

Cortés se propuso practicar la distribución sobre la base no sólo de reconocer la primacía del quinto real sino, como escribió en su *Segunda Carta*, «de asignar al emperador las joyas de oro y plata, plumajes y piedras», a cuya posesión no podría aspirar ningún otro príncipe del mundo. Eso en primer lugar. A continuación vendría lo suyo, estimable en otro tanto, o casi en otro tanto «pues se lo prometimos en el arenal cuando le alzamos por capitán general y justicia mayor», explica Díaz del Castillo; luego lo de sus capitanes, y por último lo de los soldados. Con su intenso brillo, el oro había debilitado la memoria de sus hombres, mas ahora don Hernando recordábales el hecho, y lo probaba con acta ante escribano. A continuación habló Malinche de los muchos gastos hechos de su peculio para armar la expedición en Santiago, y mandó separar del tesoro

cierta cantidad para cubrirlos. Acto seguido mencionó los barcos destruidos junto a los arenales, algunos propiedad de Diego Velázquez, y como no era cosa de afectar el patrimonio del gobernador en su ausencia, y el hecho se consumió por decisión de todos, mandó sacar otra parte para cubrir ese renglón. Los soldados estaban a punto de arrojarse sobre lo poco que quedaba, mas Cortés, imperturbable, no terminaba todavía: estaban aún pendientes los gastos con motivo del viaje de Montejo y Portocarrero a Castilla, procuradores representantes de todos, no de él solamente, y tampoco sería justo dejar en el olvido a los españoles de la Villa Rica. Los infelices soldados no podían más; el tesoro se agotaba por arte de magia, mas Cortés no perdía el paso y continuaba con el reparto: ahora recordaba el caballo que perdió, y la yegua de Juan Sedeño, muerta de una cuchillada en la guerra con los de Tlaxcala. No sería equitativo para un soldado tan fiel como Juan Sedeño quedar sin su yegua y sin la paga. Y menos aún que los clérigos Olmedo y Díaz, y los capitanes, y los de a caballo, y los ballesteros y escopeteros se llevaran una paga, como los soldados de a pie, sino por lo menos dos. Dar a todos por igual no es justo, pues se comete injusticia con los más aptos y esforzados. Justo es dar a cada quién según sus merecimientos: *suum quique tribuendi* —lo suyo a cada quién—, enseñaren los juristas de Roma. Cortés habíalo aprendido en sus días de Salamanca, y no lo olvidaba.

A los soldados, por supuesto, importábales menos que un rábano la sabiduría legalista de su jefe, sobre todo cuando del tesoro deslumbrante quedóles... ¡cien pesos para cada uno! migaja que algunos admitieron con humor de perros y otros se negaron a tomar. El desencanto no pasó a mayores, «pues en aquel tiempo no podíamos hacer otra cosa sino callar, porque demandar justicia sobre ello era por demás», apuntó Bernal, a quien, como de a pie que era, le tocó bailar con la más fea. Mas de haber dejado la situación en ese punto Cortés no sería Cortés. Más tarde mandó llamar a los descontentos, y «con palabras melifluas» les dijo que cuanto él tenía era para ellos; que quien quisiese algo se lo daría; que el oro repartido era pequeñez comparado con el que había en las ciudades y las minas, pronto al alcance de todos, y al fin satisfizo a los sencillos con promesas, y a los ladinos con joyas y tejuelos. Al conducirse de esa forma se propondría evitar el efecto desmoralizador de la riqueza. No era cosa de permitir que las almas peligraran en juegos de naipes, reyertas y otros excesos. Cortés sabía, por su madre, que nadie como los pobres van al reino de los cielos.

Zanjada con éxito la cuestión crematística volvió Malinche a otra de sus

graves preocupaciones: la conversión de los indios a la fe verdadera, para lo cual dióle pie Moctezuma al rogarle aceptar una hija suya por mujer, muy hermosa según él, aunque Cortés, al tanto de que los cuervos miran a sus polluelos como aves del paraíso, pusiera en cuarentena los encantos de la presunta beldad. El hombre se inclinó reverentemente, agradeció la singular merced del Uei Tlatoani, y curándose en salud le dijo que, por ser casado, se conformaría con que la doncella abrazara la fe de Cristo. Mas como por otro lado el rey o Tlacatecutli continuaba honrando a sus dioses, y la religión cristiana veíase circunscrita al recinto del cuartel castellano, Cortés aprovechó la coyuntura para pedirle no sacrificar más, ni honrar a sus ídolos en otras formas. Habitudo a sus exhortaciones había terminado Moctezuma por oírlas sin escándalo, mas ese día, al atreverse Malinche a pedir su venia para retirar de los adoratorios a los ídolos, y «sustituirlos por la imagen de Nuestra Señora y una cruz», airado respondió: «Malinche ¡cómo nos quieres echar a perder esta ciudad! ¡Nuestros dioses están encolerizados con nosotros, y aun vuestras vidas no sé en qué pararán!»

Provocadora resultaba la conducta del extremeño en punto a religión, sobre todo de enjuiciarla en perspectiva actual, mas no olvidemos que Cortés era hombre del siglo XVI, español por añadidura, y como todos, o casi todos ellos, mitad monje y mitad soldado. A nuestra sensibilidad puede resultar discutible la dimensión espiritual de la Conquista, mas no a la de su tiempo, a la del Malinche en primer lugar. La enloquecida búsqueda del oro no afectaba el sentido espiritual de empresa tan esforzadamente compartida, y lo que hoy parece mezcla imposible: aurofilia y catequesis, convergía en el español del siglo XVI. No sólo en éste, sino en muchos otros aspectos, el Renacimiento fue amalgama de contrarios. De no llevar en el alma más pasión que la aurofilia ¿habría sido Cortés tan torpe para provocar una guerra santa en la comprometedora trampa de México-Tenochtitlan, en obvio perjuicio de sus intereses crematísticos? Obtendría cuanto quisiera con solo pedirlo, lo sabía bien. Todo, con excepción de la renuncia al culto de los dioses ancestrales.

En ese contexto podremos entender la destrucción de los ídolos de gran teocalli, el día en que Cortés hundió sus naves por sexta vez. ¿Entendió al fin Hernando que no había manera de cegar la zanja de la religión? Es posible que enfebrecido por el celo religioso perdiera los estribos y tomara el camino de la acción directa. Para reconstruir aquellos hechos acudamos a su relato en la *Segunda Carta de Relación*: Primero describe los adoratorios, o *mezquitas* como

él dice: «Entre estas mezquitas hay una que es la principal, que no hay lengua humana que sepa explicar la grandeza de ella, que es todo cercado de muro muy alto, se podría muy bien hacer una villa de quinientos vecinos; tiene dentro de este circuito, todo a la redonda, muy gentiles aposentos en que hay muy grandes salas y corredores donde se aposentan los religiosos que allí están. Hay bien cuarenta torres muy altas y bien obradas, que la mayor tiene cincuenta escalones para subir al cuerpo de la torre: la más principal es más alta que la torre de la iglesia mayor de Sevilla... Hay tres salas dentro de esta gran mezquita donde están los príncipes ídolos, de maravillosa grandeza y altura y de muchas labores y figuras esculpidas así en la cantería como en el maderamiento, y dentro de estas salas están otras capillas que las puertas por do entran a ellas son muy pequeñas, y asimismo no tienen claridad alguna, y allí no están sino aquellos religiosos, y no todos, y dentro de éstas están los bultos y figuras de los ídolos, aunque, como he dicho, de fuera hay también muchos. Los más principales de estos ídolos, y en quien ellos más fe y creencia tenían, derroqué de sus sillas y los hice echar por las escaleras abajo, e hice limpiar aquellas capillas donde los tenían, porque todas estaban llenas de sangre que sacrifican, y puse en ellas imágenes de Nuestra Señora y de otros santos, que no poco el dicho Moctezuma y los naturales sintieron; los cuales primero me dijeron que no lo hiciese, porque si se sabía por las comunidades se levantarían contra mí, porque tenían que aquellos ídolos les daban todos los bienes temporales, y que dejándolos maltratar se enojarían y no les darían nada, y les sacarían los frutos de la tierra y moriría la gente de hambre. Yo les hice entender con las lenguas cuán engañados estaban de tener su esperanza en aquellos ídolos, que eran hechos de sus manos, de cosas no limpias, y que habían de saber que había un solo Dios, universal Señor de todos, el cual había creado el cielo y la tierra...» etc. etc.

Llama en primer lugar la atención que tan prolijo como era Cortés para describir cuanto hacía y veía, dedique sólo dos líneas a la destrucción de los ídolos y la conversión del recinto en capilla cristiana, y poco más a la reacción indígena ante la sacrilega provocación. ¿Por qué tal parquedad? Y más todavía: ¿por qué Bernal Díaz no consigna el hecho, y aún tácitamente niega su existencia? Como es difícil encontrar respuesta satisfactoria, bástenos plantear interrogantes y reproducir algunos textos fundamentales. Bernal, por ejemplo, cuenta cómo una vez que Moctezuma dijo: «Oh, Malinche, ¡cómo nos queréis echar a perder a toda esta ciudad! Porque estaban muy enojados nuestros dioses contra nosotros, y aún de vuestras vidas no sé en que pararán», Cortés le indicó

mediante un ademán su deseo de hablar con él privadamente, «y desde que salieron de la sala dijo a Moctezuma que porque no saliese de allí aquello y se hiciese alboroto, ni los *papas* lo tuviesen a mal derrocarlo sus ídolos, *que él trataría con los mismos nuestros capitanes que no se hiciese tal cosa* con tal de que en un apartamento del gran *cu* hiciesen un altar para poner la imagen de Nuestra Señora y una cruz, y que el tiempo andando verían cuán buenos y provechosos eran para sus ánimas y para darles salud y buenas sementeras y prosperidades».

Según esto, la instalación del altar cristiano en el teocalli resultó de negociaciones entre Cortés y Moctezuma, a espaldas de los capitanes. Sólo que en su carta al emperador muy claramente dice Cortés haber derrocado a los ídolos «de sus sillas, y los hice echar por la escalera abajo, e hice limpiar aquellas capillas donde los tenían, porque todas estaban llenas de sangre que sacrifican, y puse en ellas imágenes de Nuestra Señora y de otros santos». ¿Mentía? Podríamos asegurarlo de no contar con la versión de otro testigo, publicada en 1858 por don Joaquín García Icazbalceta. En ésta cuenta el conquistador Andrés de Tapia que un día acompañó a Cortés a visitar el teocalli, y de pronto díjole su jefe: «Subid a esa torre y mirad que hay en ella», si bien, por lo que se colige del relato, don Hernando cambió de opinión y «como pasatiempo», con ocho o diez españoles, siguió al soldado. El sagrado lugar se hallaba a oscuras, y al correr la manta o cortina sobre la entrada se encontraron los intrusos en un recinto de piedra con figuras caprichosas, ídolos en pedestales, «e en la boca de éstos, e por el cuerpo, a partes tenían mucha sangre de gordor de dos o tres dedos; e descubrió Cortés los ídolos de pedrería e miró por allí lo que se pudo ver, e sospiró, habiéndose puesto algo triste, e dijo, que todos los oímos: ¡Oh Dios! ¿Por qué consientes que tan grandemente el diablo sea honrado en esta tierra?»

Dice Tapia que acto seguido hizo Cortés llamar a sus lenguas o farautes, y mediante ellos habló a los sacerdotes como sigue: «Dios, que hizo el cielo y la tierra os hizo a vosotros y a nosotros e a todos, e crió lo con qué nos mantenemos, e si fuéremos buenos nos llevará al cielo, e si no, iremos al infierno, como más largamente os diré cuando más nos entendamos; e yo quiero que aquí donde tenéis estos ídolos esté la imagen de Dios y de Su madre bendita, e traed agua para lavar estas paredes, e quitaremos de aquí todo esto». Al oír esas palabras rieron los sacerdotes, «como que no fuera posible hacerse», y finalmente dijeron: «No solamente esta ciudad, pero toda la tierra junta tienen a

éstos por sus dioses, y aquí está esto por Uichilobos, cuyos somos; e toda la gente no tiene en nada a sus padres e madres e hijos, en comparación déste, e determinarán de morir; e cata que de verte subir aquí se han puesto todos en armas y quieren morir por sus dioses». Mas apenas terminaron de hablar, dice Tapia, mandó Cortés llamar a treinta o cuarenta castellanos y volviéndose a los sacerdotes dijo: «Mucho me holgaré yo de pelear por mi Dios contra vuestros dioses, que son nonada». Acto continuo, encolerizado y sin pestañear, echó mano de una barra de hierro «e comenzó a dar en los ídolos de pedrería; e yo prometo mi fe de gentilhombre, e juro por Dios que es verdad que me parece agora que el marqués saltaba sobrenatural, e se abalanzaba tomando la barra por en medio a dar en lo más alto de los ojos del ídolo, e así le quitó las máscaras de oro con la barra, diciendo: “A algo nos hemos de poner por Dios”».

Es ciertamente un episodio espeluznante, bastante más «momento culminante de la conquista», como quiere Madariaga, que «medida imprudente», como dice Pereyra. Consumado el atentado, para colmo cuando Velázquez de León había partido con cien hombres a fundar Coatzacoalcos, y Rangel, con otros efectivos, para Chinantla, la situación de Cortés era tan peligrosa como angustiosa la posición de Moctezuma. De momento plantada la cruz en el gran *cu*, y allí también la imagen de Nuestra Señora, ante la cual dijo misa el padre Olmedo, principaron los sacerdotes a propalar la irritación de los dioses y el desamparo en que todos quedarían de no retirarse del templo los signos cristianos y castigarse a los autores del despropósito. Según ellos, Huitzilopochtli y Tezcatlipoca se hallaban dispuestos a marcharse de donde tan maltratados eran. «Y les dijo el ídolo, escribió Bernal, que mirasen que todo el oro que solían tener para honrarles lo habíamos deshecho y hecho ladrillos, y que mirasen que nos íbamos señoreando de la tierra y que teníamos presos a cinco grandes caciques, y les dijeron otras maldades para atraerlos a darnos guerra».

«Momento culminante de la Conquista», o «imprudente decisión», como se quiera, la violenta acción de Cortés aparejaba las consecuencias de esperarse, y Moctezuma, cogido entre su fatalismo y la insurrección creciente de pueblo y sacerdotes optó por una salida desesperada: llamó a Cortés, y mediante los farautes le dijo: «Oh, señor Malinche y señores capitanes: cuánto me pesa de la respuesta y mando que nuestros dioses han dado a nuestros sacerdotes, y a mí, y a todos mis capitanes, y es que os demos guerra y os matemos y os hagamos ir por la mar adelante lo que he colegido de ello, y me parece, que antes que

comiencen la guerra que luego salgáis de esta ciudad y no quede ningún de vosotros aquí, y esto, señor Malinche, os digo que lo hagáis de todas maneras, que os conviene: si no, mataros han, y mirad que os van las vidas». Aunque acobardada, tímidamente, no se ocultaba a Cortés que el Uei Tlatoani volvía por sus fueros. Su situación, y la de los suyos, se complicaba peligrosamente.

Según Gomara, tres razones o causas explicaban el cambio de actitud del rey azteca: una, «el combate grande y continuo» de los suyos para que saliese de prisión, y juntos dieran fin a los españoles; otra —a la que Bernal alude en primer lugar—, el enojo y consejo de sus dioses (el diablo, dice el biógrafo) para que los echasen, pues de lo contrario ellos les abandonarían, y la última, «que como los hombres son mudables, y nunca permanecen en un ser y voluntad, así Moctezuma se arrepintió de lo que había hecho, y sentía la presión de Cacamatzin, al que algún tiempo quiso mucho». Don Salvador de Madariaga, al fin escritor de hoy, proporciona respuesta más convincente sobre el cambio en la conducta del Uei Tlatoani, quien en corto lapso pasaba de la sumisión total a la nada velada amenaza. ¿Qué pasaba pues? Nada en el orden material, nada en lo militar, nada en lo económico: «Lo único que había ocurrido era que Cortés había dado un golpe de barra de hierro en la frente enmascarada de Huitzilopochtli, y aquellos hombres, que hasta entonces les habían dado su oro y sus hijas, su territorio y su Estado, declararon la guerra en cuanto se sintieron amenazados por sus dioses». Correcto análisis y exacto diagnóstico. Sería interesante averiguar cómo explican el episodio los adeptos del materialismo histórico, pues alguna versión tendrán. En el marxismo hay respuesta para todo. Recientemente leí cómo un antropólogo de esa cofradía justificaba los sacrificios humanos entre los aztecas... ¡por la simple urgencia biológica de completar su dieta! O sea que el más importante de los actos rituales del mundo mágico de los antiguos mexicas se reduce a un simple problema de alimentación deficitaria.

Pero en fin, esa cuestión aparte, al tanto de los riesgos era natural que decidiera Cortés ganar tiempo. Agradeció al Tlatoani sus consejos y convino en partir, mas adujo también la destrucción de sus naves como obstáculo para marcharse sin antes contar con otras, argumento de que se valió para pedir el auxilio de carpinteros indios para construirlas. Mas aun así no partiría solo: Moctezuma le acompañaría en el viaje. Y éste quedó «muy más triste que antes», dice Bernal. Claro. No contaba con el privilegio de conocer Castilla, y ser el primer; «mexican curios» de nuestra historia. Hombre de mil astucias, Cortés daba con la estratagema precisa en el minuto exacto. De momento partieron

Martín López y los carpinteros encargados de construir los barcos. Y Moctezuma se comprometió a respetar la tregua, y a que sus sacerdotes la observaran.

Siguieron días de grandes cuidados, vigilantes los soldados con sus armas a punto, las noches en guardia y ensillados los caballos. Se temía el asalto cada hora, cada instante. La tenencia material de Moctezuma era la única seguridad para salir vivos de México-Tenochtitlan, aunque esa garantía fuese más pobre cada amanecer. El ataque por sorpresa era el diario imponderable, y Bernal quedó tan hecho a la zozobra que aún conquistada y en paz la Nueva España tenía por costumbre dormir en el suelo con la ropa puesta. «Y otra cosa digo: que no puedo dormir sino un rato en la noche, y me tengo que levantar a ver el cielo y las estrellas, y me he de pasear un rato al sereno, y esto sin poner en la cabeza cosa alguna de bonete ni paño, y gracias a Dios no me hace mal por la costumbre que tenía». Era el precio que el pobre hombre pagó por andar en tantas aventuras. Para los pedantes de nuestro tiempo, el soldado Bernal Díaz del Castillo padecía deformación profesional.

2. Muchas vidas penden de un hilo.

Dos semanas corrieron a partir del día en que Martín López y sus carpinteros indios tomaron el camino de la Villa Rica. Resuelta al parecer la retirada, nadie barruntaba la tormenta próxima. De pronto, según Fernández de Oviedo, llegaron al palacio de Cortés ciertos vasallos de Moctezuma, «de los que en la costa del mar del norte viven», con la noticia de haber aportado allí dieciocho navíos. Pero ¿qué significaba aquello? Para averiguarlo envió Cortés a un par de mensajeros, y otros más a los pocos días. Agrega Oviedo que al no volver ninguno de ellos Cortés «estuvo no poco espantado», y su inquietud se prolongó hasta que un mes más tarde, por otros indios, averiguó Malinche que de los barcos aquellos bajaron al arenal ochocientos hombres, ochenta caballos y diez o doce tiros de fuego, todo lo cual se hizo constar en un ayate ya en poder de Moctezuma. Y fue en busca del Tlatoani, y éste le mostró el ayate. En él aparecían los «teocallis flotantes», y de ellos bajaban a tierra hombres blancos y caballos.

El Uei Tlatoani le miraba fijamente, sin contraer un músculo. Pero otra vez ¿qué diablos significaba aquello? De haber tenido a su alcance una barra de hierro, Malinche haría saltar en pedazos esa máscara, como deshizo la de

Huitzilopochtli. Testigo de cumbres nevadas en tierra caliente, de magníficas ciudades y tesoros deslumbradores, de hombres con el pecho abierto y santuarios con los muros manchados de sangre, Cortés había olvidado que en Cuba vivía y gobernaba un señor de nombre Diego Velázquez. Pero en ese momento, frente al ayate y el rostro congelado de Moctezuma, lo recordaba exactamente: era un tipo bajito, panzudo, vociferante. Ahora mismo juraría por todos los demonios del infierno no descansar hasta llevarlo a la horca. De ser suyos los barcos fondeados en San Juan de Ulúa, y sus servidores los soldados aquellos, nadie, ni él mismo, daría tres maravedís por su cabeza.

Y sí, en efecto, los recién llegados eran gente de Velázquez al mando de Pánfilo de Narváez, natural de Valladolid, en Castilla la Vieja, hombre de experiencia en cosas de las Indias y ahora lugarteniente del gobernador de Cuba. A esas alturas, según Bernal, se entendían ya el vallisoletano y Moctezuma, quien había provisto a los nuevos téules con alimentos, oro y ropa, a cambio de los cuales hacía llegar Narváez «muchas y malas palabras y descomedimientos contra Cortés y todos nosotros», entre otras «que éramos gentes malas, ladrones que veníamos huyendo de Castilla sin licencia de nuestro rey y señor, y que, como el rey nuestro señor tuvo noticia que estábamos en estas tierras, y de los males y robos que hacíamos, y teníamos preso a Moctezuma, y para estorbar tantos daños que le mandó a Narváez que luego viniese con todas aquellas naos y soldados y caballos para que le suelten de las prisiones, y que a Cortés y a todos nosotros, como malos, nos prendiesen o matasen y en las mismas naos nos enviase a Castilla». El relato de Bernal explica por qué el Uei Tlatoani se mostraba tan sereno y confiado aquella mañana. Ya no cabrían pretextos, ni sería preciso esperar la construcción de los nuevos barcos: «Pues vienen vuestros hermanos —dijo Moctezuma—, podréis ir todos a Castilla y no habrá más palabras». Todos se holgaban con la novedad: los españoles por encontrar el modo de volver a Cuba sanos y salvos, y Moctezuma por liberarse de sus indeseados huéspedes. Todos se holgaban, menos Cortés por supuesto.

Según López de Gomara, a punto de partir Narváez se presentó en Santiago el licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, oidor de Santo Domingo, con la embajada de que Velázquez desistiera de la expedición, «pues sería causa de muchas muertes, guerras civiles y otros muchos males entre españoles, y se perdería México con todo lo demás que estaba pacificado y ganado para el rey», mas como el obstinado gobernador no hiciera aprecio del requerimiento, para conjurar los males que avizoraban los frailes jerónimos de la Audiencia, don

Lucas se hizo a la vela, con la expedición, al comenzar el mes de marzo de 1520.

Tan pronto como desembarcaron en las proximidades de San Juan de Ulúa mandó Narváez fundar una villa, y a continuación principió a entenderse con los naturales. Luego, con mensajeros de Cempoala, envió a Moctezuma explicaciones a las que más tarde aludiremos, y por último, mediante el clérigo Juan Ruiz de Guevara y el capitán Alonso de Vergara requirió al jefe de la guarnición de la Villa Rica que le tuviese por capitán general y gobernador. En esas gestiones se ocupaba Pánfilo cuando en su real aparecieron dos españoles —aquellos a quienes Cortés mandó en busca de informes—, y como les diera de comer y beber abundantemente los truhanes mudaron de bandera. Uno decía: «Mirad si es mejor estar aquí, bebiendo buen vino, que no cautivo en poder de Cortés, que nos traía de noche y de día tan avasallados que no osábamos hablar, y aguardando de un día al otro la muerte en el ojo», en tanto que el otro, seguramente más borracho, vociferaba: «¡Oh Narváez, Narváez, que bienaventurado eres, y qué a tiempo has venido! Que tiene ese traidor de Cortés allegados más de setecientos mil pesos de oro, y todos los soldados están muy mal con él porque les ha tomado mucha parte de lo que les cabía del oro, y no lo quieren recibir lo que les dá». Bueno sería el vino, como decía el soldado, o malo, como es de suponerse, mas calidad aparte, el vino es y será infalible soltador de lenguas.

Mediante sus farautes mandó Pánfilo decir a los pueblos comarcanos que estaban engañados; que ellos, los recién llegados, eran los verdaderos señores, no Cortés y los suyos, hombres malos y apenas sus criados; que por esa maldad llegaba él a castigarlos o matarlos para dejarlos libres, hecho lo cual se marcharía. A Moctezuma hizo saber que Malinche estaba en México-Tenochtitlan contra la voluntad de su rey; que se cuidara de él, por ser bandolero, codicioso y estar dispuesto a quedarse con su reino; y a Gonzalo de Sandoval, como se dijo, que le diera obediencia y entregara la gobernación de la Villa Rica. La escandalosa conducta de Narváez justificaba tan sobradamente los temores de la Audiencia de Santo Domingo que el licenciado Vázquez de Ayllón quiso hacer valer su investidura; ordenó «que no dijese aquello ni fuese a México —dice Gomara—; que sería grandísimo escándalo y desasosiego para los españoles, deservicio del emperador y estorbo del bautismo», pero Pánfilo no estaba para sermones, y sin pensarlo dos veces mandó reembarcar a don Lucas y su acompañante, el secretario de la Audiencia, quienes en forma poco airosa tuvieron que volver a Cuba. La historia se repetía. Ahora el lugarteniente de

Velázquez, pasaba sobre la autoridad de la Audiencia mediante un golpe semejante al de Cortés al sacudirse la dependencia del gobernador de Cuba. En rigor, bien lo sabemos, pocas cosas nuevas hay bajo el sol.

En la Villa Rica por otro lado, al ver Gonzalo de Sandoval que llegaban Ruiz de Guevara y Vergara con dos soldados y el escribano, calibró los tamaños del presunto «gobernador» y actuó en consecuencia: primero les recibió ceremoniosamente, y aun se avino a parlamentar, mas en cuanto Guevara llamó traidor a Cortés, y requirió sometimiento a la autoridad de Narváez, el alguacil cortó por lo sano: «Señor padre, le dijo, muy mal habláis al decir esas palabras de traidores; aquí somos servidores de Su Majestad, que no Diego Velázquez, y porque sois clérigo no os castigo conforme a vuestra mala crianza. Andad con Dios a México, que allá está Cortés, que es capitán general y justicia mayor de esta Nueva España, y él os responderá; aquí no tenéis más qué hablar». Ante la negativa pretendió el clérigo que se leyesen las provisiones de Velázquez, mas Sandoval amenazó al escribano con cien azotes de llegar a intentarlo. Aún así el clérigo, que era muy soberbio según Bernal, increpó al infeliz notario: «Pero ¿qué hacéis con estos traidores? ¡Sacad esas provisiones y noticádselas! Y como Sandoval oyó aquella palabra le dijo que mentía como ruin clérigo, y luego mandó a sus soldados que los llevasen presos a México». Los emisarios de Narváez no osaron resistir, y en cuestión de minutos, «en *hamaquillas* de redes, como ánimas pecadoras», cuenta el soldado cronista, emprendieron la marcha.

Mientras esa cuestión se ventilaba en la Villa Rica, en el palacio de Axayácatl Cortés, aunque sin saber aún quienes eran los inoportunos visitantes, pero fiel a la táctica de salir al encuentro de los acontecimientos en vez de sentarse a esperarlos, mandó al padre Olmedo con cartas para su jefe. Ciertamente ignoraba el motivo de su llegada, pero a sus ojos sólo cabían tres posibilidades: una, que hubiesen desembarcado y estuviesen allí por mandato del emperador, para quedarse y poblar; otra, que llegasen no por cuenta de Su Majestad sino de terceros (en el concepto de *terceros* cabía por supuesto el nombre de Diego Velázquez); y la última, que los forasteros no fuesen vasallos de la corona de Castilla. En el primero habrían de exhibir la correspondiente cédula o mandato real, y en los dos últimos estaba dispuesto a auxiliarles, de haber sufrido algún percance o padecer necesidades, a condición de marcharse en seguida. De no ser así, escribió al emperador Carlos, «les requería de parte de Vuestra Majestad que luego se fuesen de sus tierras y no saltasen en ellas, con apercibimiento de que si así no lo hiciesen iría contra ellos, con todo el poder

que yo tuviese, así de españoles como de naturales de esta tierra, y los prendería y mataría como extranjeros que se querían entrometer en los reinos y señoríos de mi rey y señor». Como hombre de leyes y notario público, antes de adoptar medidas drásticas procedía a definir la condición jurídica de los nuevos argonautas.

Apenas en camino fray Bartolomé de Olmedo llegaron al palacio de Axayácatl los españoles de la Villa Rica con las «hamaquillas de redes» descritas por Bernal, y en ellas Ruiz de Guevara y sus compañeros, de quienes finalmente Cortés supo cuál era el objeto de la expedición y quién su jefe, Pánfilo de Narváez, antiguo conocido suyo y ahora lugarteniente del gobernador de Cuba. También por ellos se enteró de las nacientes pugnas en el nuevo real español, pues, le dijeron, ya se daban diferencias entre el capitán y sus seguidores, visto lo cual nuestro hombre llenó de halagos y «untó la mano» al fraile y sus compañeros, consiguiendo que «de muy bravosos leones se volviesen muy mansos», y para terminar les pidió llevar a Narváez y a sus capitanes cartas y dádivas suficientes para «quebrantar peñas», dice Bernal. En tales misivas, dijo más tarde al emperador, pedía que Narváez no enviase a México «sobornadores y cartas de inducimiento a las personas que yo tenía en mi compañía» (supondría tener patentado el sistema); que no se levantasen en su contra, «como si fuésemos los unos infieles y los otros cristianos, o los unos vasallos de Vuestra Alteza y los otros sus deservidores», y para terminar preguntaba a qué llegaba, pues de ser portador de mandatos reales se sometería a cuanto las provisiones mandasen. Mientras, él quedaría en México-Tenochtitlan al cuidado del monarca preso y del tesoro recaudado, propiedad en parte de su rey y en parte de él, de sus hombres y de la ciudad misma, cuyo dominio significaba tanto «que perdida aquella era perdida toda la tierra» Ese día recibió Cortés noticias aún más inquietantes, pues por un español de la Villa Rica supo que por el rumbo de Cempoala andaban los indios alzados en favor de Narváez, quien daba seguridades de vencer a los de México con su mucha gente, caballos y armamento. Por aquellos pagos se gritaba ya «Viva quien vence» dice Cortés, precursor del mexicanísimo «¡Viva el que gane!» de tiempos por venir. Sólo que si en la costa andaban revueltos los indios más serio era el problema en el palacio de Axayácatl, pues aparte de entenderse con los nuevos téules bajo cuerda, el Uei Tlatoani se hallaba sumido en un mar de confusiones, la primera y más importante averiguar si aquéllos, y no quienes le tenían preso, eran los verdaderos seguidores de Quetzalcóatl. No unos y otros, pues sabía que los de la

costa llamaban traidores y ladrones a sus actuales carceleros, y que Malinche se disponía a bajar a los arenales para combatirlos. Todavía más confundía a Moctezuma que unos y otros se dijese vasallos del mismo emperador, que en sus reales pusieran imágenes y cruces, y en sus altares dejaran misas sus *papas*. ¿Entonces?

En vísperas de partir Cortés se propuso el Tlatoani resolver esas dudas: «Señor Malinche, le dijo, a todos vuestros capitanes y soldados os veo andar desasogados... Orteguilla, el paje, me dice que queréis ir sobre esos vuestros hermanos que vienen en los navíos, y queréis dejar aquí en mi guarda al Tonatio (Tonatiuh, Pedro de Alvarado)... Señor Malinche, no querría que os viniese algún demán, porque vos tenéis muy pocos téules y esos que vienen son cinco veces más, y ellos dicen que son cristianos como vosotros y criados de ese vuestro emperador, y tienen imágenes, y ponen cruces y dicen misas, y dicen y poblican que sois gente que venisteis huyendo de vuestro rey, y que os vienen a prender y matar; yo no os entiendo, por eso mirad lo que hacéis».

No era fácil responder, mas así y todo Cortés tomó el toro por los cuernos y explicó que si bien unos y otros eran vasallos y criados del mismo gran señor, y todos fieles del mismo Dios único, y de su santa religión, en los dilatados reinos y señoríos de su emperador había buenos y malos frutos como en cualquier huerto, hombres esforzados y cobardes, unos como ellos, castellanos, y otros, como el capitán Narváez y los suyos, vizcaínos «que hablan como los otomíes», incapaces de medirse con los de Castilla, como lo vería en cuanto fuese sobre ellos y los redujera. Otra página digna de la picaresca. Gracias a Cortés conocía el Uei Tlatoani las hondas divergencias regionales de la vieja España, tan semejantes a las de su propia tierra: un azteca era, para un otomí, lo que un castellano para un vizcaíno. Ahora Moctezuma lo comprendía todo. Ese Malinche era capaz de darse a entender hasta de las piedras.

De México-Tenochtitlan salió el extremeño el 4 de mayo de 1520, con 70 o 100 soldados escogidos entre los más fieles, algunos caballos y un séquito de indios de servicio. En la ciudad y con el resto del ejército —sobre 200 soldados más— quedaba Alvarado para mantener el orden y cuidar a Moctezuma, de quien Malinche se despidió con «muchos razonamientos», entre otros no olvidar que era vasallo de Su Majestad y recibiría mercedes por los servicios que le prestara. Al pasar por Cholula se unieron a sus huestes Velázquez de León, con sus españoles de Coatzacoalco, y Rodrigo Rangel con los de Chinantla. Camino adelante topóse con el padre Olmedo, de quien supo que Narváez le conminaba a

presentarse en su real y someterse a las provisiones reales que traía consigo. Aterrado veíase el fraile, pues en su presencia Panfilo formó a su gente, hizo alarde, disparó la artillería de sus navíos, y terminó por decirle: «Mirad cómo os podréis defender si no hacéis lo que quisiéramos». También en el campo de Narváez se enteró Olmedo de que Panfilo mandó decir a Moctezuma que en cuanto apresara y castigara a Cortés se marcharía con sus hombres para siempre. Estas últimas eran noticias graves, precursoras de irreparables desastres, y nuestro hombre apresuró el paso. A quince leguas de Cempoala recibió a tres emisarios de Narváez entre ellos a su antiguo socio Andrés de Duero, portadores de una carta en la que Pánfilo, contestando la suya, pretendía le reconociera por capitán y le entregara la tierra, pues «de otra manera me sería hecho mucho daño —escribió Cortés al emperador—, porque el dicho Narváez traía gran poder y yo tenía poco, y además de la mucha gente española que traía que los más de los naturales eran en su favor; y que si yo le quisiese dar la tierra, que me daría de los navíos y mantenimiento que él traía, y me dejaría ir en ellos a mi y a los que conmigo quisiesen ir, con todo lo que quisiésemos llevar, sin nos poner impedimentos en cosa alguna».

Obviamente confiaba el lugarteniente de Velázquez en su mayor potencial bélico, mas el extremeño era mucha pieza para entregarse atado de pies y manos, y sin andarse con rodeos contestó que «no veía provisión de Vuestra Alteza por donde le debiese entregar la tierra, y que si alguna traía (Narváez) que la presentase ante mi y ante el cabildo de la Villa de la Vera Cruz, según orden y costumbre de España. Y que yo estaba presto a obedecer y cumplir, y que hasta tanto, por ningún interés ni partido haría lo que él decía; antes yo y los que conmigo estábamos moriríamos en defensa de la tierra, pues la habíamos ganado y tenido por Vuestra Majestad pacífica y segura, y por no ser traidores y desleales a nuestro rey». Una vez más hablaba el jurista y notario público: o Narváez mostraba las provisiones reales ante él y la autoridad municipal de la Villa Rica, «según orden y costumbre de España», en cuyo caso las acataría, o Pánfilo y los suyos se iban al demonio. Tan sencillo como eso.

Ciertamente no existía la menor posibilidad de avenimiento, y Cortés, fiel observante de la máxima según la cual quien pega primero pega dos veces, y de otra no menos sabia: que en la guerra y en el amor la sorpresa proporciona grandes venturas, resolvió dejar parlamentos a un lado y batir a su tozudo adversario. «Y visto que por ninguna vía yo podía excusar tan gran daño, y que los naturales de la tierra se alborotaban, escribió al emperador don Carlos,

encomendándome a Dios, y pospuesto todo temor del daño que se me podía seguir, considerando que morir en defensa de mi rey y por defender y amparar sus tierras y no las dejar usurpar a mí y a mi compañía nos seguiría harta gloria, dí mi mandamiento a Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor, para prender al dicho Narváez y a los que se llamaban alguaciles y regidores; al cual dí ochenta hombres, y le mandé que fuesen con él a los prender; y yo con otros ciento y setenta, que por todos éramos doscientos cincuenta hombres, sin tiro de pólvora ni caballo sino a pie, seguí al dicho alguacil mayor para lo ayudar si el dicho Narváez y los otros quisiesen resistir su prisión». Todo con estricto apego a la ley. A una ley cuyo autor era él mismo. Cortés, como don Benito Juárez trescientos años más tarde, resultaba más peligroso con la ley en la mano que con un escuadrón de escopeteros a su servicio.

A una legua de Cempoala, al lado de un riachuelo hicieron campo, y el extremeño arengó a sus hombres: hízoles recuento de penalidades y victorias; reiteró su fe en el respaldo de la Divina Providencia; acusó a Narváez de enviar a Moctezuma no palabras de sabio capitán sino de alborotador, pregonando la guerra contra ellos «no a ropa franca sino como si fuésemos moros», y reiteró el deber común de pelear en defensa de la vida y la honra, prometiendo a cuantos le fuesen fieles glorias y riquezas sin cuento. Para terminar se dirigió a Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor, y le dió mandamiento por escrito para prender a Pánfilo de Narváez, o para matarlo de oponer resistencia. Así convenía al servicio de Dios y Su Majestad. En adicional estímulo prometió tres mil pesos al primer soldado que echara mano de Narváez, dos mil al segundo, y mil al tercero. Poca cosa, apenas anticipo de grandes riquezas para todos.

A fin de no restar acometividad a su gente, ocultó Cortés sus embajadas y sobornos para ganar adeptos en el campo de Narváez; asignó objetivos a sus capitanes, y al tanto, según Bernal, de la superioridad del adversario, confió los resultados a la sorpresa. «Así pues, señores, pues nuestra vida y honra está después de Dios en vuestros esfuerzos y vigorosos brazos, no tengo más que pedir por merced que en esto comprometamos nuestras honras y famas para siempre jamás, y que más vale morir por buenos que vivir afrentados». Al cobijo de la lluviosa noche siguieron los soldados a su capitán. Para no confundirse con los de Pánfilo, cuyo santo y seña era «Santa María», el de Cortés y los suyos fue «Espíritu Santo», providencia razonable para evitar daños a españoles del mismo bando, habituados a distinguir al enemigo del primer golpe de vista.

Cerca de Cempoala sorprendieron a los escuchas de Narváez. Uno de ellos

consiguió desasirse y llegar al real dando voces de alarma, mas apenas se aprestaban sus compañeros a la defensa y ya tenían al enemigo encima: Pizarro se apoderó de los cañones en breve refriega; Sandoval subió al graderío del teocalli, aposento de Narváez y del cacique Gordo, y por otro de sus flancos subió Martín López —el mismo a quien Cortés encargó la construcción de las nuevas naves—, con hachones para incendiar la techumbre del adoratorio. Corta fue la batalla. Entre disparos, blasfemias, juramentos e invocaciones a santos y santas se oyó en lo alto del *cú* la queja dolorida de Narváez: «¡Santa María, váleme, que me han muerto y quebrado un ojo!». Bajo el humo espeso de la paja en llamas se oían también voces de los atacantes: «¡Victoria, victoria por Cortés, que muerto es Narváez!». Muerto no, pues Pánfilo gritaba todavía, pero sí tuerto para el resto de su vida, y levemente herido el cacique Gordo, imprudente comprador de pleitos ajenos. Paulatinamente se restablecía el orden. Mientras los velazquistas rendían las armas, los de Cortés brincaban, se abrazaban y vociferaban como poseídos: sólo dos de los suyos habían muerto, contra dieciséis del bando velazquista. «No tuvieron tiempo ni lugar de poner fuego a la artillería con la prisa que Cortés les dio —dice Gomara—, si no fue un tiro, con el que mataron a aquellos dos». Victoria tan fácil y definitiva no era de creerse, y sin embargo los vencedores no soñaban: su osado, taimado capitán tendría pacto con Dios... o con el diablo.

Hasta donde se atendía a Narváez de su grave herida llegó Cortés para darle un abrazo, y Pánfilo sin menoscabar compostura ni estimación de su persona, como buen castellano viejo, se inclinó y le dijo: «Señor capitán Cortés: tened en mucho esta victoria que de mí habéis, y en tener presa mi persona». Ningún sentido del humor tendría el vallisoletano, y menos cuando acababa de perder un ojo, pero así y todo Malinche no estaba para solemnidades. «Lo menos que he hecho en esta tierra es haberos vencido y prendido», respondió. Donde las dan las toman, pudo agregar cualquier testigo del corto diálogo entre los «echadores».

Eso aparte, Cortés valoraba correctamente la significación del hecho de armas consumado en la pascua del Espíritu Santo, tanto que un año más tarde, al dirigir al emperador su *Tercera Carta*, reconocía que de no haber tenido suerte en esa batalla de «hoy en veinte años no se tornaría a ganar la tierra que estaba ganada y pacificada». En la misma carta exaltaba Cortés los riesgos de haberse enfrentado tan desventajosamente a sus enemigos, pues la escaramuza se resolvió en la proporción de cuatro a uno, y sin vacilar atribuía la fortuna de sus

armas a los favores de su Dios propicio, «porque certifico a Vuestra Majestad que si Dios, misteriosamente, esto no proveyera, fuera el mayor daño que de mucho tiempo acá en españoles tanto por tanto se han hecho». Cortés empleaba la palabra exacta: '*misteriosamente*'. O sea que su despectiva respuesta al apaleado contrincante: que vencerlo apenas si figuraba entre las cosas de importancia hechas en esta tierra, era sólo *boutade*, gaya «echada» para consumo de la posteridad.

Con el esfuerzo de los soldados de Narváez, voluntaria o involuntariamente adictos a partir de la acción de Cempoala, los efectivos del pequeño ejército aumentaron de poco más de doscientos a más de mil hombres. De momento envió Cortés mensajeros a México-Tenochtitlan portadores de la buena nueva, y a Francisco de Lugo a la Villa Rica para inutilizar los navíos de Narváez y someter a sus tripulaciones. También en la Villa Rica quedaría preso Pánfilo, en tanto se decidía otra cosa. Ya no correría el riesgo de que los velazquistas volvieran a Cuba, y con auxilio del gobernador prepararan nuevos desquites. Nunca más optimista, el gran téul estaba lejos de suponer que la próxima tormenta nada tendría qué ver con Cuba y las maquinaciones de Velázquez: no adivinaba la borrasca, máxima prueba de su condición predestinada. *Predestinada* en su acepción exacta: resuelta de antemano.

Doce días más tarde, hallándose los castellanos a medio camino de México-Tenochtitlán, volvieron los mensajeros con la novedad de que los mexicas, alzados, cercaban los cuarteles castellanos: «Que los socorriese a mucha, mucha prisa», escribirá más tarde Cortés, pues de no hacerlo «además de los matar los indios, y perderse todo el oro, plata y joyas que en la tierra se habían habido, así de Vuestra Alteza como de los españoles y míos, y se perdía la mejor y más noble y mejor ciudad de todo lo nuevamente descubierto del mundo, y ella perdida, se perdía todo lo que estaba por ser cabeza de todo y a quien todos obedecían». La bomba de tiempo no podía fallar. Una vez puesto en marcha el mecanismo, reventaba la carga de odios acumulados.

Pero ¿qué había ocurrido mientras tanto en México-Tenochtitlan? Aún no lo sabía Cortés, si bien, posiblemente, lo barruntaba. Lleno de temores aceleró los asuntos pendientes y prosiguió la marcha, mas esta vez nadie le llevaba regalos ni le saludaba. «La tierra toda estaba alborotada y casi despoblada —escribió al emperador—, de lo que concebía mala sospecha, creyendo que los españoles que en dicha ciudad habían eran muertos». Mas no, aun no «eran muertos». De milagro, pero vivían. El día de San Juan Bautista volvió el gran téul, y al cruzar

las calles y calzadas de México-Tenochtitlan comprendió que la ciudad era otra, no la del día en que el Uei Tlatoani y sus nobles salieron a recibirle. Ahora nadie le esperaba. No estaban los que echaran guirnaldas sobre la cabeza de sus capitanes. Las calles estaban desiertas, y las casas clausuradas. Sólo acopio de piedras en las azoteas, y doble guardia en los adoratorios. Pero ¿qué había ocurrido en México-Tenochtitlan durante su ausencia? Algo muy serio sin duda. El viento mañanero de ese día de San Juan Bautista parecía envenenado, o cargado de lanzas tostadas, saetas y cuchillos de obsidiana.

3. Sangran al fin el día y la noche.

Episodio de gran relevancia en la historia mexicana, la matanza del Templo Mayor figura, al lado del tormento y muerte de Cuauhtémoc, entre los hechos más discutidos de la Conquista. Amañadamente discutidos por lo demás, dado que plantéase no como hecho, consumado en su contexto de tiempo y espacio, sino como «argumento» contra una de las dos sangres mexicanas. Respecto de lo ocurrido en el Templo Mayor, con motivo de la fiesta Toxcatl, literalmente fiesta de mayo, y como en el caso de Cholula, sigamos la versión de vencedores y de vencidos, a principiar con la de éstos últimos.

Como en México-Tenochtitlan quedara Pedro de Alvarado con sus españoles para mantener el orden y guardar a Moctezuma, nobles y sacerdotes pidieron su consentimiento para celebrar en honor de Huitzilopochtli la fiesta del 16 de mayo, Tóxcatl. Según su posterior declaración, Tonatiuh dio su venia para saber cómo era la fiesta y cómo honraban los mexicas al más importante de sus dioses, y en el patio del Templo Mayor, sobre un armazón de varas, comenzaron las mujeres a componer la figura del ídolo con masa de semillas de chilacayote. Formaron sus orejas con mosaicos de turquesas en figuras de serpiente, y sobre su cabeza colocaron el tocado mágico de plumas de colibrí. A manera de flecha de oro incrustada en piedras finas era la insignia de su nariz, y al cuello le pusieron aderezo de plumas de papagayo amarillo, envolviéndolo todo en un manto de huesos y calaveras pintadas, y su chalequillo con miembros humanos despedazados: cráneos, orejas, intestinos, corazones, tóraces, tetas, manos y pies. A la espalda su bandera color de sangre, y un pedernal de sacrificios como ornamento. Portaba el dios un escudo de bambú adornado con plumas de águila y cuatro flechas unidas por su mitad. Y los españoles estaban allí con sus armas

de guerra, viendo cómo molían las semillas y construían la figura del dios.

Por la mañana se colocaron las mujeres en fila, incensaron al dios, le hicieron ofrendas, y se alistaron para comenzar la fiesta. Todas se concentraron en el patio del templo, y al reunirse comenzaron a bailar y cantar la danza del culebreo, por delante los ayunadores: «Eran muy dignos de veneración aquellos que durante un año habían ayunado; se les temía, y por título propio y exclusivo tenían el de hermanos de Hutzilopochtli. Ellos iban al frente de los danzantes, guiando a los grandes capitanes, a los grandes valientes. Y mientras se baila y se canta, y los cantos se enlazan unos a otros, los españoles toman la determinación de matar a la gente. Y cerraron las salidas, y entraron al patio sagrado para matar. Inmediatamente cercan a los que bailan; se lanzan al lugar de los atabales; dieron un tajo al que estaba tañendo: le cortaron ambos brazos. Luego le decapitaron: lejos fue a caer su cabeza cercenada. Al momento todos acuchillean; alancean a la gente y le dan tajos; con las espadas los hieren. A algunos los acometieron por detrás; inmediatamente cayeron por tierra, dispersas, sus entrañas. A otros les desgarraron la cabeza; les rebanaron la cabeza; enteramente hecha trizas quedó su cabeza. Pero a otros les dieron tajos en los hombros: hechos grietas, desgarrados quedaron sus cuerpos. A aquellos hieren en los muslos, a éstos en las pantorrillas, a los demás allá en pleno abdomen.

Y todas las entrañas cayeron por tierra. Y había algunos que en vano corrían: iban arrastrando los intestinos y parecían enredarse los pies en ellos. Anhelosos de ponerse a salvo, no hallaban a dónde dirigirse... Y la sangre de los guerreros como si fuera agua corría: como agua que se ha encharcado, y el hedor de la sangre se alzaba al aire, y de las entrañas que parecían arrastrarse. Y de allí fueron los españoles por las casas, buscando, escudriñando, por si alguno hubiera conseguido ocultarse». Tal es la historia de la sarracina en las páginas del Códice Florentino. Descripción estupenda por lo demás, en la que destaca un hecho revelador: en el relato no se habla de los motivos. Según los informadores del Códice, en la fiesta de Tóxcatl mataron los castellanos sólo por darse ese gusto. Versión insostenible aun para los prosélitos de la Leyenda Negra.

En las *Relaciones* de Alva Ixtlixóchitl, por otro lado, se introduce alguna novedad, pues Alva carga la responsabilidad de los hechos sobre los aliados tlaxcaltecas al decir «que les levantaban los tlaxcaltecas, porque viendo que no habían ejecutado sus intenciones, ni habían robado cosa alguna a los mexicanos, andaban pensando cómo pudieran revolver a los españoles con los mexicanos para poder ellos robar. Y visto por Alvarado el aviso que los tlaxcaltecas le

habían dado, luego mandó armar toda su gente, y fueron al patio, entrando algunos españoles matando casi cuantos estaban en el patio, porque como estaban descuidados de tal rebate estaban sin armas, y por esta causa murieron muchos principales y otras muchas gentes que estaban en la fiesta».

No es menos interesante la hipótesis, planteada en el *Códice Ramírez*, según la cual, Cortés concertó la sarracina con Alvarado antes de salir de México al encuentro de Narváez. Conjetura apenas deslizada, es cierto, en ese documento del siglo XVI: «Y supo Cortés la causa del alboroto que fue la tiranía de Alvarado, y mostró pesarle mucho (aunque otros dicen) que él se lo dejó mandado antes que se fuese». En punto al hecho mismo no aporta mayores datos el *Códice Ramírez*, más sí acentúa el despojo de los muertos: «Pedro de Alvarado, habiendo dejado alguna gente con Moctezuma, de guarnición en las casas reales, dio con la demás sobre los pobres danzantes, y mató los más de ellos, y les despojó del tesoro que sobre sí traían, de lo cual se sintió tanto la ciudad que por poco no perecieran aquel día». Por lo demás las noticias hasta hoy conocidas originadas en informantes indígenas y testigos españoles, convergen en que la respuesta no se hizo esperar. «Sintió tanto la ciudad que por poco no perecieran aquél día», dice el *Códice Ramírez*, bastante menos acucioso que el de Florencia en punto a los hechos sangrientos.

En el *Códice Florentino*, en efecto, en cuanto se supo lo ocurrido en el templo comenzó la gritería: «Capitanes mexicanos, venid acá. ¡Que todos armados vengan: sus insignias, escudos, dardos! ¡Venid acá de prisa, corred: muertos son los capitanes, han muerto nuestros guerreros! ¡Han sido aniquilados, oh, capitanes mexicanos! Y se alzó el ulular de la gente. Y se agruparon los mexicanos con sus escudos y dardos. Y comenzó la batalla. Los españoles se acuartelaron; principiaron a flechar a los mexicanos; dispararon su cañones y arcabuces... y pusieron grillos a Moctezuma». Es, en lo esencial, cuanto sabemos de la reacción mexicana al volver Cortés con mil hombres más, los de Narváez, y un arma desconocida y estragadora: la viruela. Bernal atribuye su contagio a un negro enfermo, llegado de Cuba con los soldados de Pánfilo, «y harto negro fue para la Nueva España, que fue causa de que se pegase e hinchase toda la tierra de ella, de lo cual hubo gran mortandad, que según decían los indios jamás tal enfermedad tuvieron, y como no la conocían, lavábanse muchas veces y a esta causa murieron gran cantidad de ellos».

Veamos ahora la versión de los vencedores, consignada en el relato de

testigos como Bernal Díaz y Bernardino Vázquez de Tapia, pues lamentablemente Cortés acalla la matanza del Templo Mayor en su *Segunda Carta de Relación*, reduciéndose a decir que al llegar a él y los suyos se les recibió con tanta alegría «como si nuevamente les diésemos las vidas, que ya ellos estimaban perdidas», dejando también constancia de que nada turbó la tranquilidad ese día y esa noche. Pero claro, reclamó explicaciones, y al dárselas dijo Tonatiuh, según Bernal, que mediante la acción del Templo Mayor se propuso cegar en su cuna la revuelta preparada para liberar a Moctezuma, acabar con la guarnición española y destruir a los que salieron en busca de Narváez, si pretendían volver. «Y le tornó a decir Cortés —sigue Bernal— que a qué causa les fue a dar la guerra, estando bailando y haciendo sus fiestas», a lo que Alvarado contestó que muy ciertamente sabía «que en acabando las fiestas y bailes y sacrificios que hacían a su Uichilobos y Tezcatepuca que luego les habían de venir a dar guerra según el concierto que tenían entre ellos hecho; y todo lo demás que lo supo de un *papa* y de dos principales y de otros mexicanos». Todavía le recordó Cortés la sospechosa circunstancia de dar su consentimiento para celebrar la fiesta, punto en el que reconoció Tonatiuh haberlo hecho «para tomarles descuidados y porque temiesen y no viniesen a darle guerra; que por esto se adelantó a dar con ellos. Y después que de aquello oyó Cortés le dijo muy enojado que era muy mal hecho y gran desatino, y que plugiera a Dios que Moctezuma no se hubiera soltado, y que tal cosa no la oyeran sus oídos. Y así le dijo que no se habló más de ello». Que la actitud de Cortés rimaba con su conducta anterior y posterior justifica dar fe al relato de Bernal, aun a sabiendas de que el soldado andaba en campaña y no fue testigo ocular de los hechos.

En cambio Bernardino Vázquez de Tapia sí, pues permaneció en Tenochtitlan al bajar sus compañeros a Cempoala, si bien su historia es tan poco digna de crédito como la que nos dejó sobre la matanza de Cholula. Para descartar cualquier posibilidad de confiar en sus palabras hasta comprobar que en su *Relación de Méritos y Servicios*, escrita en 1544, la versión del Tóxcatl difiere en absoluto de sus declaraciones en los juicios de residencia a Cortés y Pedro de Alvarado, veinte años antes. Si en aquella se redujo a decir «que estando el Marqués (o sea Cortés) en la costa del mar, en contienda con el dicho Narváez, se alzó la ciudad y todos los de la comarca vinieron sobre nosotros y nos dieron muy cruel guerra, en la que mataron algunos españoles e hirieron a todos los demás que estábamos, y nos tuvieron cercados muchos días en mucho

trabajo y peligro», o sea, en sustancia, la misma explicación que según Bernal dio Alvarado a Cortés, al deponer en 1524 declaró que mientras los aztecas celebraban su Tóxcatl presentóse Alvarado «e comenzó a matallos él y los que con él ivan, por lo que a él se le antojó, e que de aquella vez murieron cuatrocientos personajes principales, lo cual este testigo vido e se halló en ello por que no pudo fazer otra cosa por ser como hera el dicho Alvarado teniente e capitán», golpe bajo del entonces Regidor de México a su antiguo jefe, de seguro para congraciarse con sus enemigos, por entonces dueños de poder. Obviamente, Vázquez de Tapia se proponía dejar constancia de que Cortés «no quiso castigar al dicho Alvarado de aquel exceso, antes se mostró estar enojado con el dicho Moctezuma habiendo él dado la vida al dicho Alvarado e a todos los que con él estaban» Resulta tan notorio ese propósito que no cabe dar crédito a las declaraciones vertidas primero en el juicio de residencia a Cortés y luego en el de Pedro de Alvarado, prácticamente calcadas de uno a otro con la salvedad de ubicar la matanza, en este documento, no ya en el patio del Templo Mayor sino «en la fortaleza donde estuvo preso el dicho Moctezuma». De acuerdo con la legislación penal de hoy cabría procesar a Vázquez de Tapia por falsedad en declaraciones judiciales. Y de acuerdo con la ley de todos los tiempos no tomar en cuenta sus testimonios contradictorios.

Mas así y todo algo salta a la vista en las dos versiones de Bernardino y en los informes del *Códice Florentino*: la codicia no juega papel alguno en los hechos del Templo Mayor. ¿De dónde ha salido pues la especie consagrada como «verdad oficial» de la historia mexicana, que atribuye a la codicia española la hecatombe del 16 de mayo de 1520? En parte de fuentes indígenas menores, como el *Códice Ramírez*, donde se dice que Alvarado dio sobre los danzantes, «mató los más de ellos y les despojó del tesoro que sobre sí traían»; en parte de López de Gomara, quien en su *Historia* escribió que los hombres de Alvarado fueron a ver «un baile tan elogiado y famoso, y viéndolos tan ricos se llenaron de codicia por el oro que llevaban encima, y así tomó (Alvarado) las puertas, cada una con diez o doce españoles, y él entró dentro con más de cincuenta, y sin duelo ni piedad cristiana los acuchilló y mató y quitó lo que tenían encima»; y no en parte ya, sino sobre rodo, de los escritos de fray Bartolomé de las Casas, quien mejor que nadie salpimentó los hechos con todos los horrores.

A Las Casas se le ha llamado «apóstol» y «padre de los indios», pero también se le ha dado tratamiento de historiador no obstante que ni los apóstoles ni los padres amorosos han sido jamás narradores confiables. Cuando Bernal

Díaz del Castillo redactaba su *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España* conocía las terribles imputaciones del fraile dominico, y aunque luego tachó estas líneas del manuscrito, su opinión sobre Las Casas ha llegado hasta nosotros: «Que lo demás que dicen algunas personas que Pedro de Alvarado, por codicia de haber mucho oro y joyas de gran valor con que bailaban los indios les fue a dar guerra, yo no lo creo, ni nunca tal oí, ni es de creer que tal hiciese puesto que lo dice el obispo fray Bartolomé de las Casas». Para Bernal resultaba poco creíble que Tonatiuh provocara la matanza «por codicia», pues tal especie nunca llegó a sus oídos, pero sobre todo *por decirlo el obispo fray Bartolomé de las Casas*. Y no era el único en pensar así del tristemente célebre dominico. Bernal fue sólo un soldado, pero fray Motolinia era un santo, y pensaba igual. Quienes atestiguaron la Conquista de México, y posteriormente conocieron los escritos del obispo de Chiapa, convergen en una doble hipótesis: o el «padre de los indios» se había vuelto loco, o era simple y llanamente un impostor.

Todo ello, por supuesto, sin mermar la responsabilidad de Pedro de Alvarado en los hechos sangrientos del Tóxcatl. El mismo Cortés no justificó su conducta, y pocos lo han intentado posteriormente. Mas tampoco es razonable descuidar las tensiones morales sobre Tonatiuh en esos días de mayo de 1520, algunas de tanto peso que si no excluyen su responsabilidad sí, al menos, atenúan su grave yerro. Seguramente no mentía Pedro al argüir el inminente alzamiento, pues la ausencia de Cortés venía a guerreros y sacerdotes como anillo al dedo para provocarlo, aparte de dar por un hecho la muerte del Malinche a manos de los nuevos téules. Aun Alvarado pudo temer ese desenlace, al corriente, como estaba, de la superioridad numérica de los velazquistas, en cuyo caso ni él ni los suyos tendrían la más remota posibilidad de salir vivos de la ciudad. El contexto objetivo de los acontecimientos justifica la conjetura, pues sintiéndose cogido en la trampa, sin más respaldo que su corta guarnición, cabe en lo posible que Alvarado, aterrizado, tomara la decisión de jugar esa carta desesperada. Muchos, antes y después, han hecho lo mismo bajo la acción de estímulos parecidos. De «miedo grave» califica la legislación penal esa circunstancia atenuante de la conducta delictiva, aunque sin exonerar responsabilidades por la comisión de hechos punibles. Bajo ese concepto técnico cabe la conducta de Pedro de Alvarado el día de la fiesta de mayo en el Templo Mayor de México. Todo aparte de que atenuar su responsabilidad no sea negarla, y menos todavía justificar sus actos: el propósito de estas páginas se contrae al intento de explicarlos.

Bienvenido por Alvarado y sus hombres «como si nuevamente les diésemos las vidas, que ellos ya estimaban perdidas», como escribió al emperador, apenas al volver reclamó Cortés informes sobre los hechos, y Alvarado habló de la conspiración popular para liberar a Moctezuma y deagraviar a los dioses, quitando del templo imágenes y cruces, versión que le satisfizo tan poco, ya se dijo, que sobre censurar el hecho lo llamó «gran desatino, y no se habló más», escribió el autor de la *Historia Verdadera*.

Uno de los mayores acertijos de la Conquista consiste en explicar cómo pudo tolerar Cortés el nuevo desmán del Tonatiuh, pues llovía sobre mojado. En un primer acto de indisciplina no esperó a su capitán para llegar juntos a Cozumel; inmediatamente después pasó sobre sus ordenes al maltratar a los isleños y disponer de sus bienes; y por último, al acometer a los aztecas en su fiesta de mayo, comprometía seriamente la vida de todos. Nadie seguramente puede explicar por qué Cortés, severo con otros de los suyos; áspero con Moctezuma —a partir de ese día, le llamó «perro», según Bernal—, nunca dejó de su mano a Pedro de Alvarado, cuyo nombre mencionó más tarde en audiencia con el emperador, con los de Sandoval y Olid, entre sus mejores capitanes. Algún singularísimo encanto tendría el Tonatiuh, hijo del sol para los indios y hombre de talla singular para su jefe. ¿Cuál pudo ser? Imposible decirlo. Arcano misterio de ese «sentimiento de unidad vital» que para Schopenhauer es la simpatía.

Sin mayores sobresaltos pasaron los castellanos esa noche del 24 de junio, y al amanecer dispuso el extremeño la marcha de un mensajero a la Villa Rica con informes sobre la peligrosa situación de él y los suyos, mas pronto volvió el enviado, descalabrado y perseguido por centenares de guerreros en armas, quienes por primera providencia rodearon el palacio «con los mayores alaridos y gritos más espantosos que en el mundo se pueda pensar», escribió Cortés en su *Segunda Carta*, siendo tantas las piedras y las flechas que lanzaban «que no parecía sino que el cielo las llovía». El de Medellín contraatacó luego, en dos o tres salidas con sus hombres, mas si bien dieron muerte a muchos atacantes, él mismo y varios de sus hombres volvieron heridos. Durante la noche pusieron fuego los mexicas a parte de los cuarteles, y al romper el día se reanudó la lucha con grandes bajas en las filas indias, si bien, como escribió Cortés, «aunque más daño se hiciera hacíamos muy poquita mella, y a nosotros convenía pelear todo el día, y ellos peleaban por horas, que se remudaban y aún les sobraba gente». En las escaramuzas perdieron los castellanos sobre medio centenar de soldados, entre muertos y heridos, y por la noche, agotados y maltrechos, se retrajeron a la

fortaleza. La trampa cerrábase paulatinamente.

En días subsecuentes, al ver Cortés la escasa protección de sus hombres contra la pedriza de las azoteas, ideó y puso en práctica la construcción de «tres ingenios de madera», como él dice, carromatos cubiertos con tablones y seguramente tirados por indios tlaxcaltecas, de cuyo interior disparaban ballesteros y escopeteros. Mas una cosa era defenderse con éxito y otra destruir al adversario y abrirse camino a tierra firme, sobre todo porque los aztecas cortaban los puentes. Así las cosas Moctezuma se ofreció —en ello coinciden Bernal y Cortés— para hablar a su pueblo y pedirle que dejase de hacer la guerra, y protegido por dos capitanes españoles subió a las azoteas del palacio. «Y yo le hice sacar, dice Cortés en su *Segunda Carta*, y en llegando a un pretil que salía fuera de la fortaleza, queriendo hablar a la gente que por allí combatía, le dieron una pedrada los suyos en la cabeza, tan grande que de allí a tres días murió, y yo le hice sacar así muerto a dos indios que estaban presos, y a costas lo llevaron a su gente, y no sé lo que de él hicieron salvo que no por eso cesó la guerra, y muy más recia y más cruda cada día». La muerte del Tlatoani anunciaba el desastre final. Desacralizado, roto el vínculo de vasallaje, era como quiera rehén de importancia, y alguna ventaja allegaba tenerle vivo. Su muerte les privaba del mejor de sus elementos defensivos, y los mexicas les tuvieron en jaque durante veintitrés días, se lee en el *Códice Florentino*. «Durante esos días las acequias fueron desensolvadas; se abrieron, se ensancharon, se les puso maderos, ahondaron sus cavidades. Y se hizo difícil el paso por todas partes, se pusieron obstáculos dentro de las acequias. Y en cuanto a los caminos, se les pusieron cercos, se les puso pared de impedimento, se cerraron los caminos. Todos los caminos y calles fueron obstruccionados».

Cortés sabía que mediante la fuerza no era probable salir con vida de la trampa. Y al canto de ventajas espectaculares más que eficaces, alguna tan señalada como la acción sobre el Templo Mayor, tan remuneradora para su orgullo que le hizo pensar en negociar la paz, habló a los capitanes mexicas del gran daño de sus acometidas; ponderóles los muchos que todos los días morían y las muchas casas que quemaban o destruía, en lo que no pararía hasta dejar en la ciudad ser vivo ni piedra sobre piedra, mas los guerreros no se dejaron impresionar. «Mira, Malinche, contestaron; mira cuánta gente tenemos. Si matas veinticinco mil de los nuestros a cambio de uno que nosotros matemos de los tuyos, antes acabaremos con vosotros. Todas las salidas de la ciudad están cortadas, y sólo a nado podrías salir. Pronto no tendrás qué comer ni agua para

beber. Tú y los tuyos no vais a durar mucho. Si antes no os matamos, de hambre moriréis». La cosa no tenía vuelta de hoja, y quien pronunció aquellas palabras encarnaba la razón razonadora. El mismo Cortés escribiría luego al emperador: «Aunque no tuviésemos otra guerra sino la hambre y necesidad de mantenimientos, bastaba para morir todos en breve tiempo». Urgía pues tomar determinaciones, jugarlo todo a una carta posible o imposible, aprovechar algún descuido enemigo para intentar la fuga nocturna antes de llegar la luna a malograr el proyecto. De momento urdió la construcción de un puente portátil, para salvar los cortes, complicadísima y lenta operación pero así y todo la única posible. O imposible. Allí estaban los grandes tablones de las torres o carromatos, y con ellas fabricaron el puente, sólido, resistente al paso de soldados, caballos y artillería. También era preciso engañar a los guerreros enemigos; hacerles confiar y descuidar la guardia. Difícil artimaña. Pero también la única posible, o imposible.

Aquella tarde, cuenta Bernal Díaz, mediante varios sacerdotes e indios principales que tenían presos, propuso Cortés que se le permitiera salir de la ciudad con su ejército, a cambio de reintegrar el oro y comprometerse a no volver. Mientras, se daban los últimos toques al puente y se asignaban los mandos: a cargo de la artillería, ciento cincuenta soldados y doscientos indios de Tlaxcala; a la vanguardia Gonzalo de Sandoval y Diego de Ordaz con cien soldados; con otros tantos, en medio, Francisco de Lugo y Francisco de Saucedo; luego Cortés con Alonso de Ávila y Cristóbal de Olid, y a la retaguardia, cerrando la marcha, Pedro de Alvarado y Juan Velázquez de León con doña Marina, doña Luisa, hija de Moctezuma, a quien en su lecho de muerte juró velar por ella, el resto de los castellanos y algunos miles más de fieles tlaxcaltecas. Esa noche destruiría Cortés sus naves por séptima vez.

Listo estaba el puente, lista la organización de la marcha, pero ¿y el tesoro de Moctezuma? Aunque el oro pesaba lo que vale, o sea mucho, nadie admitía la idea de dejarlo. En el último momento mandó Cortés hacer gran montón con el tesoro del Uei Tlatoani, separó el quinto del rey; lo entregó a Alonso de Ávila y de Gonzalo Mexía para que lo pusieran a salvo a lomo de ochenta tlaxcaltecas y siete caballos heridos, y para que cada quién penara por lo suyo hizo constar, ante escribano, que siendo imposible pesar el resto, cada uno llevara cuanto pudiera. Sobra decir que los soldados llenaron bolsillos y armaduras con joyas y lingotes como el recién descubierto (marzo de 1981) al excavar en la esquina de la actual calle de Soto, sobre la antigua calzada de Tacuba. El prudente Bernal

Díaz se guardó sólo cuatro chalchihuites, pero otros cargaron tanto que a duras penas daban paso. Nunca más exacto que la codicia rompe al saco y suele costar la vida. Tejos, lingotes, joyas, espadas y miserables huesos de aquellos hombres terminarían sepultados en el lecho de la laguna.

En marcha. La noche era perfecta, como de encargo, pues llovía para colmo de bienes. Sigilosamente salieron los soldados del palacio de Axayácatl, mas apenas salvaban el primer corte, mediante el puente portátil, la densa oscuridad se llenó de gritos. En los glifos del *Códice Florentino* consta la versión indígena del momento más sombrío de la Conquista: «Llevaban consigo puentes portátiles de madera: los fueron poniendo sobre los canales; sobre ellos iban pasando. En aquella ocasión estaba lloviendo ligeramente, como rocío; eran gotas ligeras, como cuando se riega; era una lluvia muy menuda... Una mujer que sacaba agua los vió, y al momento alzó el grito, y dijo, “¡Mexicanos, andad hacia acá; ya se van; ya van traspasando los canales vuestros enemigos!... ¡Se van a escondidas!” Entonces gritó un hombre sobre el templo de Huitzilopochtli. Bien se difundió su grito sobre la gente; todo mundo oía su grito: “Guerreros, capitanes, mexicanos... ¡Se van nuestros enemigos! ¡Venid a perseguirlos! ¡Venid con barcas defendidas con escudos... con todo el cuerpo en el camino!”». Y a los gritos sobrevino la batalla. Era la Noche Triste. La noche sangrante, con sangre muchas noches retenida.

Mientras lanzas y voces de guerra hendían la menuda lluvia, los castellanos disparaban a bocajarro y se abrían paso a cuchilladas. Algunos quedaban tendidos sobre las calzadas mientras otros, al caer al agua, seguían derechamente al fondo. El corte de algún puente llegó a cegarse con cuerpos de soldados y caballos, mas Cortés, Gonzalo de Sandoval y Cristóbal de Olid terminaron por llegar al pueblo de Tacuba, tierra firme. A poco andar encontraron a Alvarado, lleno de magulladuras, en compañía de soldados y tlaxcaltecas heridos, por quienes supieron que Juan Velázquez de León cayó luchando por abrirse paso como bestia acorralada. También supieron por ellos que otros ochenta soldados murieron al pretender franquear un puente. El desastre era total. Según López de Gomara, quien lo oiría de Cortés mismo, en la acción del 10 de julio de 1520 murieron cuatrocientos cincuenta españoles, cuatro mil indios amigos y casi todos los prisioneros. De momento no sabía Cortés que en esa «triste noche» — la expresión es de Gomara— quedaba su ejército reducido a la mitad, pero lo barruntaba. Y al ver que no llevaban más soldados «se le saltaron las lágrimas de los ojos», escribió Bernal Díaz.

¿Lloró realmente Cortés al término de aquella noche? Bernal lo dice, y no tenemos por qué dudarlo. Serían lágrimas como las de los nobles aztecas al rendir vasallaje al emperador don Carlos, pues no es remoto que Cortés, como ellos, intuyera en ese instante el fin de su historia y el principio de la nada. Ahora experimentaba ese mismo dolor: palpaba la nada con sus manos; oteaba la nada con la mirada. ¡Ese dolor de quedar de pronto sin historia, algo así como quedar suspendido fuera del tiempo! La Noche Triste significaba la frustración total, el fracaso definitivo. Y un fracaso de esa magnitud equivale a perder la historia: nada menos que a perder-el-tiempo. Un cualquiera no lo entiende, no lo va a entender nunca. Pero Cortés estaba lejos de ser un cualquiera; él era un excepcional hombre creador. Y se le «saltaban las lágrimas de los ojos».



Ruta de Hernán Cortés entre Vera Cruz y la ciudad de México-Tenochtitlan. (Se toma del *Hernán Cortés*, por Salvador de Madariaga, quien a su vez aprovechó el inserto en la edición inglesa de la *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo. traducida por Maudslay).

Capítulo Sexto

LAS ÁGUILAS AGONIZAN

Y a todos los españoles vivos y muertos que tomaron los llevaron al Tlatelulco, que es el mercado, y en unas torres altas que allí estaban, desnudos los sacrificaron y abrieron por los pechos, y les sacaron los corazones para ofrecer a los ídolos. Lo cual los españoles del real pudieron ver bien de donde peleaban, y en los cuerpos desnudos y blancos que vieron sacrificar conocieron que eran cristianos.

CORTÉS: Tercera Carta de Relación.

1. *De nuevo a comenzar.*

Al escapar milagrosamente Cortés de la trampa de México-Tenochtitlan, ileso aunque maltrecho, con los suyos abandonó el pueblo de Tacuba para descansar esa noche en el emplazamiento de unos adoratorios —más tarde ubicación del santuario de Nuestra Señora de los Remedios— esperanzado en llegar a Tlaxcala, aunque ¿serían aún de fiar sus aliados de otrora? Eso quedaba por verse, pues entendía que no era igual llegar a la Ciudad del Águila en derrota que como tétel dueño del rayo y el trueno, y sin embargo era su única alternativa. Por otro lado sus perseguidores les batían un día y otro, sin descanso, resueltos a terminar con ellos antes de alcanzar tierras amigas. De la tremenda experiencia de México-Tenochtitlan ambas partes habían sacado valiosas experiencias, una sobre todo: los mexicas sabían que los téules eran hombres como todos, sacrificables y comestibles, y Cortés que la ciudad lacustre, pese a sus calzadas y puentes, no era trampa imposible de salvar. Le constaba que los famosos guerreros tenochcas eran valerosos, no invencibles, y que su fortaleza tampoco era inexpugnable. Volvería pues. Nadie, salvo Dios mismo, era capaz de torcer su voluntad conquistadora.

Cubrir la distancia entre el pueblo de Tacuba y la Ciudad del Águila fue sin duda la marcha más heroica a partir del día de su desembarco en los arenales, con el adicional gravamen de tantas bestias y hombres averiados, pues «no había caballo, de veinticuatro que nos habían quedado, que pudiese correr, ni caballero que pudiese alzar el brazo, ni peón sano que pudiese menearse», escribió Cortés al emperador con el singular gracejo que años más tarde halló expresión universal en *Don Quijote de la Mancha*. «Mandó Cortés que los de a caballo pusiesen a las ancas a los más enfermos y heridos, y los que no lo estaban tanto que se agarrasen de las colas y estribos, o hiciesen muletas y otros remedios para

ayudarse y poder andar si no querían quedarse a dar buena cena a los enemigos», advertencia tan eficaz esta última que no faltó quién, para salvar a un amigo, lo llevara cargado en sus espaldas, agrega López de Gomara. Por añadidura, al temor de perder la vida sumábase el aguijón del hambre, pues una vez «que de la gran ciudad salimos —reza la *Segunda Carta de Relación*—, ninguna otra cosa comimos sino maíz tostado o cocido, y esto no todas las veces ni a basto, y yerbas que cogíamos del campo». En alguna escaramuza consiguieron los indios matar un caballo, y tan afortunada desgracia les permitió mejorar la dieta, pues según Oviedo «se lo comieron sin dejar cuero ni otra cosa de él sino los huesos, e las uñas y el pelo, e aún las tripas no les pareció de menos buen gusto que las sobreasadas de Nápoles, o los gentiles cabritos de Ávila, o las sabrosas terneras de Sorrento e Zaragoza, segund la extrema necesidad que llevaban».

Trescientos y pico de años antes de Cristo redactó Jenofonte su *Anábasis* con el fin de historiar su gran proeza: conducir a diez mil guerreros helenos a través de casi cuatro mil kilómetros, desde Cunaxa, en Asia menor, hasta el Helesponto. Entre los de nuestra raza, dada a gastar pólvora en infiernitos, no hubo en cambio jenofonte criollo, indio o mestizo interesado en la *anábasis*, o Retirada de los Quinientos, para contar el calvario castellano entre México-Tenochtitlan y la Ciudad del Águila: medio millar de almas en pena con su capitán fantasma herido en la cabeza de un par de pedradas. No tuvimos ningún escritor clásico que lo contara. En cambio han sobrado las *anábasis* de notorios delincuentes.

No lejos de Tlaxcala experimentaban cierto alivio los fugitivos cuando sus exploradores advirtieron la presencia de grandes concentraciones mexicas en los llanos vecinos, junto al pueblo de Otumba. El gozo al pozo. Ante la inminencia del encuentro dio Cortés sus órdenes: los caballos a media rienda, y a fondo la lanzada; formaciones compactas de cinco jinetes cada una; escopeteros y artilleros con sus cargas preparadas; lista la infantería, y todos con el nombre del apóstol Santiago llenándoles la boca. Los corredores no se equivocaban: en los llanos de Otumba, dispuestos a cobrar la pieza, estaba la flor y nata de los cazadores aztecas.

Sobre la célebre batalla de Otumba escribió Bernal Díaz en su *Historia Verdadera*: «Oh, qué cosa era ver tan temerosa y movida batalla. Como estábamos tan revueltos con ellos, pie con pie, y qué cuchilladas y estocadas les dábamos, y qué herir y matar hacían en nosotros con sus lanzas y macanas y espadas de dos manos, y los de a caballo, como era el campo llano, cómo

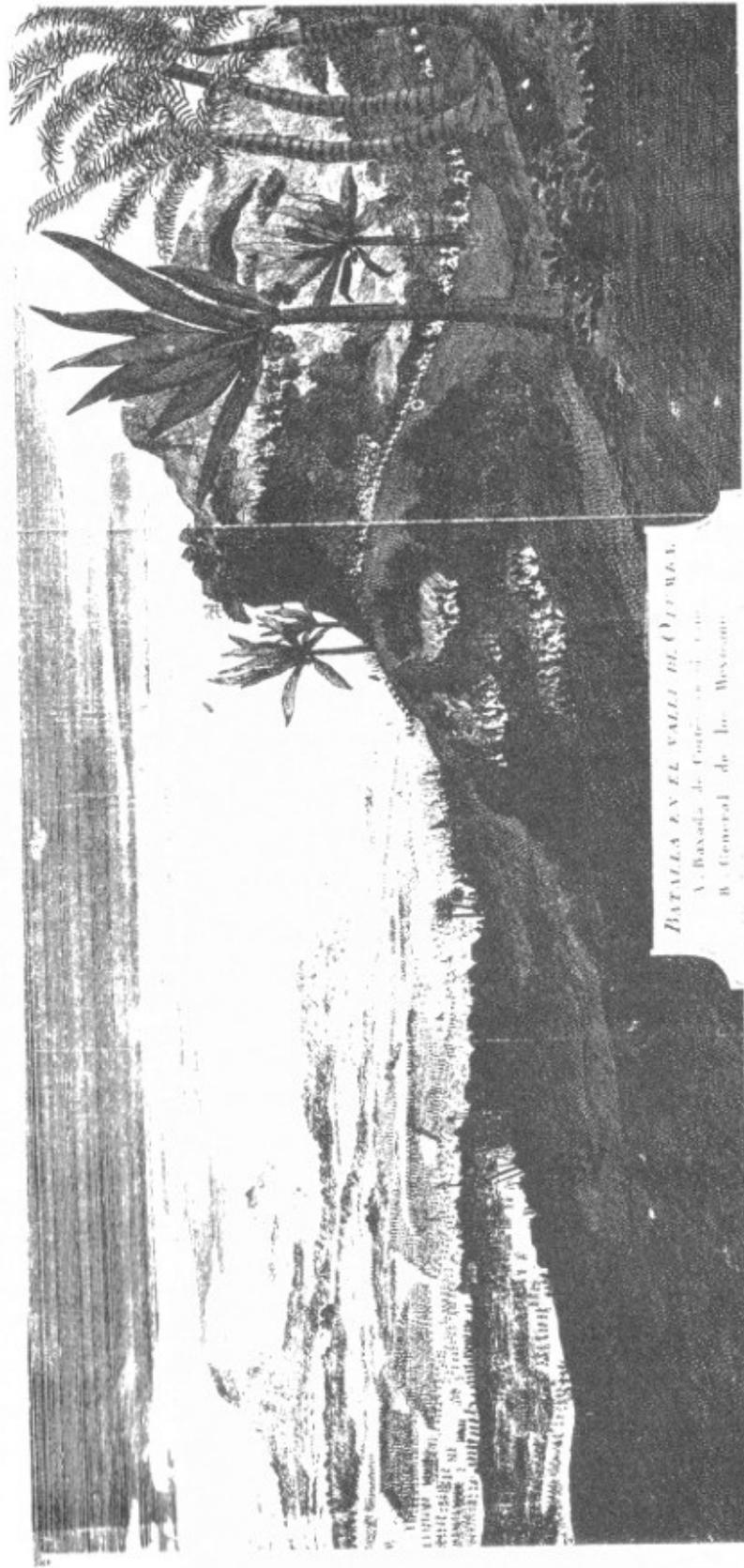
alanceaban a su placer entrando y saliendo, y aunque estaban heridos ellos y sus caballos, no dejaban de batallar como varones esforzados. Pues todos nosotros, los que no teníamos caballos, parece ser que a todos se nos ponía doblado esfuerzo, que aunque estábamos heridos, y de refresco teníamos otras heridas, no curábamos (cuidábamos) de apretarlas para no parar en ello, que no había lugar, sino con grandes estocadas apechugábamos con ellos a darles de estocadas». A medio campo distinguió Malinche al capitán de los guerreros, enojado en oro, con gran penacho de plumas rojas en la cabeza, y a su lado Cristóbal de Olid y Gonzalo de Sandoval dio con su cabalgadura sobre el jefe enemigo, abatiéndolo y tomando su pendón. La muerte del abanderado, «que debía ser tan principal — dice Oviedo—, que faltando aquél cesó aquella furia de pelear», decidía la más célebre de las batallas campales de la conquista de México. Se retiraron los aztecas y todos dieron gracias a Dios, «pues no se había visto ni hallado en todas las Indias, en batalla que se haya dado, tan grande número de guerreros juntos, porque allí estaba la flor de México y de Tezcuco y todos los pueblos que están alrededor de la laguna y otros muchos de sus comarcas. “¡Pues qué armas tan ricas que traían, con tanto oro y penachos y divisas, y todos los más capitanes y personas principales!”» escribió Bernal Díaz.

El nombre de Otumba quedaba inscrito en los pendones de Hernán Cortés, pues como añade Gomara «no ha habido más notable hazaña ni victoria de Indias desde que se descubrieron, y cuantos españoles vieron pelear ese día a Hernán Cortés afirman que nunca hombre alguno peleó como él». Y sin embargo no se las prometía Malinche muy felices, pues un mes antes contaba con 1,200 soldados, casi 100 de a caballo, 160 entre ballesteros y escopeteros, y al terminar la batalla de Otumba el 14 de julio de 1520, se reducían sus efectivos a 440 soldados, 20 caballos con sus jinetes y otros tantos escopeteros y ballesteros. ¡Cuánta razón tenía el capitán enemigo con quien habló de las azoteas de su cuartel, en vísperas de la Noche Triste! En aquellos momentos recordaba sus palabras letra por letra; aun sucumbiendo 25 mil de los suyos por cada castellano muerto, dijo el guerrero, en cuentas finales acabarían con ellos. No se ocultaba al gran téul que con dos o tres batallas más, como la de Otumba, terminaría en familia.

Mas faltaba la segunda parte, o el rabo por desollar, como se quiera, pues otra vez ¿cómo se les recibiría en Tlaxcala? Era natural que Cortés y los suyos temieran la reacción de sus antiguos aliados al conocer lo de la Noche Triste, sospecha que, dice Fernández de Oviedo, «les daba casi tanto terror como el que

llevaban hasta allí, peleando con los de Culúa», punto en que el famoso cronista de las Indias coincide con Gomara, quien a su vez lo oíría de Cortés mismo: «porque el desdichado —sentencia el biógrafo— el vencido y el que huye, nada encuentra en su favor: todo le sale mal o al revés de lo que piensa o necesita». Mas para su fortuna eran temores infundados, pues entré los tlaxcaltecas ganó mayor asenso la victoria de Otumba que el desastre de México-Tenochtitlan, y su triunfal recepción en la Ciudad del Águila acabó con las dudas y recomfortó a los alicaídos. Cierto que todavía murieron algunos soldados de sus heridas, mas otros convalecieron y todos tuvieron a su alcance mantenimientos abundantes, doncellas complacientes, amistad y descanso. Nuevamente iba a ser Tlaxcala base de operaciones para acciones militares sobre México-Tenochtitlan. Mucho ganaría la enseñanza de la historia, en las escuelas de México, de alabarse la prudencia tlaxcalteca, fundadora de la nacionalidad, en vez de glorias aztecas extemporáneas.

Mas no sólo del lado indígena amenazaban ciertas nubes, pues también entre los españoles surgían brotes de descontento, esta vez por cuenta de los hombres de Narváez, quienes bajo los efectos de las últimas penalidades recaían en la nostalgia de sus estancias y familias. Entre quienes ahora maquinaban por el regreso figuraba Andrés de Duero, primero socio de Cortés en la pequeña corte del gobernador Velázquez, y ahora influyente personaje entre los desafectos. Pero Malinche no estaba para dejarse persuadir. Si en mayores apuros no dio su brazo a torcer, menos después de Otumba, rodeado de aliados dispuestos a seguirle: no dejaría la tierra, escribió al emperador, porque además «de ser vergonzoso a mi persona, y a todos muy peligroso, a Vuestra Majestad haríamos muy gran traición, y que antes me determinaba de por todas las partes que pudiesen volver sobre los enemigos, y ofenderlos por cuantas vías a mí fuese posible».



BATALLA EN EL VALLE DE OTUMBA.
A. Baxada J. Cortés y el Com.
B. General de la Mexicana

La Batalla de Otumba bajo la lente del siglo XVIII: reproducción del original en la edición de Bruselas de 1741 de la *Historia de la Conquista de México* por Antonio de Solís.

Cortés valoraba correctamente los elementos a su alcance, y sin embargo algo no marchaba bien del todo; algo en relación con la altanera conducta del joven Xicoténcatl, nada partícipe de las proclividades españolas de su padre. De momento la cosa no pasó a mayores, pero la amenaza estaba latente y no tardaría en causar dolores de cabeza a tlaxcaltecas y castellanos. Que se sepa, el mozo Xicoténcatl fue quien primero tuvo conciencia de ser parte de una nación indígena, con entidad superior a cualesquiera rivalidades tribales. No cabe afirmararlo, pero sí estimar probable que el joven guerrero tlaxcalteca tuviera alguna relación con la conducta insumisa de los vecinos texpanecas, «liga y consorcio de los de Culúa» según Cortés, sobre cuyos pueblos marcharon los españoles cuando ajustaban apenas veinte días de permanencia en Tlaxcala. Aunque no por completo recuperados sus hombres en lo físico y lo moral, pues el descontento no cejaba y aún se resentían penalidades, heridas y recuerdos de la Noche Triste, con el auxilio de dos mil guerreros indios expulsó Cortés a las guarniciones mexicas de Tepeaca, y en la plaza del pueblo conminó a sus habitantes: o se sometían a obediencia y vasallaje del rey de las Españas, o sufrirían las consecuencias de la «guerra justa», en cuyo caso terminarían en condición de esclavos. Y cumplió, con los remisos, la terrible sentencia: ellos fueron los primeros esclavos herrados con la G de «guerra justa». Santo remedio. En menos de cuarenta días, dice Bernal Díaz, «tuvimos aquellos pueblos pacíficos y castigados».

En su *Segunda Carta de Relación* habla Cortés de las razones que tuvo para mudar políticas e introducir la esclavitud en Nueva España: «Porque demás de haber muerto a los dichos españoles... me movió a hacer los dichos esclavos por poner algún espanto a los de Culúa, y porque también hay tanta gente que si no se hiciese grande y cruel castigo con ella nunca se enmendarían jamás». Es más o menos lo que López de Gómora nos dice en su *Historia General de las Indias*: «Otros dicen que sin convenio los tomó a todos y los castigó así en venganza, y por no haber obedecido sus requerimientos, por putos, por idólatras, por comer carne humana, por rebeldía que tuvieron para que temiesen los demás, y porque eran muchos, y porque si así no los trataba, volverían a rebelarse», todas ellas débiles justificaciones, pues, como argumenta Madariaga, el primer crimen se castigó con la misma expedición militar; el segundo, —comer carne humana—, alcanzaba también a sus aliados tlaxcaltecas, y no obstante se hizo Cortés de la vista gorda; y en cuanto al tercer argumento —el de putería—, no es siquiera digno de consideración. El verdadero motivo de convertir en esclavos a los

indios rebeldes de Tepeaca, termina Madariaga, fue que al quedar sepultado en la laguna el tesoro de guerra, coger esclavos se volvía nuevo cebo para soldados descontentos e impacientes. Es probable que acierte el distinguido polígrafo español. Abundan testimonios probatorios de que Cortés no era simpatizante de la esclavitud, y también de que nunca se paró en pintas a la hora de resolver, con criterios realistas, problemas de esa laya. A sus ojos el fin justificaba los medios. Cortés no era un apóstol sino un conquistador.

En el pueblo de Tepeaca, corriendo el mes de septiembre de 1520, fundó el extremeño la villa española de Segura de la Frontera, centro de operaciones sobre pueblos enemigos como Tecamachalco, Quecholac, Huequechula e Izúcar, donde adoptó el mismo procedimiento: o rendían vasallaje al rey y emperador don Carlos, o se les marcaba con la *G* de esclavos en guerra justa. En Segura estaba Cortés al llegar a la Villa Rica su antiguo amigo Pedro Barba con un navío, 13 soldados, un par de caballos y cartas de Velázquez para que Narváez, de no haber muerto el extremeño, dispusiera su envío a Santiago para mandarlo de allí a Castilla, a disposición del obispo de Burgos y presidente del Consejo de Indias Juan Rodríguez de Fonseca. El incidente no pasó a mayores, pues Barba y sus compañeros, primero a buen recaudo en la Villa Rica, terminaron por sumarse a los conquistadores. Resueltamente don Diego Velázquez vivía en regiones etéreas y no pegaba una.

Una vez aquellos pueblos en paz por las buenas o las malas, don Hernando dejó en Segura una guarnición formada por soldados heridos y dolientes y dispuso volver a Tlaxcala. Por cierto que Segura de la Frontera estaba destinada a ser pila bautismal de la nación futura, pues allí, el 30 de octubre de 1520, redactó y firmó Cortés su *Segunda Carta de Relación*, en cuyos últimos párrafos se lee: «Por lo que he visto y comprendido acerca de la similitud que toda esta tierra tiene a España, así en la fertilidad como en la grande frío en que ella hace, y en muchas otras cosas que la equiparan a ella, me pareció que el más conveniente nombre para esta dicha tierra era llamarse la Nueva España del mar Océano, y así, en nombre de Vuestra Majestad, se le puso aqueste nombre. Humildemente suplico a Vuestra Alteza lo tenga por bien y mande que se nombre así». Con el acta bautismal probaba Cortés estar dispuesto a quedarse, y tener la seguridad de vencer.

Al volver a Tlaxcala halló Malinche algunas novedades inesperadas, entre ellas una mala y otra peor: víctima de la viruela había muerto su gran aliado Mexicatzin, e igualmente, por causa de la terrible epidemia, pasó a mejor vida

Cuitláhuac, sucesor de Moctezuma en México-Tenochtitlan. Para ocupar el puesto del noble tlaxcalteca eligió Cortés al hijo del patriarca, un muchacho de doce años a quien primero hizo bautizar —le dio por nombre don Lorenzo—, y armó luego caballero con ceremonial consagrado en la vieja España. En cuanto a Xicoténcatl el Viejo, por medio de las aguas lustrales se convirtió en don Lorenzo de Vargas, sin que sepamos por qué repetía ese nombre si contaba con bien nutrido santoral cristiano.

Mas el fin, amohinado y todo por la muerte del respetable e influyente anciano Mexicatzin, peores consecuencias barruntaba al saber que, en México, un mancebo de 25 años, «bien gentilhombre para ser indio», casado con una hija de Moctezuma, «bien hermosa para ser india» —ambas moderadas alabanzas son de Bernal Díaz—, conocido por el nombre de Cuauhtémoc, sucedía al difunto Cuitláhuac. Del mozo recién elevado a la dignidad real, decíase que hasta los guerreros temblaban en su presencia. Y sus mensajeros exhortaban a todos los pueblos para estar sobre las armas y pelear reciamente si no querían terminar marcados a hierro y en condición de esclavos, como los de Tepeaca, Huaquechula y Tecamachalco. Cuauhtémoc iba más lejos, al perdonar tributos y enviar joyas y otros regalos a los caciques. Por último, los altares del Templo Mayor se hallaban adornados con cabezas de españoles y caballos, doble advertencia, según Orozco y Berra, para que ni los unos ni los otros tuviesen la osadía de volver. Cortés se mostraba inquieto, pensativo. Cuauhtémoc le daba mala espina. ¿Adivinaba que en el «bien gentilhombre para ser indio» toparía con un hombre de su estatura?

Mas no era cosa de cejar ante las noticias preocupantes, y el capitán dispuso nuevas estrategias. Si de antiguo se sabía que no eran posibles tácticas iguales en Roma y en Venecia, tampoco podría debelar la resistencia de una ciudad como México-Tenochtitlan sin acudir a operaciones anfibias a base de desembarcaciones de calado escaso. Y como lo pensó puso manos a la obra: primero a cortar madera en los bosques cercanos, y luego llevar a Tlaxcala cuanto quedaba de los navíos destruidos: jarciería, velámenes, clavos, anclas y demás herrajes. De antemano desechaba la posibilidad de atacar por las calzadas. No cometería el error de repetir el episodio de la Noche Triste. Algo de singular importancia sabía ya Cortés: quien dominara la laguna sería dueño de la capital azteca.

Al hacer alarde, el 28 de diciembre de 1520, Malinche contaba con la mitad de sus efectivos en vísperas de aquella trágica noche: 550 infantes, 40 caballeros con sus jinetes, algunas bocas de tiro y abundantes rodela, espadas y escopetas.

Al terminar la revista llamó a los jefes tlaxcaltecas, y éstos le proporcionaron sobre 10,000 hombres de guerra. «Ellos irían con toda cuanta gente tenían en su tierra —asegura Cortés en su *Tercera Carta de Relación*—, y querían morir donde yo muriese o vengarse de los de Culúa, sus capitales enemigos». Así principió la marcha.

En el día de los Santos Inocentes pernoctaron los castellanos en Texmelucan, pueblo aliado, y al despuntar el nuevo día siguieron adelante, camino de la serranía circundante, de cuyos altos puertos avistaron la laguna y los pueblos ribereños: Texcoco, Chalco, Iztapalapa y Xochimilco. En medio de la laguna, la mole rojiza de los palacios, las torres blanqueadas de los adoratorios, y «aunque holgaron mucho de las ver, dice Fernández de Oviedo, era con mucha tristeza mezclada con ese gozo, acordándose del daño pasado que habían en aquellas lagunas e provincias rescebido, y entre estos extremos de placer y dolor se juntó una ira e deseo de la venganza, de tal manera, que destas tres ocasiones prometieron todos de no volver atrás, ni salir de aquellas provincias sin victoria, o perder en ellas las vidas».

Las palabras del cronista de las Indias son, más o menos, las de Cortés al comunicar al emperador Carlos la experiencia del momento irrepetible: «Y aunque hubimos muchos placer en las ver (las lagunas), representósenos alguna tristeza por ello, y prometimos todos de nunca de ellas salir sin victoria o dejar allí las vidas. Y con esa determinación íbamos todos tan alegres como si fuéramos a cosa de mucho placer».

Mas exageraba, sin duda, en lo de ir «con mucho placer». Bajarían la sierra muy resueltos, eso sí, pues la aventura sólo podría tener dos posibles desenlaces. Cualquiera, el más memo de los soldados, adivinaba que su jefe estaba resuelto a destruir sus naves por octava y penúltima vez.

2. *La batalla de México-Tenochtitlan.*

Pasaron esa noche a dos leguas de Texcoco, y muy de mañana los corredores informaron que siete texcocanos principales se acercaban en son de paz. Nobles eran, en efecto, y uno de ellos se dirigió al capitán: «Malinche, le dijo, nuestro señor de Texcoco, Coanacoch, te espera en su ciudad, y en prenda de paz toma esta bandera de oro. En la ciudad podrás aposentar tú y los tuyos y tendrás allí cuanto hayas menester. Olvida los daños pasados, que no te los causaron los

texcocanos sino les mexicas». Cortés, dice Gomara, fingió creerles, puntualizó llegar no a causar daños sino a procurarles bienes, y agregó que les tendría por amigos si devolvían el oro cogido a cuarenta y cinco españoles y trescientos tlaxcaltecas muertos por ellos días atrás, «y que las muertes, puesto que no tenían remedio, las perdonaba». Los emisarios negaron la participación de los suyos en la matanza y el despojo; culparon del atentado a gente de México, y prometieron buscar y entregar el oro que pudiesen. Cortés, aparentemente satisfecho, entró con sus hombres en Texcoco el último día del año.

Ya en la ciudad le alarmó no ver niños ni mujeres por las calles. Aumentaron sus sospechas al subir algunos soldados al adoratorio y advertir que parte de los habitantes salía de la ciudad, con sus pertenencias, unos a pie, rumbo a la sierra, y otros en canoas por la laguna. Quiso entonces ver a Coanacoch, pero Coanacoch, a quien «yo deseaba como a la salvación haberle a las manos, con muchos principales de ella se fueron a la ciudad de Temixtitán y se llevaron consigo cuanto tenían», escribió. Tres días más tarde llegaron caciques y nobles de los pueblos vecinos (Coatinchán, Gauxuta y Autengo, según la *Tercera Carta*), ofreciéndose por vasallos del rey de Castilla, y una semana después marchó en son de guerra sobre pueblos aliados de los mexicas.

Con 200 hombres, 30 de a caballo, ballesteros, escopeteros y auxiliares tlaxcaltecas cayó sobre Iztapalapa. Pelearon allí rudamente, con el agua al pecho, y mataron más de 6,000 iztapalapeños entre hombres, mujeres y niños, «porque los indios nuestros amigos vista la victoria que Dios nos daba, no entendía en otra cosa sino en matar a diestro y siniestro». A Iztapala llegaron varios principales de Otumba con la súplica de perdonarles pasados yerros y tenerles por vasallos de Su Majestad, y una vez formalizado el sometimiento volvió Cortés a sus cuarteles para poner en práctica lo que hoy llamaríamos «reanudación del orden legal», pues Coanacoch, con sus nobles, se hallaba en México-Tenochtitlan.

En el caso de Texcoco, como en tantos otros, Cortés urdió y puso en práctica un plan de los suyos. Al salir en la Noche Triste de la capital azteca llevó consigo al legítimo señor texcocano Cacamatzin con tres de sus hermanos, uno de los cuales cedió el señorío a su hermano Coanacoch en tanto que el otro — escribió Cortés—, «se quedó conmigo, y como era muchacho imprimió más en él nuestra conversación, y tornóse cristiano, y pusímosle por nombre don Fernando». Si por un lado el tal don Fernando continuaba en Tlaxcala fiel a su nueva cultura, y por el otro a él correspondía el señorío «por ser hermano de los

señores de esta ciudad», sin el menor escrúpulo podía tomar por su cuenta la autoridad política texcocana, mayormente si los otros dos habían tomado el partido de los mexicas y estaban con ellos en su ciudad. Planteado así el negocio se imponía la conclusión: «el hombre» era don Fernando, cristiano y español de nombre e inclinaciones. Cortés mandó en su busca, «y así por estas causas como porque era muy amigo de Vuestra Majestad hice que lo recibiesen por señor». En eso de poner y quitar reyes y reyezuelos era Malinche más eficaz, con sus quinientos castellanos, que más tarde el gobierno de Washington con todo el dinero del mundo.

Resuelto ese problema de legitimidad, y así atajados los previsibles riesgos, principió Cortés a fincar alianzas con diversos pueblos ribereños y de tierra adentro, algunos ya amigos suyos como Chalco, Tlalmanalco, Mixquic y Chimalhuacán. En ese tiempo supo que en Tlaxcala se terminaban los bergantines, aunque sin armar aún, y mandó por ellos a Sandoval con instrucciones de escarmentar también a los naturales de un pueblo (¿el actual Calpulalpan?) por haber muerto a varios españoles que de la costa iban a México, en auxilio de sus compañeros, a raíz de los sucesos del Templo Mayor. Los naturales huyeron en cuanto se presentaron los castellanos, mas en el adoratorio hallaron las ropas de sus compañeros, y dos caras «desollados y adobados los cuerpos como pellejos de guantes», las barbas aún intactas, dice Bernal Díaz. Por lo visto a los indios les daba por la taxidermia, y exhibían sus trofeos de guerra como los hombres de hoy nuestras piezas de caza. Sistema habitual por cierto, pues el mismo Cortés dice que al llegar a Texcoco, y visitar al adoratorio, vio «los cuerpos de cinco caballos con sus pies y manos y herraduras cosidos, y tan bien adobados como en todo el mundo no lo pudieran hacer». Lo que se dice obra de maestros. Ahora, por el capitán Sandoval, sabía que los orfebres indígenas trabajaban primorosamente no sólo cuerpos de solípedos sino cabezas castellanas. Y por Gonzalo supo igualmente que en el muro de una casa alledaña halló estas palabras: «Aquí estuvo preso el sin ventura de Juan de Yuste», de seguro, en vida, dueño de alguna de aquellas cabezas desolladas y adobadas «como pellejos de guante». El hallazgo era «para quebrar el corazón de los que lo vieron» según Cortés, pero también favorecía su decisión de vencer o quedar en la raya.

Al volver Sandoval con los bergantines intentó Malinche entablar conversaciones de paz. Mediante algunos mexicas en su poder pidió al soberano de México-Tenochtitlan que evitara la destrucción de su ciudad y la muerte de

sus súbditos; que temiese al gran poder de Dios, y contara con que no tomaría venganza por las muertes y daños pasados, mas no consiguió respuesta. Luego supo, por otros prisioneros, que Cuauhtémoc, dispuesto a morir o acabar con los extranjeros, día y noche trabajaba con su gente en construir fosos y parapetos, en fabricar hondas, rodelas, macanas y lanzas con espadas españolas engastadas.

Con sus ofertas de paz alternaba Cortés nuevas incursiones armadas sobre Xaltoca, Tenayca (Tenayuca), Acapulzalco y Tacuba, pueblo de tan amargos recuerdos, donde permaneció seis días. «Muchas veces, escribió en su *Tercera Carta*, fingían que nos daban lugar para que entrásemos, diciéndonos: ¿“Pensáis que hay ahora otro Moctezuma para que haga todo lo que vosotros quisiéredes”? En otra ocasión mandó decir a los defensores que no podrían salir en busca de comida y morirían de hambre, mas los mexicas respondían “que ellos no tenían necesidad”, y cuando la tuviesen, que de nosotros y de los Tascaltécatl comerían. Y uno de ellos tomó unas tortas de pan de maíz, y arrojólas hacia nosotros diciendo: “Tomad y comed, si tenéis hambre, que nosotros ninguna tenemos”, y comenzó luego a gritar y a pelear con nosotros». No existía la menor posibilidad de llegar a un arreglo: la batalla de México-Tenochtitlan seguiría hasta sus últimas consecuencias.

Antes de proceder a la destrucción de Tacuba, incendiada en desquite de la noche en que «nos hicieron muy cruel guerra y nos mataron muchos españoles» en ese pueblo, Cortés y sus hombres subieron a la torre del adoratorio, espléndido divisadero. «Estaban admirados, dice Bernal, pues desde que vieron la gran ciudad de México y la laguna, y tanta multitud de canoas que unas iban cargadas con bastimentos y otras andaban a pescar, y otras vacías, mucho más se espantaron y dijeron que nuestra venida a ésta Nueva España no era cosa de hombres humanos, sino que la gran misericordia de Dios nos tenía y amparaba, y que otras veces han dicho que no se acuerdan haber leído en alguna escritura que hayan hecho ningunos vasallos tan grandes servicios a su rey como son los nuestros». Al contemplar los puentes y calzadas de la Noche Triste, Cortés — dice Bernal—, «suspiró con una gran tristeza, muy mayor de la que antes traía». Y del suspiro aquél nació un cantar:

En Tacuba está Cortes
con su escuadrón esforzado,
triste estaba y muy penoso,
triste y con gran cuidado,

una mano en la mejilla
y la otra en un costado.

Mientras ardía el caserío de Tacuba un soldado, de nombre Alonso Pérez, se le acercó y le dijo:

Mira Nerón, de Terpeya,
a Roma cómo se ardía...

Y Cortés respondió que su tristeza venía no sólo de eso «sino de pensar en los grandes trabajos en que nos habíamos de hacer hasta tornar a señorear (a la ciudad), y que con la ayuda de Dios lo pondríamos por obra». Fe intacta, no obstante la colosal empresa pendiente. «Que nuestra venida a esta Nueva España no era cosa de hombres humanos», escribió Bernal. «Ciertamente no era cosa de hombres humanos» la hazaña castellana. Pero tampoco era de «hombres humanos» la gesta de los defensores. Hermoso prólogo al acta de nacimiento de México.

Al volver Cortés a sus cuarteles halló otro tipo de contratiempos, en este caso la enésima conspiración, ahora encabezada por un tal Antonio de Villafaña, hombre de Velázquez, en concierto con gente de Narváez. Mediante un soplón o chivato supo que los conspiradores proyectaban matarlo a puñaladas, y sin pensarlo dos veces se apersonó en casa del jefe; le dio tiempo para confesarse, y le hizo colgar en la misma casa. Muerto Villafaña, Cortés «disimuló» con los demás inodados para no reducir sus efectivos, y con eso terminó el asunto. Entre los rigores de su justicia, y la de Cuauhtémoc, no era cosa de acabar con el ejército.

El 5 de abril emprendió Cortés nueva batida sobre los pueblos de la ribera con 300 soldados y 30 de a caballo, amén de otros tantos al mando de Sandoval y 20,000 auxiliares indios. Marcharon primero sobre Calco (Iztacalco) en cuya cercanía, «un peñol muy alto y agro», durante varios días peleó hasta debelar resistencias. De aquí mandó llevar los heridos a Texcoco, sepultó a sus muertos, y con el resto siguió a Guastepeque (¿Oaxtepec?), en cuyas huertas descansó un par de días; de aquí a Yautepec, donde los naturales optaron por someterse, y por último a Coadnabaced (Cuernavaca). En este punto intentaron los pobladores cerrarle el paso —escribió—, mas al fin terminaron por ofrecerse «por vasallos de Vuestra Majestad, y los recibí por tales, y prometieronme de allí en adelante

ser siempre nuestros amigos. Estos indios, y los otros que venían a ser dar por vasallos de Vuestra Majestad, después de los haber quemado y destruido sus casas y haciendas, nos decían que la causa porque venían tarde a nuestra amistad era porque pensaban que satisfacían sus culpas en consentir primero hacerles daño, creyendo que hecho no teníamos después tanto enojo con ellos». Autoflagelación sintomática en el mundo mágico de conquistadores y conquistados. Lamentable que siga en el tintero la historia reveladora de la autoflagelación en México, escondite de no pocos misterios.

En Cuernavaca pasaron la noche los castellanos, y a la mañana siguiente emprendieron el regreso por tierras ásperas y faltas de agua. Algunos auxiliares indios perecieron entre roquedas y pinares, mas al fin bajaron al valle sobre «una gentil ciudad que se dice Suchimilco», edificada en la laguna, con habitantes nada dispuestos a recibirles amistosamente: los puentes alzados, albarradas en las calles, y sobre las armas, los guerreros. La primera fase del ataque resultó favorable, pues según Cortés en media hora consiguieron sus hombres apoderarse de la mitad de la ciudad, si bien los xochimilcas se valían de argucias —la de parlamentar inclusive—, en espera de auxilios de México-Tenochtitlan. Llegaron al fin éstos, y sobre Malinche dirigieron sus empeños para cogerle vivo. «Y como andábamos revueltos con ellos —dice Cortés—, y había muy gran prisa, el caballo en que yo iba se dejó caer de cansado, y como algunos de los contrarios me vieron a pie se revolvieron sobre mi, y yo con la lanza comencéme a defender de ellos; y un indio de los de Tlaxcaltécatl, como me vió en necesidad, llegóse a me ayudar, y él y un mozo mío que luego llegó levantamos el caballo». Según Bernal, en cambio, los guerreros mexicas consiguieron desmontarle y echarle mano, «y como aquello vieron los tlaxcaltecas y un soldado muy esforzado que se decía Cristóbal de Olea, natural de Castilla la Vieja, de tierra de Medina del Campo, de presto llegaron y a buenas cuchilladas y estocadas hicieron lugar, y tornó Cortés a cabalgar aunque bien herido en la cabeza, y quedó Olea muy mal herido de tres cuchilladas». En eso se apersonaron Andrés de Tapia y Cristóbal de Olid con sus hombres, y los aztecas se retiraron, mas apenas atendían los españoles a sus heridos cuando otras canoas llegaron, cargadas de guerreros. A las armas pues, de nuevo, para enzarzarse en tres días de lucha al fin de los cuales, los aztecas en retirada, el extremeño dispuso el incendio de Xochimilco. De «la gentil ciudad» quedaron sólo los cuarteles castellanos, escribió Cortés en su *Tercera Carta*, y también asienta que los guerreros aztecas llegaron con gritos de «¡México!» «¡México!»,

como en los encuentros deportivos de hoy. Merece la pena consignar que la derrota siguió a sus gritos, como en los encuentros deportivos de hoy.

En Xochimilco estuvo a punto de liquidarse la aventura de Hernán Cortés, milagrosamente a salvo gracias a Cristóbal de Olea, ángel guardián esa y otra vez, en la última fase de la batalla de México-Tenochtitlan, por más que nuestro hombre minimice la intervención de Cristóbal al atribuir el hecho a un indio tlaxcalteca y «un mozo mío, que luego llegó». Algunos historiadores de la Conquista atribuyen el desastre final de la resistencia mexicana al empeño azteca por coger vivos a los españoles, para sacrificarlos luego, en vez de matarlos en el campo de batalla. La explicación es buena en términos generales, y especialmente válida en el caso de Cortés, quien primero en Xochimilco y más tarde en el osado y fallido intento de abrirse paso hasta el centro ceremonial de Tlatelolco, habría muerto de no pretender los aztecas sólo apresarlos.

Cualquier mediano observador sabe que para los antiguos mexicanos la guerra era, sobre todo, ejercicio ritual, instrumental de ofrendas para el altar de Huitzilopochtli. La llamada «guerra florida» acentúa esa significación en el mundo azteca, mágica condición lo mismo de guerrear con naturales o con castellanos. Cabe decir, en pocas palabras, que si en la cultura occidental el fin inmediato de la guerra ha sido y es vencer al enemigo, y el mediano hacerse de un botín en el orden del poder económico o político, entre mexicanos el fin inmediato de la guerra era coger prisioneros, y el mediano convertirlos en ofrendas sacrificables. De lo cual resulta que si en concepto occidental es antijurídico e inmoral matar a los cautivos en el campo de batalla, y más aún en la retaguardia, eso mismo, entre los aztecas, habríase tenido como herejía pura y llana. No sólo los prisioneros de guerra sino también los vencidos de refilón — sus iguales en los pueblos—, fueron para los aztecas piezas vivas de un ceremonial: «ofrendas» destinadas a la mayor gloria de los dioses. Y que comieran posteriormente sus cuerpos no ha de inducirnos a error: el canibalismo no era ningún incipiente Sistema Alimentario Mexicano sino colofón del mismo ritual.

Terminada la batalla de Xochimilco, en llamas la ciudad, por Coyoacán volvió Cortés a Texcoco para dar los últimos toques al plan de poner sitio a la ciudad. Gonzalo de Sandoval satisfizo el encargo de proteger la marcha de ocho mil tlaxcaltecas, cargados con «tablazones e ligazones» de los bergantines, y Malinche «los salió a rescibir —dice Fernández de Oviedo—, e como es dicho extendíase tanto el hilo de la gente, que desde que los primeros comenzaron a

entrar en Tesaico (Texcoco), hasta que los postreros acabaron de llegar, pasaron más de seis horas sin quebrar el hilo de la gente». Ya en dique seco los bergantines, ordenó Cortés cavar una zanja o canal de media legua para comunicar dique y laguna, en cuya obra trabajaron durante mes y medio «ocho mil personas cada día», escribió al emperador. Terminada la zanja de dos estados de profundidad y anchura, chapeado y estacado el corte para evitar derrumbes, el extremeño adoptó las últimas medidas. Concebido el plan del sitio a México-Tenochtitlan, contaba ya con los medios de ejecutarlo. «Acabados los bergantines y puestos en esta zanja —informó a don Carlos—, el 28 de abril del dicho año (1521) hice alarde de toda la gente y hallé ochenta y seis de a caballo, ciento diez y ocho ballesteros y escopeteros, y setecientos y tantos peones de espada y rodela, y tres tiros gruesos de hierro, y quince tiros pequeños de bronce, y diez quintales de pólvora». Era el inventario para el asedio más prolongado en la historia del Nuevo Mundo.

Dispuestos los medios de guerra —o sea los bergantines, armas, caballos y soldados—, sólo faltaba sentar las normas militares disciplinarias, y para eso mandó Cortés pregonar la ordenanza: que nadie osara blasfemar de Nuestro Señor, de su Santa Madre ni de los santos apóstoles; que nadie maltratara a los aliados indios en sus personas y bienes, aún en el caso de haberseles cogido éstos en el curso de la guerra; que nadie saliese del real por la noche o el día bajo excusas de ningún género; que nadie dejase de llevar sus armas bien dispuestas, y acolchadas antiparras y rodelas para no exponerse a lanzas, flechas, macanas y piedras enemigas; y, por último, que nadie durmiera sin tener sus armas al punto, vestidos todos y calzadas las alpargatas, salvo notorias heridas o enfermedades, para estar aparejados de hacerles guerra. A continuación trazó las formaciones de combate: en cada uno de los bergantines un capitán, doce ballesteros y escopeteros y doce remeros; Pedro de Alvarado, jefe de ciento cincuenta soldados, treinta de a caballo, dieciocho escopeteros y ballesteros y ocho mil tlaxcaltecas con sus capitanes; Cristóbal de Olid, jefe de ciento cincuenta soldados, veinticuatro de a caballo, catorce escopeteros y ballesteros, y ocho mil indios de Chalco y Huejotzingo.

Todo estaba dispuesto. En lo personal se asignó el mando de la pequeña flota, y según Gomara dirigió a sus soldados estas palabras: «Hermanos y compañeros míos, ya veis acabados y puestos a punto aquellos bergantines, y bien sabéis cuánto trabajo nos cuesta, y a costa de cuánto sudor de nuestros amigos hasta haberlos puesto aquí. Una gran parte de la esperanza que tengo de

tomar en breve a México está en ellos, porque con ellos, o quemaremos pronto todas las barcas de la ciudad, o las acorralaremos allá dentro de las calles, con lo cual haremos tanto daño a los enemigos cuanto con el ejército de tierra, pues menos pueden vivir en ellas sin comer. Cien mil amigos tengo para sitiar a México, que son, según ya conocéis, los más diestros y valientes hombres de estas partes. Para que no os talle la comida, todo está provisto muy cumplidamente. Lo que a vosotros toca es pelear como soléis, y rogar a Dios por la salud y la victoria, pues es suya la guerra».

Todo estaba previsto para «que no os falte la comida», decía Cortés pero ¿qué comían los conquistadores? Nadie, salvo Fernández de Oviedo, que yo sepa, se ha tomado el cuidado de puntualizar las penalidades castellanas desde el punto de vista gastronómico. Sabemos qué comían, pues obviamente, hallaron en el país gallinas, «gallos de papada» (guajolotes), pescado en la costa o en ríos y lagunas, carnes rojas de caballos malheridos y animales silvestres, frutas tropicales sobre todo, «pan de maiz» (concepto común a tortillas y tamales), y nada más. Con salsas como el *chilimole*, de la que Bernal nos habla, no podrían sus paladares, y para beber, agua solamente. Fernández de Oviedo, de seguro amante de la buena mesa, destina líneas encantadoras de su *Historia General y Natural de las Indias* a describir las penas de aquellos hombres, faltos de «pan e vino e los otros mantenimientos todos de España», entre los que el célebre cronista pensaría, sobre todo, en arroces y productos derivados del cerdo. Con haber sido grandes las penas de César y Viriato —agrega—, no eran de compararse, pues el primero «hobo sus batallas y victorias en provincias e partes pobladas e proveídas e de las mejores del mundo», en tanto que el segundo se mantuvo dentro de España. César y Viriato tuvieron a su alcance pan y vinos, en tanto que Cortés y los suyos, en climas y regiones tan hostiles, apenas dispusieron «de las aguas de muchas maneras e diferentes sabores, e así de las otras cosas de que los cuerpos humanos han de ser alimentados... faltando el médico y el cirujano, y el lecho e otras cosas tan necesarias como la vida las pide». Don Gonzalo sabía de esas carencias, pues de joven anduvo en las Indias, y por eso recordaba con infinita pena, como buen gastrónomo, los tiempos en que vióse privado de «aquellos manjares que primero usaron nuestros estómagos así en el gusto como en la digestión».

El 1.º de mayo partieron de Texcoco Alvarado y Cristóbal de Olid para situarse

en las posiciones asignadas, y tres días más tarde batió el Tonatiuh a los guardianes del manantial de Chapultepec, única fuente de agua dulce para el uso de la ciudad, e hizo pedazos los caños conductores. El jueves de Corpus salió Gonzalo de Sandoval para Iztapalapa en tanto que Cortés, con sus bergantines, se aproximaba a una eminencia contigua, seguramente el cerro de La Estrella, defendido por varios escuadrones mexicas. Mientras Sandoval combatía y quemaba casas en la ciudad, una flotilla de canoas indias se aproximó en apoyo de los guerreros, y Malinche salió a su encuentro con los bergantines. «Plugo a Nuestro Señor que estando mirándonos los unos a los otros vino de tierra un viento muy favorable para embestir con ellos», escribió en su *Tercera Carta*, gracias al cual consiguió hundir las pequeñas embarcaciones enemigas, cuyos ocupantes perecieron ahogados o alanceados en el agua. No le faltaban auxilios providenciales: cuando no el apóstol Santiago, «un viento muy favorable para embestir con ellos».

Confiaba Malinche en la falta de agua y mantenimientos para debelar la resistencia, mas como los defensores se las arreglaban para introducir por la noche los vitales elementos, dispuso que los bergantines patrullasen hasta el alba, y los mexicas tuvieron que renunciar al relativo alivio. Durante el mes de junio el fiel de la balanza se inclinaba en favor de los castellanos, y como ha sido siempre, es y será, en esa medida creció el número de sus amigos. Cada día llegaban al palacio del nuevo rey de Texcoco muchos caciques comarcanos «con la determinación de ser en nuestro favor y pelear con los de México», escribió Cortés al dar testimonio del gran olfato político de aquellos señores, precursores del sabio y mexicanísimo sistema de «la cargada». El nuevo rey don Fernando era activo promotor, al extremo de que su pariente Ichtlixóchitl se sumó a los castellanos con treinta mil guerreros de fresco, y de Chalco, Maninalco, Otumba y otros lugares llegaron también refuerzos. Cortés rendía tributo de admiración a don fernando, su creatura, al escribir: «Bien podrá Vuestra Majestad considerar si era buen socorro y buena amistad la de don Fernando, y lo que sentirían los de Temixtitán al ver venir contra ellos a los que tenían por vasallos y por amigos, y por parientes y hermanos, y aún padres e hijos». Mal se sentirían, en verdad, al ver llegar contra ellos a sus amigos, parientes, padres e hijos. Pocas veces se ha consignado en tan pocas líneas descripción tan exacta de humanas debilidades. De haber sabido latín, los aztecas habrían repetido el clásico ¿Tu quoque, Brutus?, de Julio César, si bien es de suponerse que en náhuatl dijeran algo por el estilo.

Principiaba a combatirse en la ciudad propiamente dicha, pues los hombres de Alvarado, sobre todo, abriéndose paso a sangre y fuego por las calzadas, llegaron casi a los grandes centros ceremoniales, en tanto que las tripulaciones de los bergantines desembarcaban lo preciso para poner en llamas casas y pequeños adoratorios. Tan promisorias resultaban las operaciones de toma y daca que llegó a pensarse en formalizar un golpe decisivo sobre el mercado y los templos de Tlatelolco, centro ceremonial y comercial de la ciudad. Mas ¿quién fue el responsable del funesto proyecto? Madariaga proporciona vivido relato de las rivalidades entre los hombres de Alvarado y los de Cortés, consecuencia de los mayores éxitos de Pedro en las operaciones ofensivas, y es de suponerse que la rivalidad no fuera sólo coasa de la tropa sino de sus respectivos capitanes, humano pique en hombres de todas razas y latitudes. A diario se sucederán sorprendentes ataques frontales, audaces golpes de Alvarado, con gala de valor y arrojo. «Pero cuando los dioses se empeñan en descargar un desastre sobre los hombres —escribe Madariaga—, siempre pueden contar con que los hombres se prestarán para ayudarles. Cortés halló su real inquieto y conturbado, y no por la resistencia de Guatemozin sino por los éxitos de Alvarado. Los de Cortés estaban resueltos a llegar al Trianquiztli (Tlatelolco) antes de que los de Alvarado les arrebatasen tal honor. Estos a su vez ejercían sobre su capitán una presión idéntica». Cortés —agrega—, cedió finalmente porque «era un hombre sensible a lo que hoy llamamos opinión pública, y también porque al portavoz de la opinión pública, en esa ocasión era Alderete, a quien, como tesorero real, ponía cuidado en complacer. Pero aunque estos factores contribuyeron a su decisión... lo que le determinó a atacar la ciudad fue sin duda la fuerte impresión que había hecho en su ánimo el avance notable de Alvarado, y el consecuente temor de que su lugarteniente le arrebatase la gloria de la primera entrada».

La explicación del polígrafo gallego caza con el relato de Cortés, pues en su *Tercera Carta* dice que tanto a él como a Alvarado les «ahincaban muy recio (sus respectivos hombres) que por una de las tres calles que iban a dar el mercado entrásemos porque no teníamos resistencia». Agrega que él «disimulaba» para no hacerlo, por los muchos inconvenientes y peligros, ya que «para entrar en el mercado había infinitas azoteas y puentes y calzadas rompidas, y en tal manera que en cada casa por donde habíamos de ir estaba hecha como isla en medio del agua». Y sin embargo aún Cortés, capaz de medir y pesar cada una de sus palabras, deja en la carta constancia de su verdadero estado de ánimo ante los crecientes éxitos de Alvarado, pues al hablar de la tarde en que fue al

real del Tonatiuh, para reprenderle por una acción en que padeció gran desbarato, confiesa: «Y como yo llegué a su real, sin duda me espanté de lo mucho que estaba metido en la ciudad, y de los muchos pasos y puentes que les había ganado; y visto, no le imputé tanta culpa como antes parecía tener».

Si Cortés volvió a su real «espantado», como él dice, por los éxitos de su lugarteniente, no es preciso ser un lince para concluir que volvió también resuelto a birlar a su rival la gloria de llegar primero a Tlatelolco. Mas como fracasó al ataque, y de la acción salieron milagrosamente vivos ambos, se explica que en su carta al emperador negara la paternidad de la idea: «Y como los españoles veían tanta dilación en esto —escribió amañadamente—, y que había más de veinte días que no se dejaba de pelear, importunábanme en gran manera que entrásemos y tomásemos el mercado porque, ganado, a los enemigos les quedaba poco lugar por dónde se defender, y que si no quisiesen dar, que de hambre y sed se morirían porque no tenían más de beber que sino agua salada de la laguna. Y como yo me excusaba, el tesorero de Vuestra Majestad me dijo que todo el real afirmaba aquello, y que lo debía hacer... y al fin tanto me forzaron que yo concedí que se haría en ese caso lo que yo pudiese, concertándome primero con la gente de los otros reales». Pudo ser de ese modo, si bien su testimonio merece poco crédito. Es corriente cargar culpas sobre hombros ajenos cuando las cosas no resultan bien.

Mas demos un paso atrás, para hablar del ataque del 30 de junio por el agua y las calzadas, con apoyo de más de tres mil canoas de indios aliados, sobre las calles que daban a Tlatelolco, en una de las cuales, la de Tacuba, los españoles se adueñaron de los primeros puentes y albarradas. Para mantener segura su retaguardia, mandó Cortés cegar canales y reparar puentes conforme avanzaban sus hombres, mas al calor del combate se descuidaron esas precauciones, y en cuanto sobrevino el contraataque las consecuencias no se hicieron esperar: examinaba Cortés uno de los puentes, mal cegados con cañas y madera, cuando vio venir a los suyos en gran huida sobre la calzada, «y los enemigos como perros dando en ellos». Al llegar al puente cedieron cañas y maderas al peso de los combatientes, y ya en el agua dieron los aztecas cuenta de ellos. Cortés y sus compañeros batieron a los atacantes con escasa fortuna, pues poco o nada consiguieron, y en cambio él mismo cayó en poder de los guerreros. Por un momento, pero estuvo en sus manos. De no ser, porque «Dios Nuestro Señor quiso ayudarle», dice Bernal, y el soldado Cristóbal de Olea acabó a estocadas con los cuatro atacantes a cambio de caer con el cráneo hendido a golpes de

macana, en ese momento habría terminado la batalla de México-Tenochtitlan. Milagrosamente liberado se incorporó a los suyos, y con ellos ganó primero la calle de Tacuba y luego los bergantines. Durante la retirada, los indios arrojaban al paso de Cortés cabezas de cristianos, gritándoles que eran despojos de sus capitanes, y lo mismo hacían con Pedro de Alvarado. Bernal, que iba con Tonatiuh, cuenta cómo a su paso tiraron dos cabezas diciéndoles «allí tenéis las cabezas de Malinche y Sandoval; conocedlas bien ¡así os mataremos a todos!»

Faltaba solamente el colofón a nivel del insólito episodio. No llegaban aún los castellanos a sus reales de Texcoco y Tacuba, y ya escuchaban el mensaje de caracoles y atabales. Así lo consigna el Códice Florentino: «Comienza luego el estruendo, empiezan a tañerse flautas; golpean y blanden los escudos los que están para afrontar la guerra; persiguen a los españoles, los acosan, los atemorizan: luego atraparon a quince españoles; los llevaron y sus barcas retrocedieron y fueron a colocarles al centro de la laguna. Y cuando completaron diez y ocho cautivos: tenían que ser sacrificados allá en Tlacoachalco. Al momento los despojan, les quitan las armaduras, sus cotas de algodón y todo cuanto tenían puesto. Del todo los dejaron desnudos. Luego así, ya convertidos en víctimas, los sacrifican. Y sus congéneres estaban mirando, desde las aguas, en qué forma les daban muerte».

«Y sus congéneres estaban mirando desde las aguas», dice el Códice, en ejemplar pincelada sin retoques. Cualquier afeite perjudica la seca belleza del drama. «Y tañían en atambor —escribió Díaz del Castillo—, el más triste sonido, como instrumento del demonio, y retumbaba tanto que se oyera a dos leguas, y juntamente con él muchos atabalejos y caracoles, y bocinas y silbos». ¡Qué retumbar! En la tranquilidad de su casa de Guatemala, mientras escribía la estupenda página de su *Historia Verdadera*, Bernal aún oía los atabales del Templo Mayor.

3. Muerte y Transfiguración.

Mas algo faltaba todavía: el auto sacrificial en el altar de Huitzilopochtli. A bordo de los bergantines oían atabalejos y bocinas, caracoles y silbos, mas ya en tierra firme vieron cómo sus compañeros subían a lo alto del templo, y con plumas multicolores en sus cabezas, obligados a danzar. Dejemos el relato a la pluma del soldado, relator único y genial de la angustia compartida: «Y desde que ya los

tuvieron arriba, en una placeta que se hacía en el adoratorio donde estaban sus malditos ídolos, vimos que a muchos de ellos les ponían plumajes en las cabezas, y con unos como aventadores les hacían bailar delante del Uichilobos, y después que habían bailado luego les ponían de espaldas encima de unas piedras algo delgadas que tenían hechas para sacrificar, y con unos navajones de pedernal les aserraban por los pechos y les sacaban los corazones bullendo, y se los ofrecían a los ídolos que allí presentes tenían, y a los cuerpos dábanles con los pies por las gradas abajo; y estaban aguardando abajo otros indios carniceros, que les cortaban brazos y pies y las caras desollaban, y las adobaron después como cueros de guantes, y con sus barbas las guardaban para hacer fiestas con ellas cuando hacían borracheras, y se comían las carnes con *chilmole*, y de esa manera sacrificaron a todos los demás, y les comieron las piernas y brazos, y los corazones y sangre ofrecían a sus ídolos, como dicho tengo, y los cuerpos que eran las barrigas y tripas echaban a los tigres y leones y serpientes y culebras que tenían en la casa de las alimañas». Prodigioso espectáculo de luz y sonido, si bien Cortés lo consigna secamente en su *Tercera Carta*: «Desnudos los sacrificaron y abrieron sus pechos, y les sacaron los corazones para ofrecer a sus ídolos; lo cual los españoles del real de Pedro de Alvarado pudieron ver bien de donde peleaban, y en los cuerpos desnudos y blancos que vieron sacrificar conocieron que eran cristianos».

Del «Día Triste» salió el Malinche herido en una pierna, milagrosamente con vida gracias al sacrificio de Cristóbal de Olea, pero ¿qué significaba eso junto a treinta y cinco castellanos y mil indios aliados muertos? ¿Qué al lado de sesenta y seis de los suyos, según él cogidos vivos, y qué al lado de tantísimos heridos y tantas ballestas, espadas y escopetas perdidas? Victoria a la altura de los vencedores, desastre digno de los vencidos, eso fue la acción de Tlatelolco. Una noche y otra oyeron los españoles la algarabía de México-Tenochtitlan: como si aquellos guerreros, hambrientos, vencidos de hecho, recuperaran alegría y rabias ancestrales. «Regocijo de bocinas y atabales que parecía que se hundía el mundo», escribió Cortés al emperador Carlos.

La fortuna dejaba de mirar con ojos amorosos a su hijo predilecto. Ahora no sabía Cortés hasta dónde podrían rechacerse los mexicas, pues el episodio pesaría sin remedio en el ánimo de sus aliados indios. Para colmo los de la ciudad evadían el cerco, y mediante ágiles corredores esparcían la noticia del descalabro. Por los pueblos llevaban no actas de escribano, pero sí cabezas sangrantes en testimonio de la verdad. Algo consiguieron con los de Metalcingo

y Maninalco, pues principiaron a guerrear con los aliados, y Cortés, pese a mayores urgencias, mandó a Sandoval con soldados y caballos en auxilio de sus amigos: independientemente del objetivo supremo, debelar la resistencia de México-Tenochtitlan, no arriesgaría ciertas fidelidades a sus espaldas. Mientras, sus embajadas de paz topaban con la decisión azteca de luchar hasta el fin. Perdía el tiempo Cortés al decirles una y otra vez que no levantaría sus reales, ni volvería a Castilla sin someterles al vasallaje de su emperador; que para eso les daría guerra por tierra y por agua; que Sandoval había dado buena cuenta de los rebeldes en Metalcingo y Maninalco; que habían de abandonar toda esperanza de socorro y disponerse a morir de hambre y sed entre las ruinas de su ciudad. Todo inútil. Durante alguna de las conversaciones de paz un mexica se sentó plácidamente, a modo de ser visto, y comió de su itacate. Con eso daba a entender que por hambre-no se rendirían. «Y cuantas más de esas cosas les decíamos menos muestras veíamos en ellos de flaqueza, mas antes en el pelear y en todos sus ardides los hallábamos con más ánimo que nunca», confiesa Cortés. Y viendo que los de la ciudad se mostraban «tan rebeldes y con la mayor muestra y determinación de morir que nunca generación tuvo», resolvió aplicar la estrategia de tierra quemada: destruir cada casa y cada templo conforme se ganasen «por manera que no fuésemos un paso adelante sin dejar todo asolado, y lo que era agua hacerlo tierra firme». Nada: tierra firme lo que fuera agua. Los aliados no cabían en sí de júbilo. Arrasar la ciudad maldita era, para ellos, compensar muchos años de muertes, expoliaciones y tributos; «era la cosa más deseada del mundo», escribió Cortés. Para eso allegarían ciento cincuenta mil guerreros. De México-Tenochtitlan no quedaría piedra sobre piedra.

Y principió la acción sin miramientos, derribando, quemando, cegando los canales. «Y los de Tlaxcala, Acolhuacán, Chalco, luego llenaron el canal, y de esta manera prepararon el camino —dice el Códice Florentino—. Echaron allá adobes, maderamiento de las casas, los dinteles, las jambas, los pilares, las columnas de madera. Y las cañas que cercaban también al agua las arrojaron. Cuando así se hubo cegado el canal, ya marchaban los españoles; cautelosamente van caminando: por delante va el pendón; van tañendo sus chirimías, van tocando sus tambores. A su espalda van en fila los tlaxcaltecas todos, y todos los de los pueblos (aliados). Los tlaxcaltecas se hacen my valientes, mueven altivos sus cabezas, se dan palmadas sobre el pecho. Van cantando ellos, pero también cantando están los mexicanos. De un lado y de otro se oyen cantos. Entonan los cantares que acaso recuerdan, y con sus cantos se

envalentonan». Corrían los últimos días de los setenta y cinco que duró la batalla. Los castellanos combatían; los aliados allanaban, y la caballería cubría la retaguardia.

Alguna vez simularon los españoles retirarse, y los aztecas fueron en su seguimiento sin sospechar la celada: al llegar a una bocacalle dióse la señal, y los guerreros quedaron entre dos fuegos, alancedados al grito de Santiago. Sobre quinientos mexicas mordieron el polvo, y aquella noche escribió Cortés, «tuvieron bien qué cenar nuestros amigos, porque todos los que se mataron tomaron y llevaron hechos piezas para comer». Llanamente, sin dorar la píldora, comunicaba a su rey y señor los pormenores del festín macabro, mas ¿cabía impedirlo? Cabría seguramente, mas Cortés prefirió no intentarlo.

Encontrándose en Chimalhuacán, durante los primeros días de la batalla de México, cuenta Bernal Díaz que más de 20,000 indios amigos llegaron a engrosar las filas castellanas, y agrega que nunca, desde su llegada a la Nueva España, vio más gente de guerra prestarse a batallar junto a los españoles. Y en el mismo texto aduce el soldado la razón: «Ya he dicho otra vez que iba tanta multitud de ellos a causa de los despojos que había de haber, y lo más cierto por hartarse de carne humana si hubiese batallas, porque bien sabían que las había de haber, y son a manera de decir como cuando en Italia salía un ejército de una parte a otra y le siguen cuervos, milanos y otras aves de rapiñas que se mantienen de los cuerpos muertos que quedan en el campo, después que se daba una muy sangrienta batalla; así he juzgado que nos seguían tantos millares de indios». Hoy, cualquier sabio marxista rubricaría este anticipo de interpretación económica de la historia.

Claro que —y Madariaga lo puntualiza—, no faltaban razones económicas para tolerar y permitir las prácticas caníbales. «El ejército de Cortés no era mera formación de soldados —escribió don Salvador—; más exacto sería definirlo como una colectividad ambulante. A cada capitán o soldado seguía una especie de “casa” propia, compuesta de naborías o criados tlaxcaltecas o cubanos, así como una o varias mujeres, especie de harén u hogar privado, amén de cierto número de esclavos, mujeres y muchachos, ya para servicio, ya para intercambio y rescate. Así pues, los seiscientos hombres de Cortés implicaban unas tres mil personas. Esa cantidad de gente tenía que pesar económicamente sobre cualquier país donde viniera a instalarse, y no había otro modo de aliviar la presión que hacer de cuando en cuando una salida a territorio enemigo». Aunque Cortés hable del canibalismo autóctono con asco moral y celo religioso, lo admitía

como práctica normal en ocasiones anormales. Ciertamente no pueden minimizarse las circunstancias. Sabemos que en el último cuarto del siglo xx, los sobrevivientes de un avionazo, en las alturas nevadas de los Andes, practicaron la antropofagia. Y el mundo se conmovió horrorizado, pero buscó y encontró disculpas.

Volviendo al cerco de México-Tenochtitlan, cuenta Cortés que por algunos indios, apresados al salir en busca de hierbas y raíces para engañar el hambre, supo cuán miserable era la situación interna, y eso le resolvió a no darles descanso. Correcta información, confirmada por los testimonios del Códice Florentino: «Y todo el pueblo estaba angustiado —se lee en el libro XII—; padecía hambre, desfallecía de hambre. No bebían agua potable, agua limpia, sino que bebían agua de salitre. Muchos hombres murieron; murieron a resultas de la disentería. Todo lo que se comía eran lagartijas, golondrinas, la envoltura de las mazorcas, la grama salitrosa. Andaban masticando semillas de colorín, y andaban masticando lirios acuáticos, y relleno de construcción, y cuero de venado. Lo asaban, lo requemaban, lo tostaban, lo chamuscaban y lo comían. Algunas hierbas ásperas y aún el barro. Nada hay como este tormento: tremendo es estar sitiado. Dominó totalmente el hambre. Poco a poco nos fueron repegando a las paredes; poco a poco nos fueron haciendo ir retrocediendo». No cabe describir más bellamente la agonía de México-Tenochtitlan.

Mientras los mexicas cedían, sus enemigos ganaron la calle de Tacuba; quemaron las casas de Cuauhtémoc, y el gran téul estableció comunicación con Alvarado. Naufragaba la última esperanza de los defensores, y sin embargo, mientras los indios aliados destruían cuanto hallaban a su paso en forma que «daba lástima ver» —son palabras de Cortés—, aún los guerreros les afrentaban y provocaban: que no pararan, que acabaran con todo puesto que sobre ellos pesaría la reconstrucción: sobre sus espaldas, ya fuera al servicio de sus antiguos o de sus nuevos señores. Plugo a Dios, leemos en la *Tercera Carta*, que quienes tuvieron que reconstruir la ciudad no fueran los indios aliados sino los autores del pronóstico. Finalmente, en operación concertada, las fuerzas de Cortés y Alvarado convergieron en el codiciado objetivo: el mercado y plaza de Tlatelolco. En los adoratorios circundantes, en sus altares, encontró Cortés cabezas de tlaxcaltecas, de españoles, de caballos. Y de sus torres vio también cómo su gente dominaba las siete octavas partes de la ciudad. Por las calles encontraba, roídas, cortezas y raíces de árboles, y al ver hacinados en tan corto

espacio tantos miles de hombres, mujeres y niños «con mucha lástima y dolor por el daño que en ellos se hacía», volvió a pregonar ofertas de paz, desoídas como las anteriores: ellos morirían peleando, «y de todo lo que tenían no habíamos de haber ninguna cosa, y que lo habían de quemar y echar al agua donde nunca pareciese». Aunque Cortés mandó bajo severas penas que no se hiciese daño a mujeres, niños y tanta gente miserable como llenaba las calles, «trespasados y flacos, que era la mayor lástima del mundo de los ver», no era posible contener la fiebre de matanza y de pillaje. Siglos antes que la Alemania de Hitler, México-Tenochtitlan consumaba su crepúsculo de los dioses.

Pedro de Alvarado conquistó otro barrio, y los muertos y prisioneros pasaron de doce mil, con los cuales «daban tanta crueldad nuestros amigos que por ninguna vía a ninguno deban la vida». Entre lo poco aún en pie caminaban los defensores sobre sus muertos. Día hubo, según Cortés, que se prendieron y mataron más de 40,000 ánimas, «y era tanta la grita y lloro de los niños que no había persona a quien no quebrantase el corazón, y ya nosotros no teníamos más qué hacer que estorbar a nuestros amigos que no matasen ni hiciesen tanta crueldad, que nunca en generación tan recia se vio». No lo podía evitar, y no podía porque los castellanos eran cientos y los aliados indios pasaban de 150,000. Pero en las horas de tan cruento batallar no perdía de vista Malinche otro tipo de problemas, el del pillaje que perpetraron sus aliados indios sobre todo, en detrimento de su participación, la de su gente y del emperador «en la mucha riqueza que en esta ciudad había».

Eso, y el justificado temor de que sus soldados temblasen por desfallecer, explica que Cortés insistiera una vez y otra en embajadas de paz. Mediante un noble mexica preso, señor muy principal y tío de don Fernando, rey de Texcoco, allegó a Cuauhtémoc las nuevas ofertas, mas el emisario pagó los platos rotos en la piedra sacrificial en tanto que los guerreros, «con grandísimos alaridos decían que no querían sino morir, y comenzaron a nos tirar varas, flechas y piedras». Por su parte, los soldados temían acabar como el emisario y tantos de sus compañeros. Valeroso como era, probado en cien batallas, Bernal nos deja saber sus cuitas: «Y como cada día veía llegar a sacrificar a mis compañeros, y había visto cómo los aserraban por los pechos, y sacaran los corazones bullendo, y cortarles pies y brazos... temía yo que un día que otro me habían de hacer lo mismo, porque ya me habían asido dos veces para me llevar a sacrificar, y quiso Dios que me escapé de su poder; y acordándome de aquellas feísimas muertes, y como dice el refrán que cantarillo que muchas veces va a la fuente etc.» Que los

soldados recordaran tan a la letra el refrán era preocupante, y éralo también que el tesoro de los aztecas se esfumara sin remedio.

Urgía, pues, un último y desesperado esfuerzo para debelar la resistencia, y el 13 de agosto proyectó Cortés el ataque definitivo. Dispuso que Alvarado se ubicara en Tlatelolco; emplazó la artillería, alistó los bergantines y pregonó que al oír un tiro de escopeta los castellanos y sus aliados atacaran frontalmente la pequeña porción urbana en poder de los defensores. No le importaban pérdidas, mas sí la posibilidad de que pudiese escapar el joven Tlacatecuhtli para continuar la resistencia en los pueblos comarcanos. El fin de la guerra y del imperio azteca podía no coincidir con la caída de México-Tenochtitlan, pero sí con la prisión de Cuauhtémoc. Ni como mal pensamiento admitía se le fuese de las manos. Agonizaba la ciudad, y en el relato del Códice Florentino se consignó el último presagio: «Una gran llama apareció en el cielo. Llovían, al anochecer, cuando el fuego aquel dejóse ver como llegado del cielo, restallando en brasas. Retumbaba, chisporroteaba con ruidos, como tubo metálico en el fuego». En tanto que los sacerdotes interpretaban el fenómeno, Cortés desencadenó el ataque.

Imposible que los defensores resistieran el turbión de hierro y venganza. Unos luchaban entre cadáveres recientes o putrefactos; otros caían al agua y se ahogaban, o se dejaban ahogar; mujeres y niños famélicos se acogían temerosos a la protección de los téules; guerreros aún firmes en las últimas albarradas y azoteas. Paulatinamente amainaron los ruidos, y la ciudad se llenó de silencio como barco maltrecho al posar en el fondo de las aguas. Los bergantines castellanos navegaban junto a canoas indias con sus mudos ocupantes. Era el fin del mundo. De un mundo. En México-Tenochtitlan saltaban en pedazos los relojes.

Cortés mandó que Gonzalo de Sandoval fuese con sus bergantines a donde suponía estar el Uei Tlatoani «con toda la flor de sus capitanes y personas más nobles que en México había», dice Bernal. Le ordenó no matar ni herir, «salvo si le diesen guerra, y aunque se la diesen, que solamente se defendiese y no les hiciese otro mal», y acto seguido subió al adoratorio de Tlatelolco para atestiguar el fin. Sólo que Cuauhtémoc tenía resuelto continuar la resistencia en tierra firme —así lo suponía el extremeño—, y en canoas previamente dispuestas embarcó para «irse a meter en unos carrizales, y desde allí a tierra, y esconderse en otros pueblos», escribió el mismo Bernal. Consigo llevaba oro y joyas, familia y mujeres, mas no era fácil escapar. Según testimonia el cronista y

testigo, quien primero avistó la sospechosa formación de canoas indias fue Sandoval; mandó perseguirlas a un tal Garci-Holguín, y éste les dio alcance. Amenazaba el jefe bergantinerero a sus ocupantes con ballestas y escopetas cuando el Tlatoani se adelantó: «No tires —dijo— que soy el rey de la ciudad y me llamo Guatemuz; lo que te ruego es que no llegues a cosas más de cuantas traigo, ni a mi mujer ni parientes, sino llévame luego a Malinche». Al cazar el águila en pleno vuelo, Garci-Holguín cogía su minúsculo pedazo de gloria en la gran tragedia.

Pasó Cuauhtémoc al bergantín castellano, y captores y prisioneros enfilaron a Tlatelolco, mas durante la travesía llegó Sandoval y exigió la entrega del monarca. Personalmente quería llevarlo ante Cortés, mas Garci-Holguín se opuso, y a media laguna surgió la disputa entre los dos conquistadores: ambos querían dejar su nombre en el epitafio de México-Tanochtitlan. «Y después que Cortés lo supo, termina el relato Díaz del Castillo, despachó luego al capitán Luis Marín y a Francisco Verdugo que llamasen a Sandoval y a Holguín, así como venían en sus bergantines, sin más debatir, y trataran a Guatemuz y mujer y familia con mucho acato, porque él determinaría cuyo era el prisionero y a quién se le había de dar la honra de ello; y entretanto que lo llamaron mandó aparejar un estrado lo mejor que en aquella sazón se pudo haber, con petates y mantas y asentaderos, y mucha comida de la que Cortés tenía para sí; y luego vino Sandoval y Holguín con Guatemuz, y le llevaron entrambos dos capitanes ante Cortés; y de que se vió delante de él le hizo mucho acato, y Cortés con alegría le abrazó y le mostró mucho amor a él y a sus capitanes; y entonces Guatemuz dijo a Cortés: “Señor Malinche: ya he hecho lo que soy obligado en defensa de mi ciudad y vasallos, y no puedo más, y pues vengo por fuerza y preso ante tu persona y poder, toma ese puñal que tienes en la cinta y márame luego con él”. Y esto cuando lo decía lloraba con muchas lágrimas y sollozos, y también lloraban otros grandes señores que traía consigo». Cortés le respondió «muy amorosamente», y reconoció su gran valor. Le pidió descansar su corazón, y le aseguró «que él mandaría a México y a sus provincias como antes. Y Guatemuz y sus capitanes dijeron que lo tenían por merced».

No difiere mucho la versión indígena del Códice Florentino. Según ésta, el joven Cuauhtémoc, el señor de Tacuba y sus nobles y principales fueron llevados a presencia de Cortés. «Y cuando los hubieron llevado hasta allá, cuando los hubieron desembarcado, luego vinieron a verlos los españoles. Lo toman, lo toman de la mano los españoles. Luego lo subieron arriba de la azotea y lo

colocaron frente al capitán éste se puso a verlo, lo ve detenidamente, le acaricia los cabellos a Cuauhtémoc. Luego lo sienta frente al capitán. Disparan cañones, pero a nadie le tocaban ya: los disparos pasaban sobre las cabezas de los indios». También el *Manuscrito Anónimo de Tlatelolco* deja caer sus palabras como crespones negros: «Ya no teníamos escudos, ya no teníamos macanas, ya no teníamos qué comer. Ya nada comemos, y toda la noche llovió sobre nosotros».

Cortés, por su parte, habla parcamente de la rendición de Cuauhtémoc, pues en su *Tercera Carta de Relación* se redujo a escribir: «De manera que desde ese día en que se puso cerco a la ciudad, que fué el 30 de mayo de dicho año, hasta que se ganó, pasaron setenta y cinco días, en los cuales Vuestra Majestad verá los trabajos, peligros y desventuras que estos sus vasallos padecieron, en los cuales mostraron tanto sus personas que (como) las obras que dan buen testimonio de ello».

De ese modo terminó la agonía de México-Tenochtitlan, y con ella una de las grandes hazañas de la historia. Que el gran téul no tomara la palabra al último Tlacatecutli, y le apuñalara con su cuchillo, carece de significación puesto que en el estrado aparejado con petates, mantas y asentaderos, morían al mismo tiempo el mancebo Cuauhtémoc y el joven Cortés. No uno, el de López Velarde, sino dos héroes a la altura del arte. Prolongar su existencia dejaría alguna sombra en la doble y prodigiosa experiencia vital. Hernán Cortés y Cuauhtémoc murieron ese martes 13 de agosto de 1521, día de San Hipólito.

¿Cabría empequeñecer la gesta, y tomar partido para regatear glorias a vencedores o vencidos? No por supuesto, pero el partido se tomó y se toma, y la gloria se asignó y se asigna arbitrariamente. Pocos admitimos que en ese día de San Hipólito el águila encontró a su cazador exacto. A su cazador exacto, no al grotesco homúnculo de mirada imbécil ideado por Diego Rivera para elevar sus bonos ante el gobierno de México y los turistas yanquis, sus patrocinadores. Que para pintarlo se le facilitaran los muros del Palacio Nacional no sorprende a nadie, pues el gobierno mexicano es y ha sido primer responsable de que en su amargo subconsciente nuestro pueblo arrastre la certeza de su bastardía. Al cabo de muchos años la escuela mexicana creó en algunos casos, y en otros fomentó, el «trauma de la Conquista». Y lo consiguió con tal éxito que hoy, en este país, casi todos se dicen hijos de héroes indios y españoles cretinos. Pero sobrecoge, eso sí, el inmundo Cortés de Rivera: tan repugnante que seguramente Diego se miró al espejo para pintarlo.

Una forma de la bastardía, públicamente decretada, consiste en decimos

latinoamericanos, americanos por el lado indio y latinos por el otro, para evitar llamarnos lo que somos. En charola de plata se nos entregaba la belleza sin par de nuestro nacimiento, y optamos por continuar la guerra.

Capítulo Séptimo

LOS BUENOS Y MALOS DÍAS

De cuatro a cinco meses acá la ciudad de Temixtitán se va reparando, está muy hermosa, y crea Vuestra Majestad que cada día se va ennobleciendo de tal manera que, como antes fue principal y señora de todas estas provincias, que será también de aquí en adelante.

CORTÉS: Tercera Carta de Relación.

1. El arranque de la nueva historia.

Preso Cuauhtémoc y sus principales se retiró Cortés a Coyoacán, lugar de su predilección, pues en lo que fuera México-Tenochtitlan todo era hambre y miseria, piedras dislocadas y cuerpos en estado de putrefacción «Fué tanta la gente muerta y sangre de indios derramada —dice Torquemada—, que se verifica en ellos lo que dice el psalmo de los que murieron dentro y fuera de Jerusalén, en la persecución de Antíoco, que corrían arroyos de sangre por las calles como puede correr el agua cuando llueve». Nadie podría acertar con el número de muertos, pues aunque se habló de cien mil, sólo entre mexicas, como dice Fernández de Oviedo, sabíase únicamente de los tirados en las calles, plazas y adoratorios, no de los ahogados y tampoco de «los sacrificados e comidos, cuyas sepulturas eran los cuerpos e vientres de los que quedaron vivos».

También los sobrevivientes abandonaban la ciudad, «tan flacos y amarillos y sucios y hediondos que daba lástima verlos», confirma Bernal Díaz, quien como Fernández de Oviedo y Torquemada compara la destrucción de México-Tenochtitlan con la de Jerusalén en tiempos de Antíoco, y subraya el macabro canibalismo de aliados y mexicas: «Y veíamos las casas llenas de muertos, y aún algunos pobres mexicanos entre ellos que no podían salir, y lo que purgaban de sus cuerpos era una suciedad como la que echan los puercos muy flacos que no comen sino hierba; y hallóse la ciudad toda como arada y secadas las raíces de las hierbas buenas, que habían comido cocidas hasta las cortezas de algunos árboles, de manera que agua dulce no la hallamos ninguna, sino salada. También quiero decir que no comían la carne de sus mexicanos, si no era de las nuestras o tlaxcaltecas que apañaban, y no se ha hallado generación en mucho tiempo que tanto sufriese la hambre y la sed y continuas guerras como estas». La pestilencia era insoportable al extremo de salir malo Cortés, «del hedor que se le entraba por

las narices».

El relato de Bernal supera con mucho el de otros cronistas de la Conquista, pues nada vale como catar los hechos en su cercanía, y él tuvo aquellos horrores ante sus ojos. De aquí la verdad y belleza de sus páginas, alguna tan magistral como la que nos cuenta cómo desapareció el ruido en el entorno de cuerpos caídos y hedores punzantes. «Llovió y relampagueó y tronó aquella tarde y hasta media noche mucho más agua que otras veces, y después que se hubo preso Guatemuz quedamos tan sordos todos los soldados como si de antes estuviera un hombre encima de un campanario y tañese muchas campanas, y en aquel instante que las tañía cesase de tañerlas... pues desde los adoratorios de los ídolos los malditos tambores y cornetas y atabales nunca paraban de sonar. Y de esta manera de noche y día teníamos el mayor ruido, y que no nos oíamos los unos a los otros, y después de preso Guatemuz cesaron las voces y todo el ruido, y por esta causa he dicho como si de antes estuviéremos en el campanario».

Hombre de su tiempo al fin, en su casa de Coyoacán mandó Cortés servir el banquete de la victoria, abundante en carne de cerdo y vinos recién llegados de Castilla. Entre los comensales estaba Bernal, a cuya pluma debemos la crónica, sobre todo valiosa por las líneas que omitió al dar los últimos toques al original de su *Historia Verdadera*, pero que se reproducen en nota marginal de las actuales ediciones. Si en el texto «autorizado» se concreta a confesar que más hubiera valido no celebrar el banquete aquél «por muchas cosas no buenas que en él acaecieron, en las “por muchas cosas no buenas que en él acaecieron”», en las vino entre capitanes y soldados, algunos comunes e intrascendentes como subir a las mesas y no acertar con las puertas de salida, pero otros de ominosa significación, como hacerse lenguas de riquezas que tenían por suyas e incluso derrochaban ya: quién se proponía comprar una silla de oro macizo para su caballo; quién esperaba llenar su aljaba con saetas de oro; quién sentíase ya Grande en su tierra, cargado de títulos. A continuación llegaron las damas: primero la vieja María de Estrada y su amiga Francisca de Ordaz; luego La Bermuda —sabe Dios cómo sería—, «y una fulana Gómez, mujer que fué de Benito de Veguel; otra vieja que se decía Isabel Rodríguez, “y otra mujer, algo anciana, que se decía Mari Hernández”».

La crónica del banquete es una de las páginas más agudas de nuestra literatura, sobre todo en su parte «secreta». No lo dice Bernal, pero es obvio que las otoñales mujeres —francamente invernales algunas—, ofrecían insuperables atractivos a ojos de galanes encendidos por los excesos del vino, y sobre todo

por tantos meses de casto y duro batallar. Y sin embargo todo eso aparte, el peligro saltaba a la vista: la codicia apenas disimulada, tangible en áureas saetas y en áureas sillas de montar. En ruinas México-Tenochtitlan, pero ¿dónde estaba el tesoro de Moctezuma, los ornamentos de los adoratorios, las joyas y tejuelos perdidos en la Noche Triste? Alguna pequeña parte estaría bajo los escombros, otra sepultada en la laguna, al lado de huesos españoles anclados en el lodazal, algo más en poder de los tlaxcaltecas y demás aliados, y el resto de esa nadería en la escarcela de avisados bergantineros, quienes según Bernal, gracias a la movilidad de sus pequeñas naves, allanaron apartadas casas y adoratorios, o pillaron escondites entre los carrizales. Mas eso podía ser una porción del tesoro de Moctezuma, no todo el resto, lo mejor y más cuantioso estaría escondido en algún sitio, pero ¿dónde?

En búsqueda inútil sondearon el fondo de la laguna y esculcaron ropas de indias e indios fugitivos. «Y al salir Iban con andrajos, y las mujeres llevaban las carnes de las caderas casi desnudas —se lee en el *Manuscrito Anónimo de Tlatelolco*—, y por todos lados rebuscan los cristianos. Les abren las faldas, por todos lados rebuscan los cristianos. Por todos lados les pasan las manos, por sus orejas, por sus senos, por sus cabellos». También los informantes del *Códice Florentino* hablan del cacheo: «Por su parte los españoles, al borde de los caminos, están requisionando a las gentes. Buscan oro. Nada les importan los jades, las plumas de quetzal, las turquesas. Las mujercitas lo llevan en su seno, en su faldellín, y los hombres lo llevamos en la boca o en el maxtle». Algunas veces, chasqueados los soldados cargaban con las mujeres como en Europa, en cualquiera de sus guerras: «Y algunas mujeres, a la hora del saqueo, se untaron de lodo la cara y se pusieron como ropa andrajosa. Hilachas por faldellín; hilachas como camisa. Todo era harapos lo que vistieron». Coincide nuevamente el *Manuscrito Anónimo Tlatelolco*: «En ese tiempo se hace requisa del oro; se investiga a las personas; se les pregunta si acaso un poco de oro tienen, si lo escondieron en su escudo ó en sus insignias de guerra; si allí lo tuvieron guardado, ó si acaso su bezote, su colgajo al labio, ó su lunete de la nariz, ó tal vez su dije pendiente, todo cuanto sea luego ha de juntarse. Y hecho así se rejuntó todo cuanto se pudo descubrir».

Más ese «todo» produjo únicamente una bagatela: ciento treinta mil castellanos, magrísima suma disminuida al tomar Cortés el acuerdo de enviar al emperador algunas joyas preciadas «por ser cosas tan maravillosas que por escrito no se pueden significar», como decía a don Carlos el 15 de mayo del

siguiente año. Definitivamente no era de creerse que el tesoro rindiera sólo ciento treinta mil castellanos, y sobre Cortés principiaron las presiones de su gente, del tesorero Alderete en primer lugar, celoso del quinto real y de otra buena tajada para el obispo de Burgos y demás conspicuos personajes de la Corte. Malinche, por otra parte, sentíase inseguro de su «situación legal», pues no recibía aún de Castilla mandamientos para legitimar su conducta, y hasta sus fieles amigos Olmedo, Alvarado y Olid tomaban decisiones en beneficio de mancos, tullidos, cojos y ciegos en acción de guerra. Por último, al distribuirse el botín ante escribano, tocaron sobre ochenta pesos a los de a caballo y sobre sesenta a los de a pie, despreciable suma «que ningún soldado quiso tomar», dice Bernal.

Así las cosas, en el círculo del tesorero Alderete y de los antiguos compañeros de Narváez principió a tomar cuerpo la sospecha que Malinche se entendía con Cuauhtémoc, pues de no ser así, se preguntaban ¿cómo daba tanta libertad de movimientos al Tlatoani, y aún le reconocía cierta autoridad en la ciudad? La resaca del descontento fomentaba murmuraciones: «No somos conquistadores de la Nueva España sino conquistados de Hernán Cortés», se decía, y coplas y romances iban y venían: «Oh, qué triste está el ánimo mea hasta que todo el oro que tiene Cortés escondido vea». En alza la hostilidad principiaron las «pintadas» en casas de Coyoacán, alguna en la del mismo Cortés: «No le basta el quinto de general, y quiere el quinto del Rey». A lo que el dueño respondió: «Pared blanca, papel de necios», dando lugar a la respuesta escrita por alguna mano al servicio del tesorero real: «Aún de sabios y verdades, y Su Majestad lo sabrá muy presto». A la vista saltaba la amenaza de delación.

De analizar fríamente ese momento y los intereses en juego; malquisto Cortés de sus amigos; bajo el fuego de sus malquerientes; en aumento la sospecha de su entendimiento con Cuauhtémoc ¿puede sorprender el tormento impuesto a éste y al señor de Tacuba para que revelasen el escondite del tesoro? Abundan testimonios de «lo mucho que pesó» a Cortés transigir con ello para desvanecer la sospecha de entendimiento con el Uei Tlatoani. En su Juicio de Residencia declaró haber consentido en el tormento a petición del tesorero Alderete «y para que se averiguara la verdad, pues todos decían que se guardaba él todo el tesoro de Moctezuma y no quería atormentarlo (a Cuauhtémoc) para que no supiese». Gomara lo oiría de Cortés, pues lo dice así en su *Historia General*, y Bernal lo confirma en su *Historia Verdadera*: «Por manera que los oficiales de la hacienda del rey Nuestro Señor decían y publicaban que

Guatemuz lo tenía escondido (el tesoro), y que Cortés se holgaba de ello porque no lo diese y haberlo todo para sí; y por esta causa acordaron los oficiales de la Real Hacienda de dar tormento a Guatemuz y al señor de Tacuba, que era su primo y gran privado, y ciertamente mucho pesó a Cortés y aún a algunos de nosotros que a un señor como Guatemuz le atormentaran por codicia de oro». A mi juicio no cabe poner en tela de juicio lo escrito por Bernal Díaz; sus palabras son verosímiles en contexto de espacio y tiempo.

Sorprende que entre los testimonios indígenas del *Códice Florentino* se traten casi todos los hechos importantes de la Conquista y no se hable del tormento de Cuauhtémoc, como tampoco en la Crónica *Mexicáyotl* de Tezozómoc. En cambio se lee en el llamado *Manuscrito Anónimo de Tlatelolco*, de 1528: «Hecho así, cuando se hubieron ido los embajadores de los señores de Tlatelolco, luego se presentaron (ante los españoles) los señores de Tenochtitlan. Lo hacen hablar. Fue cuando le quemaron los pies a Cuauhtemoctzin. Cuando apenas va a amanecer lo fueron a traer, lo ataron a un palo, lo ataron a un palo en casa de Ahuizotzin en Acatliyacapayan. Allí salió la espada, el cañón, propiedad de nuestros amos (laguna en el texto). Y el oro lo sacaron en Cuitlahuactonco, en casa de Itzpotonqui. Y cuando lo han sacado, de nuevo llevan atados a nuestros príncipes hacia Coyoacán».

Salvo la confusión a que da lugar la última parte del *Manuscrito Anónimo*, con base en los restantes elementos es posible concluir tanto las motivaciones del tormento como su inutilidad final, pues el desventurado Tlatoani se redujo a confesar que sus servidores, cuatro días antes de su prisión, echaron a la laguna el oro y las armas arrebatadas a los castellanos. ¿Decía la verdad? ¿Mentía? Gomara se inclina por lo primero, pues si bien dice que «muchos buscaron este tesoro en la laguna y en tierra por lo que dijo Cuauhtimoccín, mas nunca se halló» subraya luego, como «cosa notable, haber escondido tanta cantidad de oro y plata y no decirlo». Como los soldados no dejarían parte de la laguna sin rastrear, queda una última hipótesis: que el tesoro se esfumara durante la batalla, presunción con apoyo en los mismos relatos españoles, según los cuales soldados y abados indios echaron mano de cuanto hallaron a su paso. El pillaje sería enorme por una parte, y por otra no cabe minimizar la significación de cuanto medio millar de sobrevivientes castellanos llevaron consigo en la Noche Triste. O sea que a Cuauhtémoc le quemaron los pies con aceite hirviendo, y para nada. Con mayor refinamiento, aunque menos espectacularmente, nuestras policías obtienen hoy grandes éxitos mediante parecidos «argumentos», con la

diferencia —justo es decirlo—, de que sus hazañas no constan aún en libros escolares de texto.

Por ese tiempo llegaron del Mechuacán varios emisarios de Calzonzin, «antiguo y natural enemigo de los mexicas». El señor de Mechuacán, al comente de lo ocurrido en México, deseoso de tener a los españoles por amigos además, ofrecía vasallaje y noticias de su vasto reino, seguro camino a mares ricos en perlas. Entre los proyectos de Cortés figuraba abrirse paso al llamado Mar del Sur, pero de momento algo de mayor importancia ocupaba su atención: reconstruir la ciudad sobre las ruinas de la antigua, flaquísimo servicio a generaciones venideras por cierto, pues ¿por qué no hacerla en tierra firme en vez de sobre la laguna? El mismo Conquistador lo explica: «Viendo que la ciudad de Temixtitán era cosa tan nombrada, y de que tanto caso y memoria siempre se ha hecho, pareciónos que en ella era bien poblar, porque estaba toda destruida; y yo repartí los solares a los que se asentaron por vecinos, e hízose nombramiento de alcaldes y regidores en nombre de Vuestra Majestad». En ausencia de mejores argumentos cedía a la magia del nombre. Quería edificar la ciudad sobre las ruinas de la antigua por ser «cosa tan nombrada», y hacerse de ella tantas memorias. Por genio de raza era en ocasiones poco práctico, mas en un punto acertaría: «De cuatro a cinco meses acá la dicha ciudad de Temixtitán se va reparando, está muy hermosa, y crea Vuestra Majestad que cada día se irá ennobleciendo en tal manera que, como antes fue principal y señora de todas estas provincias, que lo sería también de aquí en adelante».

En reconstrucción la ciudad de México, los pueblos comarcanos en paz y asegurado el camino de la Villa Rica, principiaron las operaciones de exploración, conquista y pacificación de nuevas tierras: Gonzalo de Sandoval fue a poblar en Tustepeque y Guazacualco; Juan Álvarez Chico marchó a Colima; Francisco de Orozco tomó el camino de Oaxaca, y Cristóbal de Olid el de los reinos de Calzonzin. Cortés se proponía redondear su obra, y de paso quitarse de encima a quienes le importunaban con el asunto del tesoro, sobre escaso mal repartido. Aunque su posterior expedición a tierras del Pánuco, y sobre todo la muy desventurada a las Hibueras prueben su temple aventurero, Bernal se inclina por la segunda explicación, ya que «al ver —dice— que muchos soldados se desvergonzaban en demandarle más partes, y decían que se lo tomaba todo para sí y lo robaba, y le pedían prestados dineros, acordó quitar de sobre sí aquel dominio y de enviar a poblar a todas las provincias que convenía que se poblasen». Nada remota presunción, pues Cortés era ducho en el

arte de abatir varias piezas con el mismo disparo. Sólo que no contaba con un nuevo trastorno: apenas salía de sus líos crematísticos, dos navíos anclaron en San Juan de Ulúa con un empingorotado personaje a bordo, portador de provisiones o mandatos de don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos y presidente del Consejo de Indias. Aquél caballero era don Cristóbal de Tapia, veedor de las fundaciones del oro de Santo Domingo, quien apenas bajó a tierra escribió a Cortés diciéndole llegar como gobernador de la tierra por mandato de Sus Majestades. Decía también llevar consigo provisiones que acreditaban su nombramiento y mostraría en cuanto pudiese verle.

Al tanto Cortés de que el emperador estaba en Flandes, y en su nombre gobernaba el reino el cardenal de Tortosa, después Papa con el nombre de Adriano VI, según Fernández de Oviedo sospechó que de por medio andaba el obispo burgalés, amigo y favorecedor de Velázquez, de modo que al recibir la carta del Veedor respondió no estar en condiciones de bajar a la costa para verle, aunque sí consideraba que «no podía ir persona proveída por mandato de Su Majestad a tener la gobernación de aquellas partes de quien más contentamiento él tuviera, así por el conocimiento que entre ellos había como por la crianza que en la isla Española (Santo Domingo) habían tenido». Por otro lado, como «la pacificación de estas partes no estaba tan soldada como convenía, y de cualquier novedad se daría ocasión a alterar a los naturales», rogaba a fray Pedro Melgarejo de Urrea, «comisario de la cruzada» y muy enterado «de las cosas de la tierra», que bajase a la Villa Rica para conocer las formas y alcances de su investidura. De momento se reducía a subrayar los riesgos de introducir cambios bruscos en el *statu quo* de la Conquista, pues la pacificación no estaba aún «tan soldada como convenía», y untuoso, sin mostrar sus cartas, confiaba el resto a su mejor aliado, el tiempo.

En la Villa Rica, mientras tanto, Cristóbal de Tapia presentaba sus provisiones al justicia mayor Gonzalo de Alvarado, quien si bien las colocó sobre su cabeza en señal de acatamiento y obediencia se excusó de cumplirlas, argumentando estar allí pocos españoles y la mayoría en México, débil excusa, pero suficiente para que don Cristóbal comprendiera cuán difícil iba a ser despojar a los conquistadores del bastón de mando. Tan difícil que Cortés, apenas en camino fray Pedro Melgarejo de Urrea, se las arregló para que los procuradores de México le pidieran no abandonara la ciudad recién pacificada —que en su ausencia «se alborotaría»—, e inmediatamente después «accedió» a que dichos caballeros fuesen en busca de Tapia, a quien toparon en las

proximidades de Cempoala cuando el buen hombre disponía su viaje a la capital. En Cempoala mostró sus provisiones el presunto nuevo gobernador, mismas que procuradores pusieron sobre sus cabezas en señal de obediencia, aunque se excusaron de cumplirlas por convenir así a los intereses del rey, y temerosos de que «por haber publicado que iba como gobernador se alborotarían los de México», le escoltaron hasta su barco. Dice Gomara que «viendo Tapia tanta contradicción y otras amenazas se volvió por donde fue con gran afrenta, no sin moneda», dando a entender que en su caso, para variar, medió también el soborno.

Por cierto que en la Villa Rica habló don Cristóbal con Narváez, quien sin rodeos le dijo: «Señor don Cristóbal de Tapia, paréceme que tan buen recaudo debéis de traer y lleváis como yo; mirad en lo que yo he parado trayendo tan buena armada; mirad por vuestra persona, y no curéis de más perder el tiempo, que la ventura de Cortés no es acabada. Entended para que os den algún oro, e idos a Castilla ante Su Majestad, que allá no os faltará favor y quién os ayude, y diréis lo que acá pasa, en especial teniendo, como tenéis, al dicho señor Obispo de Burgos, y esto es lo mejor». El consejo no era malo, si bien Narváez lo daba *ex post facto*, o sea que cegaba el pozo después de ahogado el niño. Pero era el destino de quienes se cruzaban i en el camino de Cortés. Durante su regreso, en la soledad del mar, el veedor don Cristóbal de Tapia aprovecharía las horas muertas para recordar la sutil diferencia entre el acto de obedecer las provisiones de Su Majestad, y el acto de cumplirlas.

Así y todo no convenía dejar las cosas en tan riesgoso predicamento, y el 15 de mayo de 1522, en carta al emperador, explicaba Cortés cómo la inoportuna llegada del veedor de Santo Domingo estuvo a punto de provocar un alzamiento general de los indios, sólo a medias pacificados. Al adoptar esas providencias, agregaba, no se proponía contrariar las provisiones de la Corte sino, al contrario, proteger y asegurar los intereses de Su Majestad en estas tierras, pues Tapia, inexperto en lo referente a Nueva España, «causó harto bullicio, y su estada hiciera mucho daño si Dios no lo hubiera remediado». Si bien no recibió a Cristóbal, el emperador distaba de haber sido mal servido «según más largamente se probará cada y cuando fuese necesario». Para su fortuna, don Carlos Primero de España y Quinto de Alemania reconocía ya las hazañas de su audaz vasallo. Pero advertía también que el hombre tenía más picos que una custodia, y se puso en guardia.

Salía apenas Cortés de su fallido sucesor cuando de Pánuco llegaron noticias

alarmantes de un alzamiento indio contra los pobladores de la comarca, y en persona marchó a someterlos con doscientos cincuenta infantes, ciento treinta de a caballo y diez mil indios mexicas, ya gente de liar. Afortunadamente resultó fácil campaña de principio a fin: batió a los panuqueños, les volvió al vasallaje del rey; recibió tributos; con ciento veinte vecinos fundó la Villa de Santiesteban del Puerto (hoy Pánuco, Veracruz), y repartió en encomiendas a los pacificados. Por cierto que Bernal Díaz no tenía buen concepto de los indios de aquellos pagos, pues «gente más sucia y mala y de peores costumbres no la hubo (en la Nueva España) como esta de la provincia de Pánuco, porque todos eran sométicos y se embudaban por las partes traseras, torpedad nunca en el mundo oída, y sacrificadores y crueles en demasía, y borrachos, y sucios y malos, y tenían otras treinta torpedades, y si miramos en ello fueron castigados a fuego y sangre dos o tres veces, y otros mayores males les vino al tener como gobernador a Nuño de Guzmán». Pícaro descripción, donde los panuqueños no salían bien parados. Como el mismo Bernal lo hace notar, aparte de «treinta torpedades» adicionales a la tan perversa de embudarse por las partes traseras, sólo les faltaba tener por gobernador —y lo tuvieron—, al vándalo de la Conquista.

El texto de Bernal Díaz confirma que *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha* no fue cima entre naderías sino cumbre entre altos picos. El lenguaje era ya maduro instrumento, lo mismo entre soldados de las guerras de Italia que entre dómynes universitarios, buscones de la Corte y conquistadores en las Indias. Mas esa evidencia cultural aparte, digamos también que en ese tiempo principió Dios a dejar a Cortés de su generosa mano. Un día estival del año de 1522, en la Villa Rica supo Gonzalo de Sandoval que un barco fondeaba el río Ayagualulco, y en él llegaba doña Catalina Xuárez, La Marcaida, legítima mujer de su jefe, y con ligereza culpable se apresuró a ofrecerle sus respetos y prepararle agasajos en su camino a la ciudad de México. No sospechaba Gonzalo la poquísima gracia que haría a Cortés la imprevista llegada de su cónyuge, tan poca que no salió siquiera a recibirla, aunque hombre fatalista, como todo marido en sus condiciones, acabó por instalarla en su casa y aun organizó fiestas con motivo del suceso. Vistas por encima, sus relaciones eran formalmente normales, mas la verdad era otra por los celos de Catalina, poco a nada dispuesta a pasar por alto las debilidades sexuales de su marido.

Conviene acentuar la magra literatura sobre la vida amorosa de Cortés, no obstante los muy obvios encantos del tema. Su conducta con doña Marina, por

ejemplo, se presta a jugosas consideraciones, pues no parece «normal» que la hiciera barragana de Puertocarrero al mismo tiempo que se acostaba él con ella, y menos que finalmente la llevara ante un cura para convertirla en mujer legítima de su capitán Xuan Xaramillo. El caso de doña Marina no fue excepcional —Cortés acostumbraba disfrutar los encantos de las mujeres al mismo tiempo que les buscaba marido—, si bien de sus relaciones con la dama de la Conquista resultó el primer mestizo mexicano que se conoce, de su tan alta estima que dióle por nombre el de Martín, mismo de su padre. En punto a la vida amorosa de Cortés, debemos a Madariaga aciertos dignos de reproducción literal. Una vez que el extremeño se deshizo de doña Marina, en cuanto dejó de serle útil o al menos imprescindible, agrega don Salvador: «Esta conclusión encaja perfectamente con el resto de su carácter, y en particular con la verdadera índole de su vida amorosa y con su actitud para con las pasiones en general... Su vida amorosa fue a la vez precoz y activa; pero, como lo revela su poligamia casi ilimitada y cierta predisposición a la promiscuidad... su actividad amorosa se nutría casi exclusivamente del vigor animal. Cortés era, en efecto, un animal espléndido, sano y vigoroso, que se gozaba en toda suerte de actividad y era casi incansable. Sus campañas de amor no eran más que formas de vida, como sus campañas de guerra. La mujer sobre la que derrochaba su vitalidad importaba poco —desde luego dentro de ciertos límites de calidad y gusto—. Su poligamia era abierta y francamente oportunista».

Juicio certero, sobre todo por destacar la condición instrumental de la mujer en la vida de Cortés, tipo varonil más próximo a Don Juan que a Casanova. El Conquistador de México desempeña su intensa vida amorosa un siglo antes de escribir Tirso de Molina *El Burlador de Sevilla*, cuya anécdota, como es sabido, gira en torno al amante sin escrúpulos, con carta europea de ciudadanía a partir de la obra de Tirso, de Molière y Mozart y de Byron y Zorrilla. Parece razonable suponer que si debemos a las letras castellanas tres de los más famosos personajes de la literatura mundial —Don Quijote. Don Juan y Celestina—, sea por coexistir en el alma popular española esos extremos del hombre. Se ha dicho, y en el fondo poco importa si es o no cierto, que Tirso de Molina tomó de la vida real al personaje central de su comedia —don Miguel de Manara, famoso libertino muerto al fin en olor de santidad, cuyos huesos descansan en el Hospital de Calatravas de Sevilla, su ciudad natal—, y tampoco sería remoto que otros españoles de carne y hueso sirvieran de inspiración a Cervantes y a Fernando de Rojas. Otros españoles al estilo de Cortés, pues su vida amorosa

tiene miga para grandes novelas o estupendas comedias dramáticas.

A mi juicio el drama sexual de Hernán Cortés fue el de Don Juan: gustar de todas las mujeres sin amar a ninguna en lo particular, mas así y todo caben algunas diferencias entre los donjuanes históricos o imaginarios, pues mientras el italiano Casanova conseguía que sus mujeres se sintiesen amadas, a los donjuanes sevillanos —como a Cortés— les interesaba un rábano dejar ese recuerdo: ellos iban a lo suyo, y lo suyo era utilizar a las mujeres para aumentar sumandos de conquistas, para ganar apuestas, o en el caso de Cortés para resolver problemas políticos, militares u otros cualesquiera de naturaleza circunstancial. Por eso y para ese casó en Cuba con La Marcaida; para eso llevó a su cama o petate a doña Marina; para eso casó de nuevo con doña Juana de Zúñiga; y para eso tomó incontables mujeres indias cuando rechazarlas por feas —como en el caso de la hija del cacique de Cempoala—, habríale creado problemas de campaña. El hombre no respetaba pelo, color ni tamaño: la mujer que se cruzaba en su camino se volvía bípedo estrictamente instrumental.

Sobre base tal, es lógico, la imprevista presencia de su esposa le causó disgustos y problemas sin cuento. Tantos, que apenas tres meses después de su llegada, al cabo de una fiesta en Coyoacán, la encontraron muerta en su dormitorio, de asma según versión oficial. Bernal rehúsa «tocar esa tecla», contentándose con remitimos a las constancias del juicio de residencia que dos años más tarde se siguió a su jefe en México, donde, agrega, «lo dijeron más claro». O sea, para decirlo de una vez: Díaz del Castillo compartía la certeza de quienes aseguraban —y aún aseguran—, que la infeliz Marcaida no murió precisamente de una afección pulmonar o alérgica, como el asma, sino mala de garganta, pues dicen que su marido la ahorcó con sus propias manos.

Como todos los episodios negros o poco claros en la vida de Cortés, la muerte de La Marcaida se ha explotado sin miramientos para presentarlo como vulgar matón, sin pararse a considerar que la prueba más socorrida en su contra proviene del juicio criminal que la madre de Catalina, María, movió en contra del conquistador a instancias de sus enemigos, políticos, quienes presentaron testigos escogidos y a su servicio como lo decía el obispo Zumárraga en carta al emperador: «y ocupaban mucha gente en hacer pesquisa secreta con los enemigos capitales de don Hernando, que en todos cuantos testigos en ella se han recibido, no se hallará haber tomado uno solo, siquiera por señal, que no sean de los aliados del Factor que le siguieron al tiempo de su alzamiento, y siendo por él persuadidos que digan la manera que a él le está bien y en daño de

don Hernando». Por lo demás, y don Carlos Pereyra lo señala bien, el presunto asesinato tiene todas las características de un cargo absurdo y calumnioso, pues hechos de esa naturaleza son explicables en tipos pasionales y arrebatados, no en tríos y reflexivos como Cortés, quien de haberlo querido tuvo a su alcance mil medios mejores, sin el riesgo de concitar sospechas en su persona. «Estrangular a su mujer en su propia cama para quedar libre, concluye Pereyra, era lo único que no podía hacer ni pensar un hombre de concepciones tan vastas y de imaginación tan fértil», aparte de que alguna duda quepa por habersele imputado igualmente la repentina muerte de don Francisco de Garay y más tarde la del licenciado Ponce de León.

Por otro lado, aun de haber sido su autor, el crimen apenas afectaría las dimensiones históricas de Cortés, tan por encima de sus muchos errores. Las cárceles del mundo están llenas de uxoricidas, y si allí están y estarán es por no haber sido capaces de conquistar ningún imperio. Obviamente —pese al argumento de Pereyra—, es probable que Cortés fuese autor material de la muerte de Catalina, y posible también que la señora muriera de un ataque asmático, o de otro mal cualquiera. Un hombre del tamaño de Cortés, en la perspectiva de quinientos años y de tan ricas hazañas, no va a dejar de ser lo que fue por la circunstancia de haber escabechado a su mujer.

Salta a la vista, eso aparte, que La Marcaida nunca fue de buen agüero para él. Muchas mujeres, en la vida de otros tantos hombres famosos, desempeñaron papel semejante al de Catalina en la vida del Conquistador, y gracias a ellas podemos enjuiciarlos en sus proporciones humanas, no como ídolos o santones: simplemente a luz y contraluz.

2. Al fin gobernador y capitán general de la Nueva España

Al llegar un correo de Santiesteban del Puerto con la novedad del desembarco del adelantado Francisco de Garay con 400 infantes, artillería y 120 de a caballo, diciéndose gobernador de Pánuco, Cortés se ocupaba de dos grandes expediciones: una, la de Pedro de Alvarado al Soconusco y Guatemala, y otra, a Las Hibueras, bajo las órdenes de Cristóbal de Olid, ambas en busca del supuesto estrecho entre el golfo de Honduras y el mar Pacífico.

Don Francisco de Caray no era Narváez ni Cristóbal de Tapia, y Cortés lo sabía. Antes de emprender él la conquista de México anduvo el adelantado por esas tierras, donde los indios mataron a casi todos los suyos, y un año más tarde, en 1519, volvió a las andadas con parecidos resultados. Mas Garay era terco y no quitó el dedo del renglón. Según Gomara envió a España a Juan López de Torralba con el recuento de sus descubrimientos, y al concedérsele la gobernación de esas tierras armó una expedición de nueve naves, ochocientos cincuenta españoles y cuarenta caballos, con la que partió de Jamaica para desembarcar no lejos de Santiesteban. A Cortés bastó saberlo para cambiar sus planes: la búsqueda del estrecho y la exploración y conquista del Soconusco y Guatemala podían esperar.

Desde que Magallanes cruzó el estrecho que lleva su nombre, en la punta austral del continente, varios españoles, Cortés entre ellos, se propusieron encontrar nuevos pasos al mar del sur por tierras boreales apenas conocidas. Para el conquistador de México, la búsqueda y descubrimiento del estrecho era una aventura justificante de la expedición a las Hibueras, como lo dice él mismo al escribir que la organizaba tanto «porque tengo mucha información de que aquella tierra es muy rica como porque hay información de muchos pilotos que por aquella bahía sale estrecho a la otra mar, que es la cosa que yo en este mundo

más deseo topar, por el gran servicio que se me representa que de ello Vuestra Majestad recibiría». Eso decía al emperador, mas por lo pronto dejaba la aventura para mejores tiempos y se ocupaba de Garay, en cuya busca mandó a Pedro de Alvarado con soldados y caballos. Dispuso que el alcalde mayor Diego de Ordaz fuera en su seguimiento, y esperó confiadamente, aunque más tranquilo habría estado de saber cuánto penaba el pobre adelantado, cuya tercera intentona resultaba peor aún, ya que durante semanas anduvo perdido con los suyos entre ciénegas y ríos; ocho caballos se le ahogaron en una corriente; cruzaron luego por lagunajos de cuyas aguas y lodazales consiguieron salir a duras penas, hasta que finalmente, si bien «con hambre y muchos mosquitos, chinches y murciélagos que se los comían vivos», dice Gomara, llegaron a tierras mejores. De aquí mandó Garay mensajeros a los pobladores de Santiesteban del Puerto, para saber cómo tomaban sus títulos, mas los amigos de Cortés primero les trataron bien para ganar su confianza, y al fin diéronles pelea y empeoraron su situación desesperada. Aún así pretendió Garay seguir adelante, en pos de tierras no exploradas, pero varios de sus barcos vararon o se hundieron por los fuertes vientos, y la desertión de sus hombres frustró el proyecto. Nada prometía el futuro a don Francisco, de modo que al toparse con el enviado de Cortés, Diego de Ocampo, optó por acompañarle a México para entenderse con el conquistador.

Ya en México Garay, Cortés le recibió amistosamente, mas con motivo de un alzamiento de panuqueños, del que resultaron varios de sus antiguos compañeros muertos, entre ellos al parecer su propio hijo, el adelantado «tuvo tanta pena —según Oviedo—, que pasó desta presente vida en espacio de tres días», motivo por el cual «otros terceros, agrega, juzgaron esta súbita muerte en diferentes maneras e sentidos, en que yo no me entrometo, porque tengo por natural muerte al hombre la que es súbita e arrebatada como las que son dilatadas». Como Bernal se negó a «tocar esa tecla» en el caso de La Marcaida, Oviedo «no se entromete» en lo de Garay. Y sin embargo, más que en el caso de Catalina pudo el historiador de las Indias «entrometerse» en este asunto, pues la brevísima pasión y muerte de Garay se produjo como sigue: al llegar las navidades de ese año, 1523, fue a los maitines con Cortés; a la hora del almuerzo departieron y comieron ambos como grandes amigos, y una hora más tarde cayó en cama acosado por fuertes dolores de costado y altas temperaturas, que no cedieron pese a sangrados y purgantes. De los médicos pasó el adelantado a manos de su confesor, y tres días más tarde recibió cristiana sepultura, hecho suficiente para

cargar su muerte en la cuenta de Cortés. «Hablillas de maliciosos», dice Bernal, atribuían el súbito deceso a buena dosis de ponzoña en los manjares del almuerzo. El más desalmado de los Borgia resultaba San Francisco al lado de don Hernando.

Y sin embargo la imputación, todo lo fundada que se quiera en el caso de La Marcaida, no cabe en el de Garay. En cualquier legislación penal moderna no hay crimen sin ley que lo tipifique, pero tampoco salvo en extremos de comprobada anormalidad, crimen sin móvil, y este falta para explicar la muerte de Garay, ni siquiera enemigo menor ante un Cortés con poder y valimiento en Castilla y la Nueva España.

Con la llegada de Cristóbal de Tapia como gobernador de la Nueva España, Cortés confirmaba la baja de sus bonos en la Corte, y que tampoco subirían mientras, en ausencia de Su Majestad, el obispo Rodríguez de Fonseca adoptara medidas en su contra. Tanto él como sus capitanes y soldados tenían elevado concepto de sus hazañas, pero sospechaban asimismo —y la llegada de Tapia lo confirmó—, que si por un lado el ancho mar atenuaba sus gloriosos hechos, por el otro magnificaba sus desobediencias y desaciertos.

Con esa certeza, por lo demás exacta mientras el monarca no volviera a Castilla y en la corte ejercieran influencia el obispo de Burgos y los procuradores de Diego Velázquez, Cortés aprestó dos navíos y nombró a Antonio de Quiñones y Alonso de Ávila para llevar cartas suyas y del cabildo de la Ciudad de México al joven soberano. Mas no sólo esos pliegos y acopio de buenas razones llevarían Ávila y Quiñones sino, sobre todo, regalos tan originales como la recámara de Moctezuma, los huesos de un gigante, hallados en el adoratorio de Coyoacán, tres tigres y otras curiosidades por el estilo. Mediante la gestión de sus procuradores, y con el apoyo de sus abogados en España, del duque de Béjar sobre todo, hombre de gran influencia cortesana, Cortés se proponía legitimar su poder, cauterizar la llaga de la usurpación; evitar la llegada de nuevos cristóbales y franciscos con reales poderes para gobernar; salir adelante con lo suyo, y frenar en definitiva las maquinaciones de Diego Velázquez. Con las cartas y su rico cargamento se hicieron a la vela Ávila y Quiñones el 20 de diciembre de 1522. Aún ignoraban los cambios en la corte una vez que el emperador Carlos volvió de Flandes y tomó las riendas del Imperio.

Don Juan Rodríguez de Fonseca había ido demasiado lejos en su odio a Cortés y su apego a Velázquez, tan lejos que a mediados de 1520, al llegar Montejo y Puertocarrero a España con su carga de regalos (se recordará que

ambos emprendieron viaje a raíz de instalarse el cabildo de la Villa Rica, llevando consigo los primeros tesoros de Moctezuma), el obispo de Burgos los tomó para sí según Bernal; persiguió como traidores a los emisarios y guardó las cartas dirigidas al monarca, en cuya ausencia, pues Carlos marchó a Flandes en mayo de 1520, gobernaba Castilla el cardenal y obispo de Tortosa Adriano de Utrecht, antes profesor en Lovaina y maestro del joven soberano, «cuya simpatía le había valido el nombramiento de gobernador y el capelo cardenalicio», dice Von Ranke en su *Historia de los Papas*, y cuyo poderoso brazo le empujó un año más tarde a la Silla de San Pedro, con el nombre de Adriano VI.

Según Fernández de Oviedo, Bernal y otros cronistas de las Indias, el poder de Rodríguez de Fonseca vino a menos desde que el aún obispo de Tortosa y gobernador del reino mandó que el de Burgos se abstuviera de interferir en los asuntos de Cortés, y nombró a éste gobernador de la Nueva España a reserva de confirmarlo don Carlos, como efectivamente lo hizo al volver a Castilla, someter el caso al consejo presidido por su canciller Gattinara, y expedir la real cédula fechada en Valladolid el 15 de octubre de 1522.

La real cédula de Valladolid marca el momento cenital de la vida política de Hernán Cortés; el reconocimiento cabal de sus hazañas, y la consiguiente recompensa: «E nos, queriendo proveer en ello de manera que lo pasado se remedie, y adelante pueda haber camino para que en esa tierra se haga el fruto que es razón e Yo tanto deseo, para el acrecentamiento de Nuestra Santa Fe Católica y salvación de las ánimas de los indios naturales y habitantes de esas partes, por vos quitar de dichas diferencias, habemos cometido y mandado al nuestro Gran Canciller (Mercurio della Gattinara) e a los de nuestro Consejo de las Indias, para que ellos conozcan de justicia, y envíen a mandar al dicho adelantado que no arme ni envíen contra vos gente ni fuerza, ni haga otras violencias ni novedad alguna. E porque soy certificado de lo mucho que vos en ese descubrimiento e conquista, y en tornar a ganar la dicha ciudad e provincias habéis hecho e trabajado, de que me he tenido y tengo por muy servido, e tengo la voluntad que es razón para vos favorecer y hacer la merced que vuestros servicios y trabajos merecen, y confiando de vuestra persona e creyendo que me serviréis con la lealtad que debéis, y que en todo pondréis la buena diligencia e recaudo que conviene, como persona que tanta experiencia tiene de lo de allá, vos habemos mandado proveer del cargo de nuestro Gobernador y Capitán General de la Nueva España y Provincias de ella, por el tiempo que nuestra merced e voluntad fuere...». Firmaba Francisco de los Cobos, por mandato de

Su Majestad.

De haber sabido Cortés que era ya gobernador y capitán general nunca habrían partido Ávila y Quiñones con la recámara de Moctezuma, los huesos del gigante, el oro y las joyas amén de los tigres a bordo, y tampoco habrían acabado tales curiosidades donde pararon. Mas así y todo, por última vez, la fortuna colmaba de dones a su hijo predilecto. El golpe al Obispo de Burgos y a Diego de Velázquez fue tan rudo que, se dice, ambos tuvieron que guardar cama, mas el último sacó aún fuerza de flaqueza y llevó a Castilla sus reclamaciones, si bien con salud tan quebrantada que al siguiente año murió allí, desprestigiado, pobre y con la vesícula hecha una lástima.

Tocante a las cartas de Cortés y del Cabildo, cuya entrega frustró el acontecimiento del que se hablará luego, Bernal Díaz del Castillo proporciona buen resumen de ambos documentos, llenos de relaciones de hechos y peticiones descabelladas. En las cartas reiteraban sus redactores cuanto hicieron para vencer primero la resistencia de los mexicas y luego para conquistar, pacificar y poblar las dilatadas tierras de la Nueva España; que se hicieran mercedes a los conquistadores y a sus hijos; que no se enviasen letrados (abogados) «porque en entrando en la tierra la pondrían revuelta con sus libros, y habría pleitos y disenciones»; que se aprobaran las decisiones adoptadas en el caso de Cristóbal de Tapia, y se ordenara al obispo de Burgos «que no se entrometiera en cosas ningunas de Cortés ni de nosotros», deliciosa impertinencia sólo superada por don Hernando mismo, quien de creer a Bernal pedía la real venia para ir a Cuba, prender a Diego Velázquez y enviarlo a Castilla para que no «desbaratase más y revolviere la Nueva España». Es imposible saber cómo reaccionó el poderoso señor de ambos mundos ante la fresca, infantil audacia de sus súbditos ultramarinos, pues el pirata francés Juan Florín cayó sobre las naves españolas y las condujo a puerto con todo y la recámara de Moctezuma, los huesos de gigante y los feroces tigres. Como era de suponerse, el cargamento acabó en manos del rey de Francia, quien se lo apropió con el argumento de que si Adán fue padre común de todos los hombres, desconocía cuál era la cláusula de su testamento mediante la cual hizo de los españoles sus herederos únicos.

Cortés ganaba en octubre de 1522 la más importante de sus batallas políticas, mas don Carlos distaba de haberse entregado por completo en manos de su taimado y ambicioso súbdito, y para limitar su poder e iniciativa, concluía la cédula real de Valladolid: «Y para lo que toca al recaudo de nuestra hacienda, y para que haya con vos personas cuerdas e oficiales nuestros, enviamos a Alonso

de Estrada, contino de nuestra casa, por nuestro tesorero, y a Rodrigo de Albornoz, nuestro secretario, por nuestro contador, y a Alonso de Aguilar, por nuestro factor, e a Peralmíndez Cherino por nuestro veedor, a los cuales os encargo miréis y tratéis bien, como de criados y oficiales nuestros, e les déis parte de todo lo que os pareciere que conviene a nuestro servicio...».

Los famosos «criados y oficiales nuestros» eran tipos de la peor ralea, intrigantes y perversos, cuyos nombres andarán pronto de la mano con las desventuras del Conquistador. Los monarcas, como los actuales presidentes de la República, no se conforman con ejercer sus amplios poderes como *primus inter pares*, y prefieren ser «primus» entre imbéciles para destacar su genio más gallardamente. Aunque por otro lado no faltaban motivos para adoptar aquellas providencias, pues si se dice que a una mujer no puede darse todo el amor ni todo el dinero, menos podía el invicto Carlos I de España y V de Alemania dar a Cortés toda su confianza y todo su poder.

Gobernador y Capitán General de la Nueva España, desembarazado de sus inquisos enemigos, Cortés vivía sus mejores momentos al dirigir a su soberano la *Cuarta Carta de Relación* el 15 de octubre de 1524. En construcción la nueva ciudad de México, había ampliado el área de sus conquistas de un mar a otro y fundado y poblado villas como Oaxaca, Colima, Santiesteban del Puerto, Zacatula, Coatzacoalco y varios otros puntos menores. Sentíase orgulloso de su obra. A dos años de su destrucción, la ciudad de México se llenaba de tantas cosas, y tan buenas —escribió al emperador—, «que puede creer Vuestra Sacra Majestad que de hoy en cinco años será la más noble y populosa ciudad que se haya poblado en el mundo, y de mejores edificios».

Para acelerar la conquista espiritual, insistía en el envío de religiosos de San Francisco y Santo Domingo, con amplios poderes para catequizar en tierras tan alejadas de la cristiandad y tan próximas a los conquistadores «como humanos tan sujetos a pecado». Quería Cortés franciscanos y dominicos pobres, virtuosos y humildes, no obispos y prelados afectos a seguir costumbres «que por nuestros pecados hoy tienen en disponer de los bienes de la iglesia, que es gastarlos en pompas y en otros vicios, en dejar mayorazgos a sus hijos o parientes», con lo cual sólo se conseguiría que los indios, sabiéndoles ministros de Dios, y viéndoles a la vez incurrir en «los vicios y profanidades que ahora en nuestros tiempos en estos reinos se usan», terminarían por tener la fe como «cosa de

burla, y sería tan gran daño que no creo aprovecharía ninguna otra predicación que se les hiciese». Basta la lectura de estas líneas de la *Cuarta Carta de Relación* para ver en Cortés no sólo al genio militar de poderoso brazo sino al prudente estadista, dueño de sabiduría por encima de saberes corrientes.

Cortés se preocupaba por el futuro de las villas y ciudades recién fundadas y pobladas, mas no agotaba en eso su sed de descubrimientos. Persistía en dos grandes objetivos: uno, la conquista de Guatemala, tierra de supuesta riqueza minera y dilatados pueblos, a donde por fin marchó Pedro de Alvarado con trescientos soldados y ciento treinta y cinco de a caballo el 6 de diciembre de 1523, y otro, más ambicioso, dar con el estrecho entre ambos mares para abreviar la navegación a las islas de especiería, «tanto que sería las dos tercias partes menos que por donde ahora se navega, y sin ningún riesgo y peligro de los navíos que fuesen y viniesen, porque irían siempre y vendrían por reinos y señoríos de Vuestra Majestad».

Poco más de un mes después, el 11 de enero de 1524, partió Cristóbal de Olid a Las Hibueras (actual Honduras), con 370 soldados e instrucciones de Cortés para fundar una villa, atraer a los habitantes sin muertes ni guerras, buscar oro y plata, apartar a los naturales de sacrificios y sodomías, pero sobre todo para buscar el estrecho entrevisto en tantas vigiliás: «Y tengo por cierto, según las nuevas y figuras de aquella tierra, que se han de juntar el dicho Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid si el estrecho no los parte», escribió en la *Cuarta Carta*. Palabras que fueron y son las de un visionario.

Pretendía emular y superar la hazaña de Fernando de Magallanes; explorar la costa entre la Florida y «los bacallaos», revelar en cartas geográficas los misterios de nuevas aguas y tierras aún desconocidas. Infatigable batallador, por un lado organizaba expediciones sobre zapotecas y mixtecos, a las órdenes de Rodrigo Rangel, y por el otro gestionaba lo que al fin consiguió: que en el verano de 1524 llegaron a Uúa los primeros doce franciscanos, quienes rehusaron cuidados y comodidades e hicieron a pie, descalzos, el viaje a la ciudad de México. En el curso del camino se arrodillaban los españoles a su paso, y les besaban las manos. Los indios no salían de su asombro al ver cómo los fieros señores adoptaban actitudes tan humildes. Entre los frailes llegaban dos ejemplares varones: fray Toribio de Benavente, llamado *Motolinia* por los indios, por su pobreza, y fray Martín de Valencia, santo siervo de Dios. Cuenta Bernal Díaz que para recibirles se apeó Cortés del caballo, y al arrodillarse para besar las manos de fray Martín de Valencia —mientras sus capitanes hacían lo

mismo con los demás religiosos—, los indios allí congregados, entre ellos Cuauhtémoc, «espantáronse de gran manera, y como vieron a los frailes descalzos y flacos, y los hábitos rotos, y no llevar caballo, sino a pie, y muy amarillos, y al ver a Cortés, que le tenían por ídolo o cosa como sus dioses, así arrodillado delante de ellos, desde entonces tomaron ejemplo todos los indios, que cuando ahora vienen religiosos les hacen aquellos recibimientos y acatos según la manera que tengo dicha». La conquista espiritual de México había principiado.

Cortés sabía mucho de casi todo pero especialmente de lo suyo, y en la *Cuarta Carta* volvía una y otra vez a la cuestión fundamental: ganarse al emperador para que le confiara éste la extensión de su real soberanía y de las verdades cristianas sobre nuevas tierras. Sus enemigos, los de él, éranlo del monarca y de la monarquía, mas prometía el muy taimado que, «si otros más no vienen», él restauraría lo perdido y dilataría los reales dominios. Para ese fin dispondría de su último maravedí. Sólo las expediciones de Alvarado y Olid le costaron más de cuarenta mil pesos oro, pero así y todo estaba dispuesto a seguir adelante: tendría por gran merced que su persona se gastara al mismo tiempo que el oro si, mediante su sacrificio, conseguía «que no quedara a Su Majestad más que hacer para ser monarca del mundo». Ni el más refinado duquesito de Castilla le superaba en cortesánías.

Alvarado, ya se dijo, partió al Soconusco el 6 de diciembre de 1523, y seis meses más tarde, el 24 de julio, fundaba Santiago de los Caballeros, hoy ciudad de Guatemala. El 8 de diciembre, 150 soldados al mando de Rodrigo Rangel, alcalde de México, marcharon sobre indios mixes y zapotecas, quienes no obstante su previo sometimiento al rey dieron muerte a varios españoles. Según cuenta Fernández de Oviedo los indios aquellos «se quitaron de la obediencia, e mataron españoles, e alteraron la tierra, fueron pronunciados por esclavos; e mandó el general que los que se pudiesen tomar a vida, que los herrasen como tales captivos, e sacando la parte e quinto de los derechos reales, se repartieron entre aquellos que los fueren a conquistar». Tozudo en cuanto a sus fines. Cortés era inmisericorde, sobre todo al castigar volubilidades sobre vasallajes y obediencias.

No se permitía una hora de descanso en la búsqueda de nuevas aventuras. Con la diferencia de dos días partieron las expediciones de Alvarado y Rangel, y no se cumplía un mes de esta última cuando Cristóbal de Olid tomó el camino de Las Hibueras, en pos del supuesto estrecho entre ambos mares. Al partir Olid le

dijo: «Mira hermano, de la manera que lo habéis visto hacer en esta Nueva España, de esa manera lo procurad hacer». Tenía la certeza de ser modelo de conquistadores. Dice Bernal que su voz era la de hombre «de muy altos pensamientos», «que en su ambición de mandar y señorear quiso en todo remedar a Alejandro Macedonio», mas no parece que entre sus propósitos entrara «remedar» a nadie. Rehusaba, eso sí, cambiar la vida de aventuras por sus indios, sus tierras, y los encantos de una cama muelle. Amaba la vida entre guerras y descubrimientos. Y no por querer ser Alejandro sino por ser Cortés.

3. *La gobernación de Nueva España.*

Su condición humana, la de un poblador de largos vuelos, justifica los proyectos que adoptó para asegurar el desarrollo y prosperidad de la Nueva España. Obviamente, por ser su objetivo central el aumento de la población, la primera de sus preocupaciones consistió en asegurar la producción alimentaria básica, pues no cabía pensar en arraigar a los pobladores actuales y futuros sin disponer de suficientes granos, carnes, hortalizas, frutas y vinos, dieta básica de cualquier europeo de entonces y ahora.

A partir de 1524, apenas en construcción la ciudad de México, Cortés planteó al emperador los elementos de una infraestructura agrícola capaz de asegurar, a largo plazo, el arraigo y multiplicación de los pobladores en tierras que ya eran parte de la corona de Castilla. «He hecho saber a Vuestra Majestad, escribió en su *Cuarta Carta*, la necesidad que hay en esta tierra de que se traigan plantas de todas suertes, y por el aparejo que en esta tierra hay de todo género de agricultura, y porque hasta ahora ninguna cosa se ha proveído, torno a suplicar a Vuestra Majestad, porque de ello será muy servido, mande enviar su provisión a la Casa de la Contratación de Sevilla para que cada navío traiga cierta cantidad de plantas, y que no pueda salir sin ellas, porque será mucha causa para la población y perpetuación de ella». En su carta de 1524, al servirse Cortés de expresiones tales como «torno a suplicar» y «también he hecho saber a Vuestra Cesárea Majestad», deja entrever que se habría ocupado del mismo asunto anteriormente para, como él dice, fomentar «la población y perpetuación de ella».

En la misma carta habla Cortés de las *Ordenanzas* que formuló y mandó pregonar para ese objeto, entre las cuales figura una de singular interés para el

cultivo de viñedos: «Item: que cualquier vezino que tobiere yndios de rrepartimiento, sea obligado a poner con ellos en cada año, por cada cien yndios de los que tobiese en repartimiento mil sarmientos, aunque sean de la planta desta tierra, escogiendo lo mejor que pudiese hallar, entendiéndose que los ponga, e los tenga prestos e bien curados, en manera que puedan fructificar; los quales dichos sarmientos puede poner en la parte que a él le pareciere no perxudicando tercero; e que los ponga en cada un año, como dicho es, en los tiempos que conbiene plantarles, fasta que llegue a cantidad den cada ciend indios, cinco mil zepas; so pena que por el primer año que no los posiere o cultivare, pague medio marco de oro aplicado como dicho es; e por la segunda, la pena doblada; e por la tercera, pierda los yndios que así tobiese». Y más adelante: «Ytem: que habiendo otras plantas de árboles de España, e trigo o cebada, e otras cualquier legumbres, ansí mesmo sean obligados a los plantar e sembrar en los pueblos de los yndios que tobiesen so las penas susodichas».

Cortés echaba las bases para asegurar la auto suficiencia alimentaria de la Nueva España, y otro habría sido el destino del país de no llegar la administración borbónica a frenar el progreso en aras de aparentes ventajas inmediatas. Ver los rieles, y no el tren que viene, es común entre miopes e imbéciles. Al cancelar durante siglos el proyecto de convertir a la Nueva España en país rico de cultivos rentables, el régimen borbónico condenó a los mexicanos a importar buena parte de lo que comen y beben. El solo hecho que don Joaquín de Montserrat, marqués de Cruillas y cuadragésimo cuarto virrey de Nueva España evitase, bajo severas penas, la plantación de viñedos, deja lugar a catalogarlo entre los seres más nefastos de nuestra historia.

Para llevar adelante sus ideas sobre población, Cortés se mantuvo distanciado de las instrucciones de la corte, y su combativa disidencia fue patente en tres puntos sobre todo: uno, concerniente a la relación social entre españoles y naturales, otro referente a la encomienda y libertad de los aborígenes, y el último tocante al ejercicio de los derechos políticos por parte de los antiguos y nuevos pobladores del país.

De Castilla recibió instrucciones para estrechar la vida común entre indios y españoles mediante el fortalecimiento de sus relaciones recíprocas, mas Cortés recomendaba y ponía en práctica medidas contrarias, y en sus *Ordenanzas* de 1524 mandó que los blancos no pudiesen abandonar sus ciudades, y entrar sin especial licencia en tierras y pueblos de indios, aduciendo, en justificación de la medida, «la baja manera» de los españoles que pasaban al Nuevo Mundo, en su

mayoría, «fuertes y viciosos de diversos vicios y pecados; y si a estos tales se les diese libre licencia de andar por los pueblos de los indios, antes, por nuestros pecados, se convertirían ellos a sus vicios que los atraerían a la virtud» Previsión de notable prudencia tratándose de mentes con escasa facultad de discernimiento ante costumbres extrañas, propensas, como dicen los sociólogos, a la imitación extralógica. ¿Fue pues Cortés, contumaz rebelde para con las provisiones del soberano sobre la gobernación de la Nueva España? Más que de rebeldía cabría hablar, en este y tantos otros casos, del propósito de ajustar la ley no a las decisiones de la corte sino a las punzantes realidades del entorno, punto en el que los actuales mexicanos contamos con experiencias semejantes, pues si entonces, sin conocimiento de causa, se daba la ley en el palacio de los monarcas de la Casa de Austria, hoy se legisla en parecida forma, en los centros decisorios de la actual Tenochtitlan, sobre los Estados miembros de la «federación» mexicana.

Por otro lado, en punto al problema de la encomienda de los indios, es también un hecho que en la corte de Castilla no se tenían conceptos claros sobre los muchos picos de la custodia. Ciertamente que allí se abordaba el problema con admirable celo moral —celo que, por lo demás, pocos han aplaudido en los monarcas españoles—, mas es igualmente evidente que los soberanos de la Casa de Austria, al seguir el ejemplo de la reina Isabel, adoptaban las más serias decisiones sobre el delicado asunto en consulta no con políticos y conquistadores sino con teólogos y moralistas. El emperador Carlos por ejemplo, después «de platicar con teólogos, religiosos y personas de muchas letras y de buena y santa vida que en nuestro consejo se hallaron», determinó que «pues Dios Nuestro Señor crió a los dichos indios libres y no sujetos, no podemos mandarlos encomendar, ni hacer repartimiento dellos a los cristianos, y así es nuestra voluntad que se cumpla». El nieto respetaba en todo las disposiciones testamentarias de su ilustre abuela, normas cristianas y moralmente impecables todas, mas ¿cabía hacer de ellas un código eficaz para el gobierno de las Indias?

De sus muchas referencias escritas en torno a la encomienda, es evidente que Cortés se hallaba más cerca de la posición oficial que de su extremo opuesto, mas se aprecia también su lucha interior ante la imposibilidad de adoptarla. Imposibilidad, dicho sea sin tapujos, pues él no era teólogo ni hombre «de buena y santa vida», como los de don Carlos en su consejo de Castilla, sino práctico guerrero, poblador y gobernante. Político nato, sabía que no era posible ajustar los hombres a las instituciones sino las instituciones a los hombres, y en el

marco de esa convicción nació su concepto de la encomienda novohispana, necesaria calamidad para consolidar la penetración española en tierras apenas descubiertas y sometidas. Pese a ser un conquistador entre los grandes de la historia, en él dominaba sobre todo el propósito de asegurar la permanencia de una población laboriosa y pacífica en la Nueva España: Cortés fue antes que otra cosa —y esto ha de repetirse cuantas veces sea necesario—, un insigne poblador.

Como poblador, rechazaba la adopción de políticas contrarias a la subsistencia de la población aborígen, asunto en el que terminaba por plantear soluciones inadmisibles. Testigo de lo ocurrido en La Española y otras islas del Caribe, donde la población autóctona sucumbió al contacto del hombre blanco, temía la repetición del genocidio en la Nueva España, cuyos naturales, por ser «de mucha más capacidad que los de las otras islas», no deberían prestar servicios personales a los españoles. Mas como reconocía igualmente que en ausencia del servicio personal sería ilusoria cualquier política de atracción y arraigo de nuevos pobladores, proponía que el emperador, de sus propias rentas, sufragara lo necesario «para sus gastos y sustentación». Era ciertamente ingenuo pretender que los naturales quedaran a salvo de la prestación obligatoria de servicios y, al mismo tiempo, fomentar la colonización blanca con fondos de las arcas reales, mas, eso aparte, fundar el bien intencionado proyecto en la hipótesis de que Su Majestad accediera a pagar, de su bolsillo, los «gastos y sustentación» de sus remotos vasallos, era tanto como condenarlo a muerte.

De Castilla no recibía Cortés apoyo de ningún género, pero sí instrucciones impracticables. De 1524 data su objeción a la tesis, fincada en supuestos teológicos y morales, según la cual nadie podía atentar lícitamente contra la libertad de los naturales, por haber nacido libres. «Esto —escribió—, no solamente no se cumplió como Vuestra Majestad lo envió a mandar, por los inconvenientes que diré, mas aún lo tengo por tan secreto que a nadie se ha dado parte, excepto a los oficiales de Vuestra Majestad y a los procuradores de las ciudades y villas de esta Nueva España». En su descargo aducía varios argumentos, sobre todo no poder sustentarse los españoles, roturar y cultivar las tierras y ocuparse de la cristianización de los indios sin contar con la encomienda, todo ello en perjuicio de las rentas reales y de la expansión de la fe cristiana. Aquí arguía también, amañadamente, que encomendar a los indios no era privarlos de su libertad sino liberarlos de sus antiguos señores, que les tomaban cuanto tenían, mujeres e hijos inclusive, y aún a ellos mismos para llevarlos a sacrificar.

No cabe desconocer las muchas presiones ejercidas sobre el conquistador, algunas positivamente insuperables. Por un lado, en la corte no se tomaban en cuenta sus recomendaciones prácticas, y por el otro las nuevas expediciones reclamaban gastos crecientes. El oro llenaba los cofres, mas las aventuras exploradoras los vaciaban de inmediato y sin remedio. Las últimas líneas de la *Cuarta Carta* dejan ver la lucha de Cortés consigo mismo, e ilustran su final sometiendo a la fuerza de los hechos, uno de los cuales, el prolongado silencio de su soberano, le escocía particularmente: «Fuéreme casi forzado —escribió a don Carlos—, depositar a los señores y naturales de estas partes a los españoles, considerando en ellos las personas y servicios que en estas partes a Vuestra Majestad han hecho, para que en tanto que otra cosa mande proveer, o confirmar esto, los dichos señores y naturales sirven y den a cada español a quien estuvieren depositados lo que hubieren menester para su sustentación... y no se pudo ni se puede tener otra cosa mejor, que convenga más así para la sustentación de los españoles como para la conservación y buen tratamiento de los indios». En sus palabras se aprecian preocupaciones y luchas interiores: por un lado la conciencia de sus deberes hacia sus compañeros de armas y su rey, cuyos dominios se extendían conforme las armas de Castilla dominaban otras tierras, y por el otro evitar la repetición de lo ocurrido en las islas a fin de que, mediante la cristianización, la escuela y el trabajo, los naturales se asimilaran paulatinamente al nuevo orden impuesto por la conquista. Al dirigir esas líneas no podía entrever Cortés que entre la caída de su estrella y la instalación de la Primera Audiencia, iban a quedar en letra muerta sus decisiones para asegurar el buen trato del pueblo sojuzgado. En el *Manuscrito Anónimo de Tlatelolco* se consignó la queja de las víctimas: «Luego se les dieron indios vasallos en todos estos pueblos. Fue entonces cuando se les dieron personas en don; fue cuando se les dieron como esclavos».

En perspectiva de hoy sabemos cuán difícil era —por no decir imposible— que los naturales escaparan a esa suerte. Ciertamente mediaba un paso de la encomienda y el servicio personal a la esclavitud virtual, mas así y todo es de justicia reconocer que Cortés pretendió evitarlo, y así lo prueban documentos de su puño y letra tales como las ya citadas *Ordenanzas de Buen Gobierno*, del 15 de marzo de 1524, y otra *Ordenanza* sin fecha, aunque seguramente anterior a 1528. En una y otra provisiones, en la segunda sobre todo, don Hernando se propuso sujetar a normas laborales estrictas la prestación del servicio personal indígena, prohibiendo, por ejemplo, que se impusieran trabajos a mujeres y

muchachos indios menores de doce años, y que los adultos trabajaran por más de veinte días fuera de sus pueblos, dejándose constancia, ante escribano, de las fechas de salida y regreso, También en esa *Ordenanza* se fijaba la duración de la jornada laboral en aproximadamente doce horas, pues el indio principiaría a trabajar no antes de salir el sol y rendiría su jornada un hora antes de ponerse, con otra hora intermedia para comer y descansar. La comida correría por cuenta del español, quien, de violar tres veces las disposiciones de la *Ordenanza*, de oficio o a petición de parte perdería los beneficios de la relación laboral. Tanto celo ponía Cortés en el cumplimiento de sus disposiciones que en el mismo texto se consigna «Que ningún Xuez pueda dar licencia para ir a los pueblos de los indios, ni para traerlos a servir, si no fuere mi lugarteniente, o la persona que él dexare en su lugar, estando ausente».

En general, es evidente que la política de Cortés perseguía un objetivo imposible: cohesionar los ideales morales de la Corona con las exigencias de la conquista y población de la Nueva España. Proponíase lograr dos metas a la vez, y así lo decía al emperador: «una, buena orden para la conservación de los naturales, y la otra, provecho de Dios Nuestro Señor y acrecentamiento de las rentas de Vuestra Majestad». Nada menos que mezclar el agua y el aceite.

Cuatro años más tarde, en 1528, hizo su primer viaje a Castilla, y en manos del emperador puso un memorándum sobre la encomienda indiana. En ese texto reiteraba la más apremiante de sus preocupaciones: que no bastaría la conquista de nuevos reinos, por ricos y grandes que fuesen, si por otro lado se descuidaba su conservación y progreso, logros imposibles, ambos, de no tomarse providencias para asegurar la subsistencia de los indios, pues «todo lo demás que se quisiera proveer sería sin cimiento». Persistía en el arraigo de los naturales en sus pueblos, sin sujetárseles a sistemas de gobierno contrarios a sus tradiciones y costumbres, y con expresa referencia a los excesos de muchos conquistadores, agregaba: «Porque los pueblos que hasta aquí han estado en poder de los oficiales de Vuestra Majestad han sido muy mal tratados, han venido en mucha disminución». En 1528 escribía Cortés bajo el quemante recuerdo de la despoblación isleña, pero sobre todo de su fracasado intento de conciliar la moral con la conquista. Ya entendía que la criptoescavidud de la encomienda desembocaba en esclavidud abierta y brutal.

Eso en 1528, pues cuatro años antes, en 1524, aún consideraba factible la singular conciliación de aguas y aceites, tanto que al instruir a Francisco Cortés para su gobernación de la provincia de Colima le mandaba no agraviar a los

indígenas, ni tomarles pertenencias sin su voluntad, órdenes reiteradas más tarde a Hernando Saavedra, su lugarteniente en Las Hibueras. Dos cartas más al emperador don Carlos, una del 15 de mayo de 1522, y la otra de junio de 1528, testimonian su inquietud por el mal trato que los encomenderos daban a los indios. Hombre práctico, Cortés distaba de ser un creyente en las ventajas de la esclavitud. Cabrá poner en tela de juicio si esa convicción nacía o no de escrúpulos religiosos o morales. Por mi parte, creo que si Cortés argumentó contra la esclavitud fue por su talante religioso en primer lugar, y luego por haber sido primera versión, todo lo incompleta que se quiera, del hombre moderno. Cortés fue, sin lugar a duda, el más moderno de sus coetáneos y contemporáneos.

Hombre religioso, temeroso de Dios, y al mismo tiempo moderno y pragmático. Por ser así, temió que los naturales pusieran en entredicho las virtudes evangélicas de sus pastores franciscanos ante la conducta escandalosa de muchos conquistadores. Descriptivo de su modo de entender la vida es su instrucción a Francisco Cortés para que, en la gobernación de Colima, castigara sin miramientos «las blasfemias, e xuegos, e todos otros pecados públicos». También al instruir a Saavedra para su viaje a las Molucas mandaba castigar a los blasfemos, si bien en este caso, sorprendentemente, mostraba blanda comprensión respecto de los jugadores, dado que «en los ejércitos, mayormente en los que se hacen por la mar, hay necesidad de algún género de recreación o pasatiempo», de donde justificaba permitirles «que una cantidad moderada, que a Vos os pareciere, se puede jugar, con tal de que sea en vuestra presencia, donde vos estuviéredes». Cabal reconocimiento de fuerzas superiores a la moral, más poderosas que a ley escrita. Cortés era un hombre de profundo saber humano: nunca pasó a mataballo sobre las debilidades del hombre.

Sabiduría de largos alcances si se piensa, por último, en los criterios empíricos que antepuso a las provisiones reales cuando se trató de adoptar políticas para elegir o escoger mandatarios en ciudades y villas de la Nueva España. El 15 de octubre de 1524, al acusar recibo de la *Instrucción* para elegir alcaldes y regidores con base en las prácticas democráticas castellanas, el extremeño disenta tajantemente: «Y así digo, muy católico Señor que no conviene a su real servicio ni a la buena orden de la gobernación de estas partes que tales elecciones se hagan por otras personas sino por el gobernador que Vuestra Majestad en ellas tuviera, por los muchos inconvenientes y escándalos que se podrían seguir. Y el uno es que viniendo los nombramientos de las villas

hechos, sucedería que cada uno de los regidores o personas amigas y parientes suyos, por provecho e interés de ellos, que no a personas que mejor mirasen el bien de la república».

Al defender la primacía del «bien de la república» sobre los intereses y celos localistas, Cortés hacía de la ciudad de México centro supremo de decisiones electorales, y sobre todo echaba las bases de una rica tradición mexicana, cuyos más distinguidos representantes fueron en el siglo XIX don Benito Juárez y don Porfirio Díaz, y en el actual los presidentes de la República. Que nada hay nuevo bajo el sol es frase sobadísima, pero sorprende que en la penúltima década del siglo XX persistan aún los argumentos cortesianos de 1524. Sorprende y alecciona. Por algo se dice que Cortés fue fundador de la nacionalidad y primero de los mexicanos. En verdad fundó casi todo, en especial la moderna versión de Tenochtitlan y el Partido Revolucionario Institucional. Tan «institucional» como pueda serlo cualquier obra con el respaldo de tradiciones cuatro veces centenarias.

Mas ninguna obra de Cortés, y en general ninguna institución colonial española fue y es tan vapuleada como la encomienda indiana. Ante el evidente, noble humanismo de las provisiones reales para la gobernación de las Indias, se subraya una y otra vez la sima entre los mandamientos y su práctica en los dominios españoles de ultramar, para concluir que la encomienda fue engañoso subterfugio para dorar la virtual esclavitud indígena. Al enderezar esa crítica sobran justificaciones, ya que lo mismo en el siglo XVI que en nuestro tiempo es notoria la frecuente falta de convergencias entre la ley y su práctica. Eso lo sabemos todos, mas concluir de ello que las preocupaciones religiosas y morales de los reyes de España, y de Cortés mismo, fueron sólo proclamas engañosas, media un abismo. Un español puede ser iluso, bovarista, impráctico, santo como fray Martín de Valencia o salvaje como Nuño de Guzmán, pero muy raramente hipócrita. De esta última remuneradora virtud disponen casi a título de dueños los franceses y anglosajones, positivamente geniales para señalar pajas en ojos ajenos y no ver vigas en los propios.

Hipócritas, no. A partir del testamento de la reina Isabel, abundan las provisiones reales en defensa de la dignidad moral y libertad de los indios, y las cartas y *Ordenanzas* de Cortés exhiben ese propósito no obstante las brutales exigencias de la Conquista y los conquistadores. Brutales, porque la conquista del mundo azteca fue obra de la espada primero y luego de la cruz, pese a que en

Castilla, con el océano de por medio, creyeron posible consumar la hazañas mediante la sola doctrina cristiana. Sangre sí, pero también catedrales y palacios, universidades, imprentas, libros, evangelizadores, defensores de derechos indígenas, maravillosos pastores de almas, poetas, pensadores, científicos, arquitectos, pintores, escultores, y sobre todo el dominio de una lengua universal. Sólo por miopía hemos transigido con ruedas de molino, y aplaudido la tonta versión que nos denigra.

Nuestra dignidad histórica arranca del testamento de la reina Isabel y culmina en el movimiento de Independencia, al cerrarse el primer capítulo de *nuestra historia*. Nutrida bitácora que tiene su siglo dorado en el XVIII, con pintores como los Rodríguez Xuárez y Cabrera, con científicos como Fausto de Elhúyar, descubridor del tungsteno, y Andrés Manuel del Río, con gobernantes como Bucareli y Revillagigedo, con humanistas como Andrés Cavo, Francisco Javier Alegre, Guevara y Basoazábal y Francisco Xavier Clavigero, autor de la primera gran versión de la historia novohispana.

Ellos fueron precursores intelectuales de la Independencia, última tarea de novohispanos. La Reforma y la Revolución fueron obra de mexicanos.

Bajo las tintas negras que han corrido sobre nuestros orígenes está la verdad: el cuantioso patrimonio moral de nuestra raza y nuestro pueblo.

Capítulo Octavo

LA INSENSATA AVENTURA

Los españoles que por aquellos caminos pasaban, y hallaban algunos de los puentes sin haberse deshecho al cabo de muchos años... se admiraban de ello y suelen decir ahora que aquí son los puentes de Cortés como si dijeran las Columnas de Hércules.

BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO

1. Entre selvas y pantanos se encuentra la ceiba de Izcanac.

Cortés preparó sigilosa y anticipadamente la marcha a Las Hibueras. Meses antes mandó a Cuba a su antiguo soldado de confianza Alonso de Contreras con ocho mil pesos oro para comprar caballos, puercos, tocino y pan cazabe, además de ballestas, espadas, escopetas y cinco pequeños barcos para la expedición, y dio instrucciones a Olid para que en la isla se viera con Contreras, recogieran armas y montaje, alistara voluntarios y siguiera para Las Hibueras, «buena navegación y muy cerca», con tres objetivos bien delineados: uno, fundar una villa y atraer a los naturales a la fe verdadera sin muertes, ni guerra, mediante dos clérigos que deberían acompañarle; otro, localizar el estrecho entre ambos mares, para lo cual dispondría que dos navíos y un bergantín, con un piloto y Diego Hurtado de Mendoza por capitán, recorrieran la costa a partir de la bahía de la Ascensión, y el último, no omitir esfuerzos para hacerse de oro y plata, aunque esto último difícilmente podría conseguirse sin afectar al primero de los propósitos.

Para financiar la aventura gastó Cortés «todo cuanto he tenido» —así lo dijo al emperador—; cogió de las rentas reales sesenta y tantos mil pesos oro, y aparte otros doce mil en préstamo de otras personas. Mas no descuidaba endulzar el oído al César de las Españas: a él debíase la extensión de sus dominios en más de cuatrocientas leguas por el norte, y en más de quinientas hacía el mar del sur, «y todo, de la una mar a la otra, que sirve sin ninguna contradicción». O sea sin soluciones de continuidad en el ejercicio de su soberanía. El muy taimado se cubría las espaldas por haber cogido sin pedir permiso los sesenta y tantos mil pesos de las rentas reales. Malinche tomaba dinero donde lo hallaba, hábito de bandoleros pero también de grandes hombres de negocios y prominentes estadistas: principiaba por invertir lo suyo en

empresas descubridoras y sin pararse en escrúpulos seguía adelante con el dinero de los demás. Era un conquistador y poblador de mundos, no tenedor de libros ni agente revisor de cuentas hacendarías.

Cristóbal de Olid partió el 11 de enero de 1524, ya se dijo, y en La Habana encontró a Francisco de Montejo, recién vuelto de España, quien le hizo confidente de sus quejas y resentimientos contra Cortés y —cabe en lo posible—, fue su conducto para entrar en relaciones con Velázquez y convenir en emprender de consuno la conquista de Honduras, comprometiéndose Diego a proporcionar cuanto hubiere menester, y a gestionar que en Castilla le nombraran gobernador de las nuevas tierras. Cristóbal pudo preguntarse cómo Velázquez, incapaz de conseguir para sí la gobernación de la Nueva España, podría gestionar la de Honduras para él, mas por lo visto no cuestionó el hecho; en unión de vecinos de Cuba se hizo a la mar, con mal tiempo, y al desembarcar el 3 de mayo en el continente trazó desde luego una villa, que en conmemoración de ese día recibió el nombre de Triunfo de la Cruz. De momento tomaba posesión de la tierra, y en ella fundaba como lugarteniente de Su Majestad y de Cortés para ocultar su rebeldía a los parciales de éste, mientras contaba con elementos para llevar adelante la segunda parte de su plan.

Durante varios meses no tuvo Malinche noticias de su lugarteniente, mas finalmente le hablaron de su alzamiento viajeros llegados de Cuba, uno de ellos el factor Gonzalo de Salazar, quien le dijo estar al corriente de los arreglos entre Olid y el gobernador de Cuba, «aunque por ser el caso tan feo, y en deservicio de Vuestra Majestad yo no lo puedo creer, aunque por otra parte lo creo conociendo las mañas que el dicho Diego Velázquez siempre ha querido tener para me dañar y estorbar», escribió al emperador. No lo quería creer pero lo creía, y amenazaba con añadidura: «Yo me informaré de la verdad, y si hallo ser así, pienso enviar por el dicho Diego Velázquez y prenderle, y preso enviarle a Vuestra Majestad, porque cortando la raíz de todos los males, que es ese hombre, todas las otras ramas se secarán, y yo podré más fácilmente efectuar mis servicios comenzados, y los que pienso comenzar». Furioso estaría, abultadas las venas del cuello, perdidos los estribos y cuanto en esos casos solía perder. Era puro eufemismo, por supuesto, decir que prendiendo a Velázquez se proponía cortar la raíz de todos los males, pues obviamente lo que en sus cálculos entraba era cortarle la cabeza.

Una vez al corriente de lo ocurrido en Las Hibueras, para castigar al rebelde tomó Cortés la determinación de armar nueva expedición, ahora al mando de un

hombre de su confianza, Francisco de las Casas, «varón para cualquier cosa de afrenta», quien partió con cinco barcos y cien soldados, sin pensar que la naturaleza le volvería las espaldas y las naves, azotadas por una tormenta tropical, zozobrarían a la vista de la costa hondureña con pérdida de buena parte de sus hombres y casi todos los caballos, de donde el paraje recibió en adelante el nombre de Puerto Caballos. Olid, enterado del percance, se condujo como el andaluz que era: acudió en busca de los naufragos, dióles de comer y vestir, aposentó en su casa al lugarteniente de Cortés, y a todos hizo jurar, sobre los Evangelios, fidelidad y ayuda de llegar nuevas expediciones punitivas.

Al conocerse en México el desastre de Francisco de las Casas, seguramente exagerados sus tratos con Olid, dispuso Cortés ir él en persona a Las Hibueras. ¿Trataba de reparar el fracaso de la segunda expedición? ¿Tardíamente se arrepentía de haber mandado a De las Casas en vez de ir él mismo a castigar a Cristóbal, hipótesis que Bernal admite? Insensata decisión en cualquier caso, pero la adoptó: dejó la gobernación en manos del tesorero real Alonso de Estrada, del contador Albornoz y del licenciado Zuazo, alcalde mayor de la ciudad; cargó con Cuauhtémoc y con Tetepanquetzal, señor de Tacuba, y con tres mil indios mexicas y grandes piaras de cerdos, amén de sus capitanes, frailes, teólogos, botilleros, maestresalas y mayordomos, salió de la ciudad más como gran príncipe italiano que como rudo explorador de tierras incógnitas. Tenía por delante un largo calvario de casi mil kilómetros, en buena parte a través de pantanos, altas sierras, torrentes, ríos y selvas, y en México dejaba poder, nombre y fortuna al arbitrio de sus enemigos, sin que las conocidas explicaciones valgan para justificar su aventura, y menos para emprenderla por tierra en vez de hacerla por mar.

Sin tropiezos entre México y Guatzacualco, marchó por senderos conocidos, y en un pueblo que los naturales llamaban Orizaba casó a doña Marina con su capitán Juan Xaramillo. Allí supo también que Estada y Albornoz reñían en la capital, de lo que Salazar y Chirino se aprovecharon para obtener sus poderes y volver para compartir el gobierno con Estrada, Albornoz y Zuazo, de haber hecho las paces, y de lo contrario para formar con Zuazo nueva junta gubernativa. Si al dejar la capital se echó Cortés la soga al cuello, al delegar su autoridad en Salazar y Chirino apretaba el dogal. En Orizaba pudo recordar algo de sus días de Salamanca. Algo como la sabia sentencia: *Quid Deus vult perdere prius dementat*, mas ocupado en oficios de buen casamentero olvidó que los dioses entontecen primero a quienes llevan a la perdición.

En Guatzacualco se le unieron españoles avecindados, más por fuerza que por gusto si hemos de creer a Bernal, de cuyo testimonio resulta que si alguien osabe negarse, y se lo decía, «por fuerza lo hacía ir». Y tomó camino adelante con el solo auxilio del itinerario dibujado en un ayate por indígenas de Espíritu Santo, último establecimiento español. De Espíritu Santo al sur, sobre tierras bajas del trópico, los expedicionarios principiaron a encontrar grandes ríos, selvas donde apenas veían el suelo junto a sus pies, ciénegas de fondo esponjoso, y miserables aldehuelas reducidas a cenizas por orden de Zaguatán, señor de aquellos pagos.

Nada positivo lograba de los prisioneros, pese a colmarlos de halagos y chucherías: sólo pueblos quemados conforme avanzaba, ocultos en el monte sus moradores. Difícil salir de allí con vida, hoy todavía, de no contar con adecuado equipo y buenos guías. Era la selva del trópico, exuberante ayuntamiento de vida y muerte. Árboles poderosos, cautivos sin embargo de mil lianas parásitas; atmósfera compacta, húmeda, cargada de pájaros e insectos; griterío de monos saltimbanquis. La vida, en la selva tropical, vuélvese indolente muerte en acecho. En su matriz conviven los extremos. Aun de trepar a los más altos árboles, el horizonte principia y termina junto a las narices. Los miserables caseríos sobreviven en los claros del bosque; la voluntad capitula ante el poder de la naturaleza, y el hombre cede a la fatalidad, que es allí sopor, pereza y abandono.

Por el rumbo de Iztapan y Osumazintlan, Cortés y los suyos perdieron semanas en la búsqueda de senderos accesibles. ¡Qué vadear pantanos y corrientes! Si las raíces siguen su camino por las hendeduras rocosas, los ríos allí son nevaduras de la selva. Muchos perecían ahogados al cruzarlos, y todos comían menos cada vez. De las piaras no quedaba un cerdo, y el príncipe salido de México con galas de gran señor, se volvía capataz de un millar de escépticos muertos de hambre. Muchos murmuraban, preguntándose qué buscaba tan lejos de sus mujeres, de la vida muelle de México-Tenochtitlan. Cada paso empeoraba la situación de los castellanos, y por supuesto la de sus infelices tameses aztecas. Ciénegas y esteros decuplicaban sus defensas, alguno tan extenso que Cortés mandó hacer un puente para no perder veinte días en rodearlo por la sierra. Como del sondeo resultó que el estero tenía cuatro brazas de profundidad, mas dos de fondo, para esa obra «que a todos pareció cosa imposible de acabar», se echaron abajo árboles enormes para sacar pilotes, y como los castellanos mostrábanse «descorazonados y dejativos», al no comer sino raíces, Malinche

exhortó a los indios; les habló de Guayacalán, tierra de abundancias en el lado opuesto, y al cabo de seis días de fatigas indígenas, listo el puente cruzaron el estero soldados y caballerías. «Y tardará más de diez años que no se deshaga si a mano no lo deshacen escribió Cortés en su *Quinta Carta*. Y esto ha de ser con quemarlo, y de otra manera sería dificultoso de deshacer porque lleva más de mil vigas, que la menor es casi tan gorda como el cuerpo de un hombre, y de nueve y diez brazas de largura».

Apenas al cruzar diéronle bienvenida los indios de Guayacalán, señorío de Apoxpolón, quien de ellos tenía noticias por sus corredores y mercaderes. Los de Acalán les dieron oro de baja ley, y gallinas de ley altísima para el hambre que llevaban. Escudriñábanles los indios, y todo les llenaba de sorpresa, mas nada como el puente: sólo al verlo pensaron «que ninguna cosa nos era imposible», dice Cortés. Por su parte Bernal Díaz describe su construcción, cuya fortaleza no exageraba su jefe: «los españoles que por aquellos caminos pasaban, y hallaban algunos de los puentes sin haberse deshecho al cabo de muchos años... se admiraban de ello y suelen decir ahora que aquí son los puentes de Cortés como si dijeran las Columnas de Hércules».

En busca de Apaxpolón, señor de Acalán llegaron castellanos y macehuales al pueblo de Izcanac, nombre para siempre unido a la muerte del emperador azteca. Según el relato de Cortés en su *Quinta Carta*, por un indio del séquito de Cuauhtémoc, llamado Mexicalzingo, bautizado Cristóbal, se enteró de la conjura del Tlatoani y los señores de Tacuba y Texcoco para matarlo, y mandar emisarios a México a provocar un levantamiento indígena. Sabedor por el tal Cristóbal del plan para acabar con ellos y restaurar el poder de los antiguos señores «como antes lo eran», Cortés dio gracias a Dios —dice—, y en cuanto amaneció mandó separar a los prisioneros para interrogarlos, resultando de su pesquisa «que Cuauhtémoc y Tetepanquetzal habían movido aquella cosa.» Sólo eso bastó, y ambos terminaran sus días colgados de una ceiba. Los restantes señores, al tanto de la conjura, mas no sus partícipes, merecieron gracia de la vida, si bien sólo el hecho de prestar oídos a los conspiradores, según Malinche, habría bastado para ahorcarles.

La versión de Cortés sobre el triste fin de Cuauhtémoc coincide en lo fundamental con el relato chontal, hoy accesible gracias a las investigaciones de don Miguel León-Portilla, si bien, en el testimonio indígena, el chivato no fue Cristóbal sino el mismo cacique Apaxpolón. «Y estaba allí Quatémuc, rey de Nueva España —se lee en el texto chontal—, que venía con el capitán de

México, el cual habló con Paxbolonacha rey: “Señor rey, estos españoles vendrá tiempo que nos den mucho trabajo y nos hagan mucho mal y que matarán nuestros pueblos. Yo soy de parecer que los matemos, que yo traigo mucha gente y vosotros sois muchos” y esto dijo Quatémuc a Paxobolonacha, rey de los indios de Magtunes Chontales. Oído por él esta razón él dijo: “Veréme en ello; dejadlo ahora que volveremos a ello.” Y pensando sobre el caso vio que los españoles no hacían malos tratamientos, ni a ningún indio habían muerto ni aporreado, y que no les pedían sino miel, gallinas y maíz y demás frutas que les daban cada día, y pues no les hacía mal no podían tener dos rostros con ellos ni enseñar dos corazones a los españoles. Y Quatémoc le estaba siempre importunando con ello porque los quisiera matar a todos los españoles, y visto e importunado Paxbolonacha se fue al capitán del Valle y le dijo: “Señor capitán del Valle, este principal y capitán de los mexicanos que traes, anda con cuidado con él que no te haga una traición, porque tres o cuatro veces me ha tratado que os matemos”. Oído esto por el capitán del Valle prendió a Quatémoc y le echó en prisiones, y al tercer día que estuvo preso le sacaron y le bautizaron, y no se certifica si le puso por nombre don Juan o don Fernando, y acabado de bautizarle le cortaron la cabeza, y fue clavada en una ceiba delante de la casa que había de los dioses en el pueblo de Yaxzam.»

Basta la lectura del texto chontal para ponernos en guardia, pues referirse a Cuauhtémoc como «rey de la Nueva España», y a Cortés como «marqués del Valle», confirma su larga posterioridad respecto de los hechos de Izcanac, lo que en otras palabras deja lugar a suponer que la crónica se redactó bajo influencia española, dirigida a justificar, mediante la supuesta conspiración, el sacrificio del último soberano azteca y del señor de Tlacopan. Para más fue Díaz del Castillo, quien si en principio avala la versión de Cortés, y con ella la supuesta intervención de Cuauhtémoc en la conjura, al fin consigna datos suficientes para poner en cuarentena lo dicho por el Conquistador. Analicemos brevemente ambos aspectos, tal y como resultan de la *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*:

Cuauhtémoc y otros principales aztecas —escribió Bernal—, «se habían puesto en pláticas, o lo ordenaban, de matarnos a todos y volverse a México, y llegados a la ciudad juntar sus grandes poderes y dar guerra a los que en México quedaban, y tornarse a levantar». Acusa luego a dos caciques mexicas, uno de ellos el tal Cristóbal, como autores de la delación, y agrega que al ser interrogados Cuauhtémoc negó que la conjura fuese obra suya, en tanto que

Tetepanquetzal confesó que él y su rey habían dicho que «más valía morir de una vez que morir cada día en camino, viendo la gran hambre que pasaban sus macehuales y parientes», visto lo cual mandó Cortés ahorcarles «sin más probanzas». Momentos antes de su ejecución, según el cornista, Cuauhtémoc exclamó: «Oh, Malinche, días hacía que yo tenía entendido que esta muerte me habías de dar, y había conocido tus falsas palabras, porque me matas sin justicia. ¡Dios te lo demande, pues yo no me la dí cuando te me entregaba en México!»

Mas héte aquí que, no obstante admitir la intervención de Cuauhtémoc en la supuesta conjura, el relato agrega a continuación: «Y fue esta muerte que les dieron muy injustamente», opinión inadmisibles de haber su autor creído *realmente* en la conspiración. Esas dos líneas de Bernal permiten, ya se dijo, poner en cuarentena la versión de Cortés, y por añadidura coinciden con la de Alvarado Tezozómoc en su *Crónica Mexicáyotl*, que redactada a mediados del siglo XVI pudo recoger el testimonio de testigos indígenas. El texto de la *Crónica Mexicáyotl* es como sigue: «En el año 7-casa (1525 años) fue cuando fueron calumniados Cuauhtémoc y los otros reyes, por los tlatelolcas y los michoacanos, allá en Huey Mollan, cuando les llevara don Femando Cortés, marqués del Valle; con lo que les calumniaron, a los reyes Cuauhtémoc de Tenochtitlan, y Tetepanquetzalzin de Tlacopan, lo que les imputaron falsamente fue que diz que nuevamente les harían la guerra a los españoles; precisamente él, el llamado Cotztemexi, habitante de Tlatelolco, fue quien les acusó falsamente.»

La *Crónica* de Tezozomoc acentúa en dos ocasiones el concepto de «calumnia», e incluso consigna el hecho de haberles «mojado la cabeza con sus nombres» para indicar, como se sabe, que Cuauhtémoc y el señor de Tlacopan fueron bautizados antes de ahorcarles «sin más probanzas», como dice Bernal. En conclusión, pues, la versión de Cortés resulta poco de fiar, pero así y todo tampoco puede creerse que decidiera la ejecución para darse ese gusto o aliviar las penalidades de la marcha, pues en tres años nunca dejó ver el propósito de quitarles la vida, y de pensar en aligerar la impedimenta habría también escabechado a los mexicas del séquito, y a éstos les perdonó. A mi juicio no es necesario echarse en busca de mayores testimonios porque Cortés mismo, sin proponérselo, nos pone sobre la pista para explicar la tragedia de Izcanac.

Sin proponérselo, digo, porque al escribir la *Quinta Carta de Relación* informa de la muerte de ambos Tlatoanis como si refiriera la muerte de un caballo, las heridas de alguno de sus soldados, o el hecho de mantenerse de

yucas y de maíz en los pueblos abandonados. Y eso no pega. No pega describir la construcción del puente de las mil vigas en dos páginas y media, de la 86 que forman la *Quinta Carta* en la edición consultada, y destinar sólo una a la conspiración y muerte de Cuauhtémoc y Tetepanquetzal. Cabría preguntar en este punto si *realmente* estima Cortés en más la construcción del puente que el sacrificio del único enemigo de su talla, mas como no es de presumirse tamaña ligereza, queda la bien fundada sospecha de haber, *deliberadamente*, restado importancia al hecho por lo mucho que le escocía. En rigor todos hemos manipulado así, alguna vez, tópicos cuyo recuerdo nos disgusta. Cuántas veces no damos explicaciones, y no por no poder sino por no querer darlas.

En ausencia de otros argumentos o motivaciones, cabe atribuir el sacrificio del último Uei Tlatoani a temores de Cortés ante *la posibilidad* de que sus prisioneros aprovecharan la baja moral de los castellanos, el descontento que mellaba su capacidad combativa... y el nada remoto riesgo de que los tres mil macechuales aztecas, a una voz de sus señores naturales, acabaran con él y con los suyos en un abrir y cerrar de ojos. La hipótesis, fincada en la conversión de riesgos posibles en riesgos actuales o inminentes, aclara muchos otros episodios de naturaleza semejante, y los explica suficientemente. Cortés, por añadidura, conseguía sus mejores éxitos mediante el sistema de adelantarse a los acontecimientos, y nadie como él pudo decir que quien pega primero pega dos veces, estrategia genial en muchas ocasiones, pero también inicua casi siempre. Algo por el estilo barruntaría Bernal al escribir, en su *Historia Verdadera*: «Y fue esa muerte que les dieron muy injustamente, y pareció mal a todos los que íbamos.» Así enjuiciaba el cronista la novena y última destrucción de las naves.

Eso aparte ¿qué fin mejor pudo tener Cuauhtémoc? Si estaba liquidado el futuro de su nación y su raza; si sus dioses habíanle concedido la discutible gracia de sobrevivir a la batalla de México-Tenochtitlan, a falta de una muerte perfecta, entre las ruinas de su ciudad y su mundo el ahorcamiento de Izcanac compensaba en parte el disfavor divino. En eclipse su fama, prisionero y al margen de la historia, Cortés le reintegraba a ella en un santiamén. Colgado de una ceiba, en la selva de Tabasco, su mortal enemigo le permitía recuperar de un golpe la desventura de tres años de penosa supervivencia. Sin proponérselo, Cortés le hacía retomar su historia victoriosa.

Auxiliados por los súbditos de Apaxpolón, por mejores veredas siguieron los

castellanos de Izcanac a Mazatlán y Taica, señorío de Canek, donde supieron que en un lugar llamado Nito, a varios soles, había pobladores blancos. De los dominios de Canek siguieron por tierras llanas, y luego por sierras fragosas hasta un puerto de la sierra, «la cosa más maravillosa del mundo de ver y pasar» si bien, según Cortés, pagó alto precio por semejante prodigio: doce días de marcha, sesenta y ocho caballos muertos, y tantas heridas y lastimaduras en los demás «que no pensamos aprovechamos de ninguno». En las cercanías de Nito, a orillas de un río, toparon los exploradores de avanzada con dos españoles dedicados a la pesca, y por ellos supieron que sesenta más se hallaban en Nito, en su mayoría gente enferma de Gil González de Ávila, descubridor de Nicaragua y fundador de la villa de San Gil de Benavente. Ya en Nito se enteró Cortés tanto del fin de Cristóbal de Olid como del viaje a México de Francisco de las Casas y Gil González, sus victimarios, para rendirle cuenta de su aventura. Así supo que la traición de Olid había sido castigada, y que la penetración española profundizaba al norte del Darién, noticias ambas que según su capellán López de Gomara le produjeron «gran alegría».

Cristóbal de Olid, ya se dijo, desaprovechó la oportunidad de llevar sus planes adelante al tener en sus manos por un lado a Gil González de Ávila y por el otro a Francisco de las Casas con sus diezmadas huestes, y en nuevo gesto de hidalguía, moralmente honroso si bien suicida en sus condiciones, dejó en libertad a los soldados, y en su alojamiento de Naco hospedó a De las Casas, como antes lo hizo con González de Ávila, mortal ingenuidad, sobre todo, porque el lugarteniente de Cortés le advirtió: «Pues mire usted bien por su persona, que un día u otro tengo que procurar matalle». Aunque según Bernal, lo dijo «medio burlando y riéndose», sólo un mes más tarde, al terminar de cenar como buenos camaradas, De las Casas le tomó por las barbas y lo medio degolló con un cuchillo, ahorcándole poco después en nombre de Cortés. De ese modo nada caballeroso terminaron las andanzas de Cristóbal de Olid, uno de los más esforzados capitanes de la conquista de México.

Con su muerte desaparecería uno de los objetivos de la expedición, mas por la cabeza de Cortés no pasó la idea de dar marcha atrás. Con su gente y la de González de Ávila exploró tierras aledañas al llamado Golfo Dulce; fundó la villa de Natividad de Nuestra Señora, y en un carabelón que los de Nito tenían «casi perdido», otro propiedad de un capitán llegado de Cuba con carne salada, maíz y pellejos de vino, y algunos barquichuelos que halló en San Gil, envió cartas a las autoridades de la corte, México y Santo Domingo, la mayoría de las

cuales no llegaron a sus destinatarios. Así y todo uno de los barcos aportó en Cuba, y de allí emprendió el regreso con noticias alarmantes del licenciado Zuazo sobre grandes escándalos provocados por Estrada y Albornoz, y el empeño de Salazar y Chirino en arruinarle. No podía ser peor el estado de cosas: teniéndole por muerto, de sus bienes se dispuso en almoneda pública; su mortal enemigo Nuño de Guzmán cometía en Pánuco tropelías sin cuento, y hasta un túmulo se dispuso en la iglesia mayor con motivo de la misa cantada por el eterno descanso de su alma. Cortés, dice Bernal, en cuanto recibió la carta del licenciado Zuazo «se metió en su aposento y comenzó a sollozar, y no salió de donde estaba hasta otro día por la mañana». No era para menos. «Al ruin dádle mando y veréis quien es; yo me lo merezco, pues hice honra a desconocidos y no a los míos, que me siguieron toda la vida», sentenció nuestro hombre según Gomara. Era una forma de recordar el refrán: «el muerto al hoyo, y el vivo al bollo».

2. Siguen los años amargos.

Sobraban motivos para regresar, más así y todo se resistía Cortés, en parte por tentarle la conquista de Nicaragua, tierra apenas entrevista por González de Ávila y sobre todo por no encontrar aún el estrecho entre ambos mares. Mas como por otro lado eran tan malas las noticias de México, y tan sombrío el cuadro del licenciado Zuazo, que decidió dejar en Hibueras una guarnición y emprender el regreso. Embarcó al parecer resuelto, mas su nave levó anclas tres veces y otras tantas volvió al puerto con averías, señal evidente de que Dios no le quería en México sino en Las Hibueras. Tan seguro estaría de la superior decisión que al fondear la nave en San Juan de Ulúa no se hallaba Cortés a bordo sino a Martín Dorantes, su criado, con poderes para Francisco de las Casas y la consiguiente revocación de mandatos a Salazar y Chirino. Era el 28 de enero de 1526.

Ya en la ciudad de México fue Dorantes con derecho al convento de San Francisco, cuyos frailes le confiaron viejos y nuevos hechos desventurados: que al llegar Salazar y Chirino de Orizaba encontraron reconciliados a Estrada y Albornoz; que posteriormente Salazar había puesto presos no sólo al tesorero y al contador sino a su mismo compinche, Chirino; que el licenciado Zuazo, el único de fiar, había tenido que refugiarse en Cuba; que Salazar y Rodrigo de Paz,

alguacil mayor, habían celebrado un convenio para repartirse el poder, y entre todos propalaron la versión oficial de la muerte de Cortés, muy seguramente la primera «versión oficial» de nuestra historia. Según Bernal, los malandrines llegaron al extremo de obligar a mujeres, cuyos maridos andaban en Las Hibueras, a que contrajeran nuevas nupcias, azotando públicamente a una de ellas, Juana de Mansilla, por negarse y argumentar que su marido y Cortés vivían. La situación de la ciudad era lamentable, mas así y todo al llegar Dorantes, y con él la noticia de estar Cortés con vida, tuvieron los franciscanos tal alegría que los hermanos Toribio de Benavente y Diego de Altamirano, dice Bernal, «daban brincos de placer y gracias a Dios por ello».

La presencia del criado produjo la reacción esperada entre los amigos del conquistador, quienes se echaron a la calle al grito de «¡Viva el Rey y viva Hernando Cortés en su real nombre, que es vivo y viene ahora a la ciudad!», argumento suficiente para que buen número de vecinos tomaran las armas, cercaran la casa del factor, «y allí le prendieron y le pusieron guardia hasta que hicieron una red de maderos gruesos y le metieron dentro, y allí le daban de comer, y en esto paró la cosa de su gobernación», escribió Díaz del Castillo. En cuanto al veedor Chirino, relegado en el Peñón de Coatlán, tan pronto se enteró de lo ocurrido quiso refugiarse en un convento, mas del santo lugar le llevaron a México y le enjaularon con su antiguo compinche. Como en las cartas para los frailes de San Francisco nombraba Cortés gobernadores a Pedro de Alvarado y a Francisco de las Casas, mientras él regresaba, y en ellas se decía que de no encontrarse aquellos en la ciudad —y era el caso—, se encargase la gobernación al tesorero Estrada y al contador Albornoz, así se hizo una vez presos el factor y el veedor.

Restaurada en la ciudad de México la autoridad de Estrada y Albornoz, como quiera depositarios del poder por delegación del mismo Cortés, al partir éste para Las Hibueras, fray Diego de Altamirano emprendió el viaje con la encomienda de acelerar el regreso del gobernador y capitán general. Persuasivo sería Altamirano, pues consiguió lo que no pudo la dramática carta del licenciado Zuazo: que abandonara Malinche sus proyectos de nuevas conquistas en Nicaragua, no obstante que allí «Dios y Vuestra Majestad fueran muy servidos a causa de las muchas y grandes provincias que en el camino hay», de modo que «con harto dolor y pena» por el abandono en que dejaba villas apenas pobladas, y sobre todo por renunciar a descubrir el estrecho entre ambos mares, se hizo a la vela el 25 de abril de 1526 y desembarcó en la Villa Rica el 24 de mayo, veinte

meses después de emprender la insensata aventura.

La noticia de su llegada se extendió «por la tierra». Según él en las dos semanas de su viaje a la ciudad de México los indios caminaban «hasta ochenta leguas para verme, los cuales todos lloraban conmigo y me decían palabras tan vivas y lastimeras, contándome los trabajos que en mi ausencia habían padecido por los malos tratamientos que les habían hecho, y quebraba el corazón de todos los que los oían, y aunque de todas las cosas que me dijeron sería dificultoso dar a Vuestra Majestad copia, pero algunas harto dignas de contar pudiera escribir, que dejo por ser *ore proprio*». La modestia, que sepamos, nunca figuró entre las virtudes personales del Conquistador.

En su carta, sin embargo, no alude Cortés al disgusto que sin duda le produjo recibir, en el puerto mismo, la real cédula fechada en Toledo el 4 de noviembre de 1525, llena de malas noticias: «Por muchas personas e cartas he tenido muchas relaciones contra vos y vuestra gobernación —decíale don Carlos—, e como quiera que según vuestros servicios se debe pensar que los que lo escriben e dicen es con alguna pasión o envidia de lo que vos nos podríades servir, pero por cumplir con lo que soy obligado a la justicia, e conformándome con las leyes de este reino, he acordado mandar tomar residencia para me informar de la verdad, porque sabida halla mejor lugar para honrar vuestra persona y os hacer las mercedes que os tengo voluntad, y para ello envió al licenciado Luis Ponce de León, que es persona de conciencia y que con toda rectitud hará su oficio. Por ende yo vos encargo y mando que luego como llegare proveáis como sea recibido conforme a su provisión e le sean entregadas las varas para que con brevedad pueda tomar la residencia dentro del tiempo de su comisión». Mucho y bien doraba la píldora Su Majestad, pero no le ocultaba las consecuencias de un juicio. Por el momento tendría que dejar «las varas», o sea la autoridad, en otras manos. Al fin los calumniosos disparos de sus enemigos pegaban en el blanco.

Ya en la ciudad se metió Cortés seis días en el convento de los franciscanos, según él para hacer penitencia por sus pecados y dar gracias al Altísimo por su regreso, mas en realidad para urdir cómo salir del nuevo e inesperado contratiempo. Por los frailes supo hasta dónde llegó la maldad de sus enemigos, y no sólo en afectación de sus bienes sino en deterioro de su honra, pues cartas y más cartas fueron a Castilla con intrigas, calumnias y medias verdades: que al ir a Las Hibueras sacrificó sus responsabilidades de gobernante para saciar su red de venganza en la persona de Olid; que defraudó al soberano al disponer el quinto real; que acumulaba riquezas sin parar en los medios, y que nunca

justificó su inocencia en el caso de las muertes de su esposa La Marcaida y del adelantado Garay. Mas no le flaqueaba el corazón, y se dispuso a dar la cara al fiscal del rey. Dejó el convento, y al tanto de que Ponce desembarcaba en Medellín el 11 de junio de 1526, mandó agasajarlo en el camino, e incluso dice Bernal, «fama hubo que por su parte, y muy secretamente, enviaba a Luis Ponce un buen presente en tejuelos y barras de oro», sospecha razonable por lo ducho que era el hombre en el arte de «untar la mano».

Olvidaba, por lo visto, que en la real cédula se hablaba de Ponce como persona «recta y de conciencia», mas éste refrescó su memoria al rehusar los regalos, e incluso los agasajos entre Medellín y la capital. Todavía renuente a darse por vencido preparó Cortés suntuoso recibimiento, mas el fiscal durmió en un pueblo cercano, y tanto madrugó que al siguiente día se apersonó en la ciudad cuando el capitán general apenas preparaba la recepción. Don Luis Ponce de León era, por lo visto, un tipo de cuidado, nada accesible a las habituales tentaciones, y Cortés, preocupado por el sesgo de los acontecimientos, se redujo a poner sobre su cabeza las reales provisiones, en presencia del Cabildo, y a entregar al recién llegado las varas de la justicia.

A partir del 16 de julio, durante dieciséis días, en la plaza pública se pregonó la iniciación del juicio de residencia, y aunque Cortés asegura en su *Quinta Carta* que no llegó a presentarse demanda alguna, otra es la versión de Bernal, cuya autoridad merece mayor credibilidad por no estar en juego su persona e intereses. En su *Historia Verdadera* habla del gran número de demandas que se pusieron, unas con quejas por no haberles dado Cortés oro e indios suficientes, otras por el pago de caballos muertos en acciones de guerra, muchas más por ofensas personales, y María La Marcaida por el estrangulamiento de su hija Catalina. Mas apenas comenzaba el juicio cayó Ponce de León «malo de modorra» —tifo seguramente—, y entregó su alma al Creador al cabo de pocos días, suerte que compartieron treinta de sus acompañantes. En sus últimos momentos subrogó sus funciones y atribuciones en la persona de Marcos de Aguilar, su segundo, y Cortés se redujo a decretar gran luto y solemnes honras fúnebres. No la circunstancia de morir Ponce de León, pero sí la de haberle seguido treinta de sus acompañantes al cementerio pudo dejar a salvo la honra del capitán general, mas no fue así, y como en el caso de Garay se habló de veneno en los alimentos.

Una vez muerto y sepultado el fiscal del rey, el Cabildo pidió a Cortés que reasumiera la gubernatura de la Nueva España. Aducían los concejales no ser

subrogables los puestos y privilegios del difunto, mas don Hernando se negó, e insistió en que Marcos de Aguilar ejerciera el gobierno y siguiera el juicio de residencia. En las últimas páginas de su *Quinta Carta de Relación* dejó constancia de su vivo empeño para allegar al emperador amplia información de sus culpas y servicios. Son las suyas palabras sin desperdicio: «Humildemente suplico con toda la instancia a mí posible no permita que esto quede debajo de simulación sino que muy clara y manifiestamente se publique lo malo y bueno de mis servicios; porque, como sea caso de honra, que por alcanzarla yo tantos trabajos he padecido y mi persona a tantos peligros he puesto, no quisiera Dios, ni Vuestra Majestad por su reverencia permita ni consienta que basten lenguas de envidiosos malos y apasionados a me la hace perder; y no quiero ni suplico a Vuestra Majestad sacra, en pago de mis servicios, me haga otra merced sino esta, porque nunca plega a Dios que sin ella yo viva».

Su honra en jaque, no consentía ponerla en tela de juicio. Cuatro siglos antes de escribir Unamuno, Cortés veía en la envidia el pecado español por excelencia: a mordiscos le arrebataban el nombre y la gloria. En la misma *Quinta Carta* se refiere a los dos cargos fundamentales: uno, la acusación de *crimine lesae Majestatis*, por no prestar obediencia a los mandamientos reales y ejercer en la Nueva España su personal y tiránico dominio; y otro por disponer en su gobernación, a título propio, de las rentas reales y del oro e indios que a todos pertenecían. Él insistía en sus protestas: ni ese oro, esas tierras o esos indios le sacaban de su condición de pobre, endeudado en más de quinientos mil pesos sin tener con qué pagarlos, «porque si mucho ha habido, muy mucho más he gastado, y no en comprar mayorazgos ni otras rentas para mí sino en dilatar por estas partes el señorío y patrimonio real de Vuestra Alteza, conquistando y ganando con ello y con poner mi persona a muchos trabajos, riesgos y peligros, muchos reinos y señoríos para Vuestra Excelencia, los cuales no podrán encubrir ni agazapar los malos con sus serpentinas lenguas». Todo el alegato rezuma señorío y grandeza: clara conciencia de haber hecho por su rey y por España más que otros cualesquiera entre los españoles de su tiempo.

El cargo de ilícito enriquecimiento le afectaba sobre todo, y a él recurría al hablar del tesoro llevado a Castilla por Montejo y Puerto Carrero; de lo perdido en México-Tenochtitlan al sufrir el descalabro de la Noche Triste, a su vez favorecido por la llegada de Narváez; de la pérdida de aquel tesoro a manos francesas «por culpa de quienes no proveyeron la armada que fue por ello a las islas de las Azores, como debieran por cosa de tanta importancia», de la

culebrina de plata y demás presentes que luego mandó con Diego de Soto, «para que viese la muestra y para ello, como derecho, considerase lo que sería lo principal», y en ese orden cuanto acreditaba ante el Rey y el mundo su lealtad y fidelidad. Bastaría con que Su Majestad estuviese al tanto de sus servicios para quedar él pagado de sus trabajos y amarguras: «No quiero otro mayorazgo para mis hijos sino éste», concluía el 3 de septiembre de 1526. El hombre dejaba a un lado requiebros y cortesánías para ir a la cuestión fundamental, su honra, su historia personal. Tanto calor ponía en su defensa que una semana más tarde dirigió al emperador nueva carta, casi postdata de la *Quinta de Relación*: «Suplico a Vuestra Majestad, por mí y por los conquistadores de estas partes — le decía—, que cuando semejantes cargos mandare proveer (los de gobernación de la Nueva España), mande primero saber qué personas son y de qué calidad; y no parezca que Vuestra Majestad tiene en tan poco a esta tierra que se dá lo que pide al primero que llegue». Prodigiosa impertinencia del vasallo: como si el rey de la Nueva España hablara con el rey de las Españas. Y hay quienes piensan que España pueda gobernarse como otro país cualquiera. «Antes que Dios fuese Dios, y los peñascos peñascos, los Quirós eran Quirós, y los Velasco, Vélascos», se decía y aún se dice por los pueblos de Castilla.

Cuatro siglos más tarde, en las escuelas de México se nos dijo que nuestros abuelos fueron codiciosos y depravados, mas no se aludió para nada a la intacta columna vertebral de Hernán Cortés. Nadie habla en México a un alcalde como él habló a Carlos I de España y V de Alemania, señor de medio mundo. Otra lección que estaba en el acta de nuestro nacimiento, y nos escamotearon. Algo habría ganado este pueblo de haber llegado a conocerla. Algo le pudo quedar de eso, aparte de la ingrátida herencia de Moctezuma, tan proclive a los extremos del servillismo.

Mas el emperador don Carlos no sólo anunciaba el 4 de noviembre de 1525 el viaje de su fiscal Ponce de León sino que veinte días más tarde, al recibir y contestar la *Quinta Carta de Relación*, decidió llamar a Cortés para conversar sobre sus grandes servicios a la corona y a la fe. «Es muy necesaria vuestra presencia —mandaba el soberano— porque vos, como persona que tiene tanta experiencia en las cosas desa tierra, y las ha tratado y conocido de su manera, el trato y la forma que se podría dar por ende, yo os mando que luego que esta mi cédula vos fuera mostrada, en los primeros navíos que después de su notificación

partieran para estos reinos, vos partáis e vengáis ante mi sin poner en ello ninguna dilación ni excusa, e sin esperar una segunda carta ni mandamiento mío». Otra vez doraba la píldora con sus halagos. Su Majestad deseaba hablar con quien tan grandes servicios prestaba a la corona y a la fe. Es posible que sintiera natural curiosidad por conocer al vasallo belicoso, calumniado e impertinente, pero sobre todo proyectaba despojarlo de cualquier sombra de autoridad en la Nueva España.

Desgraciadamente no es posible saber cuándo recibió Cortés la nueva cédula, y tampoco en qué momento conoció la muerte de su padre don Martín, pero sí que por ambos motivos resolvió emprender el viaje. Sobre los antiguos cargos, ahora se le imputaban las muertes de Ponce de León y Marcos Aguilar, quien pronto siguió la suerte de su jefe: lleno de achaques, tullido por las bubas, y tan débil que le alimentaban con leche de mujer castellana, el infeliz terminó por nombrar gobernador al tesorero Estrada y palmó sin mayores aspavientos, salvo los muy audibles de quienes atribuían su muerte a las malas artes de... bueno, de él...

Al morir Aguilar, se reunieron los regidores y pidieron a Cortés que asumiera los poderes de gobernador y justicia mayor, mas éste se negó, resuelto el viaje, y el Cabildo optó por nombrar a Estrada y a Gonzalo de Sandoval para gobernar al alimón, mientras conocían la voluntad del soberano. Mas suponer que Sandoval pudiera gobernar con Estrada era insensato, y Cortés, en esa seguridad, además confiado en recuperar el favor real para volver cargado de honores y autoridad, dejó los negocios públicos en manos de Estrada y se hizo acompañar de su querido Gonzalo. No imaginaba el flaquísimo servicio que le hacía.

En marcha pues. Si su posición en la ciudad de México era más difícil cada vez; si en la corte dos de sus grandes apoyos —el duque de Béjar y el conde de Aguilar— actuaban en condiciones desventajosas, personalmente haría frente a sus detractores, cuya actividad e influencia confirmaban García Loaisa, presidente del Consejo de las Indias, en su carta de pésame por la muerte de don Martín. Volvería a Castilla. Allí rebatiría los cargos y abonaría sus virtudes de gran conquistador, eminente poblador y obediente vasallo. Malinche sentía que aún podía ganar esa batalla, y el 17 de marzo de 1528 se hizo a la vela en la Villa Rica. Durante diez años había vivido en las Indias. Aunque le conocieran pocos en España, algo sabrían de sus hazañas.

3. *El marqués del valle de Oaxaca.*

A bordo de dos navíos aparejados faustosamente para él y cuantos quisieron ir a España por su cuenta, en compañía de Sandoval cruzó Cortés en cuarenta y dos días el Atlántico, y en el otoño de 1528 desembarcó en San Lúcar. Casi al llegar perdió la alegría de volver por la muerte del fiel y valeroso Sandoval, en quien no pocos han visto al verdadero genio militar de la conquista. Enfermo durante la travesía, Gonzalo murió en la villa de Palos, y Cortés se hizo cargo de sus funerales en el vecino monasterio de La Rábida, donde treinta y siete años antes un navegante, de origen poco claro, planteó la posibilidad de navegar más allá de las Islas Afortunadas en busca de caminos más cortos a tierras de especierías.

Apenas concluyeron las honras fúnebres de Sandoval siguió Cortés a Medellín, para visitar la tumba de su padre; de aquí al monasterio de Guadalupe, santuario extremeño, y por último a Toledo, asiendo de la corte. Consigo llevaba, según Gomara, un hijo de Moctezuma, doce indios jugadores de pelota, otros más enanos o contrahechos, y por supuesto joyas, jades, oro en tejuelos, mantas, plumajes, rodelas, espejos de piedra, y hasta tigres, tlacuaches y otros raros ejemplares de la fauna americana. En la imperial ciudad, el soberano le pidió plantear por escrito sus deseos, y con motivo de enfermar Cortés en esos días, tan seriamente que se llegó a temer por su vida, don Carlos le visitó en su alojamiento, hecho inusitado y suficiente para acreditar su valimiento.

No habían sido inútiles los trabajos y gestiones del duque de Béjar y el conde de Aguilar, ni por supuesto sus hazañas, si bien nada lograron unos y otras para conseguir que el soberano le confiara la gobernación de la Nueva España, atribuida ya a un cuerpo colegiado —la Primera Audiencia de México— con un presidente y cuatro oidores. Hecho consumado este último, puso Hernando en las reales manos un memorial con puntos de vista sobre políticas de población en los nuevos dominios ultramarinos, en el cual planteaba la encomienda perpetua de los naturales para que los encomenderos se vieran obligados a defender y amparar «como cosa propia» a sus encomendados, aparte de velar por su sostenimiento e instrucción en la doctrina cristiana, y al preguntarle el monarca dónde prefería servir, si «en aquellas partes» o «en estos reinos», Cortés no vaciló: «Parésceme, muy poderoso Señor, que en ninguna parte esto más fácilmente Vuestra Majestad podrá hazer que en aquellas que yo, en su real nombre, he conquistado y puesto debajo de su imperial cetro, porque será vestirme de la pieza que hilé y texí».

En Barcelona, el 6 de julio de 1529, el emperador firmó dos cédulas, una para hacer de Cortés adelantado de la Nueva España, y la otra para conferirle el título de marqués del Valle Oaxaca, con «todas las honras, gracias, mercedes, franquezas e libertades, preminencias, ceremonias e otras cosas que por razón de ser Marqués debéis de haber y gozar, e vos deben de ser guardadas en todo bien e cumplidamente, en guisa que vos non mengue ende cosa alguna». Fabuloso señorío sobre aldeas, pueblos, jurisdicciones, tributos y derechos: desde Oaxaca, Etla, Cuilapan y muchos pueblos más, hasta las villas de Toluca y Cuernavaca.

Por otro lado, un hombre de su significación debía sentar cabeza, y sentarla significaba contraer nupcias con una dama de alcurnia, no con otra Catalina La Marcaida. El duque de Béjar cocinaba de tiempo atrás el nuevo matrimonio, tan activamente que al llegar Cortés tenía concertados los esponsales con su sobrina doña Juana de Zúñiga, hija del conde de Aguilar. El duque y doña Juana pensarían que si París valió una misa a ojos de un gran rey, el conquistador de México distaba de ser mal prospecto de tenderse piadoso velo sobre ciertos antecedentes. En la catedral primada de Toledo se celebró el enlace, y el novio no defraudó a la dama: las joyas que le dió «fueron las mejores que nunca en España mujer alguna tuvo», certifica Gomara, si bien cabe en lo posible que alguna sombra empañara la alegría de doña Juana. Con todo y los goces del himeneo, no sería fácil olvidar el triste fin de Catalina La Marcaida.

El soberano de las Españas confería a su vasallo títulos y señoríos, mas le negaba la gobernación de Nueva España para atajar el nada remoto riesgo de que el impetuoso Marqués pudiera darle un disgusto de los gordos, medida políticamente sensata que sin embargo no casó con su pésimo tino para escoger a los nuevos gobernantes, pues su elección para integrar la Primera Audiencia favoreció a Nuño de Guzmán como presidente, tipo malvado y sanguinario como él solo, enemigo de Cortés, y a los licenciados Matienzo, Delgadillo, Parada y Maldonado como oidores, inéditos al fin los dos últimos, y los primeros redomados pillos, sin más objetivos que acumular riquezas sin reparar en los medios.

La Primera Audiencia se instaló en diciembre de 1528, o sea al tiempo de estar Cortés en España, y desde ese momento se ocuparon sus miembros más de afrentar su nombre y perjudicar sus intereses que de la gobernación del país. Eco de las razones del extremeño, en su memorial 1528, fue el mandato del

emperador para repartir los indios a perpetuidad, pero Nuño y sus sayones favorecieron las encomiendas temporales, muy seguros, como dice Bernal, de que al establecer el repartimiento a perpetuidad «no serían tan señores ni los tendrían en tanto acato los conquistadores y pobladores con decir que no les podrían dar más indios de los que entonces les diese, y de otra manera que los tendría siempre debajo de su mano». Y no exageraba, pues la facultad de dar y quitar indios era poderoso resorte de poder político, tan eficaz como es en nuestros días la facultad no escrita del presidente de la República para dar o negar cumies y gubernaturas. Nuño, Matienzo y Delgadillo eran una plaga. En cuanto a los dos restantes miembros de la Primera Audiencia, Parada y Maldonado, enfermaron al llegar y murieron de mal de costado —seguramente pulmonía—, sólo que estando Cortés en Castilla nadie, que se sepa, le achacó el doble crimen.

Los dos oidores supervivientes y el presidente de la Audiencia iban a lo suyo: primero eludieron el repartimiento de indios a perpetuidad, e inmediatamente después intrigaron con los sobrevivientes de la expedición de Narváez para presentar demandas contra Cortés por daños y perjuicios y por conceptos aún relacionados con el tesoro de Moctezuma, ingeniándose para que María La Marcaida armara nuevos líos por la muerte de su hija. En sus providencias respecto de los naturales, por otra parte, Nuño y los suyos actuaron inmisericordemente. En la región de Panuco no quedó casi indio libre y vivo; en la ciudad de México, al mejor postor se vendieron licencias para reducirlos a la esclavitud; en Michoacán, Nuño pilló y aniquiló pueblos enteros, dio tormento al rey Calzonzin, terminó por ahorcarlo, y no satisfecho se ocupó de «pacificar» tierras de Jalisco sin dejar títere con cabeza. En 1530, al volver Cortés a Nueva España, encontró arruinados sus intereses personales, mas sobre todo afectada su obra de pacificación y población. De no haber dado marcha atrás el emperador, al designar nuevos oidores, se habrían producido levantamientos de indios, y aun de oprimidos y vejados españoles. Bernal Díaz, testigo de aquellas fechorías, redujo a pocas palabras la actuación de los miembros de la Primera Audiencia: «Si más duraran en el cargo, la Nueva España se destruyera». Y no exageraba.

El 15 de julio desembarcó Cortés en la Villa Rica, y meses más tarde, el 30 de octubre, en larga carta contó sus penas al soberano. Los oidores desconocieron las mercedes que le hizo, y en jurisdicción de su marquesado fundaron villas, repartieron indios, e hicieron con sus reales provisiones lo que con todas «las otras que Vuestra Majestad y la emperatriz, mi Señora, han

enviado, que es no haber cumplido ninguna». Como señores absolutos de la tierra «han robado así a los naturales como a los nuevos pobladores, y destruídola en tanta manera que certifico a Vuestra Majestad que si les durara, que en muy breve tiempo la pusieran en el término que a La Española y a las otras islas». Empero, mantenía viva esperanza en el anunciado arribo de los nuevos oidores. A su regreso de Castilla, en Santo Domingo, se enteró de quiénes formarían la Segunda Audiencia, y conocer sus nombres le llenó de alegría: don Sebastián Rodríguez de Fuenleal, obispo de Santo Domingo, don Francisco Zainos, don Juan de Salmerón, y sobre todo don Vasco de Quiroga, santo varón de cuyas virtudes todos se hacían lenguas. Hasta recibirles en México estaba dispuesto a «sufrir», pero amenazaba, también, que de no llegar pronto los nuevos mandatarios reales, «será imposible que no haya de tomar los pueblos que Vuestra Majestad me hizo merced, pues para ello me da autoridad y poder, para mantenerme, y que no se me acabe de morir de hambre la gente que me queda».

Por entonces no imaginaba los muy serios problemas que tendría con tan rectos varones, planteados más tarde en la *Exposición de Quejas y Protestas* que llevó a la Audiencia el 21 de octubre de 1532. Cuestiones tocantes a derechos y funciones de la Audiencia y la Capitanía General, pues obviamente la interpretación de concesiones, derechos y atribuciones se prestaba a conflictos, como el referente a determinar si su marquesado de Oaxaca comprendía «veintitrés mil hogares» como decía Cortés, o «veintitrés mil vasallos», como entendía la Audiencia. Tales controversias le llenaban de amargura, pues, como dice Madariaga, al fin y al cabo todo se le debía a él: «los graves oidores que examinaban sus pretensiones con la mayor honradez y la mejor voluntad, se hallaban en sus puestos y ejercían su autoridad sólo porque él había dado su espíritu animoso y creador a aquél puñado de aventureros que con él habían alcanzado la victoria. No se trataba meramente de lo justo y de lo injusto; se trataba todavía más de la incoherencia de un mundo que colocaba al adalid en un lugar subordinado de suplicante, ante una justicia que sin él no existiría».

Dramática y frecuente situación, la del creador devorado por su creatura. Si al negarle la gobernación atajaba el emperador riesgos posibles, alguno tan serio como hacer de Cortés gran señor feudal, propenso a sustraer de sus reales dominios a la Nueva España, con mayores razones su cercanía incomodaba a los oidores. Un domingo, al cantarse misa en presencia de los miembros de la Audiencia y del Capitán General, al momento de las oraciones por la familia real

hízolas extensivas el oficiante a la salud y bienestar de Cortés, con tanta indignación del oidor Salmerón, dice Alamán, que llevó la denuncia al Consejo de Indias. Incidente absolutamente explicable, por lo demás, pues hombres de la talla de Cortés estorban en todas partes. Con la medida exacta de sus proezas, era imposible la convivencia entre Cortés y los órganos del poder real. Ya lo barruntaría el emperador Carlos al recibir el memorial de 1528, pidiéndole servir no en Castilla sino en tierras del ultramar: en «aquella que yo en su real nombre he conquistado y puesto debajo de su imperial cetro, porque será vestirme de la pieza que hilé y texí». Vivir en la Nueva España era, para Hernando Cortés, vestirse con la tela que hiló y tejió. Todas sus posteriores amarguras nacieron de esa orgullosa, aunque lícita presunción.

Mas con el poder absoluto de Carlos I de España y V de Alemania no jugaba nadie, ni siquiera Hernán Cortés. Entre ser señor de ese mundo, y serlo de una de sus partes, naufragaría la ambición parcial. El drama ganaba en profundidad porque Cortés quería señorear en la pieza de vestir que él mismo hiló y tejió, y el César de las Españas no estaba dispuesto a permitirlo. A partir de 1533, y hasta su muerte en Castilleja de la Cuesta quince años más tarde, espesas nubes celaron el brillo del hombre y de su nombre. Pero lo cubrieron por un tiempo. Quinientos años después, los jóvenes Hernando y Cuauhtémoc llevan encima la pieza hilada y tejida con sus poderosas manos.

EPÍLOGO

Pues Vuestra Majestad lo manda, Dios lo manda o lo permite.

CORTÉS al emperador: 18 de marzo de 1543.

1. *Quedaba un mar pendiente.*

Con alivio de los severos oidores de la Segunda Audiencia se instalaron Cortés y doña Juana en Cuernavaca, una de las villas del marquesado. ¿Había terminado la vida aventurera del gran conquistador y poblador de tierras? Los últimos acontecimientos parecían confirmarlo, mas alguna hazaña le quedaba pendiente. Apenas frisaba en los cuarenta años; el organismo le respondía aún, y su joven voluntad reclamaba nuevos lances. Había llevado a la Nueva España a la pila bautismal, y le dio el nombre que le plugo. Su destino le deparaba todavía dar un nombre, el suyo, a ciertas aguas incógnitas.

La vocación marinera del conquistador databa de años atrás. Apenas dueño de México Tenochtitlan dispuso construir cuatro barcos para explorar costas e islas del mar del sur, de modo que al enviarle don Carlos real cédula para ir en busca del comendador García de Loaisa y Sebastián Caboto, de cuyas armadas no se tenía noticia, reclutó gente, preparó cartas de marear y escribió entusiasmado: «E yo espero en nuestro Señor que en ventura de Vuestra Majestad tengo de hacer este viaje un muy grande servicio; porque ya que no se descubrió el estrecho, yo pienso dar por aquí camino a la Especiería, que en cada un año Vuestra Majestad sepa lo que en toda aquella tierra se hiciere... Yo me ofrezco a descubrir por aquí toda la Especiería y otras islas, si hubiere cerca de Maluco, y Malaca y la China». Acababa de conquistar un gran imperio; sobre sus ruinas construiría la ciudad de México, y pensaba ya en islas de especierías, en Malaca y China. Su ambición no tenía límites.

Por ese tiempo llegó de arribada a las costas de Tehuantepec la *Santiago*, una de las carabelas de Loaisa, cuyo capitán informaba haberse apartado del resto de la armada en el archipiélago de San Lázaro (Filipinas), y Cortés aprovechó sus noticias para redondear el proyecto náutico. Pero la oposición de los oidores por

un lado, y por otro dificultades de otro género malograron la apertura de nuevas rutas oceánicas hasta que el 27 de octubre de 1529, hallándose en Castilla, capituló con la emperatriz Isabel y el presidente del Consejo de Indias la búsqueda de islas perlíferas y tierras de especiería, aventura llena de cebos para quien, según Bernal Díaz, «siempre tuvo en pensamiento descubrir por la mar del sur grandes poblaciones».

Vuelto a la Nueva España e instalado en Cuernavaca, mandó Cortés construir dos navíos en el puerto de Tehuantepec, el *San Miguel* y el *San Marcos*, mismos que con su primo Diego Hurtado de Mendoza en el puente de mando se hicieron a la vela a fines de 1532 o principios de 1533. Sus instrucciones para Hurtado eran las de un consumado hombre de mar: «Engolfaroséis en la mar, ocho o diez leguas al sur, y en aquel paraje seguiréis la costa desta tierra la vía del nordeste como la dicha costa se corriere, de manera que no la perdáis de vista, y llevaréis mucho cuidado, y así lo amonestaréis a los pilotos e a las otras gentes, de mirar hacia la mar por si alguna cosa viéredes; e si alguna se viere, marcarlaéis por el aguja, e pondréis la proa en ella hasta la ver y descubrir». No era Cortés marino nato, de los que aman el mar por el mar mismo. Extremeño, hombre de tierra adentro, se interesaba en el mar como en un camino.

El instructivo para Hurtado de Mendoza cubría cuanto pudiera dar idea de las costumbres, religión y riqueza de los pobladores en las tierras por explorar, en especial recoger noticias sobre «el ornato de las personas» aunque «sin preguntar ni mostrar favor por alguna cosa» a fin de que la gente aquella «no se resabie o tome aviso de algo». Cortés ponía su experiencia al servicio de la nueva empresa descubridora, y se prometía resultados halagadores, mas la aventura fracasó al encallar las naves en las costas de la Nueva Galicia (Jalisco), y no saberse más del infortunado Diego. Suerte semejante corrió la expedición al mando de Diego Becerra y Hernando de Grijalva, con dos navíos y sus dotaciones de marineros y soldados, y al saberlo Cortés, dice Bernal, «tuvo gran pesar de lo acaecido, y como era hombre de corazón que no reposaba con tales sucesos, acordó no enviar más capitanes sino ir él en persona».

Eso faltaba: que dejara casa, mujer y comodidades para ir en busca de perlas y especias. ¿Trataba de probar que el conquistador del imperio azteca no había muerto bajo las galas del marquesado de Oaxaca? Es posible, pues pasó sobre las objeciones de la Audiencia, y en tres navíos —los *Santa Agueda*, *San Lázaro* y *Santo Tomás*— embarcó a ciento treinta soldados y cuarenta jinetes con sus cabalgaduras; en Chinantla dejó a su capitán Andrés de Tapia con el resto de la

gente, para mandar por ellos más tarde, y el 18 de abril de 1535 se hizo a la vela. Algo había oído de una isla fabulosa llamada de Santa Cruz, e iba en su busca. La «isla» de Santa Cruz, actual península de Baja California.

Sin contratiempos arribaron los expedicionarios a una tierra implacable, falta de ríos y manantiales, poblada por indios en estado salvaje y hermosos borregos cimarrones. Según López de Gomara vieron los rastros de estos últimos, grandes cuernos pesados y muy retorcidos, dice el biógrafo, y en el mar muchas y enormes ballenas. Bebía de buena fuente el capellán Gomara al consignar esos datos en su *Historia*, pues en aguas de Baja California se daban y dan cita millares de cetáceos todos los años, y en el pelado espinazo de la península sobreviven los pocos borregos cimarrones aún a salvo de cazadores sin escrúpulos. Mala tierra aquella de la «isla de la Santa Cruz», mas así y todo resolvió Cortés poblar en ella, y para asegurar la subsistencia de los suyos determinó que los barcos volvieran a Chinantla en busca de víveres y de Andrés de Tapia con su gente. No era de concebirse una decisión peor, pero la adoptó, y al hacerlo canceló la posibilidad de seguir adelante con exploraciones y descubrimientos: dos de los navíos se perdieron al volver de Chinantla, y sólo uno regresó a la «isla» con su cargamento de nuevas bocas, perdidos los víveres con los barcos extraviados.

Una vez más se hallaba Cortés en trampa sin aparente salida. En Santa Cruz no había perlas, oro ni especies; no había templos con ídolos cargados de piedras y jades, y en muchas leguas a la redonda no se avizoraban imperios que conquistar. Sólo arenales y montes sin una sombra, sin un manantial. Y entre los suyos, desencanto, hambre y necesidades. Parecía hallarse en el fin de sus días, mas cierta mañana se dejó ver un barco que don Antonio de Mendoza enviaba en su busca, y en la nave, amén de víveres abundantes, dos cartas para él, una de su mujer y otra del virrey, ambas instándole a regresar. Y volvió Cortés «trabajado y flaco», irreconocible, endeudado por grandes sumas, sin más provecho para la historia que el descubrimiento de la Baja California y del mar que llevará su nombre. Ya se decía que fracasaba en cuanto empresa ponía la mano. El conquistador de un gran imperio fallaba en intentos menores, y de paso confirmaba que nunca segundas partes fueron buenas: «Que en nada tuvo ventura después de ganar la Nueva España», para decirlo con palabras de Bernal Díaz del Castillo.

Y sin embargo, no cabe regateo a la gloria de expediciones que mostraron aspectos desconocidos de su genio. «Trabajaba para la geografía después de

haberlo hecho para la epopeya —escribió Pereyra—, y la historia recoge el mapa levantado por Domingo del Castillo como testamento de una actividad heroica. Este mapa es el más antiguo que se conoce respecto de las costas occidentales de México». Pero no acabaron allí las andanzas del ahora gran empresario de exploraciones y descubrimientos marítimos. Todavía en 1538, dos años antes de ir a España por segunda y última vez —viaje sin regreso—, mandó Cortés a Francisco de Ulloa con una armada que según el mismo Pereyra «escribió su nombre, y el de su amo, en el paralelo 32 de latitud norte» aproximadamente donde hoy se encuentra la ciudad de San Diego, California. Para fracasar en cuanto empresa ponía la mano, no era poco hacer por la integración y conocimiento del continente. A pie, a caballo, en barquichuelos como cáscaras de nuez, él en persona, u otros por su cuenta, cruzaron tierras y mares del Nuevo Mundo entre los paralelos 12 y 32 de latitud norte, y entre los 80 y 120 grados de longitud al oeste de Greenwich, o sea de las aguas y tierras del Caribe a las del Pacífico, y de Las Hibueras y Nicaragua a la California que perdimos. No obstante haber escrito Bernal que después de ganar la Nueva España «en nada tuvo ventura», el recuento de las últimas hazañas parece obra de generaciones, no de sólo un hombre.

2. La historia se escapa de las manos.

Al cesar en sus funciones la Segunda Audiencia gobernaba la Nueva España don Antonio de Mendoza, lugarteniente del rey, ya instalado en la ciudad de México. Pese a ser Mendoza una de las figuras más venerables de la historia novohispana, digno de recordación por su tacto político y virtudes morales, es por otro lado explicable que la presencia del primer virrey fuera incompatible con la de Cortés. Si con los honestos y prudentes oidores de la Audiencia no pudo entenderse don Hernando, menos podría con uno solo, por ejemplar que fuera. Los oidores ejercían gobernación colegiada, e individualmente ninguno se consideraba representante personal del rey de las Españas. En cambio el virrey Mendoza encamaba la institución real en su persona. A su lado no cabía otra instancia de poder. El poder no es más poder en manos de un hombre que en manos de cinco, pero sí se deja ver mejor, y se ejerce más eficazmente.

Del momento en que don Antonio de Mendoza se instala en la capital de la Nueva España arrancan los peores días del conquistador, ya sin ánimos para

llevar casco y armadura, sin voluntad para echar mano de la espada, sin corazón para montar a caballo en busca de tierras e imperios que sumar a su personal corona y a la de Castilla. Entonces decidió marchar a España para «activar el despacho de sus negocios», dice Pereyra, aunque más probablemente haya emprendido el viaje por sentir que no cabía en la Nueva España. Entenderlo tal vez no, pero sí pudo entrever que su caso era el del árbol corpulento cuya sombra daña el huerto, que la cuestión tenía que resolverse en favor del árbol o del huerto, y que la historia, la fuerza de los hechos, imponía la supervivencia de la Nueva España. En esa oscura convicción viajó a Castilla el marqués, y para no volver. En España quedará durante sus últimos siete años: los «siete años de las vacas flacas», dicen los campesinos de México.

En España hizo frente a nuevo juicio de residencia, solapada maña cortesana para mantenerlo en la península, seguramente a instancias del virrey Mendoza. No es cosa probada, pero remota tampoco, que el virrey, como cualquier gobernante actual, invocara altos intereses de orden público para arraigarlo, en la Corte, hipótesis viable tanto por el mismo juicio como por la lentitud del procedimiento, que pese a sus protestas duró lo que su vida. Altamente descriptiva del estado de ánimo de Cortés es su carta del 18 de marzo de 1543 al emperador Carlos: «Vuestra Majestad fue servido que, al cabo de cuatro años que estoi fuera de mi casa, y de quarenta que sirvo a Vuestra Majestad y a la Corona destos reinos, y de haberlos acrecentado por mi persona y a mis expensas otro tanto como ellos son, que agora trabe pleito con el Fiscal sobre la parte que Vuestra Majestad me dio del todo con que yo le serví, de manera que sea más difícil defenderlo del Fiscal que ganarlo de los ynfieles. Por todo doy gracias a Dios, que quiere pagarse en esto de muchas ofensas que yo le he hecho».

Seguro de haber prestado servicios «tan notables que jamás los hizo vasallos a su rey», entendía la mala paga como castigo divino impuesto por mano del emperador: «Que no es poco consuelo tener ese concepto —agregaba—, y pues Vuestra Majestad lo manda, Dios lo manda o lo permite». No antepondría intereses personales, «que tan poco duraran», al gran objetivo de la salvación de su alma. Dios le daba medios para vivir, «aunque Vuestra Magestad me quitase todo lo que me dio». El pobre Cortés era sólo un hombre desvalido, reducido a su ser fundamental.

En cuanto al emperador, sin llamarse a ofendido o aludido, simplemente

ponía oídos de turco. Alguna vez le corrió el discutible honor de llevarle consigo a la campaña de Argel, si bien no en la nave capitana. Nadie sabe qué fue lo que hizo en aguas de moros el gran téul, conquistador de México, aunque seguramente nada que merezca ser contado. Parece que su nave estuvo a punto de hundirse, azotada por una tormenta, poca cosa al lado de las muchas veces que él estuvo a punto de zozobrar en tierra firme o en aguas de una laguna. El envejecido marqués del Valle de Oaxaca era todo un perito en tormentas. Su emblema pudo ser *Allios ventos vidi; aliasque procellas*. Ciertamente conocía todas las tormentas. Mal de su grado atormentador alguna vez; ahora atormentado, y siempre tormentoso.

3. *Pulvus eris...*

Normal entre quienes casi todo consiguen, y terminan fastidiados de todo casi, el hombre Cortés se hallaba muerto en vida, sin otra ilusión que volver a la Nueva España y dejar allí sus huesos. Pero ni en eso cedía la imperial burocracia. La Nueva España era su creatura, la patria que se hizo de por sí y para sí, la tela que para vestirse hiló y tejió. Allí quería morir, mas no podía volver por causa deljuicio de residencia, y ef maldito y engorroso procedimiento no llevaba trazas de terminar. Por lo demás, es común que los grandes creadores quieran morir en o por su creación, si bien, en su caso, se repetía la dramática incompatibilidad entre creatura y creador. El conflicto entre proles y padres, rebeldías del mismo manantial.

Con la certeza de no volver a la tierra que con sus manos hiló y tejió, seguramente adivinó la proximidad de su fin y dejó Madrid camino de Castilleja de la Cuesta, villorrio nada lejos de Sevilla entonces y ahora. Cortés sentíase vacío, y estaba vacío. Al comenzar el invierno de 1547 empeoró su salud, más seguramente la moral que la física, y en el trance mandó llamar a un escribano para dictar su voluntad: «Primeramente mando que si muriese en estos reinos de España mi cuerpo sea puesto y depositado en la iglesia de la parroquia... hasta que sea tiempo y a mi sucesor le parezca de llevar mis huesos a la Nueva España... e mando, que cuando los dichos mis huesos se llevaren y trasladaren a la Nueva España, para dalles tierra en la iglesia del dicho monasterio de Coyoacán, que yo mando hacer y edificar, se haga por la manera y orden que a la marquesa doña Juana de Zúñiga, mi mujer, le pareciere...» Era el miércoles 12

de octubre de 1547. Ajustaba 62 años, y Dios le habría hecho gran servicio de llevárselo cuatro lustros antes.

El 2 de diciembre expiró el hombre, y su cuerpo amortajado se depositó de momento en la capilla sevillana de los duques de Medina Sidonia. Ahora no sería forzoso esperar el fin del juicio de residencia para llevar sus restos a Nueva España, pero así y todo corrieron aún quince años antes de cumplirse la disposición testamentaria. En 1562 llegaron sus huesos a México, mas aún pendiente la edificación del convento de Coyoacán los dejaron en San Francisco de Texcoco hasta que, años más tarde, el marqués de Cerralvo dispuso su traslado al Sagrario Metropolitano. En 1794, por último, se llevó la urna al Hospital de Jesús, donde cuatro años antes se empezara a construir su monumento patrocinado por el virrey Revillagigedo, obra en parte de don Manuel Tolsá. Allí descansarían los restos para siempre.

Pero «siempre» es concepto sin lugar en la historia de Cortés. Ante el fundado temor de que turbas irresponsables —«la canalla», se decía entonces—, profanaran la sepultura, azuzadas por «indigenistas» como don Lorenzo de Zavala y don Joel R. Poinsett, ministro de los Estados Unidos en México, en 1823 Alamán ocultó la urna en otro lugar de la misma capilla. Previsor don Lucas, para no divulgar el secreto, ni llevárselo en el día de su muerte, lo depositó bajo sobre lacrado en la Legación de España. Durante 122 años nadie supo del paradero de los huesos hasta que en 1945, al reanudarse las relaciones diplomáticas entre los gobiernos de México y la República Española en el exilio, los nuevos huéspedes de la legación —ya embajada— decidieron poner fin al misterio, e hicieron bien. Gracias a la prudente providencia de Alamán se localizó la urna, y los restos, por disposición presidencial, volvieron a la capilla del Hospital de Jesús, donde ahora están y han estado durante doscientos años casi.

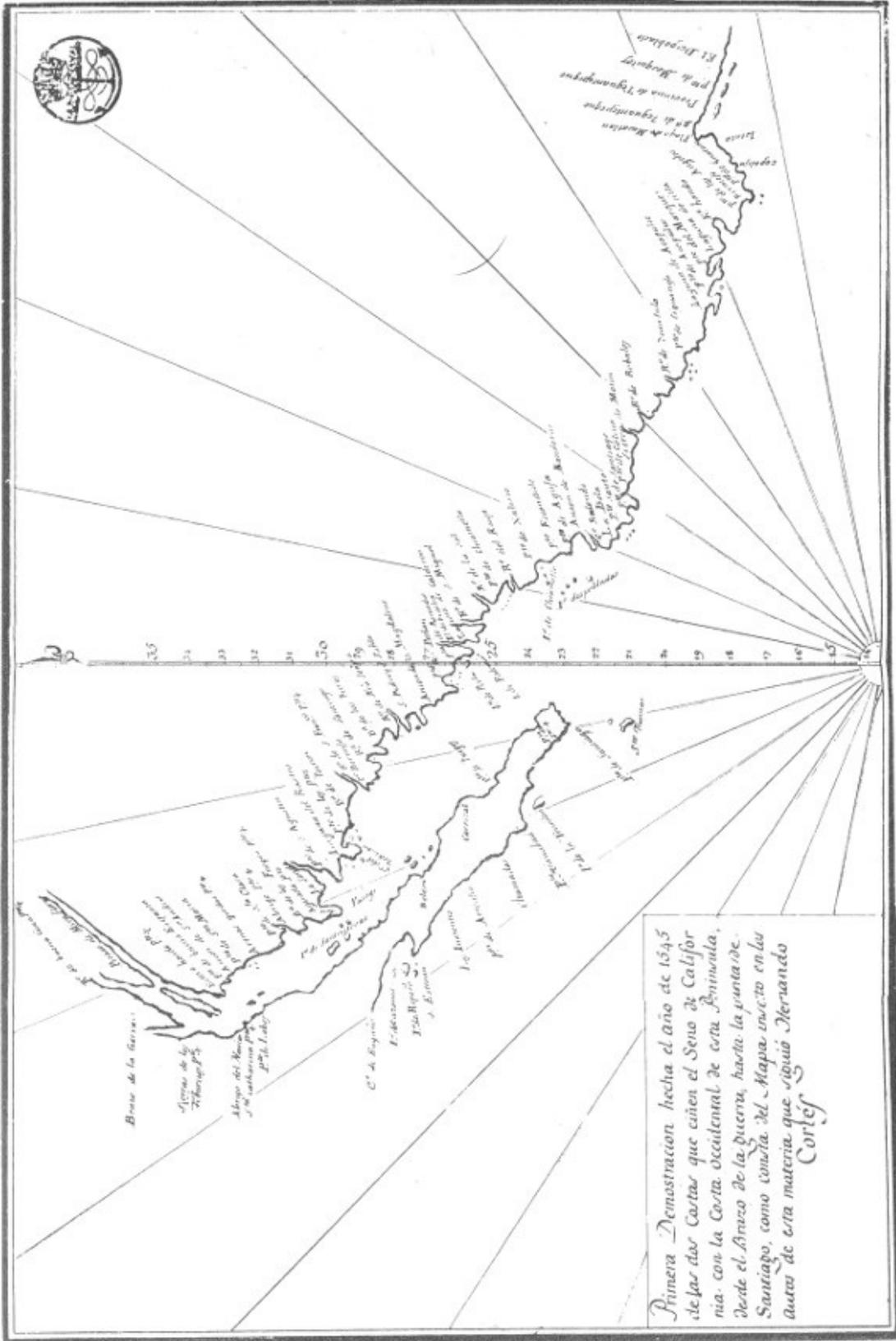
Por cierto que López de Gomara en su *Historia*, reproduce el epitafio de la sepultura que en la capilla sevillana de los duques de Medina Sidona cubrió el cuerpo de Cortés.

Padre, cuya muerte impropriamente
aqueste bajo mundo poseía;
Valor que nuestra edad enriquecía,
Descansa en paz eternamente.

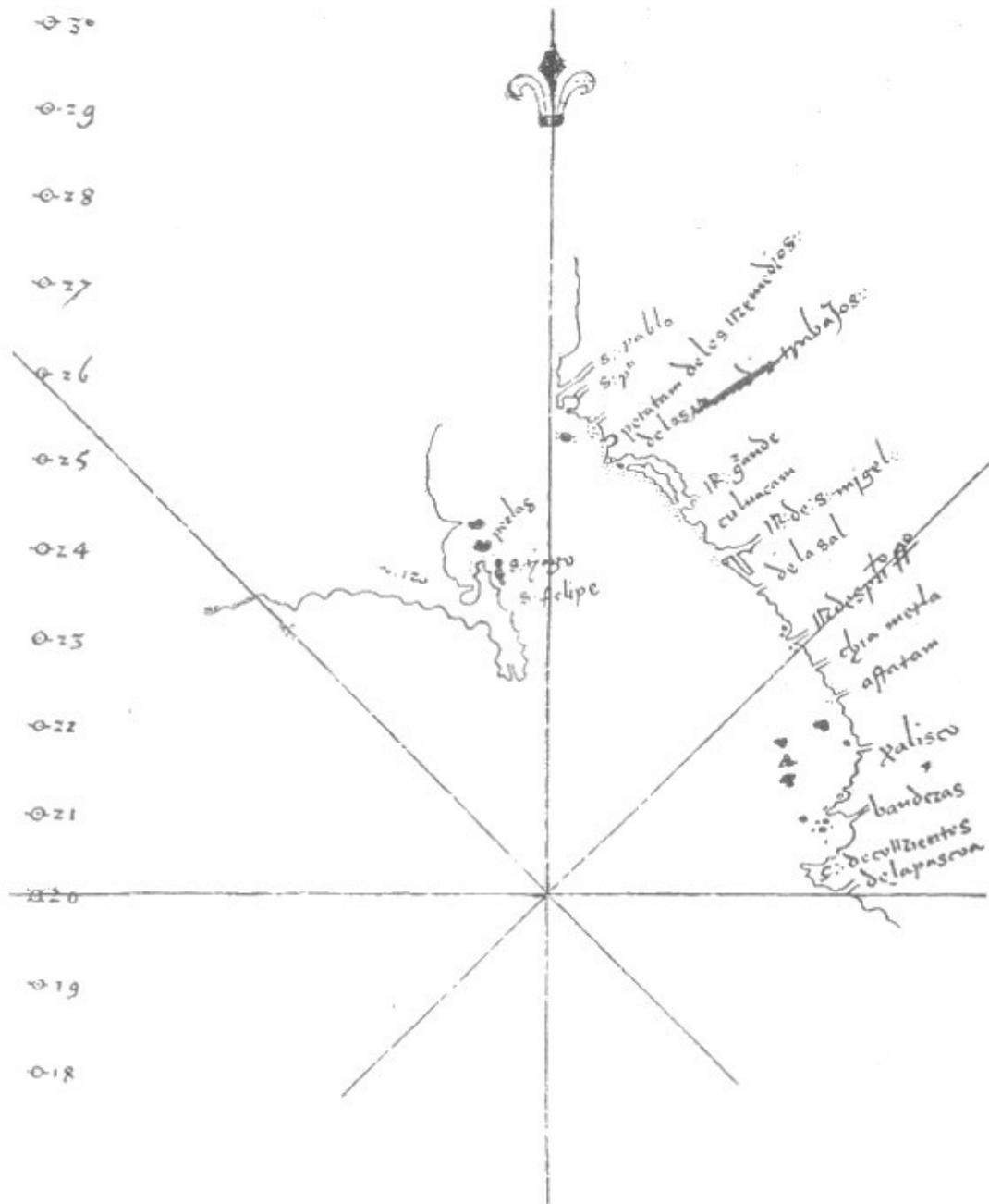
Gomara atribuye el epitafio al estro poético de Martín Cortés, sin decir en cuál de los maitines pensaba, aunque en rigor importe poco saberlo ya que peor no pudo concebirlo el más encarnizado de sus enemigos.

Por otra parte Cortés, el hombre, se encuentra al margen de epitafios, y por ello seguramente se consignó su nombre solamente en la actual lápida del Hospital de Jesús. Allí quedarán por unos años más los restos del fundador de México e iniciador de su independencia económica y política. Con eso basta. Con guardarlos allí de momento y como lo que son: nada, y todo.

Antes allá o aquí, ahora en la sepultura del Hospital de Jesús, ha dormido durante quinientos años una gran esperanza. Es posible que algún día despierte. No la perdamos de vista.



Primera Demostracion hecha el año de 1545
 de las dos Costas que caen el Seno de Colisfor
 nia. con la Costa occidental de esta Peninsula.
 Desde el Arroyo de la Guerra, hasta la punta de
 Santiago, como consta del Mapa inserto en las
 cartas de esta materia que vió el Sr. Hernando
 Cortés



La "isla" de Santa Cruz.

